

CHESTER SWANN

2008

**RAZONES DE
ESTAD** 

(Novela)



Dedicado:

a todas las
víctimas inocentes
de todas las guerras creadas
en nombre de intereses trans-
nacionales, de dios, del diablo, de
la «justicia infinita», o la «libertad duradera»
y, especialmente, a los hermanos de Palestina que
no han vacilado en honrar la vida, en un sacrificio
supremo en pos de la justicia, la tierra, el pan y la libertad.



TETRASKELION

ΤΗΤΡΑΣΚΗΛΙΩΝ

Agradecimientos muy especiales a la escritora y lingüista mexicana, Sra. **Alicia Trueba**, por ayudarme con sus críticas y consejos; a mi esposa, **Sharon Kaye Weaver**, por alentarme en este oficio y por su inagotable paciencia; **a mis amigos**, que me han apoyado para la edición paraguaya de esta obra; **a mis enemigos**, que me han impulsado a superarme y, sobre todo, a quienes con sus absurdas actitudes me han dado suficiente material, argumentos e información para esta novela. A la **Red Voltaire**, por los datos e investigaciones periodísticas de **Thierry Meyssan**, a **Bruno Cardenosa**, por sus aportes a esta segunda edición internacional, que me permitiera redondear las hipótesis surgidas en la primera edición paraguaya. También a **Michael Moore** y a **Craigh Unger** por sus investigaciones documentales que refuerzan mis argumentos. A todos, mi gratitud.



El Gran Sello.

Creado el primero de mayo de 1776, por Adam Weishaupt (1748-1830), un ex jesuita y fundador de la sociedad secreta de los **Illuminati** (iluminados) en Baviera, (Alemania). Ésta, fue una de las tantas sociedades de corte “luciferino” que pululaban por la Europa neopagana de la Ilustración (*Kulturkampf*). Esta sociedad tuvo (y tiene) importantes ramificaciones en los Estados Unidos, que adoptaran este emblema como **El Gran Sello**, de la Secretaría del Tesoro (*Federal Reserve*) fundada por Paul Moritz Warburg. Obsérvese el Ojo de Horus en la cima de la pirámide y las frases: *Annuet Coeptis* (Año del Inicio) y *Novus Ordo Seclorum* (Nuevo Orden por los siglos), extraídas de las *Églogas* de Virgilio. Sus rituales iniciáticos son una fusión de ritos rosacruces, masónicos, egipcios y cabalistas, y actualmente integran, sus adeptos, altos cargos y responsabilidades dentro del llamado Nuevo Orden Mundial. Figura en el reverso de las notas de un dólar. El lector sacará sus conclusiones, tras la lectura de esta novela.

DRAMATIS PERSONÆ

(A modo de prólogo)

Las espeluznantes escenas de llamas, humo y muerte en el WTC, otrora orgulloso símbolo del capitalismo mundial, impactó nuestras mentes con tanta o mayor intensidad quizá, que los discursos de los políticos de Washington pidiendo a grito pelado por la ira: “*Muslims to the lions!*” (¡Musulmanes a los leones!).

La barbarie se está cebando en las carnes indefensas de la civilidad, incluso donde se supone que debería ésta sentirse segura y protegida —no sólo por el más poderoso aparato militar que, paradójicamente, es empleado fuera de las fronteras norteamericana—, sino por una Ley, gravitantemente severa y cruel, que condena a muerte con pruebas circunstanciales, testimonios dubitativos o jueces venales; especialmente a los más humildes ciudadanos, no blancos en mayoría.

Las guerras modernas son inorgánicos monstruos post-bíblicos que absorben sangre, sudor y lágrimas de los más indefensos y de quienes poco pueden hacer, más que justicia o venganza por mano propia. La ley de la selva en suma o el ¡sálvese quien pueda! Como referencia al lector, diremos que, en la Primera Guerra Mundial hubo 12.000.000 de muertos, de los cuales un 95% eran combatientes y apenas un 5% civiles. La Segunda Guerra Mundial, tuvo más de 44.000.000 de muertos y desaparecidos, con un casi empate de 52% de beligerantes y un 48 % de civiles. Durante la Guerra de Corea, con más de 9.000.000 de muertos, sólo el 6% eran militares combatientes, en tanto que el porcentaje de civiles fue aterrador: ¡94%! Estas frías estadísticas de los llamados eufemísticamente:

«daños colaterales», por los estrategias de las potencias conflictivas y hegemónicas, aparentemente no dicen mucho; pero muestran la cara oculta de la perversidad de las últimas guerras, que se encuadran dentro del «espíritu» del Informe IRON MOUNTAIN, cuyo texto se halla en Internet. En el mismo se especifica que en las guerras históricas, los más fuertes y astutos eran quienes perecían, quedando los más débiles (civiles, claro) sobreviviendo a los conflictos; por tanto, había que revertir esto atacando mayormente objetivos civiles para salvaguardar a los guerreros, en una acepción diabólica de la llamada Ingeniería Social.

Hemos visto anteriormente en Waco y Oklahoma, hasta dónde pueden llegar el terrorismo policíaco de Estado y el terrorismo privado. El uno, tomando por asalto la propiedad privada de sectarios religiosos, con tanques y armas modernas; el otro, con explosivos y cobarde, cuan aparente, anonimato. Este último atentado fue atribuido entonces al radicalismo islámico y posteriormente desmentido, al comprobarse la mano de los milicianos milenaristas “cristianos” y el White Power, ahora denominado “Los Caballeros de la Camelia Blanca”, remanente *aggiornado* del Ku Klux Klan. Una suerte de talibán de Occidente.

Largos años de dominación, hegemónica y racista, en su patio trasero han insensibilizado a los responsables políticos del gran capital, impidiéndoles responsabilizarse de cuanto contribuyeran a desatar en nuestro sufrido continente, en nombre de la libertad, la democracia y el libre comercio, como si estuviesen anestesiados a toda conciencia y a toda autocrítica.

Miles de víctimas, desde Centroamérica a la Patagonia, han costado la implantación de la Doctrina de la Seguridad Nacional y las tiranías cívico-militares que sometieran a nuestros pueblos a sevicia, torturas, vio-

laciones y muertes crueles, como un método represivo de ideas y conductas; como una manera de acogotar a disidentes y disconformes con el *statu quo* y la *Pax Americana*, basada en el terror y el hambre planetaria —engendrada por la corrupción local o exógena— y la depredación de recursos en pro de industrias harto contaminantes. Una antigua forma de terrorismo empresarial, exclusivo y excluyente, con apoyo «divino».

También la culta y milenaria Europa, en tiempos recientes, se vio sacudida por la crueldad racista de los serbios, croatas, rusos y búlgaros, en los Balcanes y en Chechenia. La hipocresía diplomática de las ententes occidentales ha permitido que comunidades enteras fueran masacradas, al mejor estilo SS, por el solo hecho de ser diferentes, de pensar diferente, de orar diferente y portar una cosmovisión diferente.

Es difícil en estas circunstancias ser neutral, apolítico o simplemente acrítico e indiferente. Tampoco esta obra de política-ficción pretende serlo, ya que el autor, quien esto escribe, también, en su juventud disidente fue víctima de los cipayos policíacos de la CIA, en las tenebrosas ergástulas de un tirano que fuera considerado por Washington como el primer paladín del anticomunismo, por más de treinta y cinco años: Alfredo Stroessner.

Muchos podrán objetar algunos adjetivos e ironía vertidos en estas páginas, en boca de los personajes, ficticios, pero pocos podrán refutar los *hechos* históricos —que aquí se citan como antecedentes y precedentes—, permitiendo hilvanar este relato en referencia a ellos, pues que el Gran Garrote aún pende sobre el mundo, antes en carácter punitivo... ahora en carácter *preventivo*.

Sí, es muy difícil ser *neutral* y obediente a ciertos ¿principios? que huyen de toda ética y humanismo y rehúsan toda solidaridad con los pue-

blos sometidos a los más fuertes, como el Líbano, como Palestina, como los kurdos sin patria, como los chechenes y tantas minorías, incómodas en la Tierra y en el infierno. Pues que el cielo sólo es para los poderosos que hace siglos lo tomaran por asalto de la mano de un dios cruel y vengativo y de sus sacerdotes sacrificiales de sotana, uniforme o portafolios.

Mientras existan injusticias siempre habrá resistencia por parte de los sometidos, aunque a éstos se los califique de “terroristas” o “criminales”, si se atreven a golpear los oscuros intereses del Poder, oculto o visible, pero omnipresente... como su dios: el dinero. Y esas injusticias, ahora flagrantes y desembozadas, son las que me han impelido a exponer en esta obra de ficción, las infinitas posibilidades de la mentira y la manipulación mediática de masas.

Chester Swann

Luque, Paraguay, diciembre del 2002.



PRE FA\$CIO

Esta novela de política-ficción —de un autor iconoclasta, ácrata e irreverente, quizá por sus antecedentes de humorista de prensa—, propone o *sugiere* que, tal vez las cosas pudiesen haber ocurrido *de otro modo* a lo expuesto por los *mass-media* y los voceros oficiosos del imperio occidental. El autor conoce y está informado sobre los poderes fácticos, generalmente crípticos, que mueven los invisibles hilos de la marioneta universal y se abocó a esta obra, con el objeto de hacer reflexionar al lector acerca de posibilidades —no del todo descabelladas ni imposibles— de una tenebrosa conspiración de innumrables sociedades crepusculares para mantener al mundo en un perpetuo *casus belli*, en pro de no tan ocultos intereses y, de paso, resucitar la represiva Doctrina de la Seguridad Nacional, en boga durante la Guerra Fría y que tantas víctimas produjo a causa de las intolerancias ideológicas.

La mentira, como medio de manipular a la opinión pública y tener pretextos para guerras, sean éstas punitivas o preventivas, no es novedad en nuestra turbulenta actualidad. Ya ha sido, aquélla, utilizada desde los tiempos de los imperios y reinos, desde los orígenes de la civilización, que, según quien esta obra escribe, no es sino mentira organizada. Los actuales imperios no sólo esgrimen la mentira como arma, sino que la repiten machaconamente como si fuese una verdad epistemológica. Y más aún cuando la proliferación de medios informativos está inficionada por un oligopolio de agencias oficiosas dirigidas por mando a distancia desde las capitales del Primer Mundo.

Evidentemente, algunos nombres de los protagonistas y situaciones

de esta novela son producto de la imaginación del autor, no tanto así las entidades mencionadas que, realmente, existen y velan día y noche para mantener una hegemonía militar, económica, cultural y política al margen de toda ética y de toda equidad, en pro de sus intereses, de acuerdo a los perversos postulados del Informe de Iron Mountain (1976), acerca de la deseabilidad de la guerra como motor del desarrollo y la evolución de la humanidad.

No sería nada extraño, finalmente que, atroces hechos reales, tengan cierta semejanza con la ficción, o a la inversa. A veces la similitud es atterradoramente real y hasta supera la imaginación más delirante y la fantasía más febril y alucinada. En política y finanzas todo es posible y, algunas veces, *algo más que todo*, como se mencionará en capítulos posteriores, en boca de un protagonista.

También propondría la redefinición de la palabra “terrorismo”, o trocarla por las de “guerra asimétrica”, dada la enorme diferencia de fuerzas y tecnologías que se enfrentan en el tablero de ajedrez planetario, y la legitimidad de las resistencias ante avasallamientos culturales o de cualesquiera otra índole.

Varios de los miembros del gobierno de los Estados Unidos, tienen un punto de vista común, ya que casi todos ellos fueron discípulos del filósofo alemán LEO STRAUSS, que viviera en el país desde 1938, según el analista político **William Pfaff**, como sigue:

«Strauss creía que las verdades esenciales acerca de la sociedad y la historia humana debían ser mantenidas por una elite y no reveladas a quienes carecieran de la fortaleza suficiente para asumir la verdad. La sociedad necesita que le cuenten mentiras reconfortantes.»

«Argüía que es demasiado difícil que el pueblo admita la verdad. Así

pues, ha sido necesario mentir a las masas acerca de la naturaleza de la realidad política.»

«Sin embargo, una elite reconoce la verdad y se la reserva para sí. Ello les proporciona una comprensión e, implícitamente, un poder que otros no poseen. Este es, obviamente, un elemento importante del atractivo de Strauss para los neoconservadores.»

«En mi opinión, su elitismo plantea una racionalización de los principios de la viabilidad política y de las «mentiras necesarias» que deben contarse...»

Evidentemente hay aún mucho que aclarar, incluso las pistas que conducirán a los «iniciados», como se conoce en el ambiente financiero a quienes tienen información confidencial sobre hechos futuros, que les permitan hacer fortunas y plusvalías con alzas o bajas accionarias; como ha ocurrido con Raytheon, Chevron-Texaco, Carlyle Group, United Defense, Unocal, Halliburton y otras, cuyos valores repuntaron tras los sucesos del 11-S; que el FBI y la Comisión de Valores se negaron a investigar a profundidad, más que nada, por estar los involucrados dentro del anillo del poder político, prefiriendo buscar chivos expiatorios a extramuros.

Tras estas aclaraciones acerca del maquiavelismo imperante en las altas esferas de la política mundial, que considera al planeta como feudo o coto de caza privado de sus transnacionales, damos inicio a este relato de ficción que, por su contenido contemporáneo, se halla no muy alejado de una realidad ajena a los deseos pacifistas de los Hombres de Buena Voluntad.

C.A.B.



Cazabombarderos Republic A-10 **Thunderbolt**, atacando blancos en Afganistán.

Libro Primero

En busca de un enemigo







2000. Cierta día en la Casa Blanca

El general de aviación retirado Christian Stoogle entró presurosamente al Despacho Oval, blandiendo el cartapacio de papeles que portaba como si fuese un arma letal. De hecho hasta podría serlo. Su expresión rememoraba esos días en que la Guerra Fría lo tenía perpetuamente tenso y hosco, como oso famélico olfateando sangre entre la nieve. Aunque la metáfora más adecuada sería la de un halcón guerrero, como efectivamente lo era. Sus primeros y últimos combates en Corea, contra los *MiG's* comunistas, dejaron también su impronta en el carácter poco amigable del general. Actualmente retirado del servicio activo, militaba por entonces en las secretísimas huestes de la Agencia Central de Inteligencia, dada su experiencia en guerras sucias y otros menesteres afines a los servicios secretos. Sus seis victorias o derribos de aparatos comunistas bastaron para promoverlo meteóricamente en su carrera, aunque sus calificaciones no eran demasiado brillantes, para lo que haría en lo futuro no habría menester más.

Tras saludar protocolarmente al secretario presidencial:

Moses Zooster (desde los escándalos folletinescos protagonizados por Monica Lewinski y Bill Clinton en el *salón oral*, cambiaron el género de los becarios pasantes y auxiliares), fue introducido al despacho ejecutivo donde lo aguardaban el Presidente, el secretario de la Defensa, algunos altos ejecutivos civiles de empresas vinculadas al aparato militar-industrial y, por supuesto, los miembros de la furtiva y ominosa FEMA (*Federal Emergency Management Agency*), siempre infaltables en este tipo de reuniones desde su creación como gobierno *de facto* en la oscuridad. Una suerte de criptocracia, lista para asumir funciones de poder totalitario si falta hiciera.

El general Stoogle notó la ausencia del Vicepresidente, pero debió suponer que éste era tan innecesario en las altas esferas como corbata en cuello de chimpancé, salvo caso de Emergencia Uno, es decir: la ausencia forzada del *Number One*. De seguro el Vicepresidente estaría ocupado, haciendo balances amañados para estafar a los accionistas de alguna empresa en quiebra inminente, como Halliburton, por ejemplo. Tras tomar asiento en el lugar asignado, Stoogle se dispuso a arreglar los documentos, para presentarlos en un orden determinado. Hecho esto, ofreció los papeles al Presidente en primer lugar. Los otros podrían esperar.

Éste los observó como leyéndolos a vista de águila y con semblante preocupado, cual si un incómodo sentimiento de culpa arrasara sus facciones. Y no sería para menos. Era la primera vez que le planteaban como Presidente de la nación, uno de los trabajos menos limpios de la historia de los Estados Unidos de América. Vinieron a su memoria los días de la misteriosa explosión del acorazado “Maine” en el puerto de La Habana, el 15 de febrero de 1898 que provocó

la guerra contra España, que la despojara de sus territorios ultramarinos insulares: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y otros, además de naves de guerra e indemnizaciones en efectivo exigidas por el vencedor*. El Presidente pensó que había valido la pena sacrificar doscientos sesenta y seis tripulantes de los trescientos cincuenta y cinco del buque, a cambio de tales ventajas geopolíticas. Razones de Estado, y está todo dicho.

El ejecutivo era poco versado en historia, con escasos conocimientos en lo administrativo y casi una nulidad en geopolítica, pero las logias de *iluminados* que promovieron su candidatura, no precisaban de intelectuales cuestionadores y remilgosos, sino de doctores en medianía y asuntos varios. Para las cuestiones difíciles disponía de asesores y técnicos; para las decisiones morales, una legión de maquiavélicos pero brillantes cerebros. Todo lo que debía hacer se lo dictarían los ejecutivos del complejo militar-industrial que financiaron su carrera política desde su juventud. Que para eso, se sabía —o tal vez se creía— el Ungido del Destino, desde los lejanos días de estudiante mediocre en su ciudad natal, y su «iniciación» en la misteriosa sociedad *Skull & Bones* de Yale University**, más que nada, gracias a su padre, que no a sus calificaciones adocenadas.

No tardó en comprender la monstruosidad que ocultaban los escuetos informes y propuestas preparados por la CIA y el llamado

* En 1976 el almirante **Hyman Rickover** dictaminó que la explosión se produjo accidentalmente a causa de sobrecalentamiento de las calderas a causa de un incendio en el pañol de combustible (carbón), y no a causa de una mina o torpedo. ¡España era inocente!

** Esta siniestra hermandad, fundada por William Russell en 1832, tiene como adherentes a la flor y nata de los políticos más racistas e intransigentes de los EE.UU. Su **tanatoteca** consiste en las calaveras y manos del apache Jerónimo (robados en 1919), los de Pancho Villa y, últimamente las reliquias del general Omar Torrijos, cuya tumba fuera profanada en mayo de 1991. Quizá las del Che Guevara también se hallasen en su macabra colección. N. del a.

Comité de Iron Mountain, creado por un ex Presidente —oportunista y maquiavélico si los hay— allá por 1963 (Kennedy). El informe fue publicado durante la administración de otro *bilderberger**: James Earl Carter en 1977. Dicho comité preparó entonces un sesudo análisis sobre el futuro de los Estados Unidos, *sugiriendo* que las guerras eran más deseables —para la prosperidad de la nación, es decir de su aparato militar-industrial y sus corporaciones— que los aburridos años de paz, aunque los enfrentamientos entre este-oeste se hubiesen diluido, posteriormente, tras el aparente derrumbe soviético. Todavía quedaban adversarios ideológicos o religiosos a los cuales atemorizar o atacar. La lista actual era lo bastante nutrida, como para abarcar gran parte de la geografía planetaria: Libia, Irak, Irán, Corea del Norte, China, Afganistán, Pakistán, Colombia, Panamá, Yemen del Sur, Venezuela, Cuba y otros más que se negaban a inclinar la cerviz ante ellos. Algunos eran aliados coyunturales todavía, pero eso era mero detalle a la hora de evaluar intervenciones. Por otra parte, las alianzas eran de gobierno a gobierno, mientras los pueblos apenas eran convidados de piedra en ese festín de intereses y conveniencias.

El general Stoogle observó, con su insípida expresión de serpiente de cascabel tendida al sol, a los presentes, quienes a su vez observaban al Presidente para detectar algún atisbo emocional que les sugiriese algo de lo que se trataría en el *meeting*. La expresión

* El Comité de Bilderberg, fue creado en mayo de 1956 por el príncipe consorte de Holanda, Bernard De Lippe, al principio con el propósito de fomentar la distensión Este-Oeste. Luego se convirtió en un foro multidisciplinario integrado por 300 cerebros de la industria, la prensa, las ciencias políticas y la alta política mundial. Se reúnen cada dos o tres años en el Hotel Bilderberg de Oosterbeek (Holanda) donde fuera fundado, aunque pueden hacerlo en otros sitios, en Europa o el Caribe. Un "petit comité" de emergencia se suele autoconvocar, si la situación mundial lo requiera, cuantas veces sea necesario. Más adelante podrán percibir más detalles. N. del a.

estupefacta (es decir, la habitual) del rostro del Presidente les insinuó algo inusual, pero poco les preocupó. Las razones de Estado tendrían prioridad absoluta, por sobre cualquier cuestión moral o ética que se antepusiera a las tomas de decisiones. Y ellos, los grandes ejecutivos de empresas, eran El Estado. *Después de ellos, el diluvio*, como diría Luis XIV, tras recibir las quejas de sus súbditos. Los negocios están primero; los derechos humanos, después. Bastante después y en posición rezagada, cerca de la Constitución.

Tras leer apresuradamente los primeros folios, el Presidente se los pasó al Secretario de la Defensa: Don Rosenfeldt y prosiguió con la lectura de los restantes. El miembro del gabinete leyó los cinco folios con expresión neutra, no dejando entrever el huracán de emociones que seguramente le provocaron tales planes allí esbozados. Algo chocado habría quedado el Secretario de la Defensa al enterarse del contenido de los restantes, aún en poder del Presidente. En tanto, el general Stoogle seguía explorando en silencio uncial las expresiones de ambos, aunque evitó adelantar su contenido a los demás asistentes. Simplemente encendió un puro, ocultándose tras la tenue cortina de humo, como intentando blanquear su conciencia tras la caprichosa voluta voluptuosa del tabaco, que tampoco colaboraba demasiado para ello, ya que éste era cubano y de contrabando, pese al bloqueo contra Fidel Castro.

No obstante, una hora después, entre cafés y bocadillos, los papeles habían circulado de mano en mano y de ojo en ojo, hasta llegar finalmente a los altos ejecutivos de la Hughes, McDonnell-Douglas, Boeing, Northrop, Lockheed, Rockwell, Bell, Hewlett Packard y otras similares. Cada uno de los presentes fue rigurosamente catalogado

por el general Stoogle, quien notó que pocos se asombraron visiblemente, hasta el punto del asco, tras enterarse del secretísimo plan obrante en los aparentemente inofensivos papeles. O quizá lo disimulasen muy bien, como buenos actores de dramas históricos que supieron protagonizar en los numerosos conflictos en que les tocó participar —como proveedores de la Muerte a su país y a sus aliados—: misiles inteligentes, aceite *napalm*, cazabombarderos furtivos, electrónica-punta, sensores orbitales, y otros artículos de primera necesidad para homicidios colectivos de alta precisión.

Media hora más tarde, casi todos estaban medianamente enterados de los macabros planes, asentados en los folios mecanografiados (por precaución, nada de ello debía quedar en memoria informática alguna) que portaba el general Stoogle, el cual no estaba aún autorizado a exponerlos en su totalidad, sino apenas esbozar lo necesario para despertar la codicia y el interés de los asistentes en pro de sus empresas. No hay guerras sin muertos o mutilados. «Daños colaterales», dicen los estrategas.

Ante el ominoso silencio que flotaba en la ya humosa Sala Oval, sólo interrumpido por el ruido de los folios manoseados y el suave zumbido del climatizador, el Presidente hizo una seña con la cabeza al Secretario de la Defensa, como invitándolo a opinar al respecto. Éste, tras titubear unos instantes, expresó:

—Mucho me temo que, de trascender al público estos planes, tal como están concebidos, caiga en lo futuro sobre nuestras cabezas la responsabilidad histórica de arrastrar a nuestros ciudadanos a una guerra no deseada, aunque luchemos con ventajas. Recordad que el sentimiento de patriotismo, que antaño campeaba entre no-

sotros, ha quedado reducido a un cinismo atroz y a un descreimiento en nuestras instituciones desde la derrota de nuestro poderoso ejército frente a los zaparrastrosos campesinos vietnamitas. Los Estados Unidos ya no cuentan con ciudadanos conscientes de su papel de defensores de principios de libertad y democracia. Ni siquiera creen en ellos hoy por hoy. Ahora apenas contamos con profesionales de élite en nuestras fuerzas armadas. Es decir: mercenarios de la muerte, máquinas humanas que lucharán por salario o por su pasaporte estadounidense, nada más. Para colmo las clandestinas milicias civiles del Medio Oeste nos han declarado una guerra subterránea, acusando al gobierno federal de corrupción. Y de desatarse una guerra civil, que de hecho está latente desde el ataque federal a la secta de los *dauidianos* de Waco y la posterior voladura del edificio *Alfred P. Murrah* del FBI en Oklahoma, perpetrada por el ex combatiente Timothy McVeigh, poco podemos esperar del patriotismo de nuestros conciudadanos actualmente...

—Creo entender que, parte del plan es, justamente, provocar o motivar un resurgimiento o rebrote del patriotismo dentro de nuestras fronteras —replicó uno de los presentes, sin duda miembro de la FEMA, oculto el rostro tras anónimas gafas sospechosamente polarizadas. —Aunque para ello hubiese que recurrir a procedimientos *non sanctos*, como dicen esos católicos. No se debe olvidar que *el miedo* es el mejor agente provocador con que hemos contado siempre en nuestro arsenal de recursos. El ciudadano americano aprecia la seguridad ante todo; tanto, que daría cualquier cosa por tenerla cerca, pues poco confía en mitológicos ángeles de la guarda y menos aún en nuestras instituciones, policía incluida. Si se sienten

amenazados, hasta aceptarían la ley marcial con gusto, siempre y cuando ésta afecte a *los otros*.

—Señores —interrumpió el general Stoogle, abriendo la boca por primera vez en casi dos horas, —debo recordarles que no estamos aquí para discutir cuestiones morales o éticas, sino para determinar cursos de acción, probables o posibles, a fin de reactivar nuestras industrias más representativas y, de paso, conquistar o controlar nuevas fuentes de petróleo y otros recursos para los próximos cincuenta años. Pueden estar de acuerdo o no, pero, de momento, es la única salida posible a las crisis energéticas, económicas y sociales que se nos vendrán encima en poco tiempo más. Lo toman o lo dejan, como quien dice. Hemos sopesado todas las probabilidades, y ésta, es la más viable a corto plazo.

La aparente frialdad de sus palabras cayó sobre algunos como balde de helio líquido. Especialmente para el novel Presidente de los Estados Unidos de América, poco acostumbrado a las crudas realidades de la alta política y con su cerebro más poblado de mitos históricos de libros escolares patrioterros que de verdades documentadas. Si pudiese, nombraría al mismísimo John Wayne en la Defensa, si no hubiera muerto antes. Los republicanos aún alentaban ese patriotismo *hollywoodiano* de la Guerra Fría y creían en sus símbolos de utilería, más propios del ocultismo esoterista, que de la república democrática que decían ser los Estados Unidos de América, escamoteando votos populares a través de un críptico “Colegio Electoral”, que decide, por sí y ante sí, a quiénes ungir con la primera magistratura de la Unión, sin importar quién sea el más votado. Democracia indirecta que le dicen.

—Opino que no deberíamos contemporizar ni dar largas al asunto —replicó el general Stoogle, como llevando la voz cantante en ese coro de sacerdotes de Marte y Mercurio. —Se avizoran tiempos difíciles, como dije antes, y la guerra es el único camino viable, aunque los daños colaterales sean mayores que los previstos.

—¡Pero esos “daños colaterales” que usted menciona así, tan fríamente, serán nuestros! —rebatío el Presidente de Raytheon—. Antes, las muertes civiles no nos importaban mucho, si eran vietnamitas, *chicanos*, *bimbos*, *canacos*, *latins* o *niggers*. Ahora ustedes proponen sacrificar primero a *nuestros* ciudadanos antes de iniciar algún conflicto armado. Y ni siquiera contra un enemigo real, sino apenas adversarios virtuales, creados por la tecnología de la desinformación.

—Teniendo en cuenta los posibles resultados, favorables a nuestros intereses, ¿qué importan unos cuantos chicanos, ticos, árabes, orientales o latinos de cualquier parte, la mayoría ilegales e indocumentados sin patria? —replicó el general, con no poco cinismo—. Recuerden que, como lo expresara nuestro máximo adalid Teddy Roosevelt: *los Estados Unidos no tienen amigos, apenas intereses y conveniencias*. ¿Está claro? Es preciso aceptarlo o rechazarlo, pero no postergarlo. Como os dije antes ¿lo tomáis o lo dejáis? La suerte está echada. *Julius Cæsar dixit*.

La frialdad y el cinismo del general Stoogle, enlace de la CIA, fueron superiores a lo que los presentes podrían soportar, aunque tampoco sus conciencias acusaron demasiado el impacto, teniendo en cuenta sus vastas experiencias en el campo de las guerras sucias y de las preventivas. El Presidente, pese a su aparente poder, debió

capitular ante otro poder superior al suyo, mientras el general chupaba el puro con aire de perdonavidas del oeste, sabiéndose heraldo negro de dicho poder.

—Creo que deberíamos pasar a cuarto intermedio, señores, antes de tomar una decisión que quizá nos pesaría en nuestras conciencias, probablemente para toda la vida —clamó el Presidente, creyendo dar una muestra de principios humanitarios, aunque harto le costaba fingirlo.

Llevémoslo a votación entonces, señores, —dijo Stoogle impaciente. —¡Y que sea lo que el Gran Ingeniero del Universo quiera! Debo regresar al Pentágono antes de una hora.

Finalmente, la mayoría decidió aprobar el plan, aunque con reservas, pues no lo conocían en su totalidad. Las fuerzas que se desatarían podrían ser incontrolables e írseles de las manos. Sería más nefasto que abrir cajas pandorianas en un *shopping center* colmado de idiotas.

El general Stoogle, satisfecho de su gestión, dio a cada participante del *meeting* una copia clasificada en borrador del plan, aunque recomendó su lectura y destrucción antes de que abandonaran la Casa Blanca. La más leve filtración podría traer inesperadas complicaciones, especialmente por parte de alguna prensa hostil a los republicanos y *halcones* de guerra de la administración actual. Los allí presentes eran los Elegidos, todos ellos iniciados de altos grados de la Gran Logia Blanca* o Sinarquía del Imperio, con poder casi global. Además, sus intereses estaban en juego. El desempleo

* Fundada por St. Yves D'Alveydre en el siglo XIX, entre otras cosas para mantener la supremacía "blanca" en las palancas del poder mundial. Cecil Rhodes fue uno de sus más dilectos aprendices, que iniciaran la colonización sistemática en África. Su ideología es totalitaria y racista. N. del a.

era aterrador. las ventas de material bélico descendieron a niveles de pánico y las expectativas económicas de dividendos eran casi nulas para los accionistas. Algo debería hacerse para revertirlo. Las bajas eran secundarias frente al objetivo a conquistar. Los felices noventa, estaban en vías de extinción y la burbuja se desinflaba.

El Dr. Joshuah Kuhn, miembro de la Orden de los *Hijos de la Alianza*, ejecutivo de cierta industria química especializada en altos explosivos y de la banca *Kuhn-Loeb* de New York, recordó los sacrificios humanos que en tiempos bíblicos hacían a Moloch, Baal Z'ebuth, Dagón y otros dioses, incluido Yahvé de los Ejércitos, para mejorar los negocios. Incluso de los primogénitos de la propia estirpe, si fuere necesario. Los tiempos no habían cambiado mucho. El canibalismo ahora tenía otros nombres, más acordes con los nuevos tiempos. La hipocresía campeaba en las altas esferas mundiales, especialmente en materia de Derechos Humanos y, hasta ahora, hubo dado resultados geopolíticos y económicos apreciables, gracias a la credulidad de rebaños de idiotas irredentos, quienes preferían vivir la cultura de la diversión antes que en la diversión de la Cultura, gracias a los medios masivos de desinformación y escultores de la rígida y conservadora opinión pública, la menos pública de las opiniones.

De todos modos, el almuerzo se realizó normalmente, sin que los asistentes perdieran el apetito ante lo que se avizoraba hacia el horizonte histórico. A los buitres no asquea el aroma de la carroña, justo es mencionarlo. Tanto el buitre, como el halcón, comparten el gusto por la carne ajena.

Poco más tarde, cada uno de ellos volvería a su rutina empresa-

rial, a su iglesia y a sus hogares, con la conciencia tan tranquila como la tendría el más perfecto de los bobos o el más cínico de los mercaderes. Ninguno comentaría nada en la bien servida mesa presidencial, ni tampoco en la sobremesa, regada con exquisitos licores. El secreto más estricto era la consigna y si alguien dejase escapar la más leve palabreja al respecto, sería sin duda silenciado sin contemplaciones por los esbirros del *Shadow Government*, esa criptocracia creada en los tiempos de Ronald Reagan. Ésta era la que dictaba pautas en lo tocante a política exterior e interior, aunque todos creyesen que era el Presidente quien tenía la sartén por el mango. Una suerte de KGB o *Gestapo* a la americana, imperceptible, pero no por eso menos omnipresente u ominosa. Ese poder oculto, de seguro había hecho pasantía en el C.F.R. (Council of Foreign Relations), fundado en 1921 por Max Warburg y su hermano, el banquero Paul Moritz Warburg creador de la Federal Reserve, para nido y criadero de la elite política norteamericana

Desde que ascendiera al poder tras la fraudulenta decisión de un Colegio Electoral —que ignoró olímpicamente los votos mayoritarios en favor del oponente— el Presidente sospechó, con altas dosis de certeza, que sería apenas figura decorativa al frente de una de las naciones más poderosas del planeta, cual mascarón de proa de una nave pirata. Otros manejaban el timón, las jarcias, el cordaje, el velamen y las brújulas, desde el anonimato.

No le faltaban razones para suponerlo. Todas las decisiones que emanaban de la Casa Blanca estaban ya tomadas, *a priori*, por una jerarquía invisible formada en el C.F.R., siéndole otorgado al Presidente apenas el privilegio de refrendarlas, asumirlas y poner

la cara ante las cámaras y micrófonos, para explicar el porqué de tales decisiones. Era el Ejecutivo, ante la ciudadanía de su país, lo que el Papa ante la grey católica: un mero instrumento manipulado por manos ocultísimas de las que nadie... o casi nadie, tiene la menor idea, salvo los del Sacro Colegio Cardenalicio.

El Presidente sintió un estremecimiento en su epidermis y un gorgojeo en el epigastrio, al presentir lo que vendría de llevarse a cabo los siniestros planes de reactivación del aparato bélico, ahora inactivo por falta de pretextos de *casus belli* donde mostrar lo último en armas *High-Tech*. Imaginó las dantescas escenas de muerte y desolación... a cambio de unos años de prosperidad y bienestar para una minoría ociosa, a trueque de vender —por los treinta denarios traidores de Judas— los principios de democracia y libertad que sostuvieran por tanto tiempo como estandarte ante los foros mundiales, especialmente como pretexto de intervenciones unilaterales contra gobiernos *hostiles* o renuentes a colaborar con sus intereses.

El inicio de un nuevo siglo se perfilaba en todo el mundo como una nueva era de paz, que no de prosperidad, al haberse derrumbado las murallas ideológicas y acortarse distancias entre los países alienados, que no alineados. Sin embargo, los postulados de Iron Mountain estipulaban la deseabilidad de las guerras como motor del progreso humano y estimulador de la creatividad e inventiva en el campo de la tecnología-punta. Pero nunca, por lo menos que se recordara, hubo necesidad de destrucción *dentro* de las propias fronteras para justificar guerras o acciones punitivas. Salvo contados casos, como los *incidentes* que llevaran a las guerras contra México

y que costara a éste la mitad de su territorio, los *affaires* del “Maine”, del “Lusitania” y Pearl Harbor, en Hawaii que por entonces, en 1941, aún no era estado de la unión sino un territorio insular, lo que en lenguaje estratégico de los halcones significaría tener un repostaje en cada océano a fin de que a nadie se le ocurriera disponer de **su** petróleo, aunque estuviese bajo desiertos ajenos, no había motivos para guerra alguna.

El Presidente de los Estados Unidos se sintió, por momentos, el ser más impotente del planeta, ya que ni siquiera era dueño de sí mismo. Con el rostro grave, despidió a los asistentes a la reunión Clave Uno, para luego encerrarse en sus aposentos a meditar sobre la gravedad de la situación. Es cierto que él mismo era partidario de la guerra, siendo su padre ex director de la CIA, ex Presidente de la nación y magnate del petróleo a tiempo completo... como él mismo. Pero tampoco era del todo insensible a cuanto se preparaba para justificar una intervención a escala planetaria, movilizando a rebaños de idiotas bienintencionados en pos de una cruzada contra un enemigo irreal, agitando banderas y gritos patrióticos de santa ira azuzados por una prensa venal como la Fox, o CNN, con el sensacionalismo pasquinero y populachero del *National Enquirer* o la prédica ultraconservadora del *Washington Times*, como figuraba en el plan Clave Uno.

En tanto, el general Stoogle abordaba el helicóptero que lo conduciría a Langley, en el vecino estado de Virginia, a la Academia de la omnipresente *compañía*, sonriendo por primera vez en mucho tiempo. No todo estaba perdido para las poderosas empresas armamentistas. Volvió a sonreír pensando en las jugosas comisiones que

recibiría de quienes lo consideraban parte importante, muy importante, del *lobby* de los halcones.

El Dr. Joshua Kuhn —asociado de la poderosa banca neoyorquina, que un siglo antes financiara parte de la revolución soviética, en sociedad con la banca Rothschild— también tenía motivos sobrados para esbozar una mueca sardónica que aparentaba sonrisa. Esta vez Israel tendría hartos motivos para la *Solución Final* (¿alguien recuerda algo similar?) del “problema palestino” e incluso del islámico en general. Pronto, muy pronto, el general Ariel Sharon les daría lo suyo con apoyo —soterrado, pero apoyo al fin— de la Casa Blanca. Después de todo, los musulmanes eran un estorbo anacrónico al progreso mundial, a la explotación unilateral del petróleo y a la inexorable occidentalización cultural, aunque en algunos casos fueron aliados valiosos. Por momentos no podrían prescindir de Arabia Saudí, de Kuwait, de los Emiratos... y de su petróleo. Pero ya verían la manera de quedarse con el fluido energético, desechando a los beduinos perfumados de bosta de camello, aunque debiesen bombardear La Meca para borrar al Islam de la historia —pensó mecánicamente Joshua Kuhn, al abordar la limusina que lo conduciría al aeropuerto.

El Presidente se encerró en su oficina privada, dentro del complejo de la Casa Blanca, a fin de poner en orden sus ideas. A primera vista el plan parecía descabelladamente absurdo, pero analizándolo bien, hasta podría dar excelentes resultados. Después de todo, él no ostentaba tantos escrúpulos como se creía y tenía ciega con-

fianza en el servicio secreto de su país. ¿Acaso Woodrow Wilson —en complicidad con John Pierpont Morgan, Prescott Bush y Edward Roland Harriman— no provocó deliberadamente el hundimiento del “Lusitania” con cientos de pasajeros civiles en 1915, a fin de entrar como beligerante en la Gran Guerra europea en 1917, con el simple expediente de llevar armas a Europa... y hacéselo saber a los alemanes? No. La historia no debería detenerse, ni las máquinas parar su marcha, solamente por algunos melindres sentimentales. Todo progreso exige su cuota de sacrificios humanos al protervo *Moloch-Yahvé* de los ejércitos. Los Estados Unidos crecieron y se hicieron grandes y poderosos, sacrificios ajenos mediante, incluido el de esclavos africanos. Lincoln lo supo y pagó con su vida las masacres de Antietam, Bull Run y Gettysburg y por haber convertido a los esclavos negros en asalariados miserables y discriminados parias sin amos, que no en ciudadanos libres.

El ejecutivo analizó detenidamente los próximos cursos de acción en la certeza del éxito, pudiendo de paso “neutralizar” a su mayor enemigo, cuyo hermano mayor: Salem, había hecho negocios con el suyo... hasta ser misteriosamente eliminado en un ¿accidente? Sí. Recordó a Salem Ben Laden, su ex socio, con no poca nostalgia. De acuerdo a los planes tendrían más de un año para realizarlos cronométricamente, pero para ello se precisaban inmigrantes de origen asiático o africano, preferentemente ilegales y devotos del Islam. Aunque el general Stoogle le aseguró que en Fort Detrick ya disponían de los cobayos necesarios para la Fase Uno del plan. De momento, estarían siendo sometidos a sesiones de hipnosis y lavados cerebrales a fin de convertirlos en autómatas letales. Pero nada

más le fue transmitido por el atrabiliario general al servicio de la CIA, quien prometió, antes de partir de regreso a Langley, que en breve expondría, en una reunión muy secreta, la segunda fase del plan. Los que estuvieron presentes debieron adivinar de lo que se trataba, a juzgar por sus expresiones de poco disimulado horror, no tanto por las posibles víctimas, sino por la probabilidad de algún traspie no previsto. No todos los países podrían pagar tecnología bélica actualizada, pero sí podrían hacerse cargo de lo obsoleto, de lo que sobraba del festín de acero forjado para matar utilizados en el Golfo, en Panamá y en Grenada.

Desgraciadamente, el general Stogle no podría acudir a una segunda cita. Sus años de halcón —estresado por la constante colisión de ideas duplicistas pragmáticas y principios soslayados en pro de las razones de Estado—, endurecieron sus arterias con el agravante de alquitranarlas con abundante nicotina importada de contrabando de Cuba ¡Oh ironía, san Fidel de la Isla! Su corazón (muchos no creían que lo tuviese) se detuvo en pleno vuelo hacia su cubil en el Pentágono, en el estado de Virginia, por lo que días más tarde lo sepultaron en Arlington con la bandera de rigor forrando el ataúd y honras de héroe nacional. Hasta el propio Oliver North salió de su anónimo y discreto retiro, en compañía de William Calley, el carnicero de My Lai, haciéndose presentes en sus exequias para despedir a su maestro espiritual y “modelo” profesional de claudicación ética ante las razones de Estado.

No tardaron, los directivos de la CIA, en hallar un reemplazante del enjuto general, cuidando esta vez de seleccionar a alguien más austero, abstemio y frío, aunque tan inescrupuloso como su an-

tesesor: el almirante retirado Stephan Mitchkowski, comendador de la muy católica Orden de Los Caballeros de Colón, opusdeísta, no recalcitrante en demasía y Grado 33 de la *Morning Star Lodge* de Montana. Además, estaba estrechamente vinculado a la inteligencia naval desde la Guerra Fría, tras pasar a retiro luego de su participación en la guerra de Vietnam. Nadie más indicado para la prosecución del plan Clave Uno. Ahora se asegurarían de que se llevaran a buen puerto y viento en popa todas las fases del mismo.



Poco después en Maryland

El Dr. Timothy Schultz caminó, sin prisa aparente, por los asépticos pasillos silenciosos de la fortaleza-laboratorio USAAMRID de Fort Detrick, abriendo puertas con su tarjeta magnética y sonriendo amablemente a sus subordinados.

No tenía premura visible, aunque su cronograma estaba algo retrasado respecto al Plan Clave Uno. Lo tenía *casi* todo calculado y sus conejillos de indias estaban aguardándolo en seguras jaulas de acero inoxidable. Tras pasos incontables dejando ecos reverberantes tras de sí, llegó a una especie de hospicio subterráneo, donde varios ¿pacientes? de inexpresivos rostros de piel cetrina lo contemplaron indiferentes con sus vidriosas miradas, como si fuese transparente o como si realmente no existiera. Para lo que le solicitaron los capos de la *compañía*, debían ser sólo veinte pero, por las dudas, disponía de dos docenas ya casi despersonalizados a fuerza de sesio-

nes hipnóticas, drogas tranquilizantes y *electroshocks* en dosis medidas, amén de esporádicos latigazos impartidos por su ayudante paramédico. Los individuos estaban echados en sus camastros y encadenados a los mismos, como condenados a la pena capital de algún Pabellón de la Muerte y en capilla inminente. Casi todos los cautivos tenían cabellos rizados, algunos con mostachos o barbados. Todos eran de tez morena y del tipo ¿árabe? En realidad, sólo siete de ellos eran efectivamente árabes yemenitas, habiendo además iraníes, kurdos, libios, argelinos, magrebís, marroquíes, turkestanos, *sikhs* hindúes del Punjab (también devotos del Islam) y palestinos. La mayoría se hallaba en un aparente éxtasis, como proclamando a los cielos su divina locura mística adquirida, medio forzadamente, con ayuda del Dr. Schultz y sus *non sanctos* métodos.

El Dr. Timothy Schultz se introdujo en el pequeño *toilette* privado, donde tomó una ducha, calzándose luego la alba bata de los galenos de turno. Tras leer el relatorio del día, pulsando un llamador convocó a su asistente: Manuel Goreiro, un gallego sobredimensionado, con aspecto de gorila mutante en celo.

—¿Llamaba usted, doctor Schultz? —preguntó el ex-simio paramédico, como si fuese un perfecto robot, organoide y velludo. Hasta se podía suponer que era un sobreviviente del linaje de neanderthal, de no ser por su pulcro cuan albo uniforme y su restringida pero potente capacidad de hablar.

—Hoy le toca a Hassan Mahfud. Tráemelo aquí y dale lo de costumbre —exclamó el aludido con voz suave como el siseo de un reptil de crótalo al acecho—. No lo atices más de lo preciso, y sólo si se pone pesado.

—¡A sus órdenes, jefe! —bramó el gorila peninsular con tesitura de barítono desafinado, al desaparecer tras la puerta de cristal esmerilado y translúcido.

Media hora más tarde, el sujeto solicitado era conducido en una camilla rodante —por supuesto, previamente dopado con escopolamina— ostentando algunas marcas evidentes de maltratos físicos... y todas las señales posibles de tortura psíquica. No haría falta más, por lo que se abstuvo de empuñar el látigo eléctrico que solía esgrimir en ciertas ocasiones. Apenas se limitó a mirar fijamente al sujeto sin decir nada, mientras el llamado Hassan Mahfud lo miraba a su vez con esos ojos abiertos e inexpresivos como huevos fritos y las pupilas dilatadas a causa de la escopolamina con la que anulaban su voluntad.

Se miraron ambos, como midiéndose mutuamente, aunque el *muslim* sabía o intuía que llevaría las de perder. Pocos pueden resistir el nefando poder de quien se siente dueño de sí y de la voluntad ajena. Hassan Mahfud, si fuera capaz de ello, se sentiría quizá como una ranita ante una serpiente o una laucha frente a un ágil felino. Más de cincuenta minutos duró el enfrentamiento ocular, hasta que poco a poco el *muslim* comenzó a cabecear con expresión idiota, dando por sobreentendida su derrota psíquica.

—Repíte conmigo: *la vida daré por la gloria de Allah, el Único*; repíte conmigo: *la vida daré por la gloria de Allah, el Único*...

La monótona voz del Dr. Schultz sonaba como salmodia de algún *muezzin* saudita. Lo dijo en árabe *hachemita*, lengua sagrada del Profeta, por supuesto. Era su primer caso de lavado de cerebro al revés. Es decir: inducción para *reforzar* sus convicciones adquiridas

en origen.

El sujeto dio en obedecer casi mecánicamente, aunque se adivinaba en él una resistencia inconsciente a la inducción hipnótica, pero con poco éxito, mediante la pesada droga que lo poseía con creciente fuerza, doblegando su mente y domeñando su voluntad. Un pequeño proyector luminoso de diapositivas, situado a sus espaldas bombardeaba espasmódicamente las blancas paredes azulejadas, situadas frente a los ojos del extranjero, con *aleyas* y *suras* del Corán en primorosa escritura *kúfica* de elegante caligrafía. Tal procedimiento estaba incluido en el tratamiento dispensado a los pacientes, pasivos e involuntarios, del Dr. Schultz, quien ya había tratado con musulmanes de Chechenia, en la ex Unión Soviética, cuando trabajó para el KGB.

—Repíte conmigo: *la vida daré por la gloria de Allah, el Único*, repíte conmigo: *la vida daré por la gloria de Allah, el Único...*

Dos horas más tarde el iraní era retirado en la misma camilla rodante, acunado por los fuertes bíceps del galaico paramédico. Su rostro, antes inexpresivo y hosco, ahora estaba nimbado de beatitud mística, con la mirada perdida en las alucinaciones provocadas por el *tratamiento* al que fuera sometido. Esa tarde *trabajaría* con Ahmed Ben Abazzi el argelino, al día siguiente le tocaría el turno a Walid Ben Mullah, el palestino y a Fahuad Kemil el kurdo. El tiempo apremiaba y la “Compañía” estaba impaciente por pasar a la Fase Dos: la puesta en libertad de los *muslims*, previos trámites para su residencia legal en el país.

El almirante Mitchkowski se paseó nerviosamente por su am-

plio despacho en el Pentágono, donde también la CIA sienta reales. Su otrora apacible índole se había trocado, merced a la presión a la que era sometido por sus nuevas responsabilidades como enlace entre la CIA y el poder político y ¿por qué no? al poder fáctico oculto que gobernaba realmente el imperio desde las sombras. Sus nervios se hallaban tensos como cuerdas de guitarra eléctrica *heavy-metal*. Lo peor era que no podía evitarlo, pese a sus sesiones de yoga, psicofísica y ejercicios calisténicos. Estaba ya a punto de enviarlo todo al demonio y de renunciar a su cargo, pero sabía que, de hacerlo realmente, poco tiempo tendría para seguir respirando. Tal vez lo internasen en algún hospital militar para silenciarlo, como lo habían hecho con el almirante James Forrestal —héroe de la Segunda Guerra mundial— en el hospital *Walter Reed* en los años cuarenta y ocho, por cuestionar ciertas prácticas poco éticas de la élite política norteamericana en el gobierno por oponerse al reconocimiento de Israel y a la diáspora palestina. Una tarde fue arrojado por una ventana del quinto piso del nosocomio militar, tras convocar a una conferencia de prensa poco antes, la que no pudo llevarse a cabo por las causas expuestas. Los medios sólo comentaron sobre un suicidio, producto de desajustes mentales, y allí acabó todo. Actualmente un portaaviones nuclear porta su nombre en la proa, en irónica e inútil conmemoración.

No. Debía seguir hasta el final. Hasta la consecución de los resultados esperados. Hasta que el pueblo norteamericano clamase venganza al cielo, agitando banderas y haciendo largas colas en los centros de reclutamiento militar... voluntariamente. Hasta que el gobierno federal celebrase jugosos contratos con sus proveedores de

acero forjado para matar. Hasta que el miedo irracional orientara al rebaño humano en la dirección *políticamente correcta*, liderado por los sacerdotes sacrificiales de Arés-Marte, alimentados a su vez, por los sacerdotes de Hermes-Mercurio; dios de los comerciantes y los ladrones, lo que es casi igual que lo mismo.

De pronto el teléfono satelital, que lo acompañaba cual prótesis biónica, sonó ronroneando suavemente. Detestaba, Mitchkowski, a los aparatos estridentes o con musiquitas evangélicamente ramplo-nas, tipo *Amazing Grace*. Tras alzar el auricular se cuadró como ante un superior jerárquico, que de hecho aparentemente lo era, al menos en la ficción burocrática.

El mismísimo Presidente en persona lo llamaba para consultarle sobre la continuidad del Plan Clave Uno (*Key-One* o K-1, derivado de otro proyecto de 1947, denominado *MK-Ultra*, o *Mind Key*), del cual no tenía noticias desde la última entrevista con su antecesor: el general Stoogle.

—Buenas noches, señor Presidente. Por ahora no tengo novedades, pero las tendré en breve. El Dr. Schultz está haciendo su parte en Fort Detrick, mas aún no tiene listos a los cobayos para roer nuestros valores. De cualquier manera, falta bastante tiempo para el puntapié inicial del partido y, para entonces, el equipo estará listo y entrenado.

—¡Gracias de todos modos, señor almirante! Aguardaré sus noticias cuando estén programados los individuos —respondió la voz al otro lado de la línea inalámbrica, ésta vez, desde Camp David, retiro presidencial de fin de semana y vacaciones.

Apenas hubo desligado, Mitchkowski pidió conexión a Fort De-

trick. La curiosidad lo devoraba por dentro y por fuera. Lo atendió personalmente el Dr. Schultz, quien lo puso al tanto de los progresos en el tratamiento de sus internos. Tras amables pedidos de disculpa, el neurólogo pidió dos semanas de prórroga antes de pasar a la Fase Dos del plan. Esos sujetos eran más resistentes de lo esperado y, a veces, fingían someterse al tratamiento, no pudiendo ser indagados en su subconsciente. De seguro —dijo— fueron entrenados antes en sus respectivos países por algún programa similar a *MK-Ultra*, en versión islámica. Mas el Dr. Schultz tenía conciencia de estar mintiendo. Los extranjeros no podrían haber sido entrenados, pues procedían de países con nula tecnología psicológica y científica, estando además educados en anacrónicas escuelas coránicas similares a las *madrassas* afganas.

—Tendrá sus dos semanas doctor, pero ni una hora más. Si es necesario, humíllelos, golpéelos, hasta vencer su resistencia. Ya he conocido este tipo de tratamientos. En los años setenta hemos hecho experimentos con agentes rusos disidentes y con ciudadanos americanos de izquierdas, para convertirlos en bombas vivas, programados para autoinmolarse en sabotajes y ataques a objetivos militares soviéticos. Nada de ello me es extraño. En la Guerra Fría lo hemos ensayado todo... o casi todo; aunque los resultados fueran bien pobres para lo que precisábamos. Pero entonces no disponíamos más que de *pentothal*, cuyos resultados y efectos colaterales no siempre eran de fiar. La escopolamina vino después, gracias a los laboratorios del FBI y a la planta *datura cándida**.

De pronto el silencio se hizo sólido entre ambos durante breves

* También conocida como estramonio, floripón, trompeta de gabriel o hierba de jimson o chamico.

instantes, por lo que el Almirante se despidió amablemente del Dr. Schultz antes de colgar el aparato. Revisó posteriormente viejos cartapacios heredados de los tiempos de las fricciones hemisféricas Este-Oeste, casi todos provenientes de la antigua *Central Intelligence Authority*, precursora de la actual CIA. En muchos de ellos se revelaban análogos experimentos de lavado de cerebros practicados por los americanos, chinos y rusos, pudiendo recordar sus días de joven oficial naval de inteligencia. Mitchkowski era bastante menor que su predecesor, el general Stoogle, por lo que no había estado en Corea, pero sí en Vietnam, entre 1963 y 1968, donde conquistara varios palmarés de combate, en acciones de contrainsurgencia y como aviador naval de *Phantom* y *Crusader*, a bordo del portaaviones *Kitty Hawk*.

Repasó las tácticas utilizadas para torcer voluntades y blanquear conciencias, así como la de crear ultramentes destinadas a pesquisas extrasensoriales, aunque poco éxito tuvieran en ello. Apenas algunos actos circenses de adivinanza con naipes *Zenner*, a bordo de submarinos, y “transmisión” mental de mensajes escuetos de carácter experimental. Nada más. Aunque sabía que los soviéticos estaban bastante avanzados al respecto e incluso habían infiltrado agentes “dormidos” y “topos” en los Estados Unidos con la misión de *despertar*, llegado el caso de un enfrentamiento, como quinta-columnistas o bombas humanas a lo *kamikaze*. Muchos de ellos aún permanecían en estado latente y nunca fueron localizados, o al menos no pudieron penetrar en las mentes de los sospechosos, casi todos inmigrantes ¿huidos? de la ex Unión Soviética y con estatus de refugiados políticos. Algunos regresaron a su patria al terminar el pro-

ceso de disgregación política del régimen comunista; otros prefirieron continuar residiendo en el país como si tal cosa. Los agentes soviéticos quedaron en una nebulosa de misterio y hasta el momento nada se sabía de ellos. Ahora, el Dr. Schultz estaba tratando de lograr algo parecido con sus *cobayos*, sólo que su patrón era Tío Sam.

El único detalle que desconocía, quizá por lo olvidado, el almirante Stephan Mitchkowski, es que el Dr. Timothy Schultz era un ex emigrado judío ruso y, por ser neurólogo, técnico en programación mental e hipnotismo, fue contratado por el servicio del gobierno federal hacía ya como diez años. Actualmente ejercía en Fort Detrick y se hallaba asignado al Plan Clave Uno, dentro de sus especialidades.

Por lo pronto, estaba bajo vigilancia discreta, por si en una de éstas fuese uno de los “dormidos”. Pero hasta el momento no pudo comprobársele ninguna actitud furtiva, ni movimientos sospechosos. Además, el neurólogo dominaba varios idiomas, como el hebreo, el árabe, el urdu y el copto, el ruso, alemán, yiddish y ucranio, si bien su inglés tenía aún acento eslavo o alemán. Siempre es necesario tener a mano un políglota de primera. Pero, por sobre todo, que controlase su propia lengua. Y en eso, el Dr. Schultz era una sepultura. Ni su esposa, Liliana Carreño, emigrada mexicana residente, pudo saber jamás en qué labores se desempeñaba su cónyuge. Es decir, sabía que trabajaba en una especie de hospital de orates, pero no imaginaba *lo otro*.

El Dr. Schultz quedó pensativo tras la llamada del almirante

Mitchkowski desde el Pentágono. Su voz lo retrotrajo por instantes a varios años atrás, cuando emigrara desde la “cortina de hierro”, tras desertar de un programa similar a su actual ocupación en Alemania Oriental, donde preparaba agentes secretos para infiltrarlos en Occidente. Pero ¿habría forma de que Mitchkowski lo reconociese al verlo? Al mencionar éste lo de la Guerra Fría se le congeló el ánimo.

Hacia más de treinta años que habían estado muy cerca el uno del otro... en Berlín Occidental. Mitchkowski era entonces agregado naval de Inteligencia en la embajada norteamericana en Bonn, e interrogaba a los que solicitaban asilo político en Occidente desde el otro lado del *muro* de Berlín. Varias horas estuvieron en el consulado americano en una sesión de interrogatorio, acerca de sus antecedentes e intenciones de huir a los Estados Unidos. Mitchkowski era uno de los dos hijos de un inmigrante polaco desplazado por los rusos, a quienes odiaba cordialmente — más por ser rusos que por bolcheviques—, y alargó más de la cuenta el inquisitorio a fin de devolverlo a intramuro con cualquier pretexto. Aunque no dudase de su sinceridad, para Mitchkowski el ser ruso ya era una piedra en su zapato.

Sólo que los servicios secretos, al descubrir el enorme potencial intelectual del Dr. Schultz — que por entonces, aún se llamaba Yakov Shugalovitch— lo sustrajeron discretamente a la excesiva perspicacia de Mitchkowski, dándole pasaporte, nombre occidentalizado y residencia permanente en los Estados Unidos... como alemán. Desde entonces, nunca más volvieron a estar frente a frente. El neurólogo reconoció la voz, pese a la deformación sonora del aparato celu-

lar, lo que despertó en él una suerte de instinto de supervivencia. ¿Estaría a un paso de ser descubierto?

Sabía que los norteamericanos no tenían la más mínima idea de quiénes eran los agentes “dormidos” a los que tanto temían, pero nunca está de más tomar precauciones. Mitchkowski podría pedir su expulsión del empleo... o algo peor, de recordar su rostro y las circunstancias en que se conocieran durante los años setenta, en plena fiebre paranoica del espionaje de la Guerra Fría.

Schultz, como buen psicólogo, decidió tomar al toro por las astas y armarse de aplomo. No había nada que lo incriminase, después de todo, y estaba haciendo bien su trabajo para Tío Sam, pagado con creces, por otra parte. Sólo los nervios podrían eventualmente traicionarlo, pero estaba preparado para lo más inesperado. Él no era un “torpedo” suicida, pero tenía la palabra clave para *despertarlos* a todos e incluso los teléfonos de sus residencias en los cincuenta estados de la Unión. Todo ello estaba bien guardado en su mente y seguiría estándolo por mucho tiempo. Además, la Guerra Fría había finalizado, y no habría nada que temer.

Un maremágnum de pensamientos danzaba, incansable e invisible pero no menos opresivo, dentro de sus pupilas. Ahora los rusos y americanos eran aliados, o, peor aún, cómplices.





Fase Dos en marcha

El almirante Mitchkowski descendió del avión especial que lo trasladara con sus acompañantes, de Washington, D.C. a Newark en New Jersey, desde donde se dirigiría a New York en una limusina. Su misión consistía, esta vez, en seleccionar, para Inteligencia, posibles blancos de atentados enemigos y hacer de cicerone a potentados extranjeros en visita oficial. Evidentemente la amenaza comunista era cosa del pasado y, de momento, no había adversarios poderosos de quienes esperar ataques estratégicos, salvo la China Popular, con la que se mantenían tensas, pero moderadas relaciones diplomáticas y comerciales, dentro de las más protocolares normas de urbanidad.

Pero nunca habría que bajar la guardia, ya que los Estados Unidos tenían latente sobre sí la hostilidad de pequeños países, casi todos víctimas de la geofagia y la economía del Primer Mundo, además de las víctimas de la prepotencia de los halcones sionistas de Sharon, que incluso no dudaban en deshacerse de los judíos moderados, si así conviniera a sus propósitos, como lo hicieron con Yitzhak Rabin, asesinado por el fanático Yigal Amir, judío yemení, en

el contexto de una conspiración de la ultraderecha y el grupo clandestino EYAL, vinculado al Mossad.

Sus dos asistentes, también agentes de la CIA, escoltarían al almirante a todas partes a fin de evitar que se abortase la misión. Nadie —salvo unas pocas personas de muy alto nivel en el gobierno federal— sabía de los planes, por lo que podían pasear por la ciudad en el anonimato más absoluto, en compañía de dos invitados extranjeros, presumiblemente empresarios petroleros.

Para evitar suspicacias, utilizó el aeropuerto de Newark donde descendiera de su *Lear jet* ejecutivo con matrícula oficial. Un auto blindado les aguardaba para conducirlos a todas partes con su discreta escolta. Todos estaban de paisano riguroso y aparentaban poderosos ejecutivos de empresa... o capos de la Cosa Nostra. No despertarían sospechas en su accionar, al menos así lo esperaban. Acompañaban a Mitchkowski, en calidad de invitados oficiales del gobierno federal, dos altos ejecutivos árabes: Ahmed Ben Abazzi y Hassan Mahfud Al Sabbah, aparentemente recién llegados a los Estados Unidos e interesados en conocer las ciudades principales y los lugares históricos y... de diversión.

Durante más de dos semanas recorrieron los sitios más destacados de New York: el *Empire State Building*, la Estatua de la Libertad y la Quinta Avenida, donde los visitantes no perdieron ocasión de adquirir alhajas de los más renombrados orfebres para sus esposas y favoritas. Tampoco dejaron de conocer el *World Trade Center* y los Puentes de Brooklyn y el Verrazzano, además de otros sitios como Broadway y sus teatros, el MOMA (*Museum of Modern Arts*) y los pintorescos Harlem y el Bronx. Nada quedó velado a la sutil curio-

sidad de los extranjeros, los cuales visitaban por primera vez el país en misión de negocios, según sus palabras.

Uno de ellos explicó que debían firmar contratos de provisión de crudo con varias empresas norteamericanas del ramo, ya que la producción local del carburante apenas abastecía el siete u ocho por ciento de su consumo interno. Arabia Saudita proveía el veintiocho por ciento. Ahora una buena porción del vital hidrocarburo se hallaba en territorios hostiles, o poco menos. Mitchkowski no pudo evitar recordar a Salem Ben Laden, hermano mayor de uno de los ex agentes secretos de la CIA en Afganistán, el cual era muy allegado a la familia del Presidente, a la que proveyó de carburante a precios por debajo de los fijados por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), dejándole un pingüe margen de lucro al clan presidencial.

Por aquellos días, el padre del Presidente actual era director de la todopoderosa CIA y se hallaba abocado a sabotear la imprudente ocupación soviética de Afganistán, ayudando con armas y logística a los *muhaidines* partisanos, a trueque de opio y heroína, ya que éstas eran las únicas producciones del país con valor comercial. Lo del petróleo se vería luego.

La heroína era distribuida por la misma DEA en los barrios miserables de las periferias urbanas norteamericanas, habitados por inmigrantes orientales, hispanos y negros, a los que se pretendía envilecer para justificar la represión policial contra minorías incómodas e incordiantes. Todo por razones de Estado, las más poderosas de las razones de la fuerza bruta. Lamentablemente, el *negocio* escapó de las manos de Tío Sam para ir a dar a las de las mafias

cubanas (de Miami, por supuesto), colombianas, jamaíquinas.... y de la omnipresente Cosa Nostra ítalo-judeo-americana*

Tras la breve estadía maratónica en la capital mundial del capital, se trasladaron a Virginia para conocer los sitios históricos del Estado, como Richmond, Williamsburg, Mount Vernon, Monticello y otros. Después retornaron a Washington, D.C. a fin de tomar contacto con las instituciones más ¿representativas? del planeta. Los dos sauditas no cabían en sí del contento por conocer al país más opulento que podrían haber imaginado; superior incluso a los más fantásticos cuentos de *Las Mil y Una Noches* y las glorias rutilantes de los califatos abbásidas del pasado. La casi infantil alegría de los dicharacheros visitantes tenía algo fastidiado al huraño cuan lacónico almirante, poco acostumbrado a tales expresiones de asombro y a responder a preguntas baladíes, especialmente porque los sauditas lucían un inglés impecable, casi oxfordiano, en contraste con su laconismo parco y provinciano de Montana. Pero trabajo es trabajo y a lo hecho, pecho. Muy pronto debería hacer de cicerone a otros tres árabes, también vinculados al oro negro. Por otra parte, éstos lo alojaban en los mejores hoteles de cinco estrellas y media, pese a que el almirante tenía su propia residencia en Washington, D.C.: un apartamento más bien modesto, en un dúplex residencial, como cuadra a un austero militar que se precie.

* Existe mucha bibliografía al respecto, como **Die Große Weise Bluff** de Günter Amendt (Konkret Literatur- Verlag, Hamburg 1987); **Meyer Lanski, Mogul of the Mob**, de Dennis Esenberg. Uri dan y Eli Landau. Ed, Paddington Press, New York & London, 1979; también en **Tiempos Modernos** e **Historia de los Judíos** de Paul Johnson. Es un hecho indiscutible que las mafias nacieron con las prohibiciones, como el *Homestead Act*, más conocida como Ley Seca y las que le siguieron, cuyos efectos fueron contrarios a los aparentemente propuestos por los legisladores. Es sabido que muchos políticos como Joseph Kennedy, padre de de JFK, Prescott Bush, abuelo de George Walker, Huey Long y tantos más, han sido protectores de las mafias. Hasta el propio J. Edgar Hoover, fundador del FBI, no estuvo ajeno a ellas. Especialmente con la Cosa Nostra. N. del a.

Murray Malone llamó a su socio Timothy Hutton, uno de sus pilotos instructores, para ponerlo al tanto de un extraño pedido semi oficial.

—Escucha atentamente Tim. Acá tengo una nota confidencial del gobernador de la Florida, para aceptar a dos árabes con residencia aún en trámite, en nuestra escuela de pilotaje. ¿Aceptarías hacer este cargo? Aparentemente está todo en orden y los susodichos son ejecutivos petroleros. Dicen sus patrocinantes que sus chequeras son inagotables como sus pozos aceiteros de caca de dinosaurios perjurásicos.

—¿Qué más da? —respondió Tim Hutton, con aparente desinterés—. Por lo menos supongo que nos van a resarcir la gasolina con petrodólares contantes y sonantes. ¿Tienes ahí sus fichas?

—Sí. Han pagado por anticipado todo un semestre de clases de vuelo e incluso hay para ti una jugosa propina de diez mil dólares de su parte, que ya hice debitar en tu cuenta. Son ellos: Hassan Mahfud Al Sabbah y Ahmed Ben Abazzi (¿Por qué usarán nombres tan impronunciables estos hijos del desierto?), los dos, ciudadanos saudíes y aparentemente VIP's. Sólo una cosa me tiene intrigado: también quieren aprender a pilotar *jets* multimotores civiles de línea y para ello deberán tener, como mínimo, seiscientas a ochocientas horas de vuelo *todotiempo*, por instrumental. Aunque, si son generosos como espero, podríamos abreviarles los trámites hasta donde lo permitan las leyes federales y del estado de Florida.

—De todos modos, deberán comenzar con un *Cessna* monomotor, que ahora mismo está en el hangar cinco para mantenimiento. Mándamelos mañana a las nueve AM.

—OK. De todos modos, dentro de diez minutos podrás conocerlos, pues vienen hacia aquí. Mejor quédate, si no tienes otra misión de vuelo de instrucción.

—¡Qué va! Ahora hay pocos clientes. Pareciera que los floridenses nacen sabiendo pilotar. Hasta los chavales adolescentes manejan máquinas de última generación. Será un placer tener a dos principiantes, después de mucho tiempo de pasear a millonarias solitarias y calientes por los cielos de la Florida hasta las Bermudas, donde otros afortunados chulos mulatos las enfrían en algún albergue a la orilla del mar, previa oblación monetaria. Otra cosa. ¿Hablan inglés? Porque lo que es yo, del árabe... ¡ni hablar!

—Como dos catedráticos de Harvard en Boston. Además son simpáticos, aunque algo ingenuos, como si vieses las cosas por primera vez en su vida. De seguro la pasaron aburridos en el desierto y quieren desquitarse. La emoción del vuelo supera a la del harem, supongo. Yo prefiero la monogamia; es menos complicada.

Puntualmente los dos extranjeros acudieron a la oficina de Murray Malone, situada en Dade County, donde, tras las presentaciones de rigor, se interesaron por las máquinas disponibles en el aeródromo privado del primero. Dieron una vuelta por los hangares, donde admiraron las bruñidas y elegantes formas de los aeroplanos estacionados y la diligencia de los mecánicos que los mantenían en buena forma, como a purasangres de carrera.

Hicieron muchas preguntas y Tim Hutton las contestó todas con una corrección y paciencia casi londinenses, hasta que una confidencia de los *sauditas* lo dejó frío.

—En realidad, señor Hutton, los dos somos buenos pilotos de

jet, pero queremos ajustarnos a las leyes de su país. Yo he sido aviador de la Real Fuerza Aérea Saudí, donde tripulé F-5, F-16 y BAe *Hawks* británicos. Mi amigo fue, hasta hace no mucho, piloto de helicópteros *Gazelle* y *Cobra*. Mas me temo que nuestros *brevets* no tengan validez aquí, y menos para naves de gran porte. Además, nos encantaría pilotar de nuevo avionetas de turismo, aunque sólo sea por puro placer. Por otra parte, ahora estamos en misión de negocios y ésta sería nuestra única distracción, pero guarde celosamente nuestro secreto. Seremos generosos con Ud. y su amigo Malone.

Tim Hutton respiró aliviado. Después de todo, a él también le encantaba volar en esos cascarones de aluminio por puro placer. Pero más placer le causaba engordar su alcancía. Y una ocasión como ésta, no se daba todos los días.

Daniel Huntington, redactor del *Washington Times*, periódico capitalino perteneciente —entre muchas otras empresas— al nunca bien ponderado *reverendo* Sun Myung Moon, llamó a su redactora asistente de *Political Affairs*, Helen Cunningham, para darle algunos *consejos* sugeridos por ciertos figurones de la Casa Blanca. La nombrada acudió sin prisa y con la discreta elegancia de las *moonies* de fin de siglo. Era ésta casi una solterona que, tras largo tiempo desempleada, pese a sus calificaciones excelentes, se adhirió al exótico culto, siendo luego *enganchada* en el periódico de marras en el área de política.

—Siéntate Helen, que la cosa será larga —díjole Huntington a

guisa de saludo—. ¿Recuerdas quién es Osama Ben Laden?

—¿Es algún premio Nobel o algún millonario petrolero? Nunca he oído hablar del tal... ¿cómo dijiste que se llama?

—Osama Ben Laden. Mira, aquí tengo sus datos. Es el decimoséptimo hijo de Muhamhad Ben Laden, quien fuera socio comercial del rey Fadh Ibn Saud, en negocios de construcciones y petróleo, creo. Su hermano mayor, Salem era socio del padre del Presidente y capitalista de varias empresas de nuestro país. Osama es uno de los ex agentes de la CIA que contribuyeran a derrotar a los rusos en Afganistán. Luego de la retirada soviética pasó a la clandestinidad desde el Sudán, siendo hasta hoy desconocido su paradero, aunque suponemos que está en Afganistán. Presuntamente lidera un grupo llamado *Al Qaida*, o “la Base de datos”, según los popes de la CIA. Aunque en buen árabe quizá se traduciría como “la conducción” (*qaid* = caudillo), según mis pobres conocimientos de la lengua de Mahoma. Se educó en las mejores universidades de los Estados Islámicos y maneja un correcto inglés, pero es demasiado peligroso para nuestro país. La CIA no ama a quienes desertan de sus filas, y encima con dinero y tecnología-punta... y, para colmo, hostil a nuestro gobierno, a causa de la ocupación militar de Arabia Saudí, a la que considera tierra santa del Islam. Se le relaciona con dos graves atentados en Dar Es Salaam, Tanzania y en Nairobi, Kenia, ambos efectuados en simultáneo, el 7 de agosto de 1998. No se le ha podido comprobar nada, pero hay fuertes sospechas que apuntan hacia él. También dicen que atentó contra el crucero *Cole* en un puerto de Yemen, despachándose a vartios de los nuestros.

—¿Y qué pito toco yo en ese asunto? —preguntó fastidiada la

columnista de planta del *Washington Times*—. ¿Quieres que viaje hasta Afganistán a entrevistar a ese tipo, cuyo nombre se me olvida a cada instante?

—Nada de eso. La Casa Blanca desearía que encabezáramos una campaña para desprestigiarlo, presentándolo como cabecilla de terroristas islámicos. Y el propio Reverendo nos lo ordena en nombre de Cristo y el Espíritu Santo. ¿Topas el desafío, Helen? Parece que se prepara algo gordo, que no puedo aún precisar. El susodicho no ama a los Estados Unidos y ha lanzado un desafío a la familia real saudí, a causa de la presencia de nuestras tropas en lo que él llama “la Tierra Santa del Islam”. Sólo que para los sauditas es intocable, ya que los Ben Laden y los Saud, cada quien por su lado, son socios del Presidente y sus familiares en inversiones, bancos, petróleo y defensa. Y la familia Ben Laden está fuertemente vinculada al rey Fahd Ibn Saud y su heredero Abdullah.

—Y los otros periódicos de la capital ¿recibieron las mismas *sugerencias*? —interrogó la veterana—. ¿Por qué justo nosotros?

—En primer lugar, porque *los otros* conocen demasiado bien el rol que tuvo Ben Laden, en apoyo a los Estados Unidos y, además, el patriarca de la familia presidencial es miembro de nuestra Iglesia, por lo que confía en nuestros buenos oficios. Por otra parte, el hermano mayor de Ben Laden fue *accidentado* en muy sospechosas circunstancias, en Texas, y el tal Osama se las tiene juradas a los presuntos matadores de su hermano. Él es de origen saudita aunque sus padres son yemenitas emigrados. Hace tiempo está exiliado de su país. Según él mismo, por oponerse a la corrupción del rey Fahd y la familia real, apoyados éstos por nuestro gobierno, más por

razones pragmáticas que por afinidad ideológica o política. En Afganistán, Ben Laden es casi una leyenda viva y paladín de la resistencia antisoviética, pero ahora es una espina en el zapato del Presidente y empresarios afines a su proyecto... y un estorbo a los planes hegemónicos de los halcones. Y creo tener la sospecha de que muy pronto estaremos hartos de oír hablar de él.

—De todos modos, si he de ocuparme de... ¿como dijiste que se llama? Bueno, no importa, anótamelo en letra de imprenta; tengo que recabar más datos hasta encontrar algo que lo incrimine como terrorista. Además, si es o fue alguna vez, supongo que lo habrá aprendido de la CIA, no del *Che* Guevara ni de Mao Tsé Tung.

—No seas cínica, querida amiga. Si todo sale bien, te prometo unas vacaciones en Virgin Islands... en mi compañía.

—¡Ni lo sueñes! Sabes bien que el reverendo no lo aprobaría, al menos en tanto no estemos unidos por su bendición en algún acto multitudinario y yo, de punta en blanco, virginal hasta el tobillo, que aún sigo invicta. Pero de todos modos, no eres mi tipo. Conocí mejores...

—Bueno, si lo piensas bien, mi promesa sigue en pie. Ponte a trabajar ahora mismo. Nosotros iniciaremos la campaña y los demás diarios nos seguirán, aunque sea por inercia. Y ni media palabra respecto al papel de la CIA. Puedes relacionarlo con Al Fatah, o con la resistencia palestina del Hamas, con Hizbollah, Abú Sayyad, Abú Nidal o cualquier extremismo islámico, pero la CIA no debe entrar, ni con vaselina, en esta historia. Así que, toma la pala y ponte a hacer un trabajo arqueológico acerca de ese tipo. Todos sus datos obran en los archivos de Internet de la CIA, cuyo protocolo te

daré más tarde. ¡Buenos días!

El Dr. Timothy Schultz y su esposa Liliana Carreño, se tomaron unas merecidas vacaciones en Acapulco. Ella preferiría Cuernavaca, pero su esposo determinó que había demasiados *gringos* residentes en ese sitio. En la perla del Pacífico estarían más anónimos. No era cosa de encontrarse con alguien indeseable. Después de todo, su trabajo había concluido con relativo éxito y hasta recibió efusivos abrazos de sincero agradecimiento de sus primeros pacientes que regresaban a la libertad tras su ¿curación?

Nunca preguntó a los del servicio secreto por qué deseaban fanatizar en el Islam a sus pacientes pero sabía, o creía saber, para qué serían utilizados. Simplemente lo hizo, dentro de sus recursos, y finalmente todos fueron dados de alta. Ningún funcionario oficial simpatizaba con el Islam ni nada parecido, por lo que le extrañó tal cosa. Si le hubiesen pedido que les lavara el cerebro para que olvidasen su religión, pase, pero *lo otro* era altamente sugestivo.

El Dr. Schultz no estaba al tanto de la totalidad del plan Clave Uno, sino apenas de las fases iniciales. Al concluir éstas, le otorgaron un permiso de dos semanas de relax con todo pagado. Eligió México por ser el país de su esposa y por ser el lugar más cercano, cálido y acogedor. También era poco oneroso, como argumento decisivo. Además, gustaba del mar y en Maryland apenas lo veía de lejos, siempre encerrado en los laberínticos pasillos del supersecreto laboratorio dependiente de la secretaría de la Defensa, o en su hogar, donde también se sabía sometido a una vigilancia, discreta pero no menos ostensible. No hacía mucho descubrieron a un espía infil-

trado que trabajaba para los soviéticos, desde la *compañía*. La CIA estaba en el ojo de la tormenta, por ser este topo, de nombre Aldrich Ames, miembro mimado de los servicios secretos... y además, judío como él mismo.

De seguro su legajo obraría en poder de algunos capos de la *agencia* y la secretaría de la Defensa, pero estaba seguro de no haber dado nunca un mal paso, ni siquiera viéndose con otros emigrados residentes en el país. Todo estaba bajo control por lo que, de momento, olvidaría su trabajo y alquilaría algún yate de crucero. Su esposa le reprochaba últimamente su falta de atenciones, debido a su absorbente trabajo que no a otra causa, por lo que le obsequiaría una quinta luna de miel por el Pacífico durante diez días (su esposa tuvo tres maridos antes de casarse con él).

Liliana aceptó encantada, aunque no gustaba tanto del mar y, como buena latina que se preciara, deseaba visitar a sus parientes de Cuernavaca y Puebla quizá. De todas maneras, le agradeció la atención. El neurólogo pensó que pasaría sus vacaciones lejos de la furtiva vigilancia del servicio secreto y las tensiones del oficio, por lo que momentáneamente prefirió relajarse sin estar pendiente de cuanto ocurría a su alrededor.

Tras dos días entre el hotel y las playas, contrató un yate de mediano porte con todo y tripulación, cuidando que fueran nativos del lugar. Nunca están de más ciertas precauciones; especialmente si se forma parte de un equipo de *la pesada* de Tío Sam y está haciendo trabajos no del todo éticos. Y en esto último no se equivocó.

Daniel Huntington se reunió con la eficiente Helen Cunningham en el *hall* de la cafetería del diario capitalino. No intentaría presionarla, pero hacía tres días que le transmitiera las sugerencias y deseaba saber de los progresos de su redactora política respecto al caso Ben Laden. Para estas alturas, quizá ella se sabría de memoria no sólo el nombre del saudí, sino toda su biografía y árbol genealógico.

—Estuve indagando sobre el tal Ben Laden e incluso busqué sus notas (excelentes, por cierto) de las Universidades de Alejandría y El Cairo, pero, fuera de los brulotes de la CIA no pude hallar nada que lo vinculara con terrorismo, salvo que apoya y entrena eventualmente a los movimientos que luchan contra la ocupación israelí en Palestina y Líbano —dijo Helen, antes de que le preguntase algo su jefe—. Cuando adolescente fue un *playboy* y mujeriego, pese a su timidez. Pero a los dieciocho años, un maestro islamita egipcio, un tal Qutb, lo convirtió en un creyente modelo, austero y fiel. Es ingeniero civil, además.

—Recuerda que detrás de todo movimiento de liberación, o dentro de ellos, hay terroristas —exclamó Huntington, como recitando alguna salmodia de la ultraderecha *moonie*—. Antes del derrumbe comunista toda guerrilla era subversiva y perseguida. Ahora, ya no hay comunistas a quienes perseguir y nuestros ejércitos necesitan jaleo, ¿comprendes? Es una cuestión de supervivencia estratégica. Actualmente, los combatientes irregulares ocupan ese espacio dejado vacante por los camaradas leninistas.

—Creo que también se declaró la guerra al narcotráfico y se intentó militarizarla —replicó Helen Huntington, con mal disimu-

lada sorna—. ¿Es que ha fracasado la cruzada de Reagan, o nadie sabe decir que **no*** últimamente? Además, si precisan combatir a terroristas, pueden hacerlo en Hollywood. ¿Has visto “Scream”, «Viernes 13», «Halloween» o “Hannibal”? ¡A eso llamo yo apología del terror! Nuestros ciudadanos ahora temen hasta a sus sombras, gracias a los productores de truculencia cinematográfica.

—No seas irónica, querida. Sabes perfectamente que muchos gobiernos amigos prefirieron no militarizar el combate a las drogas por temor a la corrupción en filas militares, lo que representó un duro golpe a nuestras aspiraciones, justas por otra parte. En cuanto a Hollywood, es cierto que sus guionistas ganan carradas de dólares asustando a niños y adultos histéricos, pero negocios son negocios. ¿Acaso no pueden aspirar a la prosperidad?

—Hablando de *aspiraciones*, supe que muchos de nuestros guerreros *aspiran* algo más que ascensos, durante sus largas jornadas de vigilia en ser...vicio. ¿Es que la corrupción está alcanzando a nuestras filas, blanqueándolas con cocaína importada? ¿Es que sólo a los deportistas les hacen control de dopaje?

—Tu manera de enfocar las cosas me asusta, Helen. Mejor hablemos de la campaña. ¿Has averiguado algo más sobre Ben Laden?

—Sí. Es un tipo estrictamente creyente, si puede llamárselo así; no fuma ni bebe y practica su fe aún en plena batalla. Algo diferente a nuestros guerreros *high-tech*, que se pinchan las venas, hacen señales de humo sin mensaje alguno, con sus tagarninas de crack o *joints* de marihuana y trasiegan al colete hasta el agua de los

* Se refiere al eslogan JUST SAY NO de la campaña de Reagan contra las drogas. N. del a.

radiadores. Si eso te dice algo... ¡Ah! No recurrí sólo a la *web* de la CIA, sino a otras fuentes algo más confiables, como los archivos del *Washington Post* y testimonios de sus hermanos, que son casi cincuenta, muchos de ellos residentes en el país, y algunos informes de la Liga Árabe, anteriores a la retirada soviética de Afganistán, además de la cadena *Al Yezira*, de Qatar; aunque ésta anda algo inficionada por la CIA últimamente, y a veces hace truquitos con vídeos montados en Langley. Nuestro hombre mantiene una Asociación Americana de Estudios Islámicos con una dotación de casi cuarenta millones anuales, y otra en Inglaterra para incentivar las relaciones cristiano-musulmanas. Todo un filántropo, diría. Además su familia está en relaciones de casi concubinato con el clan presidencial y su entorno político, con la intermediación del príncipe Bandar Ben Sultán, embajador saudita en Washington, D.C., además de otros hermanos, James R. Bath y Frank Carlucci, del Carlyle Group, traficantes de chatarra bélica a tiempo completo.

—Eso ya lo sé, Helen, pero no viene al caso. Te dije que busques algún talón de Aquiles de nuestro hombre, y no te he pedido mucho. La Casa Blanca confía en nosotros.

—Si quieres que te sea sincera, cada vez me cae más simpático el Ben Laden ése, a pesar de que el Islam me da úlceras en el duodeno. Más que nada por lo machistas y patriarcales. Si la Casa Blanca trama algo, será mejor que lo expliquen con toda sinceridad y se dejen de jugar al escondite, usándonos como trapo de ensuciar. O mejor búscate alguien con menos escrúpulos para difamar a quien no sabemos si existe o es una enteleguía creada por la CIA, al igual que el monstruo de *Frankenstein*.

—Me temo, Helen querida, que debo prescindir de tus servicios en la sección política del diario. ¿Acaso no sabes que las razones de la Casa Blanca son inobjetable, como todas las razones de Estado? Tal vez te sientas más a gusto en *Sociales*, o en *Educación para la Familia*... ¿O prefieres *deportes*?

—Pues siendo así, preferiría buscar otro empleo. La palabra **ética** aún figura en mi léxico, pese a tener que trabajar para este imperio de la manipulación llamado *Moon*, al que me afilié sólo para no morir de hambre o mendigar al seguro de desempleo.

Sin esperar más, la redactora con gesto altivo se dirigió a su oficina a retirar sus pertenencias, pese a las conciliatorias palabras de disculpas de Huntington primero, y a sus súplicas después.

El yate “Barracuda” se dirigió hacia el poniente a toda máquina, desde el puerto de Acapulco, con sus tres tripulantes y la pareja de turistas *gringos* a bordo, aunque Liliana Carreño era tan mexicana como los primeros, aún con su disfraz de rubia. El Dr. Timothy Schultz, caña y aparejos en mano, se relajaba al sol en cubierta, cerca de la popa, pensando quizá en atrapar algún pez espada u otra presa de buen tamaño, aunque más no fuese para presumir en Fort Detrick, ante sus colegas, o ante los parientes políticos de Cuernavaca.

El cielo lucía claro y el mar estaba en relativa calma, como presagiando alguna tempestad en breve, pese al oleaje sereno. Sus dos potentes motores diesel rugían suavemente, como gatos en reposo, llevando la embarcación a veinticinco nudos, casi cabalgando sobre

las olas. Los doce metros de eslora de la nave le otorgaban cierta majestad y sensación de poder. Liliana Carreño, o *misia Schultz*, como solían llamarla los atentos mexicanos de la tripulación, tomaba sol en bikini cerca de su esposo, ya que su figura aún daba para presumir. Pidió al camarero del barco, llamado José Martínez, una *piña colada* para espantar la canícula que iba quemándola por dentro. El cielo azul aparentaba un dosel magnífico con el tul de nubes casi transparentes sobre su cabeza y el mar resplandecía calmo, copiando el color del cielo en sus aguas.

No supo por qué, recordó una frase del emperador Maximiliano al general Mejía, poco antes de sus ejecuciones a manos de las tropas de Juárez: “¡Qué bello día para morir!”. De pronto, le pareció que efectivamente el día estaba bello y azul diáfano por encima y por debajo de la nave.

El grito de alegría de su esposo al sentir la picadura de un gran pez coincidió, casi exactamente, con la tremenda explosión que prácticamente partió en dos el casco del yate, el cual se hundió en pocos segundos sin dejar sobrevivientes, quedando el paisaje marino totalmente solitario sin señales de vida, excepto un pez-vela que saltaba sobre la superficie arrastrando una inútil caña de pescar.

En los muelles de Acapulco, casi en ese mismo momento, dos hombres-rana se despojaban de sus trajes de neopreno, verificando luego su costoso equipo de buceo, que cargaron en una camioneta diesel de lujo. Sólo faltaban entre sus pertenencias dos *bombas-lapa* magnéticas, temporizadas y de alto poder, que habían sido adheridas, poco antes de su partida, en la quilla del casco metálico del “Barracuda”. El mar seguía sereno, como si nada.

REMEMBER THE MAINES!



δ

Obsecuencia debida

El almirante Mitchkowski aguardaba impaciente en uno de sus despachos, situado en el corazón del cuartel general de la CIA en Washington, D.C., el reporte de los dos agentes enviados a México, tras las huellas del Dr. Schultz, por orden verbal de la FEMA. aún no se habían comunicado en los últimos dos días. Y eso que Acapulco estaba a escasas horas de vuelo de allí. El neurólogo realizó a conciencia su trabajo, pero las razones de Estado primaban por sobre cualquier otra razón, y la orden superior era no dejar evidencias de lo que se preparaba en un cercano futuro.

Además, Yakov Shugalovitch, viejo conocido suyo que adoptara el alias de Timothy Schultz, era doblemente peligroso. Tanto en su carácter de funcionario extranjero en área de alta seguridad, como por las sospechas recientemente confirmadas de su antigua militancia en el KGB y en su antecesora MVD, como experto entrenador de agentes *dormidos* y *topos*, aunque nunca haya ejercido como tal des-

de su llegada al país en los años setenta.

El mes de enero estaba en su fase más gélida y la nieve cubría los campos del noreste de los Estados Unidos, aunque de seguro en México hubiera una temperatura casi templada, lo que tal vez incitaría a los agentes a chapotear en el mar azul de Acapulco, antes de regresar al frío de Washington.

Prefirió no hacer uso de aparatos celulares y aguardar el regreso de sus enviados, no fuera que se filtrara alguna infidencia o alguien orinase fuera del tarro. Aún en el imperio de la libertad vigilada, era mejor la opacidad que la transparencia. Justamente ésta (Glastnost), fue la que produjera la decadencia y derrumbe del sistema soviético. Además los secretos siempre fueron el alma y la esencia de todo Estado que se preciara de tal. Es cierto que, a veces, la prensa doméstica es hostil con ciertas administraciones, pero eso puede remediarse con algunas dosis de manipulación informativa, que la misma historia oficial se encarga de transmitir al futuro, prolongando sus alcances a otras generaciones; las que seguirán haciendo lo mismo, hasta que la mentira se convierta en mito, leyenda... o religión ciudadana.

Si la ciudadanía conociera la historia real de la nación quizá muchos “próceres” y “padres de la patria” serían carne de patíbulo moral; devendrían en calcinadas cenizas de mitos románticos o villanos epopéyicos. El almirante Stephan Mitchkowski, como buen intrigante profesional que era, desde su ingreso a los servicios secretos, prefería ignorar verdades crudas y cocinar mentiras a medias con todo su jugo, como solía preparar la carne a la barbacoa o *bistec* grillado, con algo de sangre, para conservar viva la memoria de la

barbarie caníbal y troglodita de los antepasados.

Sus ancestros, europeos orientales, no tuvieron una patria independiente hasta casi después del deshielo y licuefacción del régimen comunista y odiaba toda ideología que vulnerase sus creencias. Era un pistolero de primera clase al servicio, no de la nación norteamericana, sino de una camarilla corrupta que accionaba en las sombras de logias crípticas y *clubes* exóticos, como el *Bohemian Grove*, cuyos adeptos se reúnen anualmente en un bosque de secuoyas, en California, alrededor de un búho de piedra, vestidos con túnicas negras, rojas y doradas, para practicar misteriosos ritos neopaganos, aunque nunca faltaban a sus iglesias reformistas los domingos., ni los sábados en sus sinagogas, por si acaso *La Palabra* estuviera en algunas de ellas; aunque sus verdaderos templos eran los bancos.

Su abuelo también fue mercenario, en los ejércitos prusianos, para no pasar hambre en su nativa Polonia; la romántica Polonia de Sobieski, de Wenceslao y Chopin; la de Pilsudski el temerario, quien con su frágil caballería pusiera en fuga, a través del Vístula, a los bárbaros bolcheviques de Tukhazhevskii en los años veinte. En fin, se sentía orgulloso de tener esa sangre heroica y varsoviana. Mas a veces tenía algún atisbo de vergüenza por sus acciones sombrías en pro de ciertas razones de Estado, escudado en el anonimato de la cobardía y la impunidad que otorga el Poder de lo oscuro a sus peones de siega, a sus sacerdotes degolladores rituales.

El almirante Mitchkowski, antes que seguir pensando en tales cosas, prefirió contrariar su abstemia austeridad, sirviéndose una buena dosis de *wiskey* de Kentucky, no tan bueno éste como el original *scotch*. Una hora más tarde y medio litro de por medio, durmió

profundamente en el diván de su despacho, aunque de seguro no tendría sueños placenteros.

Helen Cunningham se dirigió hacia la salida del diario en que hubo trabajado hasta minutos antes. No hizo mucho caso de las súplicas de su jefe, ni de la posible excomunión del reverendo Moon. Ni siquiera exigió su liquidación de rigor. Pese a ello, se sintió feliz de estar en la calle, aún azotada por la nieve, pero sin la presión constante de la redacción y de los cierres de edición cotidianos. No tenía prisa y caminó sin rumbo por las nevadas calles de Washington, en dirección al río Potomac, el cual debería estar helado en pleno enero, como para patinar sobre él.

Había pasado sola la Navidad y el fin de año, en su modesto departamento de soltera, sin otra compañía que sus peces de colores y sus tortugas, pero se sentía libre y feliz. Quizá pudiera desligarse de la iglesia del Espíritu Santo de la Unificación e ingresar en cualquiera otra menos exótica. Tal vez ni siquiera eso fuese necesario para su conciencia, luego de la prueba pasada. Después de todo, lo espiritual no precisa de ninguna religión o secta para conocerse introspectivamente a sí misma. Sabía que debería buscar otro empleo, o ganar dinero como fuese —honestamente, por supuesto—, antes que la desahuciaran por no abonar el alquiler. Pero aquello la tenía sin cuidado por el momento. Disfrutaría de su inesperada libertad y luego vería qué hacer. Su madre estaba residiendo en la bucólica Wisconsin y quizá la visitaría, sin la premura obligada por el trabajo, o tal vez fuese a vivir con ella para hacerle compañía. A veces dos soledades se disfrutaban mejor que una.

En el *Washington Times*, Dan Huntington se hallaba en aprietos ante la orden terminante en que se había convertido la primigenia *sugerencia* de los superiores y de la Casa Blanca. No tuvo más remedio que encerrarse en su despacho y navegar por las interminables autopistas informáticas para investigar sobre el escurridizo guerrillero saudita. Alguien debía hacerlo. ¿Por qué no él mismo? Si no hallaba nada más que los dudosos informes del *dossier* de la CIA, habría que inventar algo o ¿claudicar?... como Helen.

El almirante Mitchkowski despertó por la madrugada en su despacho del cuartel central de la CIA, tras la abundante e insólita ingestión etílica, con una pertinaz cefalea, producto quizá de su escasa cultura alcohólica y su celo patriótico exacerbado al límite.

Maldijo el momento en que aceptó el cargo y la responsabilidad de conducir a los Estados Unidos a la guerra, contra un enemigo que aún no tenía la menor noción de serlo e incluso había sido un valioso aliado en un cercano pasado y hasta eran casi amigos. Había estado en Afganistán como agente secreto y conocía demasiado bien a Osama Ben Laden, cuya familia mantenía relaciones muy estrechas con la del Presidente... y sus negocios vinculados con el petróleo. La tensión de llevar en su mente la casi totalidad del plan *Clave Uno* lo tenía malhumorado y en varias ocasiones hizo víctima de sus iras verbales a su esposa Coretta, aunque luego se arrepintiera rogando disculpas extemporáneas.

La reciente guerra del Golfo Pérsico produjo un tendal de esquizofrénicos, paranoicos, maniáticos y desubicados, amén de enfer-

medades desconocidas a causa del uso de uranio empobrecido, residual de centrales nucleares, en las municiones de artillería y de los tanques aliados, hecho ignorado por los combatientes.

Otra guerra sería devastadora para los propios Estados Unidos, aún en el supuesto caso de victoria y conquista de nuevas fuentes de recursos minerales. Su conciencia no podría soportar semejante carga y responsabilidad. Los medios de destrucción disponibles en los arsenales propios eran aterradores... y los del enemigo, quizá impredecibles. Una guerra de alta tecnología alteraría todo el orden global y sus resultados podrían no coincidir con los planes, sin contar con el “*efecto boomerang*”, siempre al acecho.

Haber subestimado a un enemigo pobre, fue el trágico error de los norteamericanos en Vietnam. La dura y dolorosa lección hizo que la ciudadanía repudiase todo lo relacionado a un ejército que, en lugar de defender las fronteras propias, servía de punta de lanza a las transnacionales para invadir tierras extrañas en pro de intereses ajenos al pueblo estadounidense, aunque afirmaran lo contrario para dorarles la píldora.

Buscó en su escritorio algún analgésico que aliviase su resaca, aunque con nulos resultados; debiendo llamar al asistente de guardia para que lo proveyera de *ibuprofen* desde la enfermería del cuartel general. Tras intentar serenarse, buscó en sus herméticos muebles blindados todo lo concerniente al plan *Clave Uno*, a fin de repasar los próximos cursos de acción. Los sujetos ya estaban en libertad y sólo habría que esperar que ellos mismos actuaran por sí, con la inducción que llevaban en su subconsciente.

En Fase Cinco estaban enunciados los objetivos enemigos a

destruir, las posibles bajas a lamentar y la propaganda posterior contra el supuesto enemigo de la nación. La relectura del plan lo volvió a estremecer. ¡Estos malditos cerebros lo habían previsto todo... o casi todo! Tanteó con sus dedos la culata de la pistola *Colt* de nueve milímetros, que portaba en sobaquera. La tentación de suicidarse era arrasadora, pero pudo calcular que, tras su solemne sepelio otro lo reemplazaría, en menos tiempo de lo que tardaría el *rigor mortis* en atesarlo. La máquina no debe detenerse y las razones de Estado son impostergables. Pero... ¿qué significaba la palabra “Estado”? ¿Acaso una nación con todo y habitantes? ¿O tan sólo el poder político y militar? ¡Vaya dilema el suyo! Después de todo era militar; un hombre de acción, no un leguleyo de gabinete.

Finalmente, guardó sus preciados legajos y, tras cancelar su contenedor, se sirvió otro *wiskey* triple, cuidando de descargar las balas de su arma, por si lo acometiesen nuevamente los fantasmas del suicidio. Después de todo, él no era un *samurai* de la patria, sino apenas un mercenario del mercantilismo. Nada más que un mercenario. Su código de honor inculcado en la Academia Naval, hacía agua por todos lados y escoraba a estribor; había caducado tiempo atrás por vencimiento de principios y se hallaba en avanzado proceso de descomposición, como una suerte de cadáver espiritual.

El general Leslie Northmoreland, en su carácter de jefe del Comando Sur del ejército de los Estados Unidos, se reunió con algunos subalternos inmediatos en Fort Leavenworth, Kansas, a fin de revelar las instrucciones surgidas del Pentágono y, de seguro, de las

mentes de algunos iluminados profetas de lo obvio; esos asesores bien pagados que pululan en el ambiente de la alta política y sirven sólo para llenar nóminas inútiles. Tras contemplar a sus subalternos —estirados, pelicortos, afeitados y planchaditos, como si fuesen perchas vivientes—, tomó un resuello y se aclaró la garganta para iniciar su conferencia.

—Tenemos orden de enviar un reducido contingente de tropas al Paraguay (—¿Dónde demonios queda **eso**, por Dios? —se preguntaron, sin duda algunos de los presentes.), para efectuar investigaciones sobre los recursos acuíferos existentes en varias áreas indeterminadas —comenzó el general en el *briefing* recién iniciado—. Según los expertos en proyección estratégica, el agua será, en veinte años más, uno de los recursos más valiosos y disputados del planeta. Más que nada, a causa de la contaminación de ríos, lagos, mares y otras fuentes de superficie en el primer mundo. Señaló con un puntero láser un gigantesco mapa satelital de América del Sur, en la pared a sus espaldas, hacia un diminuto país situado en su centro.

—Esta vasta región sudamericana —prosiguió— conocida como “Acuífero Guaraní”, es la extensión de napas profundas de agua pura más grande del planeta, fuera de los hielos antárticos; y necesitamos afirmar nuestra presencia militar en esta zona. Si bien el acuífero mencionado se halla bajo el subsuelo de cuatro naciones, el Paraguay goza de posición privilegiada para las prospecciones. En primer lugar, por su situación geográfica. Entre 19 y 28 grados de latitud sur y los 63 y 54 grados de longitud oeste, en el corazón mismo de América del Sur. En segundo lugar, por la venalidad de sus políticos, lo que facilitará nuestra tarea. Utilizaremos el aeródromo

de la ciudad de Concepción, a unos trescientos kilómetros al norte de la capital (señaló la línea del Trópico de Capricornio). Posee el Paraguay un clima subtropical y está surcado de norte a sur por dos grandes ríos navegables: el Paraná y el Paraguay, que da su nombre al país. Para tal propósito, partirán varias misiones a fin de realizar tareas de tipo asistencial; por supuesto, con la anuencia de su gobierno. El operativo se denominará “Nuevos Horizontes” y los acompañará la banda “Unitas” de la Armada de los Estados Unidos, que se encargará de entretener a los civiles con públicos conciertos de música clásica y popular. Esto, quizá pueda evitar manifestaciones contra nuestra presencia militar allí. Mientras tanto en las zonas rurales, actuarán los ingenieros y médicos que asistirán a las poblaciones carenciadas para conocer de cerca las necesidades del sector, controlar a los médicos cubanos que ejercen en los asentamientos campesinos y verificar la existencia de focos de insurgencia exógena. Hay informaciones de que enviados de las FARC colombianas han anidado por ahí, y nunca está de más verificar la veracidad de tales rumores. Además, controlaremos con nuestros helicópteros las plantaciones de marihuana existentes en el lugar.

Señaló una zona denominada Departamento de San Pedro, sembrada de asentamientos furtivos, ocupaciones de tierras y latifundios privados, donde se desempeñarían los médicos militares estadounidenses, dejando sitio libre a los ingenieros que realizarían la prospección y muestreo del vital líquido a profundidad, construyendo, de paso, pozos artesianos para las poblaciones locales.

El general Northmoreland contempló a los militares reunidos en torno al mapa, como buscando explorar sus rostros en procura de

algún interrogante; pero, tras comprobar que nadie hablaría, quizá por tener bostezos reprimidos a flor de labios, prosiguió:

—Todos los datos reunidos en esta misión, deberán ser ordenados en el Pentágono, luego de analizados por nuestros expertos en recursos no renovables. En lo futuro quizá tengamos que disponer de agua potable por las buenas... o por las otras.

En ese punto de su exposición pudo notar algunas expresiones de curiosidad o asombro, así como la desaparición repentina de los bostezos habituales en este tipo de conferencias. Poco más tarde todos se enfrascaron en un animado debate acerca de posibles guerras de conquista en el patio trasero austral del imperio, sin rubores ni titubeos éticos inútiles. Northmoreland les recordó que también debían tener en cuenta al vecino del norte: Canadá, como posible curso de acción, pero por el momento deberían guardar estricta discreción sobre el tema... por razones de Estado. Alertó a sus subordinados sobre severas penas, para quienes tuviesen la idea de probar la marihuana paraguaya, una de las mejores del mundo, dicho sea de paso, en sus cuarteles provisionales o fuera de ellos. También se prohibiría confraternizar con civiles, no fuera a ser que se pusiesen luego de parte de los nativos en una futura confrontación, como ocurrió en Vietnam con algunos soldados, asqueados con la política militar de Lyndon Johnson y Henry Kissinger.

Helen Cunningham llegó a su apartamento bien entrada la noche, cuando una recia ventisca amenazaba con arrancarle sus ropas. Había caminado toda la tarde, desde que saliera del diario,

aunque no se sentía cansada sino con frío y quizá le apetecería un té caliente junto al radiador, pues chimenea no poseía su albergue. La calefacción estaba en alerta, por lo que se despojó de su abrigo y sus botas de nieve antes de dirigirse a la cocina en pos del té. No tenía prisa por acostarse y quizá leería alguna novela gótica, como cualquier dama de casi cuatro décadas que se preciara de culta.

Diez minutos más tarde y taza en mano, se sentó a reposar y ni bien estaba seleccionando qué leer, sonó el llamador. De mala gana fue a atender a quien fuese que la visitara a hora tan intempestiva. Tras preguntar a través del portero eléctrico la identidad de su visita, abrió la puerta. Era Daniel Huntington, con cara compungida de *yo-no-fui* y un ramo de flores, algo marchitas por la inclemente temperatura. Aún tenía restos de nieve en su cabeza y chorreaba humedad.

—Pasa —dijo secamente, como quien concede una gracia a un condenado—. Tengo té caliente, un resto de paciencia sin usar y una hora de tiempo para ti. No te prometo más. No son horas apropiadas para visitar a una dama decente.

—Gracias, Helen. Sabía que te encontraría —el tono de su voz develaba un hálito de súplica, aunque no tanto—. Quiero que olvides lo de esta tarde y regreses a tu labor. No me importa la Casa Blanca, ni el reverendo, ni los halcones republicanos, ni Ben Laden. Nos necesitamos y creo que te voy a extrañar. Vendrán tiempos difíciles y será mejor estar despiertos y en buena compañía. ¿Has cenado ya?

—No, pero tampoco me apetece. Toma asiento y explícame qué te pasa. No siento necesidad de regresar al WT, ni siquiera para

retirar lo que me corresponde de este mes. Tampoco me interesa la Iglesia de la Unificación. Podéis ir todos a... a la mismísima mierda del espíritu santo, con todo y ángeles. Y ¿qué es eso de "nos necesitamos? Explicámelo, pues no creo necesitarte.

—Olvidalo. Pero si de todos modos decides irte del *Times*, te seguiré. Tampoco puedo ignorar que algo sucio se está cocinando en los atadores de los alquimistas negros de la demencialidad política. Yo también fui “trabajado” por los pastores de Moon para asumir la defensa de valores ultraconservadores. Y me niego a aceptar que algunos líderes desearan en serio la libertad de sus hermanos. Pero voy viendo claro los tentáculos del poder, poco a poco. ¿Gustarías de ir a Sudamérica a probar suerte como corresponsales de cualquier pasquín que no fuese el WT? Tengo amigos en una revista de tendencias progresistas y quizá me den... nos den trabajo fuera del país.

—Me sorprendes. Tampoco supiste que debí recibir la bendición del reverendo sólo para encontrar empleo decente en una de sus muchas empresas evasoras de impuestos. Y ahora, ya ves, debo asumir mis principios. Tampoco me interesa demasiado el Cono Sur, ni la prensa, ni la política. No eres mi tipo. Ahora, si deseas pasar por un juzgado para formalizar algún contrato bipersonal, frente a un juez en lo civil... digamos... quizá lo pensaría atareando mis neuronas en exceso.

El casi sombrío que no asombrado rostro de Huntington comenzó a arrojar sombras fuera de sí, iniciando el dibujo, curvo y mediolunado de una sonrisa de alivio. Quizá también él debería pensarlo. Y pensarlo bien. Tan bien como le cayó la propuesta de Helen, que también le caía bien, aunque no se atreviera a expresar-

lo nunca.

Dos meses más tarde, recalaron en Asunción, capital de una especie de Isla de la Tortuga mediterránea; pletórica de tesoros desviados, piratas de maletín, ejecutivos de bandas, contrabandos y contrabandas, amén de otros ejemplares, patibularios pero elegantes. Al menos esa imagen la obtuvieron en su país antes de radicarse en el mismísimo galeón de Barbanegra, o en esa isla, rodeada de tierra ajena, llamada Paraguay. Pero por lo menos ya no estarían obligados a crear cargos contra un legendario desconocido, casi inexistente para el mundo.

De todos modos, hacía años que se iniciara una campaña soterrada para dar con Osama Ben Laden. Hasta el mismísimo Bill Clinton (apodado *Clintoris* por alguna razón que escapa a toda razón, sin duda) había enviado un cuerpo de élite a la desértica y misteriosa Afganistán para dar con él, vivo o *neutralizado*, como diría cierto manual muy leído en secreto, en los calientes años setenta. Ninguno regresó, ni siquiera por correspondencia. Se los tragó la tierra de Kandahar, quizá para siempre. Por otra parte, tanto Clinton como sus supuestos adversarios políticos eran miembros del C.F.R., de la oscura logia de Bilderberg y de la Comisión Trilateral. Cierta prensa, vinculada a la extrema derecha del Señor, dio en pitar la largada de la campaña contra el guerrillero disidente. A partir de allí, se lanzó el *Tally ho**, para cazar al zorro de Kandahar. La cruzada, no tan santa, vendría meses después, de manera inesperada para muchos. Para unos cuantos, no tan inesperada.

De todos modos, el régimen Talibán se hizo odiar con no poca

* Expresión usada por los aristócratas ingleses en las cacerías de zorros, aunque a todas luces in traducible. N. del a.

razón —en todo el mundo occidental y parte del otro— al reducir a polvo, artillería pesada mediante, a los gigantescos Budas de Bamiyan, como también por su feroz discriminación sexual y su hipócrita rigurosidad moral. La tierra estaba abonada para la siembra de vientos del norte. La tecnología destructora más actualizada del siglo XXI sería en breve utilizada contra pastores de camellos, más culpables por su fanática ignorancia que por otra cosa. Washington estaba a la búsqueda de enemigos, como el perdonavidas *gun man* del oeste que buscaba, de pueblo en pueblo, con quién batirse a duelo. Y estaba a punto de hallarlo, como de costumbre, en desigualdad de condiciones, como un atleta frente a un minusválido.

Tim Hutton cedió el comando del *Cessna* al parlanchín saudita Ahmed Ben Abazzi, situado a su derecha, que preguntaba por los detalles más nimios, sobre el país, que no de aeronáutica. La pequeña aeronave se mantenía literalmente pegada a las costas de Key West a fin de estar cerca de algún aeródromo, por si acaso, pero era evidente que el árabe sabía pilotar. Apenas tomó los mandos de la avioneta, la condujo con una suavidad digna de Richard Bach, el escritor aeronauta. El mar azul reverberaba con prístinos destellos a la luz solar de la Florida. Pocos cúmulos, de tanto en tanto, daban un toque mágico al paseo aéreo, como señalizando las invisibles autopistas celestes. Tras más de dos horas en el aire el saudí puso rumbo al aeródromo de Dade County. Luego le tocaría a su compañero Hassan Mahfud Al Sabbah. Muy pronto quizá probaría los mandos de un bimotor *turbo Beechcraft*, si conseguía hacer un ate-

rrizaje impecable. En tanto Murray Malone tenía ya firmado contrato con otros cuatro árabes, llegados al país en las mismas condiciones que los dos primeros, a fin de recibir instrucción de vuelo. Según el gobernador de la Florida, estos últimos debían trasladar a su país sendos aviones de pasajeros para la compañía aérea, propiedad de la familia real saudita. Mientras la Boeing preparaba las naves, ellos aprenderían los secretos de la navegación por instrumentos y GPS (*Global Positioning System*). Hasta poco antes, la pequeña empresa de vuelos *charter* e instrucción de pilotaje de Malone, planeaba con piloto automático hacia la quiebra, a causa de la escasez de clientes y los elevados costes de mantenimiento. La providencial llegada de los distinguidos clientes salvó sus compromisos dejándole de paso lo necesario como para engordar las cuentas de ambos. ¡Loado sea Allah de los Petrodólares! Sólo faltaba un detalle: conseguir luego bimotores *jet* para la tercera etapa de la instrucción de los árabes, pero podrían alquilarlos de alguna compañía de *leasing* de otro estado. Incluso la propia Boeing podría prestarles un 767 similar al modelo pedido por el rey saudita para su aerolínea privada.

Afortunadamente en su gran nación cabían todas las posibilidades y disponían de todos los recursos. ¿Qué más podrían desear? Quizá más árabes, tan generosos y aplicados como sus discípulos.





¿Política exterior o injerencia armada?

El general Leslie Northmoreland abordó el pequeño Learjet bimotor del U.S. Army en el aeropuerto militar cercano a Fort Leavenworth. No tenía prisa por llegar a destino, ya que había acabado su trabajo satisfactoriamente y retornaba a la sede del Comando Sur en la Florida. La operación “Nuevos Horizontes” estaba en marcha y el contingente había partido hacia el Paraguay (¡Estos países tercermundistas tienen cada nombre difícil!), de acuerdo al cronograma fijado.

El general Northmoreland tuvo información tardía de que el Congreso paraguayo no veía con buenos ojos la política de hechos consumados y sólo los buenos oficios de la embajada salvaron el operativo. Washington no había comunicado ni pedido venia a dicho Congreso, hasta que las tropas hubieron llegado al país sudamericano, lo que causó alguna roncha en los, no muy honorables, dicho sea de paso, políticos guaraníes, más devotos de sus intereses que de los

de su país.

Por fortuna, para ellos, no se abortó el operativo y los ingenieros militares americanos estaban perforando el rojo suelo concepcionero en busca del precioso líquido, por cuya obtención habría sórdidas guerras regionales en el futuro. Los Estados Unidos tendrían asegurada su provisión de agua en el siglo XXI, de ser posible sin disparar más tiros de los precisos. Aunque justo es reconocerlo, tenían munición de sobra para lo que fuere, por lo que el ahorro de pólvora no estaba en los planes prioritarios del Pentágono, pues la tenían hasta para chimangos y anexos.

Helen Cunningham y Dan Huntington descendieron del reactor de American Airlines en el aeropuerto de Luque, en las cercanías de la capital paraguaya. Nadie los esperaba, ni ellos esperaban ser recibidos, pero la presencia cercana de dos orientales en el mismo avión los alertó, sin que supiesen bien por qué. No ignoraban que Sun Myung Moon tenía tentáculos en todo el globo, pero, en Paraguay... ¡vaya! Aunque quizá no fuesen coreanos, sino chinos o japoneses de los miles que pululan en el mundo. De todos modos, ambos agradecieron al instinto que los alertara.

Helen manejaba aceptablemente el castellano, por haber vivido un par de años en México como periodista *free-lance*, por lo que decidió adquirir algunos periódicos locales en el lobby del aeropuerto. Allí pudo comprobar con alguna certeza que, estuviesen donde estuviesen, la presencia invisible pero ominosa de los *moonies* los seguiría como sombra. Uno de los periódicos adquiridos tenía una

asombrosa semejanza con el Washington Times, en el formato, diagramación y presentación gráfica. Efectivamente el semanario de marras, se denominaba “Tiempos del Mundo” y era un apéndice, refrito en tabloide cervantino —algo chévere, es cierto— del WT.

Por suerte para ellos, los orientales parecían muy entretenidos charlando con otros paisanos recién llegados de alguna antípoda del planeta y no les dieron importancia. ¿Se estarían volviendo paranoicos? Antes de partir de los Estados Unidos, Helen y Dan se habían casado civilmente en New York, en un pequeño juzgado de Manhattan, sin la venia y bendición del reverendo Moon y aprovecharían el viaje para su luna de miel, antes de ponerse a trabajar para la revista *The New Republic*, que, justamente, sustentaba ideas razonablemente opuestas a las del ultraconservador WT.

Andrés Colina, un periodista paraguayo del diario *Ultimos Tiempos*, a quien conocieran en el aeropuerto, amablemente los condujo en su móvil hasta un hotel en el que, casualmente, los orientales también se alojaban y, por las apariencias, habrían venido en el mismo avión. ¿Sería mera coincidencia, o estaban siguiéndoles los pasos?

Desertar de la secta Moon había sido una decisión incómoda, pues todo «iniciado» aporta su diezmo a ella; es decir a las cuentas del reverendo y su esposa, amos de un imperio seudoespiritual muy vasto exento de impuestos terrenales y celestiales.

Justamente la misión que los llevara al Paraguay, se relacionaba, entre otras cosas, con la compra —por parte de personeros de la secta— de extensos latifundios en el Alto Paraguay, propiedades de la antigua empresa taninera Carlos Casado del Alisal, con todo y

habitantes, además de acciones de un periódico *in the pendiente* de harta circulación. El escándalo repercutió en el mundo entero, gracias a Internet y a la prensa paraguaya comprometida, que cuestionó el modo críptico y crepuscular con el que se realizó la operación. Por otra parte, la injerencia descarada de tropas norteamericanas ¿de ocupación? en el Departamento de San Pedro y otras zonas rurales de Latinoamérica, una suerte de Plan Colombia australizado, no era vista con simpatía por la intelectualidad norteamericana de la *new-left*, especialmente por el lingüista Noam Chomski, Harold Laski y otros, entre quienes se hallaba Donald Webster, director de la revista que los enviara a Paraguay.

Tras varios días de investigar con algunas organizaciones no gubernamentales, Dan y Helen tuvieron un panorama aproximado de cuanto sucedía en el país sureño: un alto índice de corrupción y un bajísimo tenor de transparencia. Casi como el suyo, salvo el idioma y los métodos algo rocambolescos. Aunque la opinión pública norteamericana está más o menos organizada, la prensa y el gobierno no cooperan demasiado para la difusión de verdades urticantes, salvo que uno de los partidos en la cima tenga prensa hostil. Y en cuyo caso por lo general se apela al sensacionalismo para aumentar ventas. O simplemente un sector de prensa defiende intereses opuestos, frente a otros intereses del círculo áulico del poder. Nada nuevo bajo el sol.

Dan recordó los días pasados en Washington, bajo la presión de los políticos y los empresarios vinculados a ellos. Especialmente los de la ultraderecha, afín a los moonies y republicanos milenaristas norteamericanos. La tensión era la constante, siempre buscando

do culpables de los deslices de la alta política. Por lo menos en el Paraguay estaría menos comprimido, o al menos así lo creía. Hasta pudo olvidar a Osama Ben Laden, aunque no por mucho tiempo.

En Puerto Casado, muy al norte de Asunción, hubo manifestaciones de protesta a causa de la operación de compra del pueblo y tierras aledañas por parte de empresas afines a los moonies. Para evitar suspicacias, Helen acudió a dicho lugar sola a tomar fotografías y entrevistar a los lugareños que corrían el riesgo de quedar sin sus hogares y tierras de subsistencia. Pudo captar el conflicto *in situ*, aunque poco podría hacer para impedirlo. Apenas enviar notas a la prensa internacional a fin de dar a conocer cuanto acontecía en un lejano país tercermundista, resignado a serlo irremediablemente por obra y desgracia de la división internacional del trabajo y la sobornización de sus dirigentes espurios.

El almirante Mitchkowski se repuso rápidamente de su crisis existencial, pudiendo asumir la responsabilidad inherente a su alto cargo, sin cargos de conciencia... por el momento. Por entonces, la escuela de pilotaje de Murray Malone se hallaba en plena acción y con las debidas bendiciones de *la compañía*. Los pasaportes y trámites de radicación de los extranjeros estaban a cargo directo del Departamento de Estado y de la CIA, aunque el Departamento de Inmigraciones, se mantenía discretamente al margen del asunto, cual si no le concerniera en absoluto. Todo debía transcurrir por los cauces legales, al menos en apariencia. Miles de millones de dólares de contratos de material bélico y petróleo estratégico dependían de

él, en su función de enlace entre la CIA y el Ejecutivo y del modo discreto en que manejase la situación. No quería pensar en lo que ocurriría de consumarse todo lo previsto en el plan; pero podía visualizar a miles de manifestantes, pidiendo a los gritos la destrucción del supuesto enemigo y solicitando plaza en las fuerzas armadas. Podía “ver” en su mente, multitudes de idiotas desinformados, agitando banderas y pidiendo las cabezas de los adversarios de los Estados Unidos. ¿Y después, qué?

Mitchkowski tomó un resuello en medio del tráfigo burocrático y se sirvió otro bourbon con hielo. Tantos años se había mantenido abstemio, para acabar, al final de una carrera irreprochable, poseído por los anestésicos vapores del alcohol, intentando ahogar los gritos que brotaban de su conciencia, casi sin lograrlo; excepto cuando se hallaba sumido por el trajín de su reciente oficio de tejedor de intrigas. A esto debería añadirse que la telaraña *web* era la trama del nuevo tejido de los servicios secretos de las potencias, subpotencias, mini potencias y micropotencias, del planeta de los ex simios, llamado Tierra. El reino de la bestia del apocalipsis iba construyéndose paso a paso, guerra a guerra, hambre a hambre, peste a peste, mentira a mentira. La ingeniería social de los nuevos señoríos feudales, se llevaba a calmo paso, con paciencia malthusiana, crueldad inquisitorial y precisión administrativa.

Los pueblos pobres del mundo estaban de paramales, que no de parabienes, más que nada a causa de un cáncer denominado corrupción, manipulado desde ocultísimos círculos económicos, talmudistas, esotéricos, ateístas y evangélicos de fachada. La democracia *accidental* (sic) exige tolerancia religiosa; pero existe una creencia

no muy bien vista: el Islam. No por su teología, bastante coincidente con el judeocristianismo, sino por su moral demasiado rígida que no permite la difusión de opios masificantes en sus dominios. Y esos opios son, justamente, los que más dividendos producen a ciertas empresas de “entretenimientos” non sanctos.

El almirante pertenecía al tercer círculo del Poder, juntamente con todos los poderes civiles constitucionales. Por encima de éstos se hallaban los otros, los reservados a las elites de la criptocracia mundial. El almirante suspiró como caldera vieja, al considerar su papel terciario en el ajedrez global. Era consciente de que no accedería —al menos en esta existencia terrenal— al segundo círculo, y menos aún al primero. Éste sólo estaba destinado a los Elegidos. O al menos así se lo habían hecho creer durante sus etapas previas a la «iniciación» en la Morning Star Lodge, en su nativo Montana.

Las tropas del Comando Sur se acantonaron en el norteño Departamento de Concepción, a unos trescientos veinte kilómetros al norte de la capital paraguaya. Su impresionante despliegue de recursos técnicos y logísticos, impactó en los rústicos habitantes de la región, poco habituados éstos a contemplar aeroplanos gigantescos de transporte, tipo *C-5 Galaxy* o *C-17*. Se asombraban puerilmente al ver vomitar de sus entrañas helicópteros *Chinook*, vehículos de asalto, maquinaria pesada y tropas muy bien equipadas para “conflictos de baja intensidad”, como denominan ahora a la Doctrina de la Seguridad Nacional de la post Guerra Fría.

Los niños gozaban inocentemente recibiendo barritas de choco-

late de los *buenos gringos* que venían a construir escuelas con elementos prefabricados, pozos artesianos —justamente donde más abunda agua pura cerca de la superficie—, a despojarlos de sus incómodas y sempiternas lombrices, o curar enfermedades benignas con placebos y aspirinas, que por otra parte no mitigaban el hambre y el dolor, ni la ignorancia inducida, que los posibilitaba.

En la lejana Europa, las orillas de un canal holandés en Oosterbeek reflejaban la silueta de un viejo palacio-castillo del siglo XVII, convertido hogaño en el Hotel Bilderberg, tras ser restaurado. Se llevaba a cabo allí por esos días un cónclave muy secreto. Los invitados, sin previo aviso, recibieron, tres días antes de la fecha fijada, escuetos mensajes con sus billetes de avión y credencial magnética codificada. Nada más. No se especificaba el motivo del meeting ni el tema a tratar.

El periodista Stephaine Lapierre de *Le Canard Enchainé* de París, recibió, quizá por error, un billete aéreo, credencial magnética y reserva de hotel para el cónclave del Comité Bilderberg. Él había tenido muy vagas referencias sobre el poderoso grupo de supergerentes mundiales que acudían cada dos o tres años años a dichas reuniones.

Se dijo a sí mismo que sería una magnífica ocasión para acceder a un círculo exclusivo y excluyente. También debió suponer que otros periodistas acudirían allí, aunque en esto se equivocó. Si algo valoran en las reuniones del Comité de Bilderberg, es la discreción más opaca. Eran, sí, propietarios de medios masivos mas bien los

invitados al magno concilio de los cerebros mundiales de la alta finanza. Lo que le intrigó fue el modo equívoco en que le llegó la invitación, porque Stephaine no formaba parte de los poderosos medios de prensa mundiales, como Le Monde o New York Times, sino de un semanario satírico, más o menos a la altura del *Krokodyl* soviético, el *Punch* londinense o *Mad* de los EE.UU.

Quizá se tratase de alguna homonimia, pensó Lapierre. Debería averiguar quién era el real destinatario de dicho convite a fin de simular ser él el invitado. Sabía que si metía la pata al identificarse lo echarían con cajas destempladas, antes de acceder al salón de conferencias del Hotel Bilderberg. Afortunadamente, Internet, como la bestia bíblica, tenía la respuesta a cada pregunta.

Horas más tarde pudo averiguar que dicho nombre o similar pertenecía a Stephan Lapierre, quien dirigía un periódico francocanadiense, de gran circulación en Ottawa, Vancouver y Montreal. No figuraban otros datos, por lo que supuso que podía acceder al cónclave.

Tras avisar al director de su medio, obtuvo la venia de éste para infiltrarse en la críptica reunión, captar el tema a tratar y el *who's who* en el exclusivo y excluyente círculo. Tres días más tarde descendió en Amsterdam, donde una impresionante limusina negra lo esperaba al pie de la escalerilla del Airbus de Air France, que lo llevara desde París.

Se sorprendió de la premura de sus escoltas, que salieron del predio aeroportuario sin pasar por los rígidos controles oficiales, aunque evitó hacer comentario alguno. Después de todo, era tan europeo como los holandeses. Apenas llevó consigo un maletín de

muda, y menaje para los tres días fijados para el cónclave, un block de notas, una estilográfica *Parker* y nada más. En la nota cursádale vía fax, le advirtieron que no se permitirían *paparazzi* ni fisgones de ningún tipo y que lo tratado allí, no debería trascender a la opinión pública. Tembló ante la probable ocasión de hallar algún conocido suyo en el lugar, aunque dicha posibilidad era bastante escasa.

Dos gorilas lo introdujeron al hall del hotel y, sin registrarlo en el libro de ingresos, lo trasegaron de inmediato a una suite de cinco estrellas situada en el ala oeste del castillo-alojamiento. Al retirarse los dos escoltas, se atrevió a preguntar a uno de los ordenanzas que lo atendían:

—¿Esperan muchos asistentes?

—Usted debería saber que el Comité de Bilderberg tiene trescientos miembros, un tercio de los cuales asiste puntualmente, mientras que los demás, participan, desde sus países, vía teleconferencia satelital codificada —explicó el aludido—. Si usted fue designado para asistir de cuerpo presente, debería estar al tanto. ¿O viene por primera vez? No recuerdo haberlo visto antes...

Stephaine tembló. ¿Justo irían a descubrir su impostura cuando ya estaba instalado en el corazón de la superlogia? Trató de dominar sus nervios y sonriendo de oreja a oreja le susurró al botones:

—Sí, así es. Antes asistía desde Vancouver nada más. Es la primera vez que me dan la oportunidad de estar aquí. Mire, les dejo apenas cincuenta euros de propina, pues sólo tengo mi tarjeta de crédito...

El botones sonrió a su vez, al igual que su compañero, disipando sus dudas y, tras agradecer untuosamente al generoso caballero

francocanadiense, se retiraron con una reverencia, no sin antes advertirle que esa misma mañana tendría lugar la reunión de apertura. Lapierre, tras un profundo suspiro de alivio, prendió el televisor para informarse de las noticias, aunque el neerlandés era chino para él. Por suerte, las imágenes le eran familiares y elocuentes. Manifestaciones de piqueteros en la Argentina; cierres de rutas y ocupaciones de latifundios en Paraguay; bombas etarras en España; guerrilla y secuestros en Colombia; guerra en Kosovo, Chechenia, Indonesia y Filipinas; hambrunas en Africa y Corea de Norte, y así en adelante. Casi nada nuevo. Sin duda los *bilderbergers* no eran del todo ajenos a tales sucesos, aunque fuese en forma indirecta.

Tras un descanso previo, los invitados fueron ingresando de a uno al inmenso, pero discreto, salón de conferencias del hotel-castillo. Las puertas estaban abiertas, pero todos debían pasar sus tarjetas-credenciales por un aparato que franqueaba la puerta de cristal de una mampara puesta para el efecto. El periodista de Le Canard observó la operación e hizo lo mismo que los demás, vadeando el Rubicón de cristal sin interferencia alguna. La suerte estaba echada. Recordó a Julio César, filialmente apuñalado por su hijo Brutus, en un *idus* de marzo, aunque no quizá por razones políticas.

Ahora se hallaba en el corazón del sistema globalizador mundial; ante las fauces de la bestia que devoraba las tripas famélicas de millones de seres marginados. Conocería de primera mano lo que circulaba por ahí como una leyenda urbana de vampiros, nunca comprobada pero siempre latente.

Desgraciadamente debió entregar su chaqueta a un solícito conserje que la puso en una percha, entregándole a trueque un ticket

numerado y un cartapacio negro. En sus bolsillos tenía su block y su *Parker*, pero ya le advirtieron los camareros que estaba prohibido tomar notas y grabar, debiendo recurrir a su memoria para retener cuanto allí se tramaría para bien o para mal.

Calculó, con altas dosis de certeza, que por algo estarían tomando precauciones. Evidentemente tenían mucho que ocultar y algo había pasado, a través de sus rígidos cedazos y coladores, hacia el exterior. No se equivocaba esta vez.

Tras un café, se abrió la sesión inaugural. Frente a ellos, en una mesa ornada con varios símbolos esotéricos de variopintos rituales entre los que destacaba el Gran Sello, se hallaban los que dirigirían el debate por sinuosos e impredecibles senderos, aunque los presentes vestían con sobria elegancia y trajes de calle, sin ostentación alguna de sus respectivos linajes o estatus sociales, mezclados entre sí nobles de abolengo y empresarios burgueses, intelectuales, militares en retiro y rectores universitarios. De seguro habría allí más de un Premio Nobel, aunque no pudo identificar a todos los presentes, más que por los nombres puestos en placas frente a los mismos.

En la carpeta que le entregaron, se hallaban las directrices a adoptar en los próximos dos años. Tuvo la tentación de leer su contenido, pero se contuvo para no delatar su excitada curiosidad de sapo de otro pozo. Cualquier gesto suyo podría ser percibido por quienes, de seguro, estaban observando el *meeting* desde una oculta sala, a través de un circuito cerrado de TV y micrófonos no tan ocultos. Frente a él se hallaba uno, adornado con un cartelito que delataba su presunto apellido y pertenencia a un diario de Vancouver

denominado Christian Monitor, cuyo propietario-director era miembro de la llamada Comisión Trilateral, donde se tomaban decisiones trascendentales en la política y la economía planetarias sin que los demás habitantes del planeta se enterasen sino hasta después, mucho después, de ejecutadas éstas, aunque nadie supiera quiénes las tomaban. También se hallaban representantes del FMI, del BM, de la OCDE, del Banco Central Europeo y otras organizaciones afines.

Pudo observar de reojo a los más cercanos a su puesto notando algunos apellidos conocidos del ámbito de la alta finanza, del petróleo, de las armas espaciales, aéreas, navales y terrestres; de los granos y alimentos agrícolas y... del entretenimiento de masas. Debió suponerlo. Nada ocurre en el mundo sin dedos que aprieten gatillos y mentes que ordenan a quienes poseen esos dedos.

Tenía una vaga sospecha sobre la existencia de talentosos creativos, científicos y técnicos, con salarios principescos, que trabajaban exclusivamente para mantener a la humanidad alejada del pensamiento crítico y reducida a una estupidez masificada y alienante... pero entretenida. Ahora la comprobaba *in situ*.

Con la Cargill, Mitsui, Continental Grains, Bunge & Born, Louis Dreyfus y Monsanto, se hallaban Standard Oil, Exxon, British, Unocal, Amoco y otras «hermanas» oleosas más. Sólo faltaba Boogie el Aceitoso y su pistola. Más allá, representantes de Sony Music, CNN, Fox y otras que a su vez se codeaban con Northrop, General Dynamics, Colt, Springfield, Du Pont, Boeing, Mc Donnell-Douglas, Rockwell, Union Carbide, Hughes, Herstal, Matra, Colt, Kalashnikov, Galil, British Aerospace... en una abigarrada y variopinta exhibición de figurones de la chatarra bélica. Los cien asistentes no se

molestaron en observar sus respectivas carpetas, dando Stephaine Lapierre por sentado que conocían de antemano su contenido.

—Estimados presentes —exclamó el maestro de ceremonia, en correcto inglés, al iniciar el simposio—. Estamos aquí para ayudar a vuestra mejor comprensión, acerca del Plan Clave Uno que se está llevando a cabo en los Estados Unidos. Como sabrán, el comercio mundial está resentido a causa de las distintas crisis que impiden a muchos países adquirir nuestra producción, por diversos motivos, entre ellos, la carencia de enemigos con quienes luchar y de aliados con quienes alinearse.

El orador miró unos segundos a su platea y prosiguió impertérrito.

—La próxima etapa será una lucha mundial contra grupos disidentes e irregulares, no sólo de la izquierda, sino contra los movimientos independentistas, integristas, o autodenominados de liberación. Para tal propósito, se tienen previstas acciones que provocarán un resurgimiento del miedo, pero también del patriotismo nacional, algo decaído últimamente. Creemos que un golpe terrorista contra nuestras instituciones pudiera provenir de enemigos ocultos en los propios Estados Unidos, que podrían ser elementos vinculados a las guerrillas integristas islámicas. No sabemos cómo ocurrirá, o quizá lo sepamos posteriormente. Mas no podemos divulgarlo ni impedirlo, pero servirá para alinear en el futuro a los amigos de la democracia, frente a los enemigos declarados de la civilización occidental. Todos los medios deberán dar amplio destaque a los actos de heroísmo civiles y militares, en esta guerra sin cuartel que, según tenemos en nuestras informaciones, no tardará en desatarse, aun-

que no la provoquemos nosotros... quizá.

Stephaine Lapierre seguía mirando al orador, un profesor de Harvard y además asesor *part-time* de defensa del Pentágono. No pudo captar su nombre, pero no le sería difícil hacerse de una lista de los participantes. Además miraba cada tanto de reojo la carpeta negra, como queriendo desnudarla con alguna visión de rayos X, a lo Superman, sin despertar sospechas. Ninguno de los asistentes podría abandonar el hotel durante los tres días del cónclave y los documentos debían ser devueltos a los organizadores antes de partir de regreso, por lo que debería esforzar las neuronas para hacerse del contenido de los mismos. Dado el apreciable volumen de los folios, no podría retener en su memoria semejante fárrago de textos, pero tampoco podría salir para fotocopiarlos.

Los aplausos cerrados lo sacaron de su ensimismamiento y debió fingir sumarse a la ovación acompañando al resto. Observó también a representantes del grupo de finanzas Velox, vinculado al Opus Dei, a un coreano con todas las señales de ser un *moonie* de alta jerarquía y a un español atildado, con aspecto de afiliado al PSOE. También divisó a Joaquín Almunia, Rodríguez Zaátero, Felipe González, Lionel Jospin y otros representantes de la izquierda descafeinada de Europa.

Estos grupos financieros y políticos allí representados, estaban aliados con muchas empresas, con subsidiarias y sucursales en casi todo el planeta y muy especialmente en el Cono Sur. Stephaine no hacía el menor gesto que lo delatase, realizando todo el esfuerzo para imitar a una esfinge ultramilenaria. Monsieur Lapierre, pese a todo, era un humorista irredento e irreverente, cuya ironía podía

equipararse sólo a la de Oscar Wilde, Samuel Clemens (Mark Twain) o Ambrose Bierce.

Otros aplausos lo retrotrajeron al aquí-ahora. Se había perdido parte de la conferencia a causa de su forzada postura de seriedad y su costumbre de sumergirse en sí mismo, cual psiconauta inconfe-so. Trató de concentrarse en los oradores nuevamente. Ésta vez, estaba de pie, folios en mano, el príncipe Klaus de Lippe, vástago de SM la reina Juliana y ejecutivo de la Royal Dutch Shell, una de las Siete Hermanas del oro negro: la carroña oleosa de extintos dinosaurios.

—Queridos Hermanos —comenzó el príncipe, en correcto inglés—. Aquí estamos para delinear el futuro inmediato de la humanidad, la que aún ignora nuestro accionar en pro del progreso de la especie racional y en favor del mejoramiento de la clase dirigente de los nuevos tiempos. Somos la elite de un nuevo Orden Mundial y lo demostraremos muy pronto con los acontecimientos que se avecinan y han sido previstos por nuestros mejores cerebros estrategas. El desorden planetario y el caos político, real o aparente, en que están sumidas gran parte de las naciones llamadas “en vías de desarrollo”, aunque muchas aún están en vías de subdesarrollo, hizo que surgieran tres entidades maestras para crear un nuevo orden en el mundo: El Club de Roma, la Comisión Trilateral y el Comité de Bilderberg. No escatimaremos esfuerzos para poner nuestro Orden al frente de todas las instituciones de la Tierra. Puede que algunos espíritus, sensibles, pero desinformados, desapruében en el fondo ciertas maneras de hacer política e ingeniería social, pero todo será para bien de esta humanidad, ahora enceguecida por la ignorancia y

la mediocridad. Los recursos más valiosos fueron, o son, patrimonio de las naciones más pobres y menos adelantadas, quizá por algún equívoco e insondable designio del Gran Arquitecto del Universo, pero la denodada acción de nuestros iluminados hermanos hará que nosotros muy pronto dispongamos de esos recursos. Países como Kazakstán, Turkmenistán, Tayikistán, Uzbekistán, Afganistán, Bolivia, Irán, Irak, Libia, Venezuela y quizá Pakistán, navegan ahora mismo sobre océanos de petróleo y gas natural. Tan abundantes, éstos, como para cubrir la demanda del próximo medio siglo o tal vez más. Como veis, es un desperdicio que merece ser corregido en pro de nuestras empresas administradoras de La Energía. Doy la bienvenida al hermano David Rockefeller, quien acaba de llegar a esta reunión, al hermano Milton Friedman, premio Nobel en Economía y al hermano Stephan Lapiere, que, por primera vez, nos visita desde su patria. También saludamos al Duque Michael de Kent, Gran Maestro Imperator de la Gran Logia Unida de Inglaterra, Escocia y Gales; saludamos al barón Edmond de Rothschild quien, si bien tiene importantes asuntos que impiden estar presente, nos envía su cordial adhesión. También saludamos a Jordi Pujol, José María Aznar y Felipe González, de España y al barón von Krupp und Albach y Zichy Thyssen, de Alemania, quienes integran este foro permanente.

Un cerrado aplauso al cabeza visible del grupo de Bilderberg sazonó la reunión, mientras el supuesto aludido saludaba con los brazos en alto y totalmente arrebolado, como niño pillado robando golosinas. Por fortuna nadie trató de verificar su identidad, tornando nuevamente a hilar ideas, abriendo de par en par la carpeta de

cuero negro con su misterioso contenido. Un número uno con forma de llave llamó su atención. El encabezamiento llevaba varios logotipos y emblemas en inglés, pero pudo reconocer la familiar cabeza del *bald eagle* y la inscripción *Central Intelligence Agency* alrededor, con un escudo en el centro que señalaba la rosa de los vientos. Era una muy buena fotocopia de un documento que no tardaría en traducir con su impecable inglés de europeo internacional. Pudo ver también logos familiares, como el del MI6 al servicio de Su Majestad británica.

La reunión primera no fue más que de cortesía y breves exposiciones, justificativas de las futuras acciones, sin definir bien en qué consistirían, pero evidentemente casi todos estaban ya al tanto y quizá supondrían que él también. Notó además que, una vez acabada la ceremonia, todos se dirigieron a sus cuartos en forma separada, sin formar corrillos de charlatanes ni conversar entre sí, manteniendo solemne distancia.

Stephaine intuyó que debería intentar salir del hotel y tomarse las de villadiego, con el cartapacio o, por lo menos con su contenido. Supuso que el *quid pro quo* de la reunión estaba en el análisis de esos documentos, por lo que no debía exponerse a que descubrieran su impostura y fuera a parar al fondo del Züiderzee con zapatos de cemento. Con los *bilderbergers* no se juega.

A las doce hubo un breve intervalo para almorzar, en silencio y sin vinos ni licores que aligerasen la locuacidad de los presentes, seguido de una pausa siestera, debiendo reanudarse la reunión, a partir de las 14:00, en la que se trataría el plan Clave Uno desde la perspectiva malthusiana del comité.

Tras encerrarse en su habitación y revisar sus pertenencias, dejó en el magro equipaje algunas cosas que no podría llevarlas consigo, ya que no le permitirían abandonar el claustro con su maleta de mano. Desprendió los poco menos de cien folios del archivador de la carpeta y, tras ponerlos en una bolsa plástica, se la ciñó a la cintura encimándose las prendas que pudo llevar, lo que abultaba ostentosamente su figura. Luego se colocó un bigote postizo y una peluca rojiza completando su nuevo aspecto con gruesas gafas polarizadas. Cerró el cuarto dejando la llave puesta en la puerta, hacia el lado interior, y luego se dirigió con parsimonia hacia la salida. Como supuso, ésta estaba herméticamente cancelada, pero la tarjeta-credencial logró abrirla con discreción. Sin prisa aparente se dirigió hacia la entrada principal donde varios taxis estaban aparcados.

Una hora más tarde, el botones enviado en su busca, al no tener respuesta a su llamada, abrió la puerta hallando la llave puesta y dio aviso de inmediato al conserje y al maitre. Lapierre, en tanto, tras abandonar el taxi en el centro de la pequeña ciudad, tomó un remise que lo condujo en poco tiempo a la frontera belga. Allí entregó el coche de alquiler a una agencia y, recuperando su verdadero aspecto, tomó un barco de turistas que haría un crucero a las playas de Ostende, donde, de alguna manera trataría de despistar a los bilderbergers.

En la frontera belga debió usar su tarjeta mágica, ya que no tenía visa de entrada a Holanda, aunque, como europeo, poca falta le hizo tal documento, pues le dieron paso sin chistar; por lo visto dicho cartón plastificado era, de algún modo, un “ábrete Sésamo”.

Compró un grueso sobre de estraza, en el que dispuso apresu-

radamente los folios para enviarlos a Le Canard Enchainé, por correo privado. De seguro no tardarían en dar con él a menos que regresase a Francia de inmediato. La misteriosa tarjeta dejaba huellas profundas tras de sí. Por suerte tenía su tarjeta de crédito Eurocard para gastos pequeños.

Una vez enviado el molesto paquete, decidió alquilar un yate particular con el que se dirigiría desde Ostende a las costas francesas. Ya se las arreglaría con los guardacostas. Su pasaporte francés no tenía constancia de salida, pues la mágica tarjeta le abría puertas oficiales y lo exoneraba de todo trámite, pero delataría su paso no tan furtivo por el lugar que fuese.

Tras varias horas de navegación se acercaron a Calais. Allí no le fue difícil demostrar que no había salido de Francia. Desembarcó en el paso más cercano a Gran Bretaña desde donde abordaría un tren hasta París. El patrón del yate con bandera Benelux, retornó a Ostende sin hacer preguntas. No había tenido tiempo Lapierre de enterarse del contenido de los documentos, pero ya lo haría una vez llegado a su guarida. Antes de partir a París, telefoneó al editor para avisarle que recibiría el envío y lo pusiese a buen recaudo, por si las moscas. A lo mejor llegaría a París casi al mismo tiempo que el paquete. El rastro de la tarjeta se perdió en Ostende, pero de seguro ya lo buscarían en Calais, pues los hombres de Bilderberg no serían tan ingenuos. Por algo eran lo que eran: la elite aristocrática de Europa y la raza de los Elegidos, o *insiders* (los que están por dentro), como se denominaban a sí mismos. Debió intuir algo de pronto, por lo que, si bien tenía un billete a París, alguien no deseable lo esperaría en la estación parisiense. Apenas el tren paró en

una pequeña estación cercana a Calais, se apeó rápidamente y salió a tomar un autobús.

Lo que no se imaginó es que realmente lo buscaban, pero en el Canadá, de donde supuestamente era oriundo. Nadie supondría —al menos por el momento— que él se dirigía a París, ya que el editor del *Christian Monitor* era de Vancouver, pero tarde o temprano sabrían, por el invitado real, quién era quién y cambiarían de pista, acabando por hallarlo donde fuese. Los tentáculos de la oscura fraternidad eran muy largos y abarcaban todo el planeta, de horizonte a horizonte. Nada más les faltaría señorear al sistema solar y alrededores.

En el Paraguay, en coincidencia con la permanencia de las tropas del Comando Sur, estallaron varios escándalos de hurtos a entidades públicas y asaltos protagonizados por militares o policías, disfrazados de ladrones; además de un desvío de millones de dólares a los Estados Unidos por dudosos medios. Los halcones siempre anotan en sus bitácoras de vuelo los detalles más nimios y aparentemente baladíes de la vida diaria de las naciones sometidas a sus designios. Helen y Dan lo sabían con precisión, por lo que no escatimarían precauciones. Se hallaban en una de las bases militares del Comando Sur, donde se asistía a campesinos con servicio de odontología, consultorio médico y distribución de fármacos a los desnutridos paraguayos. Mas no pudieron acceder a enclaves muy restringidos, donde geólogos militares, zapadores e ingenieros, investigaban acerca del misterioso acuífero guaraní, fingiendo construir pozos

artesianos para las comunidades en las que, el agua era la menor de sus necesidades y, la sed, la más leve de sus congojas.

Algunos voluntarios civiles del Peace Corps, en tanto, indagaban respecto a algunos médicos cubanos radicados en el país y, de paso, sobre rumores de la presencia de colombianos de las FARC en misión de presunto entrenamiento de guerrilleros, lo que no fue confirmado en la realidad.

La pareja de periodistas, con los escasos medios facilitados por el editor de *The New Republic*, recorrieron toda la región norte del Paraguay para recabar datos sobre la penetración e injerencia política y militar norteamericana.

También registraron los enfrentamientos entre los pobladores de Puerto Casado y los *moonies*, que decían ser los nuevos propietarios del extenso latifundio, abandonado por una empresa fantasma, tras más de un siglo de devastación del territorio chaqueño, explotando indiscriminadamente el quebracho*, que llegó casi a extinguirse de la flora paraguaya.

Tras recorrer todo el norte, desde Concepción a San Pedro, regresaron a su domicilio en la capital. No hallaron nada fuera de lugar, salvo una carta con membrete del Washington Times, ordenándoles perentoriamente —en nombre del Espíritu Santo— reintegrarse al mismo, firmada por el propio reverendo Sun Myung Moon.

Le *Canard Enchainé* era una bomba. Los reveladores documentos del Comité de Bilderberg, estaban siendo analizados por

* *Schinopsis balansæ* sp. Árbol de madera dura y quebradiza con alto contenido de tanino. N. del a.

Lapierre y el cuerpo de redacción. El plan Clave Uno especificaba la probable realización de atentados de alto impacto contra la seguridad de los Estados Unidos, planteando una guerra casi total contra el terrorismo islámico, aunque no especificaba cuándo se llevarían a cabo los atentados, ni en qué lugares, ni quiénes los ejecutarían. Sin embargo las distintas fases posteriores, como la reacción del aparato bélico de los halcones, sí estaban muy bien especificadas. Se daba por sentado que los integristas árabes lo harían, quizá, en represalia contra Israel, país muy imbricado en los Estados Unidos. Además contemplaban la destrucción de Afganistán y el fin del régimen integrista del Talibán, así como la posterior reconstrucción, ya bajo la presencia armada de los Estados Unidos y sus aliados europeos de la OTAN y, los asiáticos, como Pakistán, Rusia, los Emiratos Arabes, Arabia Saudita, Brunei y Kuwait, quienes colaborarían con los Estados Unidos, mientras fuesen útiles a sus intereses, aunque luego fueran puestos en lista negra como “ejes del mal”. También contemplaba la destrucción de Irak con el régimen de Saddam Hussein, más que nada por la ideología izquierdosa-nacionalista del partido Baath, el expolio de sus recursos petroleros para financiar la posterior reconstrucción y la imposición de un gobierno, adicto a Occidente, sobre las ruinas de esa nación.

Nada estaba librado a la improvisación en dicho plan. Ni siquiera la búsqueda de petróleo y gas natural para su explotación posterior por las insaciables empresas del ramo con sus oleoductos en curso a través de Turquía. Sobre todo, desnudaban la extraña conexión entre las superlogias, las transnacionales, los servicios secretos como el MI5, el KGB, la CIA, la Europol y la gran finanza, lo

que tenía en ascuas a los reporteros y columnistas del satírico semanario francés, quienes no hallaban una lógica aritmética ni ideológica en dicho contubernio supranacional.

¿Cómo podrían tomar a la chacota un plan de genocidio supersecreto? Habría que recurrir al humor más negro posible y no tenían entre ellos a un Ambrose Bierce. Apenas a Stephaine Lapierre, cuyo sentido del humor estaba en estado de *shock* a causa de las revelaciones y las consecuencias que éstas podrían depararle. Para entonces, los bilderbergers estaban enterados al detalle sobre la presencia del fisgón parisiense y lo tenían plenamente identificado con pelos y señales.

Tim Hutton estaba eufórico, casi tanto como su amigo Malone. Los árabes eran buenos alumnos e iban acumulando las horas reglamentarias para acceder al pilotaje de *jets* de línea. Nunca en su vida habían sido tan bien recompensados por ejercer su oficio como el que más. Pareciera que los sauditas tenían dólares hasta para sustituto del papel higiénico si menester hubiere, y no era para menos. En cuatro meses habían recibido, tan sólo en calidad de propina, más de quinientos mil dólares.

Murray Malone consideró necesario contratar para los próximos dos meses, un Boeing bimotor para acabar las fases de entrenamiento de sus clientes. Le saldría más barato un 727, pero esos viejos reactores eran tan ruidosos que fueron radiados a los apartados aeropuertos militares. Deberían alquilar uno de última generación, pero el *leasing* de un aparato de ese tipo, superaba su presu-

puesto. Llamó a Hassan Mahfud para ver la posibilidad de realizar vuelos simulados de instrucción entre los componentes del grupo para no alargar demasiado el plazo de concesión de brevets para ellos. Mahfud aceptó correr con los gastos de *leasing* de un 767 o un *Airbus* francés, similares a los que presuntamente irían a ser adquiridos por la aerolínea saudita. De todos modos, Malone debería hacer los trámites bajo su responsabilidad.

Walid Ben Mullah y Fahuad Kemil, los nuevos alumnos de la escuela de pilotaje civil, extendieron sendos cheques a Malone, dando por finalizada la primera etapa de la instrucción. Tras un breve lapso, se reintegrarían a la escuela pero antes deberían hacer un corto viaje al norte por negocios. Murray no les pidió explicaciones porque el cliente siempre tiene razón. De todos modos, recién en dos semanas tendrían un avión de línea para la última fase de instrucción. Por lo pronto, los clientes conocían los sistemas de navegación electrónica. El resto era de rutina.

El príncipe Klaus de Holanda, presidente del Comité de Bilderberg, reprendió a todo el plantel del hotel, por la fuga de un infiltrado que fuera convocado, por un error burocrático, imperdonable, al cónclave secretísimo, llevándose una información hartó clasificada, cuya difusión pondría en peligro el plan Clave Uno y dejaría en ridículo a todos los servicios de seguridad de las primeras potencias mundiales.

Su Alteza Real, el príncipe Klaus estuvo a punto de dar de baja a todo el personal de Bilderberg, gorilas incluidos, pero recordó que

la primera equivocación fue la de no verificar la identidad del destinatario de la convocatoria y este error, podría costarles caro.

Ya estaba sobre la pista del fisgón, pero aún no había resultados concretos. Si era posible, intentarían recuperar sus papeles y dar un soberano susto al entrometido. De lo contrario, no habría más remedio que deshacerse de él, sin demasiado ruido. Y esta última opción parecía ser la más votada por el comité de emergencia.

Louis Lafforte, *hermano Templar*, el número cinco de la extensa lista se relajó antes de preguntar cómo se había dado tanta torpeza.

—Estamos en un dilema existencial, hermanos. Esto podría significar la disolución del comité, tras casi cinco décadas de activar en la alta política mundial. ¿Cómo pudo ocurrir semejante descuido? Siempre tuvimos magnates de la prensa entre nuestros miembros, pero nunca un bufón de pasquín. Alguien deberá pagar por ello.

—Nos ocuparemos de ese Stephaine Lapierre —exclamó el barón Du Pont de Nemours, *hermano Lumière*, propietario de las industrias químicas de Delaware—. No se nos escapará, aunque debamos revolver todo París.

—También debemos ocuparnos de *Le Canard*, antes de que escupa a los cuatro vientos el contenido de esos documentos —casi gritó el barón von Krupp und Halbach, *hermano Faustus*, magnate de aceros Krupp—. Propongo contratar algunos matones *apaches* de la *Rive Gauche* para que lo enfríen de una buena vez.

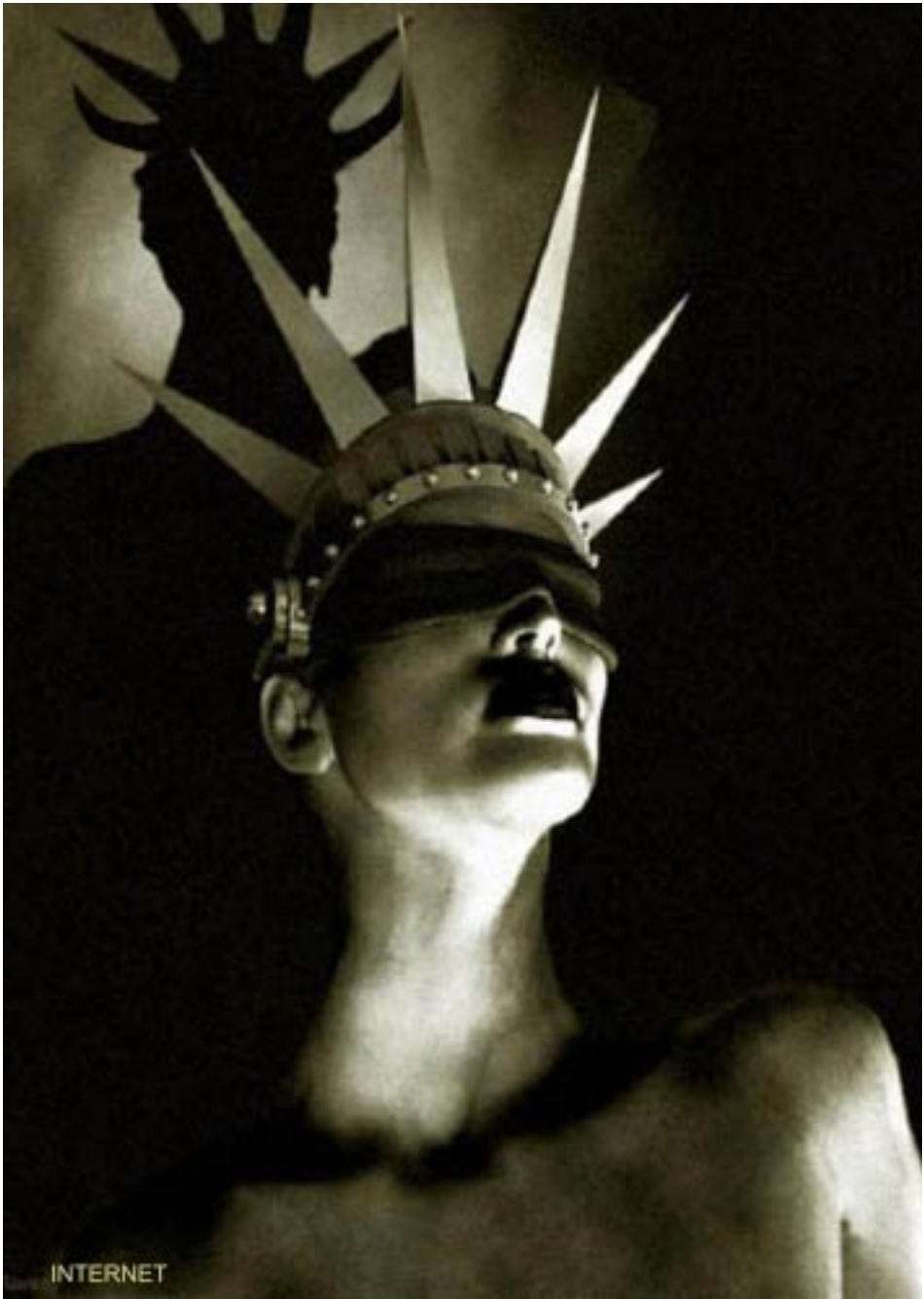
—Mucho me temo que llegaremos tarde —susurró el Duque de Kent, de la Gran Logia Unida de Inglaterra, Escocia y Gales—, Lo

único que queda es desmentir el contenido de Clave Uno en caso de ser publicado y denunciar a *Le Canard* por difundir documentos apócrifos, o algo por el estilo.

—Pero... ¿había algo realmente comprometedor en esos papeles? —preguntó Mauricio Beretta, fabricante italiano de armas, evidentemente poco informado—, porque, siendo así, preferiría recurrir a la Cosa Nostra o a la Unión Corsa para acabar con el figón.

—¿Comprometedor? —exclamó irónico Klaus ante su colega. —¡Si en ellos está planeado el Apocalipsis del siglo XXI en escala reducida! ¡Nada más faltarían las trompetas arcangélicas en este proyecto, para completar la faena! Aunque dudo que ángel alguno esté de nuestra parte. Más bien los otros...





Libro Segundo

Los Hechiceros de la Guerra







Fase Tres en marcha

—**Sam Ha, Mawet, Ashmodai, Ruah, Kardeyakos, Shibretta, Na’aman**, imploramos vuestras bendiciones, ¡Oh! Shedim, que fuisteis engendrados por el Padre Adam en la noche de los tiempos, henos aquí para indagar en los arcanos ocultos del Tiempo, vedado a los profanos. ¡Iluminádnos con vuestra eterna sabiduría!

Las veinticuatro voces monódicas resonaron en las oquedades anfractuosas del Templo, mientras giraban alrededor de la gran mesa redonda, recitando los nombres de los Shed, demonios de la casta de los *shedim* y genios de algún oscuro ritual de origen sumerio-babilónico, de reminiscencias prebíblicas.

Los grandes dignatarios de la sinarquía, anónimamente encapuchados con la típica *cagoule* o caperuza cartujana, tomaron sitio en derredor de la mesa de caoba roja, en el *sanctasanctórum* del Templo, en algún lugar de Europa. Eran los sabios del Primer Círculo, autoconvocados en la víspera de *Walpurgis*, fecha mágica de

los antiguos druidas, entre el 30 de abril y el primero de mayo. Su anacrónica y teatral vestimenta no tenía otro objetivo que el de mantener el anonimato y el sigilo. El lenguaje utilizado cumplía idéntica función, además de sus desfasados ritos mágicos neopaganos que precedían a sus conciliábulos esotéricos, al estilo de la fraternidad «Skull & Bones» de Yale.

Tras las frases rituales dirigidas a desconocidas entidades, simbólicas de algún ignoto arcano oscuro, iniciaron el coloquio que los habían convocado en la tercia luna. Eran tres Superiores, más los subalternos capitulares, tres veces siete que sumaban veinticuatro. Sus negros atuendos apenas eran visibles a través de los pálidos rayos de luz que brotaban de muy discretas lámparas dicróicas de escasa potencia que simulaban un candelabro ritual. Por el timbre de sus voces, podría tratarse de personas maduras o casi ancianas, aunque evidentemente de mucho poder político y económico.

El que parecía ser el Superior Máximo, hizo una seña con el brazo izquierdo al tercero de ese lado, como sugiriéndole que hablase.

—Henos aquí, ante las entidades matrices de nuestro proyecto —dijo, para empezar, el señalado con una inclinación de cabeza como de reverencia—. Es de desear, señores, que no tengamos contratiempos y que todo discurra hacia los senderos dispuestos por Azaraël el Supremo.

Los demás lo escuchaban expectantes como en tácito asentimiento a sus palabras visiblemente crípticas. Era evidente que el tal Azaraël era un seudónimo de alguien, o algo, difícil de describir y que simbolizaba una cualidad emergente. El orador prosiguió su

aparentemente hermético discurso.

—Hemos logrado neutralizar a un profano, que intentó (y casi lo logra) desviarnos de nuestros objetivos, poniendo en evidencia los planes trazados desde el Pentáculo Sagrado de Pitágoras: la Estrella flamígera de Kunrath, que nos guía, sin más azares, por los procelosos mares de las dudas. Pronto llegaremos a puerto, y Adonai-Moloch tendrá su banquete de sangre y sudor en pago a sus favores.

—¿Y qué ha sido del intruso, oh, Gran Superior? —preguntó otro, que estaba situado a las doce del mismo, es decir, frente a él.

—No pudo dar fe de cuanto sus ojos vieron y de cuanto sus oídos lograron percibir, oh, Gran Maestro. Tampoco pudieron hacer uso de los folios. Por lo menos no nos consta que hayan sacado reproducciones antes de ser devorados por el fuego de Azaraël, junto con el intruso y los suyos. El Gran Consejo Kadosh lo ha sentenciado así y la condena se ha cumplido.

—¿Cómo sabremos si hubo alguna filtración? —preguntó otro encapuchado, sin eufemismo alguno, exhibiendo su mandil y las joyas rituales de su alto grado, que titilaron un segundo, como estrellas moribundas de algún perdido universo.

—El pasquín se ha llamado a silencio y no ha ensuciado sus páginas con nada que nos incrimine por el momento, oh, Gran Imperator del Real Secreto —respondió el interrogado con respeto debido, evidenciando que los grados ostentados eran rotativos—. Creo saber que el asunto será muy pronto puesto en los arcones del olvido. La cuenta regresiva ha empezado y aún quedan cientos de jornadas para Omega.

—Entonces, todo está encaminado sin inconvenientes —dijo el

Superior con calma. —Mantenédme al tanto de cuanto acontezca en los próximos meses. El Gran Pelicano tiene la palabra.

—Los sujetos están listos para actuar, Superior —dijo el aludido, jefe del Capítulo Minerval, a través de su monástica capucha negra—. Nada queda por hacer, salvo esperar el desarrollo de los acontecimientos. El ejército de los Estados Unidos, con sus tres armas, está a la expectativa. Los jefes del Estado Mayor General han planeado ya los próximos objetivos y las fuerzas aliadas colaborarán para demoler al enemigo de las democracias. Por otra parte, nuestros agentes operadores de Bolsa, están listos para realizar, antes de Omega, operaciones de *stock options* y *put options* (opciones de compra y venta) a fin de incrementar nuestro patrimonio financiero. Por de pronto, estamos al tanto acerca de las empresas que han de colapsar luego de Omega... y las que han de cotizar, entre un treinta y tres... hasta un cuarenta y siete por ciento. Además, la empresa argentina Bidas, está intentando llevar a cabo un oleoducto a través de Afganistán, Turkmenistán y Tajikistán. Lo supe por Carlos Bulgheroni, su presidente. Pero Unocal les sacará el hueso de la boca... después de Omega. El futuro gobierno de Afganistán estará presidido por Hamid Kharzai, ejecutivo de Unocal, por lo que, es dudoso que los argentinos cierren trato con el Talibán para entonces. De todos modos, aprovecharemos los estudios hechos por ellos para nuestros fines. Los hermanos nuestros no tendrán escrúpulos para hurtarle a la Argentina el apoyo a su proyecto de oleoducto, pese a la oposición de Nizayov, presidente de Turkmenistán y Pervez Musharraf, amo de Pakistán, hasta ahora socios de Bidas en la aventura.

—¡Positivo! —añadió el Superior con frialdad—. Se levanta la sesión hasta nuevo aviso.

Tras realizar otras invocaciones en homenaje a exóticas entidades, los veinticuatro Elegidos abandonaron el recinto a través de las dos columnas de la entrada del Templo. Los guardianes pusieron todo en orden y cancelaron el lugar con siete llaves magnéticas., en orden inverso, recitando como salmodia los nombres de los Shedim: —*Na'aman, Shibretta, Kardeyakos, Ruah, Ashmodai, Mawet, Sam Ha* —, antes de apagar las siete luces del Templo.

El salón principal del hotel Waldorf Astoria de New York, hervía de invitados en esa equinoccial noche de abril. No sólo la recién llegada primavera boreal, convidaba a tan distinguidos caballeros y damas de la clase ociosa del país.. La Gala de Caridad había convocado a empresarios, magnates de prensa, científicos, catedráticos universitarios, algunos premios Nobel y militares de alto rango, no sólo de New York, sino de todo el país. Todos de riguroso frac y las damas de punta en blanco y rosa; lo que daba al sarao del Waldorf un aspecto de convención de pingüinos y muñecas Barbie encopetadas, dispuestos ordenadamente de acuerdo a sus linajes o intelectos, si los tuviesen.

Cinco mil dólares por cubierto, justificaban un cierto estatus y una selección excluyente. Obviamente no tuvieron opción de concurrir a este baile caritativo *otros* ciudadanos de peso; pese a sus abultadas cuentas bancarias, que los convertían a veces —las más de las veces—, en los árbitros de la historia norteamericana: los capos de

las distintas mafias, que medraban al amparo de permisivas autoridades políticas, jueces venales y policías corruptos. De todos modos representaban a aquellos —ausentes por razones de *clase*—, los políticos del Capitolio y algunos gobernadores de varios estados de la Unión. Por fortuna, no todos, justo es mencionarlo. Muchos de ellos se hallaban limpios de polvo y paja, especialmente quienes cumplían sus primeros mandatos y aún no estaban familiarizados con lo protervo, es decir: con el lado oscuro del Poder.

Los diligentes camareros y *mâitres* se afanaban en distribuir bocadillos y otras exquisiteces, escanciando licores y vinos en las copas, generosamente, casi sin pausa, como queriendo atosigar a los asistentes con variadas *delikatessen*, a fin de librarse de ellos cuanto antes. Pero la gala sería larga como esperanza de pobres o agonía de fumadores; eso sí, acompañada de buena música y palabrerío insulso. En determinado momento, de manera imperceptible y a los sonos orquestales de un conocido vals vienés, varios caballeros desaparecieron por la tangente, a eso de la medianoche, dejando a sus esposas en compañía de artistas y *entertainers* de moda y ciertos chulos, saltimbanquis y celebridades de ocasión, quienes ornaban los opulentos salones del Waldorf Astoria con su advenediza pero divertida presencia. Entre éstos, se destacaba el joven escritor James Witlock, conocido por su ingenio mordaz, sus pasiones intensas y su sempiterna transgresividad verbal. Witlock era, de momento, ídolo de muchas damas otoñales y no tanto, así como de efebos aristocráticos del quién-es-quién de New York y también de los sectores casi proletarios, universitarios, contestatarios o artistas *new age*. No faltaban lenguas viperinas que le atribuían tórridos romances con

señoras aburridas y menesterosas de cariño. Decían también que ello engordaba más su chequera, que su *cachet* de escritor de *best-sellers*. Evidentemente Witlock se sabía admirado y, en ocasiones, no pocas por cierto, odiado por sus mordaces comentarios sobre la sociedad y sus secretos de alcoba, que no excluían referencias explícitas a las galas frontales o caudales de muchos honorables caballeros de empresa y de la política. Pero tenía una verba casi impecable que disfrazaba —con palabras azucaradas como veneno de farmacopea—, verdades amargas en curso de colisión.

En el momento en que discretos caballeros, miembros de cierta logia de industriales al servicio de Arés *Polemikón* (Marte, para los desinformados), se esfumaban subrepticamente por el foro, Witlock se hallaba entre un corrillo de damas de diverso pelaje. Las carcajadas, casi cantarinas de las féminas, celebraban, sin duda, algún comentario o reflexión ingeniosos del escritor, mas éste observaba con mirada de lince a su entorno y no se le escapó el súbito desfile de pingüinos almidonados, rumbo a un discreto salón de conferencias. Se hizo el desentendido, pero fingiendo solicitar un *martini* a un *mâitre*, le deslizó un billete de cien *pavos*, mientras le susurraba:

—Manténgame al tanto de la reunión de esos caballeros que van hacia el salón privado. Tengo más de éstos —acabó guiñando un ojo como sólo él sabía hacerlo. El gentil *mâitre* le hizo una imperceptible reverencia diciéndole en tono cómplice antes de esfumarse—. A sus órdenes Mr. Witlock. Estaré alerta con mis camareros. Enseguida le haré llegar el *cassette* con lo grabado. Descuide usted.

Witlock tenía dinero, juventud y simpatía casi carismática, pero no siempre había disfrutado de todo esto. Su niñez y juventud fue-

ron signadas por la carencia de afectos y confort. Duro luchó para emerger del barro de los alrededores de St. Patrick, el *ghetto* irlandés, hasta sobresalir por su talento y talante. Sus ingresos provenían de un editor satisfecho, que le pagaba salario generoso por cada palabra escrita o borroneada. Esto le permitía adjudicarse el cubierto, cuando no era invitado clandestino de alguna fogosa matrona de ligeros cascos, que le obsequiaba la costosa tarjeta de acceso. Una cuestión de clase, sin duda, mixturada con algo de astucia.

—La primavera está besando a nuestra querida ciudad con su cálida brisa perfumada —comentó Witlock con una sonrisa liviana, que remedaba solemnidad poética—. Pero daría la vida para que el otoño no siga deshojando vuestros almanaques, aventándolos al céfiro del Hudson. No me explico cómo podéis soportar tantas lunas encima sin fatigaros. Os felicito, señoras mías, por vuestra lucha sin cuartel contra Cronos el implacable. ¿Me confiaríais vuestro secreto para atrasar relojes?

La risa nerviosa de las damas —casi añejas, aunque buenas como el vino espumante— y las risotadas histéricas de las más jóvenes, celebraban sus gracejos y chascarrillos. Se sabía amado... y odiado en desiguales proporciones, que para soportar la vida da lo mismo. Se sentía joven y garañón, además de poseedor de un tipo varonil, que oscilaba entre la brutal virilidad adolescente y la dudosa complejidad del intelectual transgresor que se siente muy por encima del bien y del mal.

Su mordaz irreverencia lo proyectó más allá de la comprensión del vulgo y su ironía poseía la sutileza de papel de lijar sobre la piel de un bebé. Finalmente se convirtió en el centro animador de las

opulentas tertulias del *tout NY*. Su última novela: “Armagh Haedón” —que narraba las desventuras de los independentistas irlandeses contra Gran Bretaña y sus sicarios del Royal Ulster Constabulary— arrasaba las listas de *best-sellers* y ocupaba tapas de revistas literarias o pantallas de TV. En fin, James Witlock podría darse por satisfecho. Era todo un *self-made man*, hecho en las calles, a golpes de puño y desafiando los embates del hambre intermitente que se comía sus sueños. Su natural talento expresivo le valió una beca, donada por un irlandés, enriquecido con el comercio de alcachofas y pudo desafiar a los diccionarios, volando a la par de los grandes clásicos. Apenas finalizada su ardua educación secundaria, decidió ingresar a una facultad de letras, con ayuda del mecenas.

Ahora se codeaba con lo más granado de la *high society* aunque pocos hombres disfrutaban de su compañía. Tal vez a causa de una incompatibilidad entre la cifra y la frase; ya que, la mayoría de los magnates, apenas leía *The Wall Street Journal*, *Fortune*, *Forbes* y alguno que otro balance amañado para el fisco. En cuanto a la pluma, sólo la usaban para firmar cheques o anotaciones en agenda para sus *brokers*. En cambio las ociosas damas sí tenían tiempo para visitar librerías de moda y acunar autores celebrados, en sus dormitorios, no tan inaccesibles ni prohibidos para otros menesteres, toda vez y cuando no estuviesen en el Club de Tenis, en desfiles de moda, en el *spa*, en los salones de belleza que disimulasen sus años... o en algún albergue clandestino de cinco estrellas.

—Oye, querida Sylvia —exclamaba Witlock, fingiendo aire solemne y poético—. ¿Nunca has pensado envenenar a tu peinador, o por lo menos retarlo a duelo? Se lo merecería.

—¡Ay, Jimmy, eres terrible como el cianuro! Te aseguro que a ti no te pondría veneno —respondió la aludida sin hesitar, no desmereciendo el ingenio de su interlocutor—. Te pondría en una percha en compañía de mi loro “Poll”, a cadena perpetua, para que te enseñe a hablar decentemente a una dama.

Las risas de las mujeres repercutían en el vasto salón, a pesar de la orquesta *demodé*, que se empeñaba en tocar valeses, mientras los invitados apenas podían tenerse en pie por los *martinis*, *high-balls*, champagnes, y *bourbons*, trasegados en la velada. —¿Por qué no contratarían a una *big band* o a una banda de *rock'n roll*? —se preguntaban las más jóvenes.

—Con permiso, queridas, debo ir al *toilette* —dijo de pronto el escritor, apartándose discretamente del grupo.

No tardó en hallar al diligente *mâitre*, quien lo puso al tanto de cuanto estaban tramando los esquivos caballeros de alguna clandestina Mesa Redonda, trazada a compás y escuadra, casi todos ellos *insiders* y miembros del *Council of Foreign Relations*, la crema y nata del poder. También le entregó un cassette recién desflorado.

El rostro de James Witlock acusó el impacto. Hizo un cheque al *mâitre* y se dirigió al vestidor, donde tomó su abrigo y su bastón de boj, abandonando rápidamente el lugar. Pese a todo, aún tenía el espíritu sensible de quien ha pasado hambre de alimento y cariño; de quien ha conocido el sufrimiento proletario en medio de una ciudad tan fría como las mentes de los financistas de Wall Street.

Thadeus Vanderbilt —que de él se trataba— alcanzó unas co-

pas a los presentes, mientras su rostro rebosaba éxtasis. Nada enciende tanto la mística de un magnate como el tintineo arrobador de la plata, el oro y el cántico argentino de las cajas registradoras. Y no era para menos. La guerra inminente, que sería la primera del siglo XXI, reactivaría las industrias. Especialmente las productoras de parafernalia bélica. Ni hablar de la petrolera, la química, la aeronáutica, la naval y la informática. Ninguna se salvaría de la reactivación a tambor batiente, en detrimento de la paz y la justicia, en lista de espera aún.

—El pueblo norteamericano, hoy por hoy odia las guerras —comentó Thadeus Vanderbilt con una sonrisa idiota y benedicta— pero muy pronto le enseñaremos a amarlas con fervor. Será un clamor multitudinario, unánime, que reclamará la restitución del Servicio Militar Obligatorio para ambos sexos. Será un despertar del patriotismo y la mística guerrera, que perdimos en esa desgraciada (para el pueblo, claro) aventura de Vietnam. Tendremos una nación de guerreros y valquirias para conquistar al resto del planeta... y sus recursos energéticos.

—Pero si descubren la verdad histórica, quizá nos odien a nosotros. Bastaría que se filtrase una leve infidencia a través de la prensa —exclamó Mr. Rockwell, fabricante de bombarderos y misiles, ya con una copa de agua mineral (detestaba lo espirituoso) en ristre, cual quijotesca lanza. Éste conocía el fiasco de los *bilderbergers*.

—No me gusta decir “buen día” antes de amanecer —dijo el magnate Mellon —pero deberíamos hacer un brindis por los futuros contratos de defensa que lloverán sobre nuestras cabezas, desde Washington, en mirífico diluvio áureo.

—Es Ud. optimista, Mr. Mellon —respondió Rockwell, agitando su copa de agua mineral, sin recordar que el hielo de la misma ya estaba derretido por los efluvios primaverales—. No debemos confiar demasiado en los azares. Algo podría fallar y echarlo todo a los cerdos. Propongo celebrarlo el día después de Omega. O, en todo caso, el mismo día Omega consagrado al sacrificio colectivo propiciatorio de seres descartables y anodinos, como esos indocumentados que inficionan nuestra nación desde el maloliente sur.

Walter Salomon, en cuyo anular derecho lucía un emblema del Gran Sello, sonrió con suficiencia. Le divertían las especulaciones de los peces gordos de las finanzas y evitaba rigurosamente hacer prospecciones. No se sentía un augur y prefería hacer apuestas sobre seguro, como buen «iniciado». Tampoco tenía vocación de samaritano, y, si alguna vez había girado algún cheque para beneficencia, fue para no dárselo al fisco. Como uno de los Superiores, se sentía en el cielo áulico de los Elegidos, pero prefería la prudencia y la política de Estado antes que la guerra preventiva.

En resumidas cuentas, era un “paloma” y no estaba en el grupo de los belicistas “halcones” pero, la guerra siempre da pingües beneficios a ambos partidos, los que se reparten la torta y los dividendos. En democráticas asambleas, de ocultos fines y nulos principios, se determinan las políticas a seguir en los próximos cuatro años de cada administración. Esta vez les tocó a ellos, a los halcones.

Recordó a los cartagineses Hanon y Barka, respectivas cabezas de palomas y halcones... hasta ser barridos de la historia por Scipio Africanus y el águila romana. Ahora ya no había quien compitiese con los imperios occidentales, excepto quizá, China Continental a la

cual se trataba respetuosamente y sin prejuicios neocoloniales, pese a diferencias ideológicas casi abismales. Una nueva etapa de la turbulenta historia de los Estados Unidos de América se iniciaría en breve pero, para lograrlo, se debería hacer una ofrenda propiciatoria con sangre y fuego a Yahvé-Moloch. Y las víctimas del futuro holocausto ya estaban señaladas por el implacable dedo acusador del destino. Walter Salomon volvió a sonreír en medio de la animada charla de los halcones.

Era entrada la madrugada cuando Witlock regresó a su *penthouse*. Debió aburrirse buena parte de la noche, en el Waldorf, a cambio de mantener sus contactos y sus señuelos tendidos. Una vez en su domicilio, puso una cinta en el magnetófono.

—Conque sacrificios propiciatorios, ¿eh? —se dijo preocupado para sí James Witlock apagando el aparato de audio—. Esos pillos están tramando algo gordo. Desde los tortuosos días del Vietnam no tuvimos jaleos prolongados de consideración, salvo un par de invasiones a Grenada y Panamá más una breve guerra en el Golfo. Tanta paz es sospechosa. Y más aún en una administración de republicanos ultras.

Se sirvió un vaso de *ginger-ale* en la salita-estudio de su *penthouse*, situado en el residencial y aristocrático Queens. Sabía de oídas y leídas acerca de los tejemanejes de la alta política, respecto a desatar guerras programadas de antemano con cualquier pretexto baladí, aunque esta vez no lo sería tanto. No tenía una idea clara sobre las reales intenciones de los halcones, pero de que sería

algo impactante, lo sería con certeza. Por lo general, algunas damas excitadas por el alcohol y hábiles manos exploratorias sobre su epidermis, soltaban prenda, aunque nunca sabían totalmente lo que acontecía en los misteriosos despachos de sus cónyuges, pero, aún así llegó a tener abundante material para algunas de sus más atrevidas novelas.

Justamente la última, aún en preparación: “Himno para la Muerte”, trataría sobre una guerra devastadora, en la que ocultos intereses abren una caja de Pandora y luego pierden el control de los acontecimientos, tras una serie de provocaciones entre Estados Unidos y México, en la que el primero sale harto ganancioso... con la mitad del territorio mexicano anexado. Nada nuevo, por otra parte. Ya el extinto Tercer Reich lo había hecho, en complicidad con el Mikado y el Fascio. En 1939, los nazis fingieron un ataque polaco contra un puesto fronterizo alemán, originando la Segunda Guerra Mundial, con las consecuencias conocidas. Ahora, a varios años de finalización de la Guerra Fría, se estaba preparando una guerra caliente de insospechado desenlace que, incluso, podría alterar el delicado equilibrio del precario estado de derecho aún reinante, por lo menos en la ficción. ¿Quiénes serían las víctimas propiciatorias en esta ocasión? Evidentemente no serían ciudadanos americanos nativos WASPs (*white, anglo-saxons & protestant*), sino indocumentados, extranjeros, negros, chicanos y personas NN. No se admite que las elites blancas pasen por los raseros de la guerra, salvo casos muy esporádicos y excepcionales. James Witlock reflexionaba acerca de ello, ya que en su juventud debió hacer una pasantía forzada como *voluntario* en Vietnam, cuando inesperadamente se

firmaron los acuerdos de París y se desocupó el incómodo continente asiático, donde dejaron sus huesos más de cincuenta mil americanos, ignorantes de las razones de Estado que, finalmente, son las razones de la alta finanza. Se sirvió otro *ginger-ale*, pues su sed no tenía consuelo. Los fantasmas de Vietnam estaban revoloteando sobre la nación. ¿Dónde habían quedado esos gritos de protestas antibélicas y pancartas contra la muerte? ¿Dónde estaban los viejos activistas, que se enfrentaran en los setenta al aparato represivo y a los pretorianos del Pentágono?

Echó un corto vistazo a “Los ejércitos de la Noche” de Norman Mailer, que dormía en un anaquel, junto a Artaud, Allen Ginsberg, Neruda, Leary, Burroughs, Bukowski, Castaneda y tantos otros. Evidentemente el pueblo no aprende nunca y las emociones viscerales rigen por encima de la razón lógica. Los errores de la historia no enseñan, sino a cometer nuevos errores más actualizados. Sólo que los errores sufren los efectos de la inflación y cuestan más caros cada vez, con intereses sumatorios y réditos a Baal Z’ebuth, Astaroth, o quienes fueren. Se dirigió a la pequeña oficina donde su ordenador aguardaba en línea.

Aunque precisaba un descanso antes de disponerse a escribir, revisó su correo electrónico, por si sus agentes en Europa le hubieran enviado algo de fuste.

Pocas noticias había en su *e-mail* pero una le causó sobresalto: su amigo Stephaine Lapierre, redactor humorístico de *Le Canard Enchainé*, quien se hallaba investigando al Comité de Bilderberg, había sufrido un intento de asesinato. Los presuntos autores incendiaron su chalet de las afueras de París donde, lamentablemente, su

esposa e hijo perecieron. No especificaba demasiados detalles. Los cerebros del atentado no contaron con un pequeño detalle. Lapierre no se hallaba allí y los papeles de la Reunión Bilderberg estaban a buen recaudo en otro sitio ignorado. También el personal del seminario parisiense fue amenazado por agentes de los *bilderbergers* a fin de abstenerse de publicar datos sobre un hipotético plan que éstos manejaban. El propio Lapierre, bajo un seudónimo y expuesto al espionaje de «Echelon» —más conocido como Big Brother—, estaba informando a Witlock desde un *cibercafé* cualquiera de París, desolado y con pocas ganas de seguir viviendo. Tras comunicarse con Witlock veía la manera de eludir los tentáculos de sus perseguidores. De todos modos, puso a disposición de éste los documentos de Clave Uno. Más no podía hacer de momento. James Witlock decidió viajar a París para intentar salvar a su amigo y hacerse con los documentos. Una vez allí, intentaría localizar a Lapierre a través de los colegas parisinos de *Le Canard Enchaîné*, mas no ignoraba que en América estaban los de la Trilateral en alerta. La identidad de Lapierre ya habría trascendido y la única posibilidad de salvarlo, sería dotándole de un pasaporte falso, pero ya veía. Sabía que ningún medio de prensa del mundo se atrevería a publicar documentos secretos de la CIA y, menos aún, si éstos incriminasen a los supergerentes de las transnacionales. Ni siquiera el *Krokodyl* moscovita o el *Granma* cubano. Además, Fidel Castro también es masón y entre hermanos arquitectos nadie se pisa la escuadra, aunque militen en orillas opuestas del Río de las Intolerancias. Evidentemente, James Witlock ignoraba la parte más terrible de dicho complot: que Clave Uno estaba ya en la fase de cuenta regresiva.



Contactos clandestinos

Tras sortear los rutinarios controles del aeropuerto de Orly, James Witlock se dirigió a la redacción de *Le Canard* a fin de tomar contacto con los colegas de Lapierre, aún oculto en algún sórdido recoveco de Montmartre, con seguridad. Una vez en *Le Canard*, tuvo conocimiento acabado de lo sucedido con su amigo y el fin de su familia. Gerard Croisset, el jefe de arte de la revista, le sugirió que esperara en su hotel la llamada de Lapierre, pues los teléfonos de la redacción podrían estar *pinchados* por los todopoderosos *bilderbergers*. Era difícil asumir un riesgo para el cual no existe póliza de seguro, salvo para los clavos, o tornillos, del ataúd.

—Puede alojarse en mi casa, hasta dar con Lapierre —le dijo Croisset—. Ni siquiera nosotros sabemos dónde se oculta y tampoco la policía francesa es muy eficaz para proteger a ciudadanos amenazados por ese poder de las sombras. Además, ¿quién nos asegura que las autoridades de toda Europa no estén en connivencia con los *bilderbergers*? Esos tipos tienen tal renombre, aunque casi nunca aparecen en los medios de prensa, salvo en páginas sociales o de negocios, que muchos, medianamente informados, tiemblan de sólo

oírlos mencionar.

—Le agradezco, *mon ami*. Tengo mi hotel, pero si lo ubican, dígame que se comunique conmigo en éste número celular encriptado y que se identifique como Cicerón. Veré de sacarlo de aquí y llevarlo a New York. La Gran Manzana aún no está del todo podrida y me ayudará a completar mi trabajo. No puedo dejarlo en estas dolorosas circunstancias. Además, yo tampoco simpatizo con esos figurones de la alta finanza y la usura transnacional. Necesito su pasaporte para conseguirle una visa del consulado de mi país. Quizá no sea necesario confeccionarle una nueva identidad.

—Creo que es lo mejor, pero si usted garantiza que los de la CIA no intentarán silenciarlo en los Estados Unidos. Recuerde que Clave Uno es una bomba de tiempo y debería estar activada desde hace casi un mes. No sabemos desde dónde, ni cómo, ya que los papeles no lo precisan con exactitud. Quizá para no correr riesgos de aborto. Los servicios secretos del *big business*, no descansarán hasta enmudecerlo definitivamente y recuperar esos papeles —respondió Croisset como dudando.

—¿En qué consiste básicamente Clave Uno? —volvió a interrogar Witlock—, en New York pude captar que preparan otra guerra, aunque no sé cómo.

—Nosotros tampoco pudimos acceder a esos documentos en su totalidad —explicó Croisset, como maldiciendo el momento en que postergó el estudio de dichos folios secretos—. Tengo entendido que ambicionan el petróleo de Afganistán y naciones islámicas vecinas. Parece que necesitan un pequeño pero cruel pretexto para crear un clima de animosidad bélica, un auténtico *casus belli*, y, para tal fin,

tienen una lista de posibles objetivos a ser destruidos por un hipotético ataque... o varios concatenados. Y debo razonar que no harán nada por impedirlos, con el objeto de soliviantar a la opinión pública a favor de una guerra punitiva o represiva. Es el Leviatán cristiano, contra el Islam; una especie de obstáculo para la expansión de la corrupción en Medio Oriente... y más allá. Y si no pueden derrotarlo o someterlo con armas de tecnología-punta, lo harán con el dinero corruptor, como lo están haciendo con sus ahora aliados sauditas, jordanos, kuwaitíes y malayos.

—Eso, en cualquier idioma, es una monstruosidad —dijo James Witlock, enardecido de indignación—. No puedo creer que mi gobierno esté al tanto de un ataque exterior o interior y no haga nada para impedirlo, tan sólo para favorecer los intereses crematísticos de algunos paniaguados de los círculos del poder.

—Bueno, amigo. Ahora, nosotros lo sabemos, pero tampoco tenemos el modo de impedirlo. Entre otras cosas, porque no conocemos los objetivos a ser atacados, desde dónde... ni quiénes lo harán. Tan solo creemos saber que ya tienen a quien culpar para luego pedir su cabeza a los gritos, como en una escena de linchamiento del salvaje oeste. Mi colega corre grave peligro y si su familia ha sido masacrada me da la pauta de que esos individuos no se detendrán en minucias ni en gastos para acallar a Lapierre o a quienes estorben los proyectos hegemónicos de las empresas proveedoras de chatarra bélica o succionadoras de petróleo.

—Y los gobiernos europeos, especialmente los miembros de la OTAN, ¿están al tanto? —preguntó Witlock—. Porque es seguro que los Estados Unidos no actuarán solos, sino como en el Golfo

Pérsico, en Bosnia o Kosovo, reclamarán una ayudita de los amigos, aliados y secuaces de aventura.

—Sí —respondió Croisset—. Con toda seguridad los gobiernos lo saben, todo o parcialmente, aunque los pueblos de esas naciones ignoren supinamente las acciones secretas de sus mandatarios. ¿Qué tanto sabrían un granjero del *Middle West*, un profesor universitario de literatura de Colorado, o un *broker* de Wall Street acerca de planes de este tipo? Los economistas planifican probabilidades, las guerras de conquista las hacen los estrategas. Las mentiras y la desinformación corren por cuenta del Poder, ahora ya no tan público, sino más bien privado... o mejor sea dicho: depravado.

—Pero existe un factor imponderable en casi todos los emprendimientos —replicó Witlock—. Una guerra depende tanto de los estrategas como la economía de los economistas... o la lluvia de los meteorologistas. Los augures tienen más probabilidades de acertar. Al menos un cincuenta por ciento. Un adivino sólo tiene una chance de acierto y otra de yerro. Y si es un político-profeta, tendrá después la suficiente cara dura para explicar por qué no acertó en su predicción. *¡Au revoir, monsieurs!*

James Witlock retornó a su hotel de Montparnasse con el corazón en vilo y a punto de insubordinarse. Los barrios bohemios son buenos para pasar desapercibidos. Podría alojarse en un Ritz, pero su fama literaria y sus ocurrencias le echarían encima decenas de *paparazzi*, periodistas y cazadoras de *souvenirs*. Su privacidad estaba a cubierto por el momento, y si bien su francés no era de *La Sorbonne*, haría pasar de largo, lejos de su entorno, a la curiosidad de los culturosos *dilettantes*. Esa misma noche recibió una llamada

de parte de Cicerón. Supuso que no sería romano, ni filósofo. Acertó. Era el mismísimo Lapierre, aunque no estaba como para el humor que destilaba en *Le Canard*.

—Aló. Aquí Cicerón, *Monsieur* Witlock. ¿Podríamos encontrarnos en... le parecería bien en la *Rue de L'Egalité* al 3213? Venga solo y en taxi. Le daré las coordenadas.

—De acuerdo. Cerca hay una plaza muy concurrida y pasaremos inadvertidos. En una media hora estaré allí.

Unos treinta y ocho minutos después, pudieron darse las manos y abrazarse. Stephaine Lapierre había envejecido diez años en poco más de veinte días. La aventura cargada de equívocos y casi de comedia al inicio, se tornó tragedia... y nadie sabía cuándo llegaría el final. O quizá hubiese muchos finales en seriada sucesión, como aperitivo de un final apocalíptico de alto impacto. Era evidente que estaba alteradísimo por lo ocurrido a su familia y en constante tensión por lo que pudiera ocurrirle a él.

Fueron a un discreto *bistrot*, a manducarse algo con un buen vino *de la casa* y, sobre todo, para charlar sin testigos molestos. Se miraron un buen rato en respetuoso silencio, como midiéndose mutuamente las fuerzas y tratando de comunicarse sin palabras. ¡Era tan grande el deseo de hablar a gritos y tan riesgoso llamar la atención!

—Ahora pude captar algo sobre Clave Uno —comenzó Witlock en inglés, sabiendo que Lapierre lo entendía. —Tu colega Croisset me puso al tanto, aparte de lo que pude percibir en New York, sobre una posible guerra en un cercano futuro. Los responsables harán todo lo posible para evitar que se derrame al gran público y se filtre

algo en forma accidental o, como en nuestro caso, por azar, desacreditar la información. Son expertos en ese tema. ¡Si lo sabré yo!

—Exacto, *monsieur* Witlock. Estoy acorralado, mientras esos papeles duermen aún en un escondite precario; si bien podríamos recuperarlos ahora mismo. No debemos estar mucho tiempo juntos. Es peligroso para usted. Es necesario que lleve esos papeles a los Estados Unidos, y haga que tomen estado público. De lo contrario estallará una guerra indeseada, cuyas consecuencias no podríamos siquiera calcular.

—Cálmate, Stephaine. Voy a llevarte a mi país, y no me digas que no, porque corres el riesgo de que te dé un mamporro por testarudo. Supongo que traes tus documentos. Te conseguiré una visa e irás contratado como mi jefe de redacción, es decir, para mi editor. Afortunadamente, tu caso no ha tenido mucha trascendencia en los Estados Unidos, salvo como un mero accidente. Haré algún tipo de contrato que sea válido para tu radicación. Allá podrás reconstruir tu vida y quizá formar una nueva familia, vamos, que todavía eres joven.

—Le agradezco *monsieur* Witlock, pero temo que mi presencia cerca de usted, sea equivalente a la de una bomba o algo peor. Usted conoce poco a los halcones de Washington y a sus tentáculos mundiales. Tienen cipayos por todas partes y la adhesión de muchos países pobres, simplemente porque los halcones, generalmente son aliados de la corrupción, como lo son la pobreza y la ignorancia. Y cuentan con la complicidad de las potencias aliadas para repartirse la torta de los recursos mundiales. Lo malo —prosiguió Lapierre desolado—, lo terriblemente malo, es que los pueblos, de los Estados

Unidos, de Gran Bretaña, de Rusia o cualquier otra potencia secundaria, no están al tanto de los acaeceres de la *haute politique* y no saben quiénes “hacen” o manipulan los sucesos de la historia. Tampoco lo está la ciudadanía de los pueblos sometidos. No como colonias, que sale caro el mantenimiento de burocracias provincianas, sino como *estados-asociados*, gobernados por sus nativos pero con mando a distancia, una férrea tutela disfrazada de *credenciales democráticas*, ayuda crediticia y *derechos humanos* de sainete. Hasta obligaron por ley a muchos gobiernos a abolir la pena de muerte, mientras ellos la ejecutan contra cualquier ciudadano o comunidad, sin reglamento ni juicio previo, si sus intereses mediáticos así lo requieran.

Stephaine Lapierre tomó un breve resuello para medir sus palabras y de paso liberarse de un terrible secreto que parecía roerle las entrañas. Era Stephaine todo un noble representante de la *nouvelle intelligence* europea y su lectura política era interesante para su interlocutor transatlántico. Tal vez porque coincidía un poco con sus apreciaciones y por comprobarlo en carne viva en su propia nación, más víctima que culpable. Tras intentar serenarse, prosiguió profundizando sus reflexiones ante el afamado escritor de novelas, de política-ficción, es cierto, pero que también contenían sutiles mensajes de alerta ante la política de hechos consumados y generalmente unilaterales de las criptocracias de Washington, Asia y Europa. La Europa Blanca de la voraz sinarquía colonial imperialista.

—Mire usted, *monsieur* Witlock (*El maldito no se sentía con ánimo para tutear a un amigo*, pensaba James), el cacareo de mi

país acerca de derechos humanos, desde los años del Terror revolucionario. La Revolución de 1789 acabó con la monarquía absolutista, es cierto, pero creó un imperio burgués post-revolucionario, cuyo ideólogo: Napoleón Bonaparte, intentó expandir las fronteras francesas a un costo increíblemente alto en material humano y recursos. No contento con esto, el pueblo francés toleró la colonización, desprovista de ética por cierto, de África del Norte, Indochina, Sudamérica y el Caribe. El infame penal de *Île du Diable*, en Guayana, habla muy poco a favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Lo que proclamamos con nuestras bocas, lo pisamos con nuestros propios pies, incluso defecando y orinando sobre nuestros preceptos, sagrados en apariencia.

—Desgraciadamente, es cierto— dijo caviloso Witlock, quien escuchaba pensativo al parisino—. Nuestros historiadores patrioterros, no dicen toda la verdad acerca del nacimiento de la nación bajo el infamante baldón de la esclavitud, consentida o no, pero no por esto menos repugnante. Prosigue, Stephaine. ¡Y deja de llamarme *monsieur*, rayos! Me haces sentir viejo, y encima cornudo. Si yo fuera casado, pase...

Los murmullos de cientos de voces en el *bistrot*, más los de la calle, contribuían a amortiguar el coloquio. Stephaine prosiguió, algo más animado, como quien va despertando poco a poco de una pesadilla.

—La brutalidad de Raoul Salan, Jacques Massu y sus tropas en Argelia, fue indigna de los principios que dicen sostener los llamados «republicanos». Fue una suerte de terrorismo tribal, que no de Estado. Sin embargo, cada 14 de julio se canta *La Marseillaise*, se

agitan banderas tricolores y se recuerdan los logros post-bastillanos. De todos modos, *la Sûreté Nationale* sigue asesinando, torturando, hundiendo barcos ecologistas y vendiendo armas de alta tecnología a pastores de camellos y reyezuelos de provincia, aliados o no. Esa, Witlock, no es MI Francia. Es una camarilla de *cagouleurs* ensuciando el sagrado trono de Merovix y Charlemagne; pandillas de izquierdas o de derechas disputando maneras pseudo-legales de enriquecerse como fuese. Pero no es el pueblo de Francia.

—Te comprendo, Stephaine —respondió Witlock—. Esta es una pálida muestra de lo que le espera al mundo si no reacciona a tiempo librándose de esa plaga post-bíblica que nos mantiene en un perpetuo éxodo: los políticos profesionales e «iniciados», que medran al amparo de *lobbies* ultrasecretos para apostar en la Bolsa sobre pilas de cadáveres. De seguro que, luego del logro de su objetivo, muchas acciones cotizarán en alta. Ahora, dime dónde escondiste esos malditos papeles.

Tras un breve paseo en taxi, por las laberínticas callejuelas del barrio bohemio parisiense, llegaron a una suerte de *cul de sac*. Stephaine se apeó durante breves instantes y, tras revolver silenciosamente unos tachos de basura fingiendo orinar, retornó al taxi. El conductor recibió las coordenadas y se dirigieron hacia Montparnasse. No tardaron en estar instalados en una *suite*, modesta pero tranquila.

Las influencias de algunas amigas de Witlock, en New York y Washington, lograron ablandar el rígido aparato de inmigraciones y las barreras-coladores consulares en Francia. Afortunadamente no hubo problema en los trámites, ya que Lapierre no poseía antece-

Chester Swann

dente alguno, ni carecía del inglés necesario, y tampoco su nombre pasó ante las narices de algún *bilderberger*, pues éstos lo daban por muerto en el incendio de su casa, pese a que su cuerpo no fuera hallado entre los escombros. Una semana más tarde, se hallaba instalado en el *penthouse* de Witlock, listo para ayudarlo en la redacción de su próximo libro.





El silencio es oro

El almirante Stephan Mitchkowski, tras ingresar en una limusina negra, subió a buen tranco las escaleras ebúrneas del ala oeste de la Casa Blanca. Finalmente, tras hondas reflexiones en largas e interminables vigiliyas, resolvió que no podría cargar con la pesada responsabilidad heredada del general Stoogle, de la FEMA y de la omnipresente CIA, ni apadrinar los sórdidos intereses del complejo militar-industrial. El pueblo de los Estados Unidos, al que amaba después de todo, no se merecía tamaña felonía de parte de un sector minoritario, aunque gravitante, de la economía bélica. Como guerrero, gustaba de las guerras, pero no así, arrastrando a civiles inocentes a una hecatombe impredecible. Además, por ultraderechista que fuese su ideología, seguía siendo católico, mal que les pese a los popes del Pentágono y, su confesor sabía, aunque no lo bastante, acerca de Clave Uno.

Como de costumbre, los planes bélicos y contubernios anexos permanecían en las nebulosas de lo ignoto, en la oscuridad de lo

prohibido, siempre con el pretexto de las razones de Estado y el secreto opaco y distorsionante de la alta política. Sabía que el padre O'Malley no divulgaría el secreto. El secreto de confesión es un dogma más fuerte que lo moral, al menos entre la clerecía romana. Por otra parte, ésta siempre estuvo con el poder temporal y las razones de Estado superan remilgos y piedad. Así se demostró durante la conquista de las Américas.

Mucho debió, Mitchkowski, deliberar consigo mismo para tomar una decisión extrema y peligrosa. Sabía con altas dosis de certeza que el terrible secreto del cual era portador podría morir con él. Cabía esperar cierta indulgencia de la CIA, de la que había formado parte mucho tiempo, pero la NSA (National Security Agency) y la FEMA le daban mala espina. Su accionar era demasiado sigiloso, aunque implacable, como para abrigar esperanzas sobre su clemencia. Y más aún al enterarse los cabecillas de que el principal adalid de Clave Uno pensaba dimitir o desertar voluntariamente de su cargo de coordinador del plan, antes de su consumación.

No pudo evitar recordar el abrupto fin del almirante James Forrestal, "suicidado" en el hospital militar *Walter Reed* de Washington. Tampoco podía impedir a su memoria rebobinar recuerdos, de otros asesinatos políticos ejecutados por la CIA y el FBI *hooveriano*, tanto en los Estados Unidos como en todo el planeta.

Ante cualquier discusión o controversia, se anteponian las razones de Estado y Mitchkowski era consciente de la precariedad de su posición comprometida en ese momento. La renuncia podría costarle la vida o algo peor; mas, nada peor, quizá, que llevar sobre su cabeza la sangre de miles de humanos como él, como su hijo, como

su esposa, como cualquier hijo de vecino.

Una guerra —pensó Mitchkowski—, no es solamente asunto de militares, de monjes guerreros, de *samurais*, de verdugos uniformados, de soldados rasos siquiera, o simplemente de *Hermanos de Caín*, como se denominan los *albañiles* de la historia entre sí. Era, la maldita guerra, un monstruo proteiforme que lo devoraba todo y destruía cuanto de bueno y noble haya creado el genio humano.

Mitchkowski siempre intentó ser honesto, consigo mismo y con su país. Con el país que acogiera a sus padres fugitivos de una tiranía extranjera, dándole albergue y trabajo. Mas esto que tenía entre manos superaba a todo lo sórdido de las guerras sucias, como las que se llevaran a cabo durante la Guerra Fría y con las bendiciones de la Casa Blanca y el Departamento de Estado, con el apoyo decidido y leal de gente como él. Se sentía con derecho a desear la destrucción de todo enemigo que intentase cambiar las reglas del juego. Se sentía libre de cargos por haber ordenado masacres de civiles en Vietnam. Pero ahora se dio cuenta de cuánto había sido usado —en la peor acepción de la palabra—, para defender malignos negocios privados de una minoría opulenta. Hasta había estado en Valparaíso con la flota americana, cuando el golpe contra Allende, tocándole presenciar interrogatorios y fusilamientos en el Estadio Nacional.

Pronto fue conducido por el edecán militar del Presidente, a la sala Lincoln, donde presentaría su último informe y su renuncia al cargo, alegando incompatibilidad ética para llevar Clave Uno a *buen término*, si así pudiera decirse. Quizá lo comprendiesen, pero hay siempre riesgos de pérdida de credibilidad o de fe. Y sería para los

conspiradores una suerte de blanco móvil, de perder la confianza de éstos. Quizá debiera haber puesto en su nota que no se sentía bien y deseaba retirarse al hogar, donde últimamente apenas ponía pie, donde poco a poco iba siendo casi un desconocido para su esposa y su hijo universitario, pero prefirió la sinceridad, al eufemismo insípido de la palabra *asco*. Además, necesitaría tiempo para desbaratar, de ser posible, la conspiración de los halcones.

Pero a estas alturas ya no podía echarse atrás. A lo mejor le pedirían que fuese razonable y declinara su renuncia; quizá lo amenazarían veladamente, en el tono amable que se suele acostumbrar en las esferas de decisión. De todos modos, se sentía abusado en sus sentimientos patrióticos, como si habría que ser muy patriota para derramar sangre americana en guerras casi suicidas... en defensa de los sacrosantos dividendos de los accionistas y *brokers* de Wall Street. Tardó en comprender, mediante su corta pasantía como enlace de la CIA, los tenebrosos intereses que se encubren tras la noble armadura del patriotismo y tras las armas, no siempre justicieras, de la Justicia.

Ahora que se acabó de activar la bomba que daría inicio a otra guerra —la primera del siglo veintiuno— el día Omega, sintió que no podría soportar lo que vendría, gracias a sus buenos o malos oficios, sin pensar seriamente en descerrajarse un tiro en la sien o acabar sus días en una clínica privada para alcohólicos no tan anónimos.

El secretario Moses Zooster, introdujo junto al Presidente, a los nueve miembros anónimos de la FEMA y al adjunto de la CIA: Werner Klaussmann. Tras los saludos de rigor, como viejos amigos se senta-

ron a la mesa de trabajo, esperando, todos ellos, buenas noticias del almirante. Ninguno estaba al tanto de las intenciones de éste de dimitir del cargo y de la carga que suponía para sus nervios. Mitchkowski esperó un momento de calma y expuso su nota de renuncia, explicando su decisión.

—Créanme, caballeros, que es muy penoso para mí pedir mi retiro del cargo, pero no me siento tan fuerte como para enfrentar a mi propia conciencia. Siempre he sido capaz de afrontar enemigos, aunque yo no los hubiese elegido para tal menester, sino mi gobierno. Pero esto, que se está poniendo en marcha para desatar una especie de apocalipsis que luego se nos irá de las manos, es realmente infernal. Pertenezco a una logia de masones navales, donde se me ha inculcado valores éticos, aunque no todos mis compañeros y *hermanos* los pusieran en práctica. Soy católico, aunque poco devoto practicante, pero reconozco el valor de la vida, aunque haya empuñado armas en nombre de Dios. Tal vez, por todo ello y algo más, me está pesando la responsabilidad que se me encomendó, tras el deceso del general Stoogle. Hasta hace muy poco, no estaba yo enterado ni compenetrado de la totalidad del plan, sino sólo de sus fases parciales, y aún no lo conozco en su totalidad. Ahora que sé a ciencia cierta lo que se prepara, en nombre de la libertad, de la justicia y del honor, pude llegar a sentir náuseas en el alma. Pero no he venido sólo a justificar mi tardía dimisión, sino a rogarles que reconsideren Clave Uno y se busquen otras posibilidades o cursos de acción, menos dañinos para nuestros ciudadanos. Para eso están los gerentes, para negociar. Si los empresarios quieren guerras para afianzar sus negocios en el exterior, que contraten un ejército privado, pero

que no las hagan en nombre del pueblo de los Estados Unidos, sino de sus empresas. No ha de faltarles psicópatas para carne de cañón, ni proveedores de chatarra y tecnología bélica para tales menesteres.

—Mire, almirante —exclamó casi conciliatoriamente el Presidente—. La máquina ya está activada y no se detendrá. Le pido... le ordeno, que reconsidere su decisión, por el bien de la nación.

—Ustedes me piden que asuma la responsabilidad de un verdugo, con rango de sumo sacerdote sacrificial, señor Presidente. Con todo respeto, el plan Clave Uno me parece un sacrificio innecesario, a no sé qué dios áureo; y me siento en el deber de no participar de esa suerte de ritual pagano de holocausto civil. He venido solo, y acompañado nada más que de mi conciencia. Sé de los riesgos que entraña esta decisión, pero si piensan atacar a un lejano país extranjero, solamente por tener la desgracia de nadar en un océano de petróleo, busquen otra manera de invadirlo sin pérdidas militares ni civiles. Créanme, señores, que quizá el general Stoogle hubiese tomado la misma decisión, de estar como yo enterado de la casi totalidad del plan, que quizá no sabremos cómo ha de acabar ni a dónde nos conducirá, ni quiénes han de lucrar con esta nueva guerra en ciernes.

—Está equivocado, almirante. Es más, él fue uno de los cerebros que idearon, paso a paso, dicho plan, con algunos tecnócratas de Iron Mountain. Por otra parte, si por el bien de la nación, por su prosperidad y bienestar, debemos sacrificar algunas vidas... en realidad dolerá un poco, pero no vemos otra salida. No al menos en las circunstancias actuales. Además, las víctimas de este ritual, como

dice usted, serán héroes nacionales, civiles o no, e ingresarán al panteón patrio con honores, pese a ser indocumentados e ilegales.

—Entiendo, señor Presidente —exclamó el director adjunto de la CIA, Werner Klausmann, dirigiéndose luego a Mitchkowski—. Antes, durante la Guerra Fría, era mucho más fácil. Hasta los soviéticos lo hicieron, sin motivo aparentemente, pero lo hicieron. Y gracias a nuestros buenos oficios, especialmente de William Casey, Vernon Walters, el padre de nuestro Presidente y los *muhahidines* partisanos, pusimos en fuga a los camaradas soviéticos, con costes muy bajos, en material humano, aunque no en recursos. Habíamos creído que los *muhahidines* serían agradecidos con nosotros, pero finalmente impusieron allí un régimen de fanáticos fundamentalistas, contrarios a los ideales democráticos y a los valores de Occidente. Ahora, debemos resarcirnos de los gastos e inversiones militares allí. El Presidente es comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. ¿Va a cuestionar usted su autoridad e incurrir en desobediencia indebida? Piénselo, almirante. ¿O tiene miedo?

—¿Qué puedo temer? —respondió el almirante retirado con sorna—. ¿Que me maten por la espalda para silenciarme por razones de Estado? No, no lo tengo. Simplemente quiero morir en paz con mi conciencia, aunque me haya prestado al juego y dado el puntapié inicial a esta pelota de fuego, aún tengo tiempo de retractarme. Y les rogaría a ustedes nuevamente que den marcha atrás, antes que sea demasiado tarde.

—Usted está excesivamente enterado de los pormenores del plan, como para causarnos jaquecas en el futuro. ¿Cree que podría dormir en paz con su secreto, si de todos modos el plan se realiza con preci-

sión, aún sin su participación? —preguntó el Presidente, exclamando luego—. No, almirante. Si de veras piensa abandonarnos, no saldrá de aquí por sus pies.

—Si algo me ocurriese, señor Presidente, Clave Uno será difundido por todo el planeta, gracias a Internet. No crean ustedes, caballeros, que vine a ponerme en la boca del lobo sin haber tomado precauciones. Les aseguro que todo el material ya está grabado en varios discos compactos y lejos de los Estados Unidos. Es decir, fuera de vuestro alcance. Y no diré más. Tan solo quiero abrirme y volver a casa en paz. Prometo guardar el secreto, si no puedo evitar el holocausto de ningún modo, pero no quiero llevar esa responsabilidad sobre mis hombros. He servido a la nación como soldado, pero no quiero hacer el papel de genocida consciente.

—Entonces, váyase —masculló el Presidente irritado—. Váyase a su casa y haga de cuenta que ya está muerto. Pero la más leve indiscreción suya tendrá atroces represalias, y no me refiero sólo a usted.

Mitchkowski abandonó la Casa Blanca con la inequívoca sensación de estar ya muerto y en el limbo. El conductor de su automóvil, un agente del servicio secreto, estaba mudo como esfinge. Tal vez sabía ya lo de su alejamiento del servicio, pero no comentó media palabra.

—A casa, por favor —pidió el almirante—. Luego lleve este carro de regreso al cuartel de la agencia. Desde ahora no lo necesitaré más y, gracias por todo.

El agente apenas asintió con un gesto imperceptible y siguió conduciendo por las tranquilas calles de Washington, saliendo de la

anchurosa avenida Pennsylvania hacia las riberas del Potomac, por la avenida New Hampshire, en dirección opuesta al Kennedy Center. Sólo después de diez minutos, el agente abrió la boca para desearle suerte y despedirse oficialmente del que fuera su jefe directo. Era un joven de unos veinticinco años, probablemente reclutado desde alguna universidad no tan aristocrática, pero con altas calificaciones. De seguro, si obedecía ciegamente las órdenes impersonales del Pentágono y del Ejecutivo, siempre en calidad de sicario, llegaría muy arriba, aunque el salario era bien ajustado. Pero así era Tío Sam, un pésimo pagador y un mal gastador.

Hassan Mahfud y Walid Ben Mullah sonrieron satisfechos al obtener su licencia de pilotos civiles, categoría 800 horas con instrumental satelital, tras descender de su último paseo aéreo en un Boeing 737-300. Pidieron a Murray Malone una sala desocupada y, tras descalzarse y tender una pequeña alfombra, oraron de cara a la Meca.

Ahmed Ben Abazzi y Fahuad Kemil también estaban muy adelantados en la materia. No demorarían a su vez en recibir el codiciado *brevet*. Entre todos los aspirantes habían adquirido un pequeño jet ejecutivo, tipo *Cessna Citation*, para desplazarse por el país durante sus trámites de radicación. No tenían prisa alguna, pero gustaban de volar como los míticos arcángeles anunciadores del Profeta, aunque más no fuese en alas de metal. El ser humano debía ser una de las pocas especies terminadas a mano. Allah debiera haberlo creado con alas propias aunque no se atreviesen, ellos mismos, a cuestionar su Sabiduría omnisciente, por artículo de fe. Bueno. Por

algo Allah habría hecho lo que hizo. Quizá muchos pecadores no merecerían la gracia de volar por sí mismos, salvo con la imaginación, como los antiguos relatos de alfombras mágicas de Las Mil y Una Noches, o en los poderosos brazos de algún genio o Djinn embottellado.

Murray Malone esperaba a Tim Hutton, que en esos momentos entrenaba a otros dos árabes: Fayed Al Tawfiq y Muhammad Ben Omar. Su cuenta bancaria había engordado gracias a la generosidad de sus alumnos, con lo que pudo comprar motores nuevos para tres de sus aeronaves, cuyas horas reglamentarias estaban al límite. Quizá en media hora estuviese de regreso con el pequeño *Cessna 510* bimotor.

No tardó en divisar la aeronave volando alrededor del campo, casi lista para el descenso. Se dirigió a su oficina para comunicarse con Tim a través del UHF. El día estaba espléndido, como casi todos los días de la Florida, salvo cuando había tifones, lo que lo tenía de buen humor. Ojalá, pensó, que vengan más árabes, coreanos, chinos o lo que sea, a aprender a volar. Y si fuesen generosos como estos sauditas, mejor aún.

Helen Cunningham pudo hacer unas excelentes notas acerca del operativo “Nuevos Horizontes” en el Paraguay. Ésta vez no hubo tiroteos de salva, desembarcos antisubversivos, ni ejercicios conjuntos con el ejército paraguayo. Rutina, pura rutina para los bonachones chicos del Comando Sur. No pudo acercarse al campamento-base de zapadores e ingenieros, por estar éstos en áreas restringi-

das, pero pudo entrevistar a algunos de ellos en Asunción, a donde acudían con helicópteros cada fin de semana a vivir la noche. Tampoco asistió a los aburridos conciertos de la banda “Unitas” que sólo tocaba para entretener a los entretenidos de siempre. Nada especial.

La revista *The New Republic* se encargó de criticar la injerencia unilateral de su gobierno en países tercermundistas. Por otra parte, Paraguay figuraba como uno de los *top* en el *ranking* de corrupción, y ello ameritaba más notas y fotos de acusadores y acusados.

Dan Huntington, a fuerza de andar descifrando los galimatías bilingües de la prensa populachera paraguaya, pudo ir aprendiendo el castellano con su esposa Helen. Intentó además captar los bajos intereses que mueven a los empresarios de los *mass media*, en pro o en contra de ciertos políticos. Casi como en Washington, pensó él. Las noticias y opiniones iban engordando carpetas de manila, pues su intención era preparar un libro sobre el Paraguay (aún le resultaba difícil pronunciarlo), donde estuviesen asentadas buenas o malas impresiones, captadas del entorno. Nada personal.

No se habían molestado en responder a las notas de los directivos del *Washington Times*, ni en hacer caso de las veladas amenazas de los *moonies*. Se concentraron en su *metièr* a fondo, para justificar su salario. Ganaban poco en dólares, pero para el nivel de vida local era una pequeña fortuna. Casi sobraba para ahorrar y, con un poco de suerte, hasta podrían adquirir un vehículo para sus giras.

Los abundantes casos de corrupción existentes, que involucraban a altos funcionarios, jueces, fiscales, policías, militares, e incluso a delincuentes, daban para llenar decenas de carpetas de recortes de

periódicos... y opiniones de algunos columnistas dignos de fe; que no eran demasiados que se diga. Casi debió Dan delegar en su esposa los casos de invasiones de tierras, abigeato, desalojos y crímenes vinculantes, ocurridos en el interior del país. Había poco tiempo para el reposo ¡pero no era nada aburrido ni rutinario!

Buscó en Internet algo referente al tema que atraía a las aves de rapiña del Pentágono hacia el Paraguay: el llamado *Acuífero Guaraní*. Supo que sería la cuenca subterránea de agua dulce más grande del planeta, exceptuando los hielos antárticos, y que las reservas de agua de los Estados Unidos, estaban tan contaminadas por diversas causas, que se imponía la necesidad de buscar otras alternativas para cubrir las necesidades del siglo XXI sin tener que anexarse al Canadá, como lo pidieran, a gritos, los representantes de la ultraderecha: Newt Gingrich, Pat Buchanan, Jesse Helms y otros de su ralea. Mas también habían rumores sobre la existencia de uranio. Dan Huntington suspiró como locomotora en celo. No le faltaría material para su libro, ni para *The New Republic*, en este reino de la santa corrupción nacida bajo la sagrada protección casi paternalista de Washington, vestido de verde *paso libre*.

El afamado novelista James Witlock solicitó a la Casa Blanca una audiencia con el Presidente a fin de entrevistarle sobre sus planes de gobierno y de paso obtener unos datos para sus próximos libros. Debería ser muy cauto para no dejar entrever que estaba al tanto de Clave Uno, a través de un documento sisado a la sociedad secreta de los *bilderbergers*. Sabía que el Presidente, pese a su as-

pecto de *yo-no-fui*, fue electo por los halcones para un fin determinado: crear un nuevo *casus belli* que engordase las faltriqueras de ciertas empresas, y debía poseer por lo menos un elevado grado de astucia, si no de inteligencia. Después de todo, nadie es perfecto. Ni siquiera Bill Clinton, quien como miembro de número del Comité de Bilderberg y del C.F.R., no brillaba con luces propias sino prestadas de asesores asalariados o extraídas de su carismática cuan sicalíptica bragueta, aunque Hillary estaba ya en el Club de Bilderberg.

No tardaron en llamarlo para confirmarle una entrevista de cincuenta minutos en el Despacho Oval, debiendo ingresar por el portón este, donde dos miembros del servicio secreto lo aguardarían para guiarlo hasta el despacho, previo cacheo primario de rigor.

Puntualmente Witlock acudió a la cita, munido apenas con un pequeño block de notas y un carro alquilado de *Hertz*. No se le permitiría grabar ni sacar fotografías, ya que no era miembro de la prensa ni trabajaba para ningún medio. Los dos guardaespaldas le dijeron que, además del Presidente, estarían el secretario de Estado, Cullen Powers y dos senadores republicanos, que asistirían a la entrevista, aunque sin tomar parte en ella y simplemente como testigos. Previamente lo hicieron pasar por detectores y sometido a un cacheo minucioso, por segunda vez. El miedo no es inteligente, pero tampoco es zonzo.

No demoraron mucho en introducirlo al Despacho Oval, donde, tras los saludos protocolares, el escritor se decidió a tomar al toro por las astas, aunque con precauciones. Su última novela “*Armagh Haedon*” no cayó muy bien en los círculos republicanos conservadores, pues ponía en tela de juicio al patriotismo, a los llamados «sím-

bolos de la nación» y batía pateando las columnas de los mitos sagrados y profanos de la política nacional, aunque parabólicamente, referidos a la Irlanda de principios del siglo XX. Todo un abuso de la libertad de expresión para los retrógrados halcones WASP, casi todos formados en Fort Bragg, en Carolina del Norte, semillero de ultraderechistas. El Presidente no debía dejar de tener en cuenta la escandalosa fama de irreverente de Witlock, por lo que —si no rechazó de plano la entrevista—, ésta tuvo que ser privada, teniendo que prepararse anímicamente para responder a las inquisitorias de un artista transgresor.

—Bueno, señor Presidente —inició Witlock su andanada, tras el saludo protocolar, empuñando el block de notas como si fuese un agresivo *walkie-talkie*—, comenzaremos por su próxima política de gobierno. ¿Es cierto que tienen previsto invadir u ocupar países de Asia Central a causa de inciertas provocaciones de los talibán y de un tal Osama Ben Laden, y a quien tienen en lista negra? Sabemos que usted representa los intereses del petróleo, aparte de sus funciones presidenciales. ¿Tiene eso algo que ver con futuras guerras en regiones petroleras?

El interpelado debió acusar el golpe, pero pudo controlar sus nervios y carraspear unos instantes para responder ante la silenciosa, pero atenta, mirada de los senadores presentes.

—No tenemos pensado llevar a cabo ninguna guerra, como usted dice, a menos que se realicen acciones concretas contra los intereses de los Estados Unidos o sus ciudadanos. Y cuando digo esto, me refiero a toda la nación, incluidos nativos, extranjeros, negros, judíos, blancos, amarillos... en fin, a todos los representantes de la

especie humana que alberga el crisol de razas de este bendito país.

El Presidente no pudo evitar esa retórica nostálgica de los tiempos en que diluviaban inmigrantes... hasta que dieron en cancelar todas las visas, por saturación del cupo de esclavos asalariados y parias extranjeros, para-todo-servicio *heavy duty*. Pensó que su respuesta sería una lección de generosidad para este joven presumido que pretendía romper las reglas del juego social con sus absurdas disquisiciones acerca de la justicia y la igualdad. Ningún norteamericano blanco, y menos aún del Sur, admitiría la igualdad, salvo en la paz de las sepulturas, que, a todos iguala inexorablemente. Witlock, sin embargo, no se dejó impresionar por la cháchara presidencial, aprobada por los demás presentes con inclinaciones de cabezas, como en oración. Debió suponer que el Presidente tendría ases en la manga. O creería tenerlos.

—Se comenta por ahí que los halcones de su gobierno están preparando las condiciones propicias, digamos, para romper hostilidades con el supuesto enemigo, que ni siquiera está enterado de serlo aún, ni que será agredido con armas de tecnología-punta para *ablandarlo*. ¿Podría aclararlo usted?

—Sepa que nunca los Estados Unidos agredieron sin motivos a terceros países o a coaliciones de naciones. Debe estudiar un poco nuestra historia... ¿Me equivoco?

—Sí, señor Presidente. Se equivoca, y con todo respeto. No sólo sé historia, sino que tengo dudas respecto a sus asesores. Creo que deberían ser más sinceros con el pueblo de los Estados Unidos y el resto del mundo.

—Mire, Witlock, si llegase yo a percibir un insulto de su parte,

será expulsado de este recinto —gruñó el Presidente, en medio de la inseguridad de si había sido o no insultado.

—Puedo hacerle una breve exposición, si lo desea, señor Presidente, y con todo respeto.

—Pues hágala, pero sea breve.

—Olvida usted el *autoatentado* al acorazado “Maine” en 1898, que condujo a la guerra contra España por territorios ultramarinos; las provocaciones al Japón, a cargo del comodoro Perry en 1854, obligando, cañonazos mediante, al Mikado a firmar un tratado de paz y amistad con el invasor; o quizá el caso Panamá, cuando usurparon territorio colombiano valiéndose de aventureros civiles como el corsario Walker; o en Nicaragua, en los años treinta... o Pearl Harbor... o Vietnam, donde no hemos defendido sino la corrupción de ese gobierno. ¿Quiere más? Más de ciento sesenta y cinco intervenciones, entre 1812 a 1992. Mucha gente sencilla de este país está harta de ser usada como carne de matadero... por la patria; cuando realmente es otra cosa la que está en juego en cada guerra.

—Usted está tergiversando la historia, joven. No me consta que nuestro país haya agredido a... bueno, a nadie... sin motivo.

—Podría haber comenzado por el África, vertiente de esclavos que durante casi tres siglos alimentaron las plantaciones y las minas de una nación cuyos próceres dijeron crearla en nombre de la libertad y la democracia. Es cierto que hubo ciudadanos disidentes ilustres y humanitarios, pero eran excepciones dentro de las reglas. Quiero ahora su versión.

—Mi versión, joven, es la oficial. ¿O me va a hacer creer que nuestros historiadores han mentado a la nación?

—Mis versiones fueron las contadas por las víctimas de nuestro democrático sistema, señor Presidente, no por los escribas de los faraones tricolores de la democracia. Buenos días y gracias por su tiempo y el de estos caballeros. Prometo darle protagonismo en alguna próxima obra. Y espero que para entonces no haya estallado ningún conflicto de intereses creados, que en tal caso, lo obviaré.

Esto último enfureció al Presidente y casi le hizo perder la compostura que tan laboriosamente controlaba. Simplemente miró al osado con dureza pétrea, sin estrecharle la mano y respondiendo secamente:

—Buenos días.

No demoró Witlock en retomar velozmente la avenida Pennsylvania hacia el aeropuerto Dulles, desde donde retornaría a New York.

El Presidente apenas pudo reponerse del *shock* provocado por la entrevista, que más se asemejara al interrogatorio de una inquisición indeseable que a un *interview* periodístico.

—Caballeros —exclamó el Presidente al secretario de Estado y a los senadores, tras retirarse Witlock—. Si alguien alguna vez se ocupase de escribir mi biografía, ojalá que no fuera este individuo, que lucra a costa de denigrar nuestros sentimientos patrióticos.

—Reconozca, señor Presidente que Witlock tiene muchos lectores, al menos entre los jóvenes y las damas. Y ello puede significar que sus ideas, nos gusten o no nos gusten, suscitan cierta, digamos, simpatía —respondió el senador Ben Moulton, algo más moderado y liberal que sus colegas del partido—. De lo contrario, nadie lo leería con tanta fruición, como si saborearan algún manjar exótico. Ade-

más algunas de sus reflexiones, si bien irónicas, no tienen mucho de absurdas. Tuve ocasión de charlar con él en la Gala de Primavera en el Waldorf Astoria, y tiene una percepción de lince, un olfato de lebre y vista de águila. Es nuestra otra campana, como quien dice.

—*Después de Omega* —pensó el Presidente—, *quemaremos todos sus libros frente al Washington Memorial*.

—Lo siento senador Moulton —gruñó el Presidente—, pero tengo mis propias convicciones y principios patrióticos. Me parece extravagantemente repelente y pienso que será su última entrevista en la Casa Blanca. Creo que ordenaré al servicio secreto no quitarle ojo de encima. Pero no los he convocado para pedirles opinión acerca del payaso de Witlock, sino para que me asesoren en la contratación de un escritor que respalde nuestros principios y sea un antídoto contra el veneno que destila este sujeto. Alguien que reencauce los sentimientos patrióticos de la nación y el respeto hacia nuestro pasado heroico de gloriosos sacrificios... que nos llevará a un futuro de grandeza.

—¿Qué le parece Oswald Winthrop, señor Presidente? —dijo Cullen Powers, el secretario de Estado—. Es justo el que necesitamos. Ha escrito biografías de ilustres patriotas y alguna que otra novela épica, aunque sólo unos pocos lo leen. Será una magnífica oportunidad para él que lo apoyemos, y de paso, nos daría los argumentos para rebatir a Witlock y sus licencias literarias e infundios maliciosos.

—Llámelo entonces —respondió el ejecutivo—, y póngalo a trabajar inmediatamente. Si es necesario, debemos dejar a su disposición toda la biblioteca histórica de la Casa Blanca y los archivos del

Congreso. Con una salvedad. Su novela tiene que estar lista antes de agosto de este año. Dígale que lo espero dentro de esta semana para contratarlo.

—¿Tanto detesta a Witlock, señor Presidente, o simplemente tiene alguna prisa profética? ¿Por qué antes de agosto? —preguntó el senador Josiah Davidson sorprendido por la premura—. ¿Es que algo se cuece entre estas venerables paredes y no estamos enterados en el Capitolio?

—No, senador. Simplemente deseo que se anticipe a la próxima novela, o mejor dicho, libelo, de este individuo con ínfulas de intelectual. Pero si demorase un poco más, no importa. Sólo quiero que impacte a la opinión pública.

El Presidente se sintió algo amoscado, como si los políticos estuvieran olfateando sus intenciones a distancia. Trató de minimizar las suspicacias, aunque quizá con poco éxito. Para más inri, alguien entrevistó hacía muy poco a Osama Ben Laden en un hospital militar norteamericano en Dubai, Emiratos Árabes, donde el presuntamente buscado terrorista se hacía frecuentes diálisis, por padecer de insuficiencia renal. Si las indiscreciones e infidencias tomaban estado público, todo el plan se vendría abajo como castillo de naipes acariciado por un ventilador.

—Lo malo de Winthrop es que pretende ser muy formal y solemne, cuando es lo sarcástico el *leitmotiv* que atrae lectores —comentó el senador Moulton—. Su prosa es muy rebuscada, su pretensión de historicismo demasiado retórica y, finalmente, es aburrido por lo denso. Si corrigiese ese estilo desfasado, estaría en onda. No es necesario recurrir a la pedantería académica para escribir un

best-seller. A decir verdad, si no fuese por la fama de disidente recalcitrante de Witlock, preferiría contratarlo a él. Pocos intelectuales respaldan hoy por hoy a los valores conservadores, y cada vez menos público, salvo nuestros electores, que no son pocos ciertamente; pero éstos, prefieren los rifles a los libros.

—Creo que hemos platicado lo suficiente, caballeros —exclamó el Presidente, algo amoscado, como dando por concluida la reunión. —Esta misma tarde iré a Camp David a santificar el sábado, como buen Elegido y el domingo, como devoto cristiano.

Apenas retirados los senadores y el secretario de Estado, el Presidente llamó al cuartel central de la CIA, dirigiéndose a Werner Klausmann, a fin de notificarle la necesidad de reemplazar a Stephan Mitchkowski.

—Tenemos un candidato, señor Presidente —respondió Klausmann desde su despacho en el *búnker* de la CIA en Virginia—. Es un general retirado, que prestó servicios en Vietnam, en la Caballería Aerotransportada y luego para nuestra Agencia. Su foja de servicios es excelente, al menos para nosotros.

—¿Qué quiere especificar Ud. con esa observación, Klausmann? —preguntó el Presidente en tono desconfiado.

—Fue algo cuestionado en su momento, por algunas matanzas indiscriminadas de civiles en Vietnam, más en prevención de atentados que por otra razón. Ud. sabe que muchos civiles podrían haber sido miembros encubiertos del Vietcong, nunca se sabe. Ante razonables dudas, bueno... pues tuvo que actuar. El capitán Medina y el teniente Calley han sido juzgados, pero las órdenes fueron suyas. Mas ahora está limpio de polvo y paja. Su nombre es Mark

Lewis. Es un buen patriota, al menos de acuerdo a nuestros cánones morales. Además es inteligente...

—¿Y ya fue propuesto al cargo?

—Sí, señor Presidente. Es un candidato del Segundo Círculo, usted sabe quiénes, y ha aceptado la propuesta, aunque todavía no está al tanto de Clave Uno.

—Esos son detalles. Envíemelo cuanto antes, que la cuenta regresiva de Fase Tres ya ha comenzado. Y en cuanto a Ud. Klaussmann, encárguese de hacer vigilar a Stephan Mitchkowski, pero con agentes federales y sin especificar motivos, salvo sospechas. Quizá debimos deshacernos de él, pero investigue dónde tiene ocultas sus evidencias, aunque deba revolver el planeta. Cuando las haya hallado, destrúyalas y luego encárguese del almirante, que lleve su secreto al infierno.

—Podríamos acusarlo de insania e internarlo en el *Walter Reed*, señor Presidente. Recuerde a Forrestal... a Joseph Mc Carthy...

—No es mala idea. Pero en esos tiempos el servicio secreto se anticipó a Forrestal. Ahora se nos ha anticipado Mitchkowski. Mejor haga como le he dicho. No le quite ojo de encima, controle su correspondencia, su correo electrónico, su teléfono y su vida privada. Cuando dé un paso en falso, cáenlo.





Duelo de plumas

Con bombos y platillos, fanfarrias y candelas, se anunció la próxima novela de un escritor al que se creía desaparecido de la palestra, por *demodé* y conservador: Oswald Winthrop —que de él se trataba— resucitaba con una novela de ficción (no precisaba jurarlo) épica ambientada en Vietnam: “¡Misión cumplida!”. El aparato publicitario que respaldaba la calidad del escritor era, evidentemente, movido con mando a distancia desde Washington, por la afinidad con los republicanos, el complejo Militar-Industrial, el National Rifle Association y los halcones del Pentágono.

Increíblemente, el literato puso la obra en imprenta en menos de un mes, desde que fuera apalabrado por el Presidente. Aunque aquél tuvo suficientes recursos para trabajar a tiempo completo, además de disponer de un ejército de investigadores, de mecanógrafos y correctores de estilo.

Pero algunos críticos literarios independientes, que no estaban encandilados con las luces de la capital, dieron en bautizar al mamotreto literario: “Misión imposible” o “¡Sumisión cumplida!”, por-

que era escandalosamente evidente la intención del autor, si no de polemizar con James Witlock y otros disidentes del pensamiento oficial —como los cineastas Oliver Stone, Robert De Niro, Michael Moore, los escritores Noam Chomski, Norman Mailer, Susan Sontag y muchos otros, para quienes el patriotismo era mero pretexto esgrimido para ofrendar sangre joven en los impuros altares de las conveniencias—, por lo menos pretendía defender los intereses del Pentágono, que a su vez, defendía los intereses de las transnacionales... y no en la ficción precisamente.

James Witlock sintió curiosidad y adquirió un ejemplar para leerlo y analizar su contenido. En una de las solapas había un comentario elogioso, firmado por un veterano sureño de Vietnam y connotado miembro del semiclandestino *White Power*, además de las menciones a la prensa de varios legisladores e intelectuales republicanos, para quienes el patriotismo es algo sagrado y era deber de un escritor ensalzar el heroísmo norteamericano, tan alicaído desde las guerras de Vietnam y del Golfo Pérsico (esto último lo daba por sobreentendido, aunque no estuviera escrito).

Debemos —decían los ilustres promotores de la obra— *dar a la juventud un auténtico testimonio de sacrificio heroico en pro de la patria y enarbolar nuevamente la bandera de las barras y las estrellas con orgullo*. No especificaban si se trataba de la patria financiera, la patria mercantil o cual otra. De todos modos, al haberse abolido el servicio militar obligatorio, la juventud era más renuente a ingresar a los feudos castrenses como voluntarios, salvo los desempleados, con más músculos que cerebro. Una intensa campaña publicitaria en revistas del tipo *National Geographics*, *Omni*,

Playboy y *Time-Newsweek* incitaba a muchos jóvenes a “vivir la aventura”, en la Armada, la Aviación, la Guardia Nacional o bases militares, con el anzuelo de aprender oficios de mando medio, que luego podrían utilizar para ganarse la vida como civiles.

Witlock sonrió intentando imaginar en qué podría trabajar un graduado en radares de detección temprana, un técnico en torpedos nucleares o mecánico de mantenimiento de sistemas retráctiles e hidráulicos de B-52 H, al regresar a la vida civil, una vez finalizados sus contratos, salvo en alguna factoría de armas. Recordó una vieja historia de los años cincuenta, cuando un sargento retirado puso el siguiente aviso en *Popular Mechanics*:

“Artillero de cola jubilado, de B-29, B-50 y B-36, se ofrece para pequeñas aerolíneas que deseen acabar con la competencia sin hacer *dumping* en las tarifas”.

Muchos jóvenes —con escasas calificaciones académicas y pocas probabilidades laborales— siempre muerden los espineles de las Fuerzas Armadas, las que deben justificar su existencia con periódicas guerras o conflictos, aunque mas no fuesen limitados y con la ventaja adicional de matones musculosos frente a alfeñiques o minusválidos, como lo demostraran en Dominicana, en Haití, Grenada y Panamá.

Witlock intuyó que pasaría algo gordo para resucitar el frenesí guerrero de la nación o *berserk*, como lo denominaban los *vikings* nórdicos. Se prometió a sí mismo, que haría un esfuerzo para leer el farragoso texto de Oswald Winthrop y enterarse de las intenciones

del Pentágono que, sin duda, estaría detrás de la obra.

De seguro, si viviesen John Wayne o Rock Hudson, la llevarían al cine, como pseudo-epopeya de la Guerra Fría recalentada con patriótico *napalm* de utilería, machismo chato y *glamour* gay.

El almirante Mitchkowski vivió un tiempo sin sobresaltos, pero se sabía vigilado, mas no comentó nada con su esposa y su hijo. Prefirió ensimismarse y salir lo menos posible, aunque sus seres queridos no podían evitar hacerlo, siendo también objetos de vigilancia, en muchos casos en forma ostensible como para que lo supieran. Su hijo Charles, no demoró en caer en cuenta de ello. En la *Southern Illinois University*, en Carbondale, aparecían a menudo extraños que hacían preguntas en el rectorado y a sus colegas. También el muchacho, Charles Mitchkowski se alarmó al extremo de llamar a su padre e interrogarlo al respecto.

Éste trató de tranquilizarlo a fin de no afectar a sus estudios de Derecho Constitucional. No se le ocurrió otra cosa que alegar su expasantía por el servicio secreto, y como tal, estaba protegido por el gobierno tras su retiro.

—¡Olvidalo Charlie! —le sugirió su padre—. Estuve vinculado a... bueno, a trabajos clasificados, y he tenido acceso a... documentos confidenciales, por lo que mediante una gentileza del Presidente se me otorga protección. Sabes lo que te quiero decir. Hazte el desentendido y listo. Desde luego que incluso nuestros amigos y conocidos estarán siendo *protegidos*. Tú sabes cómo son las cosas, pues te has criado en bases navales y muy cerca del lugar de mis funciones.

Tranquilízate y estudia.

—Gracias, padre. Intentaré hacerlo —respondió Charles por el teléfono, que, de seguro, estaría *pinchado*. Evidentemente, estaban intentando intimidarlo para dar a entender que no bromeaban cuando lo amenazaron. Dedujo, como viejo zorro de la inteligencia militar, que intentarían dar con los testimonios de Clave Uno, y, una vez localizados éstos, sacarlo de circulación, con todo y familia.

Difícilmente hallarían sus CD ROM, puesto que uno de ellos se hallaba en la residencia de un amigo de sus parientes en Brasil. En Montana había otro guardián de una segunda copia, y tenía tres más en Europa y Asia. Difícilmente podrían evitar que circularan por la *web* en un momento dado. De todos modos, él no les dejaría quebrar su resistencia hasta que su mente se rindiese a las fuerzas de la insania. Era esta otra de las habilidades del servicio secreto, el de no hacer un secreto de sus acosos, hasta que la víctima acabase en un hospicio con paranoia avanzada. El KGB usaba esos mismos métodos; sólo que internaban, *a priori*, al disidente y posteriormente lo enloquecían. Mitchkowski memoró a los *muslims*, a los cuales se había sometido a los *electroshocks* y otros tratamientos de quiebre del Dr. Schultz. No pudo evitar estremecerse al recordarlo. Quizá pudiese resistir a la tensión permanente a que lo someterían *sine die*. Tal vez no, y su mente capitulase para siempre en las ergástulas de algún aséptico hospital.

De pronto se le ocurrió una idea que podría dar al traste el detonante de Clave Uno, pero debía asegurarse de llevarlo a cabo con gente de su absoluta confianza. Pero sería algo difícil eludir la vigilancia para llegar hasta donde se hallasen los árabes para

desprogramarlos de lo aprendido acerca del Corán, el Islam y todo lo demás. Es decir, *neutralizarlos*.

James Witlock se sintió impactado por “¡Misión cumplida!”. Pero no por la calidad literaria de la obra, sino por la cantidad de manos que la elaboraron, lo que se notaba en las diferentes partes, todas redactadas con estilos disímiles; desde el barroco lenguaje de Winthrop, pasando por el periodístico, el poético, el trágico, el humorístico... todos con diversos niveles creativos, pese a notarse que la trama central de la novela no pasaba de un alegato patriótico de escuela primaria, esbozado por el autor y retocado por variopintos correctores y redactores asistentes. Muchos críticos llegaron a similares conclusiones y deploraron la carencia de una mejor redacción, libre de hipérbolos, pleonasmos, solecismos, anacolutos, ditirambos exagerados y otros rebusques superfluos. Tal vez el valor de la obra residiera en la velocidad con que se la puso en circulación, desde que fuera contratado el autor. O tal vez tuviera otros méritos que no saltaban a la vista inmediatamente. Lo lamentable es que nadie intentaría leerla dos veces para descubrir sus ocultos méritos, si los tuviera, cosa que muchos dudaban.

De todas maneras, «¡Misión cumplida!» había sido publicada, sólo que no cumpliría su misión de torcer el rumbo de la opinión pública en pro de la exaltación del patriotismo nacionalista y xenófobo, hoy por hoy apenas guardado en apolillados arcones por los *red necks* de la ultraderecha cristiana.

James Witlock no intentó exponer su parecer en la prensa, ni en

algún otro medio, aunque varios entrevistadores se lo preguntaran en ocasiones. Simplemente ignoró a Oswald Winthrop y su obra, aunque algo le decía que quizá el Poder estaría *inspirando* al autor de “¡Misión cumplida!” para ocultos fines.

De todos modos, decidió seguir investigando el críptico documento que ahora estaba bajo su cuidado, sin suponer siquiera remotamente la estrecha relación existente entre Oswald Winthrop y Clave Uno. En el mismo, si bien se detallaban algunas fases anteriores y posteriores a una ignota entidad llamada Omega, la cual no se especificaba con claridad, aludía a un presunto complot contra los Estados Unidos y la posterior reacción de represalia, que incluiría acciones probables contra enclaves hostiles, como la llamada *Tres Fronteras*, entre Argentina, Brasil y Paraguay, donde residen inmigrantes islámicos, y, posteriores ataques masivos en Afganistán con bombas convencionales de alto poder (sería inútil usar armas nucleares en un páramo), desembarcos aéreos de tropas y ocupación militar, a los que seguiría la entrega del poder a los nativos más dóciles y adictos al sistema. El resto era fácil de imaginar.

Lo difícil, era imaginar una invasión a Sudamérica, en el punto señalado por el plan. Era impensable que el Brasil se dejara arrebatar la gran hidroeléctrica de Itaipú sin presentar batalla, y sin hacer respetar su espacio aéreo, el cual se debía atravesar para un eventual ataque. En cuanto a la Argentina, tampoco lo permitiría.

Si algo le cabía en el cacumen a Witlock, era la ambición del Presidente de anexarse los países petroleros del Asia Central, ya que las reservas de los Estados Unidos no durarían mucho. Especialmente con los nuevos automóviles monovolumen, devoradores

Chester Swann

de combustible, recientemente lanzados al mercado. ¿El Protocolo de Kyoto? ¡Bien, gracias! Pareciera que al Presidente y sus colaboradores les importara un ardite el calentamiento global y la capa de ozono. Seguramente pensaría que habría suficientes protectores solares para los *red necks*, y que el calentamiento global les haría ahorrar energía en los futuros inviernos en cierne.





La Ley del Gran Garrote

El nuevo oficial de enlace de la CIA, el general con retiro activo Mark Lewis, se dirigió a toda prisa a la Casa Blanca, donde debía prestar juramento por su nuevo cargo antes de asumirlo. Aún no estaba enterado de la abrumadora responsabilidad que había eludido su antecesor, pero Lewis era un militar por convicción, guerrero por vocación y halcón de alma. De seguro no rehuiría el reto de contribuir a desatar el apocalipsis, si así se lo pidiese el poder político. Además, tenía tantos escrúpulos a la hora de matar como un tigre hambriento cebado con sangre.

En resumen, se sentía el hombre ideal para el cargo que fuese, toda vez que hubiera acción. Lewis detestaba a los contemporalizadores de las fuerzas armadas; despreciaba a los que preferían los enredos diplomáticos y las mesas de negociaciones, a la acción directa y unilateral y se mofaba de los generales de oficina. Lewis tuvo protagonismo en las invasiones a Grenada, Panamá y en las Tormentas del Desierto del Golfo Pérsico, antes de ascender y pasar luego a retiro. Era, en síntesis, un tipo duro que podría haber perso-

nificado a Rambo en el cine, si pudiese tener el físico de Stallone, la facha de John Wayne y la simpatía de Eddie Murphy. Pero Lewis era todo lo contrario física y anímicamente. De estatura *standard* y más bien diminuto, bastante enjuto y calvo, apenas alcanzaba los sesenta y cinco kilos con las botas puestas. Sólo sus ojos delataban la clase de tipo que podría llegar a ser. Destilaban una mirada casi alucinada, como de ave de presa en persecución de gorriones que, tras una corta pasividad, retornaría de nuevo a su oficio de halcón.

El juez Boundary, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, le tomaría el juramento de estilo, luego quizá éste abandonaría el despacho Oval dejándolos solos con el Presidente y el *staff* de la FEMA, quienes lo pondrían al tanto de Clave Uno, ya en su Fase Tres en marcha.

No tardó en ser recibido por el mismísimo director de la CIA, George Trent, y por su adjunto Werner Klausmann, quienes lo condujeron de prisa junto al Presidente. El Juez Boundary estaba listo, con la biblia abierta en el Salmo XXIV y la toga puesta, aunque sin peluca, pese a sus ancestros británicos.

La ceremonia fue bastante breve y un cuarto de hora más tarde, tras el perjurio del general Lewis, quien prometiera “defender la Constitución de los Estados Unidos”, cuando haría en realidad todo lo contrario, Boundary se retiró del recinto, llevándose su ajada y casi inútil biblia, dejándolos a solas para tratar cuestiones inherentes a Clave Uno.

—Estimados patriotas asistentes —comenzó el Presidente, refiriéndose a los reunidos en el salón Oval, tras asegurar el jefe del servicio secreto de la presidencia que no había testigos molestos ni

micrófonos ocultos en el área—. Doy en vuestro nombre la bienvenida al nuevo enlace de la CIA, general Mark Lewis, aquí presente.

El director adjunto de la CIA, Werner Klausmann, se revolvió algo incómodo ante la presencia de un elegido de los Hijos de la Alianza, mientras sus acerados ojos celestes devolvían reflejos siniestros. Sabía Klausmann que una vez impuesto el Nuevo Orden, deberían *ellos* limpiar sus archivos de recursos humanos, deshaciéndose de sus numerosos auxiliares negros, indígenas, latinos y judíos, muchos de éstos situados en las altas esferas; algunos infiltrados como episcopalianos, adventistas, mormones, testigos de Jehová o cualesquiera otra denominación “cristiana”. El temor a nuevos *pogroms*, quizá. Klausman paró las orejas como buen *dobermann* bípedo.

—El tiempo está avanzando inexorablemente —prosiguió el Presidente con un dejo de ansiedad— y precisamos ordenar un poco la casa. Es decir, nuestro país. El de las libertades civiles, a punto de ser incontrolables a causa de ciertas minorías organizadas; el país de la democracia, ahora manejada por grupos rebeldes; el de la igualdad ante la Ley, y la ley de la fuerza para las desigualdades. He recibido de los Hermanos Superiores la misión dejada trunca por mi padre e interrumpida casi dos períodos, a causa de un incapaz, hasta para controlar su bragueta. Debemos proseguir adelante para estructurar un Nuevo Orden, en el que cada quien ocupe el lugar que le corresponde. No podemos permitir que naciones pequeñas, incultas, pobres y, para colmo, tercermundistas, nos impongan en bloque exigencias similares, a las que nosotros les hacemos e hicimos individual y unilateralmente. Nuestra nación debe importar

materia prima para sus industrias, pues necesitamos poner mucho valor agregado en nuestros productos y mantener liderazgo absoluto en tecnología punta y en ingeniería sociopolítica. Nuestras necesidades anuales de consumo casi llegan al 35 por ciento de los recursos del planeta, muchos de ellos no renovables ni sostenibles. Por tanto, si ahora no tomamos el control de los disidentes, de los descontentos, que nos acusan de sus carencias, más tarde la situación se hará incontrolable, obligándonos a poner todos los servicios de seguridad en protección de propiedades y propietarios, que finalmente son quienes nos pagan los salarios y nos dan sus votos. ¿Qué derechos puede tener una clase, casi improductiva, de proletarios o pequeño-burgueses de medianía? Necesitamos ahondar el abismo entre ellos y nosotros, para sentirnos protegidos en lo por venir. Esta es, caballeros, la motivación y el desafío futuro. ¿Alguna pregunta?

—Pero una guerra convencional no es una situación de excepción como para dar protagonismo activo a la FEMA o anular la constitución y los derechos civiles —exclamó el nuevo agente de enlace de la CIA, algo dubitativo—. Implantar un estado de excepción implicaría...

—Quiero aclararle general, que ésta no será una guerra convencional, lejos de nuestras fronteras como de costumbre; ni sujetas a reglas o protocolos internacionales. ¡Olvídese de la Convención de Ginebra! Será una guerra despiadada contra toda disidencia, al mejor estilo de los *golden years* de la Guerra Fría, o más aún. Dada la conquista de las libertades, gracias a los liberales y “palomas” de nuestro país, las ONG’s están casi tomando el control y liderazgo de las minorías, en detrimento de los políticos y, de paso, las solivian-

tan contra nuestras instituciones desacreditándolas, poniendo en duda la honestidad del servidor público, haciendo mofa de nuestras banderas e himnos; en fin, es preciso aniquilar toda disidencia, por mínima que fuese —dijo el Presidente con aire doctoral de estrategia de salón—. La palabra mágica de nuestra campaña del siglo XXI será “terrorismo”. Si somos lo bastante convincentes para influir en la opinión pública de nuestro país, haremos temblar al mundo, civilizado o no, poniéndolo a nuestros pies. A partir de allí, nosotros seremos los legisladores del Parlamento Planetario. El único recurso para aumentar productividad y competitividad es la estabilidad sociopolítica. Para ello disponemos de dos agentes de presión: el miedo y la carencia de capital de los pobres de la Tierra. Pero primero necesitamos experimentarlo aquí, para luego extenderlo más allá del horizonte. En el futuro imperio de los Elegidos no se pondrá nunca el sol. Tenemos previsto unir a Canadá y México con nuestro país, fundando la Unión Norteamericana, con una moneda única: el Amero, y anular nuestra vieja y ya ineficaz constitución.

Andrés Colina, del diario *Últimos Tiempos* de Asunción, conducía a duras penas su pequeño automóvil por las casi intransitables carreteras térreas del II Departamento de San Pedro. Por fortuna la tecnología japonesa de su vehículo lo llevó a buen puerto sin contratiempos. No demoró, una vez llegado a *Táva Guaraní*, asentamiento de ocupación liderado por Livio Martínez, en buscar alojamiento en la casa comunitaria, un salón multiuso del lugar.

No era la primera vez que Colina se acercaba a los agricultores

de la región norteña, a más de doscientos kilómetros al norte de Asunción. Desde que, en los postreros años del siglo recientemente fenecido, corriera la alarma de que guerrilleros colombianos de las FARC o del M-19 entrenaban a campesinos paraguayos en el arte de la insurgencia armada, visitó varias veces las zonas rurales de cuatro Departamentos norteños, verificando la futilidad gratuita del infame infundio.

Tras innumerables kilómetros recorridos, tuvo que caer en cuenta de que la especie había sido una maledicencia de la peor ralea, con perdón de la redundancia. Pero debió sospechar Colina el origen de tales acusaciones. Algún oculto poder seudorreligioso conservador pretendía gobernar el planeta en nombre de Dios, o quizá del otro, de su contraparte, que era lo mismo que igual. No existían, a su entender, razones válidas para desechar esas sospechas.

Recordó haber adquirido cierta vez un exótico perfume oriental para hombres. Le llamó la atención la etiqueta, cuya marca era “TEMUJIN”, mostrando un jinete armado a lo medieval, en una suerte de cumbre, mirando a un horizonte crepuscular y llano.

Al principio Colina no dio importancia al marbete del perfume, pero a medida que los días pasaban, y teniéndolo ante su vista diariamente, púsose a analizar el simbolismo del diseño. Su interpretación le sugirió que podría tratarse de un mensaje subliminal relativo a... ¡la conquista de Occidente!

El caballero del perfume masculino, cuyo nombre sería sin duda *Temujin*, quizá en homenaje al temible Gengis Khan, creador de un gran imperio mongol, se erguía sobre su montura en aparente desafío. Su obra en realidad no quedó trunca en dos siglos, pues su nieto

Kublāi fue emperador de toda la Ruta de la Seda, hasta la China. El nombre de natalicio de Gengis Khan era *Tenh Moon Jin*. La puesta del sol simbolizaría el oeste, el Occidente o poniente. ¿Sería Sun Myung Moon el agente secreto de una nueva confrontación bipolar o multipolar? No. Eso sería simplificar demasiado las cosas. También estaban las Tríadas chinas el Yakuza japonés y otras entidades de corte fascista-corporativo. Sólo que la Religión pasaría a ocupar el lugar de los sindicatos en la tríada integrada con el Estado y las corporaciones. Una suerte de teocracia manipuladora en ciernes.

Observó nuevamente la etiqueta de la fragancia viril para determinar su procedencia. No pudo hacerlo, puesto que estaba en ininteligibles caracteres orientales, pero la forma occidentalizada de la tipografía, le hizo pensar sobre el alfabeto *hangul*, creado por un rey coreano hace varios siglos, para diferenciarlo de los caracteres chinos utilizados en Corea hasta entonces.

De este modo, Andrés Colina comenzó a intuir que algo oscuro se cernía sobre la Tierra en los inicios de un nuevo siglo.

Aún traía sobre sí —desde la lejana Asunción— la preocupación por el críptico mensaje del perfume oriental. La palabra “oriental” podría tener otra acepción oculta, tal vez relativa a Grandes Orientes, además. De todas maneras, investigaría por su cuenta y riesgo sobre el particular. Muchos amigos, militantes de izquierdas, se la pasaban despotricando contra el auge neoliberal post socialista, aunque Colina sospechaba que las mafias corporativas no tienen ideología, banderas ni patria alguna, y que era realmente una suerte de hampa político el que estaba tomando el control de las instituciones en todos los países supuestamente soberanos, camuflados o

mimetizados, en ideologías de mayor o menor arrastre o arraigo.

Livio Martínez lo recibió con muestras de alegría en la casa comunitaria, donde funcionaba la escuelita de la colonia, pero los niños estaban aún de vacaciones lectivas de Semana Santa. Tras los abrazos y efusiones de rigor, ambos iniciaron una plática entre sorbos de refrescante *tereré* nativo: agua fría, con hierbas maceradas y sorbida en bombilla, filtrada a través de yerba mate; una costumbre ancestral que se perpetúa en el tiempo y sirve para unir amistades matizando conversaciones o compartiendo sinsabores cotidianos.

Tras sacarse de encima los comentarios respecto a las incomodidades de la travesía, las palabras se adentraron a senderos algo más escabrosos. Se rumoreaban malos tiempos. Posibles acciones de desalojo, bajos precios de las cosechas y ascenso de la espiral inflacionaria, sin contar las plagas agrícolas como picudos, orugas, políticos y especuladores. También la corrupción imperante en las instituciones, las operaciones casi clandestinas del Comando Sur del Ejército de los Estados Unidos —que no pidiera autorización al Congreso Nacional para explorar el subsuelo, ni para llevar consigo a su país muestras de sus prospecciones y cateos, cual si el planeta fuera propiedad suya— ocuparon el intercambio de pareceres entre ellos.

Asimismo la compra escandalosa de los latifundios de la empresa Carlos Casado, por representantes de la secta Moon, formó parte de la plática entre ambos amigos, prometiendo Colina, a través de su columna de prensa, atacar a la injusticia incitando a la resistencia pasiva de los habitantes de Puerto Casado a la exacción extranjera. Al menos, hasta donde lo tolerasen los propietarios del medio.

De todos modos para el periodista Andrés Colina, casi todos los males del mundo formaban parte de una vasta conspiración, cuyo origen no podía aún precisar. Obviamente, Belcebú estaba exculpado por Colina, entre otras cosas, por no estar seguro de su existencia. Supuso, por ende, que tampoco Dios era culpable de los asuntos terrenales, por la misma razón. Entonces habría que aguzar ojos y oídos en otra dirección menos metafísica y escatológica. La ignorancia vestida con la túnica de la fe debía ser investigada como cómplice o encubridora, involuntaria o no, de los conspiradores.

Tras el fresco brebaje, los dos amigos recorrieron a pie los senderos de la colonia, los cultivos, los criaderos, los rústicos secaderos de yerba mate y la aldea. Era evidente que no se hallaba en la zona ningún colombiano, y mucho menos guerrillero. Había, eso sí, mucho esfuerzo colectivo, en la construcción de una sociedad igualitaria, con sus propios métodos de organización y distribución del trabajo, los estudios y el cuidado de la salud. Y esto, no se lo debían al gobierno, a las iglesias, ni al Comando Sur y sus cancerberos, sino a ellos mismos.

—Creo que aquí nos quedaremos, incluso a pesar del Comando Sur, los latifundistas y el ausente gobierno —comentó desafiante Livio Martínez con sorna—, y hasta a pesar de las FARC o quienes sean nuestros supuestos *maestros* en insurgencia.

—Lo sé —respondió el periodista—. Creo... estoy seguro, que éste es el lugar de ustedes. Sólo siento no poder estar siempre aquí y vivir de la generosa tierra, en lugar de medrar en una fría oficina asuncena por un salario flexibilizado a la fuerza.

James Witlock se hallaba en Los Angeles, al otro lado del continente, donde daría una charla en la Universidad de California (UCLA) sobre su trayectoria literaria. Stephaine Lapierre no lo acompañó, prefiriendo quedarse en su apartamento de New York, para revisar los manuscritos de su próximo libro, aunque también por seguridad. Los lobos estaban sueltos por las calles, como siempre. Witlock hubiese preferido su compañía, pero estaba consciente del peligro que corría a causa de los *bilderbergers*.

El paraninfo universitario estaba de bote en bote, aguardando expectantes al orador muchos jóvenes de la intelectualidad disidente y contestataria. También se podía percibir entre los presentes a miembros jubilados de la contracultura de los sesenta y veteranos de Vietnam, muchos de ellos inválidos, en sus propios asientos rodantes. Sabía Witlock que los sabuesos del FBI o de la CIA lo estarían vigilando y captando la reacción del público a sus palabras. Mas estaba dispuesto a asumir su actitud de enfrentamiento con los halcones, a quienes sabía, momentánea y circunstancialmente, dueños del poder político. Afortunadamente Pat Buchanan estaría en Washington, D.C. como senador, que no en California como gobernador, y ello le tranquilizaba un poco. Pese a su fama transgresora, California era un estado de mayoría republicana, por no decir *reaccionaria*.

Caminó el escritor por el *campus* cercano, tratando de repasar el contenido del ayudamemorias que portaba, mientras intentaba aclarar sus pensamientos, a fin de no dejar dudas en el auditorio acerca de su propia filosofía contenida en su obra. Ciertamente, a través de la ficción se podrían exponer ideas que no siempre halla-

ban eco en la prensa o eran autocensuradas en los ensayos.

Miró su reloj para estar en hora ante su auditorio. No gustaba de hacerse esperar, y aguardaba, a su vez, que los técnicos de sonido hubiesen terminado de instalar el sistema de amplificación. Le sobraban aún diez minutos sobre la hora marcada, por lo que no apuraría el paso. Ingresó puntualmente al paraninfo por la puerta frontal, siendo casi ovacionado por los presentes, muchos de ellos en el corredor a causa de la limitada capacidad del local de conferencias, pero que lo verían a través del circuito cerrado de TV por lo menos.

Se dirigió al proscenio a ocupar su lugar en el podio, decidiendo de pronto no extenderse demasiado, para compartir ideas con el público y dar alguna oportunidad a quienes quisieran aportar sus opiniones, antes que llenar la hora y media con sus palabras. Después de todo, el escritor es un poco creación de sus lectores, quienes lo definirán mejor en cuanto a ser humano, en su propia circunstancia.

Esta sería su “primera vez” ante lectores y estudiosos de su obra, y era consciente de que no sería igual a sus tertulias en el *Waldorf*, ni en el *Maxim's*. Pero estaba tranquilo. Accedió a venir desde New York, no por convite del rectorado casi conservador, sino de los propios estudiantes e intelectuales de la Costa Oeste. Incluso, hasta quisieron negarle el acceso al paraninfo, pero las autoridades de la UCLA debieron ceder ante la presión de sus estudiantes de literatura contemporánea. No todos los días se podía tener a un monstruo sagrado en persona; aunque no tan monstruo, como los sacerdotes y hechiceros de la guerra, siempre inaccesibles en sus diabólicos parnasos y cielos rasos de Washington.

Tampoco Witlock aceptó cobrar por su charla, pese a que algu-

nos estudiantes hicieron contribuciones simbólicas para costearle el billete de Delta Airlines por lo menos. Finalmente, se encontraba allí, frente a ellos como si tal cosa, por lo que, tras probar el micrófono decidió romper el hielo.

—Pues, aquí me tenéis, amados forajidos, transgresores y contestatarios, y os aseguro que estaré entre vosotros hasta ser crucificado por el nuevo *sanhedrín* conservador —exclamó jovialmente con una sonrisa cómplice, siendo respondido con vítores y aplausos, excepto por algunos mutilado, imposibilitados de hacerlo—. Ya que habéis leído algunas de mis cuartillas, podríamos explayarnos sobre los valores que dicen defender *ellos*, los que me acusan de roedor de glorias, de piromaníaco de banderas, de enronquecedor de himnos, desafinador de coros y heresiarca irredento de símbolos sagrados.

Calló unos instantes para aguardar silencio, ante las risas de los presentes cuando se refiriera a sus acusadores, Oswald Winthrop entre ellos.

—Ellos, los halcones, con sus corifeos y turibularios civiles, aseguran defender el sagrado fuego del patriotismo, cuando en la realidad sacrifican jóvenes vidas en las aras impuras de los dividendos macroeconómicos de las transnacionales. Acusan a mi literatura de ofender esos supuestos valores, como no hubiese bastado la derrota en Vietnam, Cambodia y Laos para poner esos valores en tela de juicio

—Muchos de vosotros habéis servido involuntariamente de carne de trincheras e incluso de asesinos a sueldo, gracias a la propaganda bélica, y al reclutamiento forzoso para luchar en lejanas tierras ajenas, matar seres indefensos y brutalizaros cada vez más como

seres humanos. Mis novelas sólo reflejan la realidad cruda y por ello suscitan las iras de los amos del Pentágono, quienes ahora seguramente están tramando cómo arrastrar a esta nación a una nueva guerra, en otro intento por acabar con las disidencias, con los derechos civiles y la resistencia intelectual a sus torvos designios, tal cual está expuesto en las páginas de “Banderas en llamas” y “Armagh Haedon”, así como constará en mi nuevo libro en preparación: “Himno para la Muerte”.

Media hora más tarde, el auditorio estallaba en vítores cerrados en aprobación de sus palabras. En ese más de cinco minutos de ovaciones, Witlock mandó encender las luces del enorme salón a fin de contemplar los rostros de quienes lo aplaudían fervorosamente... y también los otros, los gestos agrios de sus detractores, que también estaban allí, intentando incidentar. Tan sólo su minoría aplastada les impidió concretar la exteriorización de su desconformidad ante los dardos de Witlock, aunque también pudo sofrenarlos la debilidad anémica de sus argumentos.

El mismísimo Ron Kovic, autor testimonial de “Born in July 4”, en su silla de ruedas estuvo en primera fila, en su calidad de víctima de Vietnam... y del patriotismo que lo impulsara a ir a la puta guerra, aún estando exento de ello por haber nacido el día de la independencia.

Witlock descendió del podio y abrazó con fuerza a Kovic emocionando aún más a los asistentes.

Tras el silencio, retomó el micrófono incitando a los oyentes a hacerse oír.

—Esta es nuestra ocasión para debatir, sobre la legalidad de las

guerras unilaterales, planificadas como hechos consumados, hermanos —exclamó Witlock—. Y una magnífica oportunidad para iniciar un movimiento de desarme interior; para encabezar un movimiento de conciencia, que ponga a esos hechiceros de la guerra bajo control constitucional. Yo mismo soy un huérfano de la Guerra de Corea, donde mi padre en la flor de su juventud fue abatido por las propias fuerzas aliadas, por error, durante el desembarco de Inchón. Mi madre debió trabajar duramente para criarnos, con apenas una magra pensión otorgada por el Congreso. Fui muy joven para ser enviado a Vietnam, hasta casi el final del conflicto, pero finalmente, pude hacerme oír. Ahora os toca a vosotros la palabra.

Un veterano, marcado por el sufrimiento, alzó el único brazo, como solicitando la palabra. Tras entregársele un micrófono inalámbrico expresó su opinión.

—Todos hemos sido engañados por Tío Sam, y apreciamos de corazón que tus libros expresen cosas que muchos de nosotros callamos, por temor al pelotón de fusilamiento en la guerra y por temor al qué dirán en la paz. Pero ese grito soterrado allí en nuestro interior, ha estado latente por muchos años. ¡Gracias, Jimmy por darnos la palabra en tus páginas!

Tras los aplausos, el propio Kovic pudo expresar su parecer en ese foro de libertad vigilada con mando a distancia.

—Cuando acepté, o mejor, cuando decidí ir al frente, me parecía llevar un fuego místico en el alma. Mi estadía en el sudeste asiático me demostró la perversidad de quienes alimentan ese fuego fatuo en la juventud, para la defensa, no de la libertad, la democracia y la bandera, sino de retorcidos intereses disfrazados de burdos unifor-

mes camuflados. Intereses parapetados tras los climatizados despachos en Wall Street y en la Quinta Avenida... o en donde fuese, lejos de las miserias y crueldades de la guerra. Ahora que pude dar mi testimonio, aún sin ser escritor, siento vergüenza por haber sido tan ingenuo, pero quizá mi ejemplo sirva para disuadir a los jóvenes, de empuñar armas para matar hermanos de cualquier nacionalidad, raza, religión, sexo o ideología. Gracias Witlock, por tu arte y por tu humana comprensión, clarificadora y desalienante. ¡Modifiquemos y enmendemos la Constitución para evitar que *ellos* nos engañen nuevamente! ¡Para tener a los hechiceros de la guerra bajo control ciudadano de una vez por todas y poner a las guerras y las armas fuera de la Ley en el mundo entero!

Esta vez Kovic se ganó una larga ovación y finalmente se cerró el acto. No con himnos ni juramentos, sino con canciones de Joan Baez, Donovan y Bob Dylan, pese a que últimamente éste se estuvo desdiciendo de sus viejos temas antibélicos, con el pretexto de que “los tiempos están cambiando”. Quizá por haber renegado del judaísmo para hacerse católico, tras un severo accidente de moto.

Horas más tarde, James Witlock regresaba a New York, satisfecho y emocionado. Su primera conferencia había sido un éxito, no sólo de público, sino como testimonio del triunfo posible, deseable y justo de las ideas frente a la fuerza bruta e irracional.



Libro Tercero

In Gold We Trust*



* Juego de palabras sobre la divisa de la Federal Reserve: **In God We trust** (En Dios Confiamos). N. del a.





Sociedades muy Anónimas

Andrés Colina abrió su *e-mail* para enterarse de su correspondencia y buscar algunos datos, solicitados a otros corresponsales de la *web*, acerca de algunas organizaciones, afines con los planes de globalización a ultranza en curso. Él sabía que esa palabra, simple y compleja a la vez, era todo lo abarcante que pretendía ser un imperio... o una nación poderosa y opulenta con pretensiones de tal. Durante siglos existieron potencias rivales en el mundo conocido. Ahora, en las postrimerías del siglo XX, cercano al *rigor mortis*, sólo quedaban anémicas alianzas militares y una sola potencia dominante, en lo tecnológico, en lo cultural, en lo económico y en lo político-militar, en el hemisferio occidental, del Ártico al Antártico.

En el oriental, sólo China, con sus casi mil seiscientos cincuenta millones de súbditos, imponía sus fueros, aunque sin afanes expansionistas como los que impulsaran al *Mikado* insular a derramarse por el Asia en los años iniciales del siglo XX. Su mercado cautivo le bastaba para cubrir sus necesidades, aunque una mala cosecha podría ser desastrosa, por ajustarse la producción a lo esen-

cial. Es decir, no tenía excedentes de producción a fin de no agotar sus recursos, pero tampoco le faltaban divisas para adquirir cuanto podía faltarle eventualmente.

Los Estados Unidos, en cambio, además de tener excesos de producción también los tenía en el consumo. Necesitaba, desde los años de la posguerra mundial del siglo XX, expandir sus mercados y asegurar sus recursos de materia prima para sus insaciables industrias. *Business is business*, dirían los yuppies de la pesada.

El consumo en los Estados Unidos está signado por el derroche de valor agregado y excedente residual de alto impacto ambiental, mientras en cuatro quintas partes del planeta reina la carencia de lo más esencial. Tal desequilibrio produce, aún sin desearlo, una cierta sensación de injusticia y una certeza de impotencia fatalista que conduce a la carencia de autoestima. Lo que deviene en rencor y animadversión, quizá no exenta de envidia, hacia todo lo imperialista o con ínfulas de tal, alimentando, de paso, los argumentos de las izquierdas radicales.

De pronto, Andrés Colina recordó a un amigo excéntrico, que tenía entre ceja y ceja la obsesión de investigar acerca de alianzas, comerciales y militares, sociedades ocultas y no tanto, así como mafias de distinto pelaje, vinculados todos con religiones exóticas y ritos casi tan misteriosos como teatrales, casi al límite del sainete.

Resolvió visitarlo para informarse de sus progresos. El amigo tenía acceso a revistas, algunas de los mismos EE.UU. y Europa, además de libros y todo tipo de publicaciones al respecto; y aunque su documentación no era demasiado voluminosa, podía confiarse en su veracidad en gran parte, por ser de primera mano como quien

dice. Por cierto que no todos los adversarios lo eran en exceso y existían vínculos muy ocultos entre las derechas y las izquierdas.

Una vez allí pudo enterarse de la existencia de *clubes* muy exclusivos, algunos de los cuales funcionaban en las propias narices de gobiernos y estados, con una invisibilidad y sigilo dignos de depredadores nocturnos. También los había quienes proclamaban sus membresías, en tales sociedades, con una ostentación prepotente. Casi todos ellos estaban unidos en cadenas imperceptibles, a similares entidades del exterior, siempre en relación de obediencia jerárquica, antes que de fraternidad solidaria. Y no se referían sólo al Club de París, o al de Roma.

Recordó al antropólogo Marvin Harris, quien anotara en su obra “Vacas, cerdos, brujas y guerras”, que las sociedades igualitarias (como las de los guaraníes y otras comunidades silvícolas, aunque no todas ellas) eran mucho menos proclives a la violencia intrafamiliar que las sociedades estructuradas jerárquicamente o con núcleos familiares tipo judeo-cristiano-musulmán, de índole patriarcal.

De hecho, las sociedades humanas basadas en las *jerarquías* siempre tuvieron tendencias guerreras o suicidas, en tanto que las igualitarias preferían la solidaridad y compartían todo: el trabajo, las cosechas, la caza y las viviendas, cuidando celosamente a los niños, como *hijos de la comunidad*.

Si habría una futura guerra en ciernes, sería a causa de disputas por recursos territoriales sin duda. La presencia del Comando Sur en Sudamérica, en forma casi periódica, no era sólo a causa de alianzas militares de ayuda mutua al estilo “Operación Cóndor” o

TIAR, sino para asegurar el suministro futuro de materia prima para el imperio. No le cupo otra deducción. Los legionarios del *New Rising Empire* estaban allí para atestiguarlo, en San Pedro de Ykuamandyju, del Paraguay. Además, el avance de las izquierdas en la región, tenía preocupados a los procónsules del imperio.

El amigo de Colina lo puso al tanto de las sociedades creadas, a fin de conducir a la *distensión* entre el este y el oeste, durante la Guerra Fría, todas vinculadas a diversos ritos exóticos, como el culto indisimulado al Becerro de Oro. Si bien algunas personas estaban enteradas de su existencia, muy pocas conocían su accionar, entre los que figuraría la *Perestroika* y el derrumbe del sistema soviético, alentado por la sinarquía europea. El propio Mikhail Gorbachov había sido *iniciado* en la masonería escocesa a poco de asumir e incluso lo recibieron como miembro de un clan escocés, con el pretexto de que sus antepasados fueron nativos de esa etnia.

Muchas revelaciones recibió luego a través de Internet e iba atando cabos sueltos acerca de las jerarquías de la criptocracia mundial. Muchas de estas sociedades tenían ritos particulares, creencias lindantes con lo mágico-esotérico y filosofías casi delirantes, para enganchar neófitos y adeptos, preferentemente de alto poder adquisitivo. Y esto regía incluso para las sociedades ateístas, como el *Grand Orient* de París o como *La Cagoule* (La Capucha), de tinte sinarquista-monárquico, como el Priorato de Sión, los Illuminati y otras similares: cabalistas, rosacruces, teósofos, neotemplarios y tríadas de todo pelaje y aroma. Pero los Illuminati eran sin duda quienes estaban en la cima de la pirámide mundial.

El periodista quedó satisfecho con lo cosechado. Ahora tenía

una idea más clara acerca de cómo marchaba el mundo y quiénes pretendían ser los pilotos de esa espacionave llamada Tierra con todo y habitantes, más lo clavado y plantado en ella.

James Witlock se felicitó por haber tenido la precaución de dejar a Stephaine Lapierre en New York. Entre quienes asistieron a su charla en el paraninfo de la UCLA (University of California at Los Angeles) estuvo el decano de la cátedra de literatura, Jules Warlock, amigo de Oswald Winthrop y miembro de número del Comité de Bilderberg, en calidad de invitado a la conferencia por los propios estudiantes, quizá a propósito.

El *Tri-Star* de Delta descendió majestuosamente en el aeropuerto “John F. Kennedy” de New York, procedente de Los Angeles-Dallas. James Witlock casi no había dormido de la emoción ante lo acontecido, que superó sus expectativas con magnificencia. De todos modos, estaba de vuelta en casa.

Lapierre lo esperaba en el apartamento de Queens, con una cierta ansiedad casi claustrofóbica. Desde que huyera de Francia, apenas hubo salido a estirar las piernas por el Central Park un par de veces.

—Espero que la hayas pasado bien entre los *neo-hippies* de Los Angeles, amigo —saludó Stephaine—. De seguro son tus más fervientes lectores.

—¡Oh, sí! La pasé bomba en la charla literaria. Luego te cuento. Y por aquí, ¿hubo novedades? —inquirió Witlock como dudando que las hubiese.

—Casi nada. Sólo progresó la corrección de tus originales de “Himno para la Muerte”. ¡Ah! tienes tres invitaciones para bailes de caridad, una charla en la *NY University* y otra para firmar libros en una feria literaria en la *Fifth Avenue*, el próximo domingo, frente al monumento de Atlas. Eso es todo. Dime, ¿a qué hora escribes?

—Es cuestión de saber administrar el tiempo.

—¿Qué sabes de los *bilderbergers*?

—Uno de ellos asistió a mi exposición en la UCLA. Es el decano de la Facultad de Literatura: Jules Warlock. ¿Te suena?

—Sí. Estuvo muy cerca mío en el hotel Bilderberg. Afortunadamente no me conocía a mí, ni a mi casi homónimo de Canadá. ¿Quieres un café o un *ginger-ale*?

—Preferiría dormir. Lo necesito.

—Hazlo entonces. Y disculpa que no te dé las buenas noches, porque son recién las diez AM. ¿A qué hora quieres que te sacuda?

—No te preocupes. Cuando haya dormido lo suficiente, despertaré solo.

A las cuatro de la tarde, Witlock estaba duchado, afeitado y listo para trabajar. Su máquina de escribir eléctrica estaba lista con cuartillas cuidadosamente apiladas y una hoja en blanco puesta en el cilindro. Luego Lapierre las pasaría en limpio en un ordenador, el que normalmente estaba *on line* a la pesca de correspondencia.

Había en el gabinete de trabajo otro ordenador *Apple*, utilizado para compaginar y diagramar los libros, además de servir

para los diseños gráficos que hiciesen falta e ilustrarlos con su habilidad de dibujante ducho. Una de las especialidades de Lapierre eran las caricaturas e ilustraciones a la acuarela, aunque estaba aprendiendo a dibujar directamente en el ordenador. Su anfitrión también era eximio dibujante y pintor, aunque prefería escribir.

Witlock tomó asiento frente a su máquina, pero antes de empezar a emborronar cuartillas revisó el material anterior a fin de sincronizar la trama de su novela. Consultó además algunos testimonios de protagonistas cruciales de la turbulenta historia contemporánea y participantes de hechos recientes; todos relacionados con el Operativo Cóndor, la invasión de Panamá y la guerra del Golfo Pérsico, más las intrigas del Departamento de Estado, las bravatas de Saddam Hussein y algo de sal y pimienta por parte del subcomandante Marcos desde Chiapas, para el resto del planeta. Poseía suficiente material como para diez novelas más.

El almirante Mitchkowski pudo dar con un colega retirado de la USAF y de la Inteligencia, el cual prometiera visitarlo en breve. Sabía que estaba bajo la lupa de la inteligencia, probablemente la CIA, el FBI o la NSA, pero intentaría algo para romper el bloqueo. Quizá hubiesen instalado ya micrófonos ocultos en su vivienda o lo “apuntarían” con micrófonos telescópicos de larga distancia. Sólo quedaba un recurso “mudo” para conversar con su colega Bryan Porter: a través de ordenadores, como si estuvie-

sen *chateando* por la red.

Disponía del ordenador de su hijo, en la habitación que éste dejara cuando marchó a la universidad. También tenía su computadora portátil para unirlos en red interna de servicio *talk-line*. Era simplemente dialogar sin palabras altisonantes. Luego crearían un código que pudiesen manejar sin ser interceptados por la CIA ni el FBI. Había que intentar detener la máquina... si es que quedaba tiempo para ello, aunque disponía de la última versión del protocolo PGP de seguridad informática.

Bryan Porter llegó tres días después, cuando el almirante lo tenía todo listo. Conversaron, como a la búsqueda de bueyes perdidos hasta la hora de la cena, mientras la esposa de Mitchkowski preparaba unos bocadillos de *sushi* con agua mineral. Tras la cena, el anfitrión condujo a su visitante al cuarto de Charles, para conversar en serio y ofrecerle la habitación para hospedarse unos días.

Tras explicarle en voz muy baja a Porter, respecto de Clave Uno, contenidos en un CD Rom, lo abrió en el ordenador, donde constaban casi todos los detalles de la siniestra conjura de los halcones.

El visitante quedó mudo de estupor al enterarse de lo que esperaba a la nación, gracias a los oscuros oficios de gente como él, como su amigo, como su vecino; con la única particularidad de que la palabra *ética* estaba fuera de la ley en los cerebros de los creadores del *Key One Project*.

Una vez enterado del plan, se pusieron a dialogar a través de los ordenadores conectados entre sí en circuito cerrado.

Varias horas pasaron elaborando las maneras de deshacer el principal *puzzle* de Clave Uno. Hasta que creyeron hallar la forma de hacerlo

En la certeza de no haber sido captados ni espiados, se dispusieron al reposo, no sin antes borrar todo lo “conversado” en la noche.

Ahmed Ben Abazzi y Wahbazzi Al Sabbhah, dejaron los controles del bimotor turbohélice *Beechcraft*. La nave se había detenido casi en las puertas del Hangar Tres, tras un vuelo en solitario de ambos. La maestría de los alumnos de la escuela de pilotaje ya ameritaba un nivel superior. Ambos estaban radiantes, felices, casi al borde del éxtasis. Con un guiño y una alzada del pulgar derecho, ambos saludaron a Tim Hutton, quien los esperaba en la plataforma.

Tras entregar la nave y abonar con un cheque el importe de las clases futuras, ambos se dirigieron a las oficinas de Murray Malone para orar de cara a la Meca, en una salita preparada al efecto, antes de dirigirse a su domicilio transitorio en Miami.

Una hora más tarde, ambos árabes abandonaron la escuela de pilotaje de Dade County, en un lujoso carro japonés de doble tracción. Se sentían satisfechos de sus logros y casi preparados para el supremo vuelo en jet. Avanzaban a media velocidad sin percatarse de la aparición de un pequeño automóvil deportivo celeste turquesa el que, tras darles alcance, se puso a la par del suyo. Unos segundos más tarde se adelantaron al primero, mien-

tras el cañón de una escopeta de grueso calibre asomó del auto deportivo y vomitó munición de balines, con cuatro disparos en rápida sucesión sobre los dos árabes, dejando su carro fuera de control.

Tras los impactos, el todoterreno japonés zigzagueó unos segundos antes de salir de la carretera e incrustarse en un robusto árbol. El conductor del deportivo celeste, no perdió tiempo en verificar su tarea. Simplemente aceleró perdiéndose en el horizonte en la certeza de haber acertado.

—Todavía quedan más —comentó uno de los ocupantes del veloz carro a su compañero, como si tal cosa, quitándose ambos los pasamontañas que los enmascaraban, por si acaso.

La policía de Dade County llegó al lugar media hora después, como con desgano, tal vez a causa del calor primaveral. El poderoso todoterreno diesel estaba volcado, pero lo que había acabado con sus tripulantes eran descargas de calibre 12 mm de una o más escopetas de repetición, tipo *Itaka*. No había nada que hacer, salvo llamar a la ambulancia y enviarlos a la morgue para su identificación y otros trámites de rutina. En el estado de Florida era corriente este tipo de atentados, quizá debidos a venganzas o reparto de zonas delictivas. Por de pronto, el *sheriff* de Dade daría el caso a los federales. Más no podía hacer. Lo único que le llamó poderosamente la atención es que ambos tenían sendos documentos del Departamento de Estado. Evidentemente, eran VIP's o diplomáticos.

Murray Malone debió testificar ante la policía de Dade, a causa del atentado sufrido por alumnos de su academia de vuelo, a menos de media hora de haber salido de ella. Tras un largo interrogatorio, él y su socio Tim Hutton regresaron a su negocio.

Los pilotos estaban en la certeza de que sus clientes eran sauditas, pero en el expediente de tramitación de radicación Ben Abazzi figuraba como de nativo de Argelia, en tanto que Al Sabbhah era de origen libio, ambas naciones hostiles a Washington, según les comentara el agente de inmigraciones, aunque éste no supo explicarse el porqué figuraban como sauditas en sus pasaportes. Salvo que fuesen agentes secretos de la CIA... o algo peor, si algo pudiese ser peor que eso.

Bryan Porter acudió a un *cibercafé* público de Pittsburgh, Pennsylvania, cerca de su domicilio. Tras establecer las coordenadas, envió a su colega Mitchkowski un mensaje encriptado en el protocolo PGP, dando parte de la neutralización de dos agentes de Clave Uno, en la seguridad de que llegaría a destino sin caer en las redes de la CIA.

Como ex miembro de la inteligencia, Porter era experto encriptador de mensajes y tardarían meses para descifrarlos si éstos eran *pescados* en la *web*. De todos modos, el almirante estaba en línea y de seguro ya lo habría recibido, por lo que inmediatamente borró lo enviado.

A continuación, se comunicó con otros colegas, todos militares retirados de la armada y la fuerza aérea, con los cuales esta-

ban tratando de desbaratar la conspiración de los halcones, sin hacer escándalo aunque volasen algunas perdices.

Siempre en lenguaje encriptado, Bryan Porter fue transmitiendo las coordenadas de los sujetos a *neutralizar*. No supo por qué, aún utilizaba los viejos eufemismos de la CIA cuando de trabajos sucios se hablaba en los viejos manuales que utilizaran durante las operaciones encubiertas de los setenta. Pensó que una nueva Guerra Fría sería preferible a varias guerras calientes de alcance limitado, como las que venían sucediéndose en los últimos años del siglo XX.

Pensó en los más de dos mil veteranos del Golfo que agonizaban en hospitales militares, rigurosamente aislados, a causa de misteriosas dolencias adquiridas por contacto con las nuevas armas que secretamente desarrollaban los técnicos del Pentágono, como las municiones de artillería hechas con uranio empobrecido y armas químicas de aterradora eficacia, más que nada por ser indetectables, hasta que cumplían su horrible cometido: matar sin destruir, como el gas «G» desarrollado en Fort Detrick y la llamada bomba de neutrones. Solamente omitió pensar en los miles de niños iraquíes, también víctimas de esas armas: deformes, mutilados... o muertos tras espantosa agonía, a causa de una guerra bilateralmente infame.

Muhammad Khorazain se prosternó sobre su alfombra de oraciones y púsose a recitar en la lectura de fragmentos de la Sura Tercera del Corán, en su apartamento residencial de

Manhattan en New York. Esa tarde había regresado de Phoenix, tras tomar clases de pilotaje civil y el largo viaje en avioneta privada desde Arizona no le permitió realizar sus devociones.

“—*Im*. ¡Dios! No hay más Dios que Él, el Viviente, el Subsistente.”

“—Él te ha revelado la Escritura con la Verdad, en confirmación de los mensajes anteriores. Él ha revelado la Torah y el Evangelio, antes, como dirección para los hombres y ha revelado el Criterio. Quienes no crean en los signos de Dios tendrán un castigo severo. Dios es poderoso, vengador...”.

Tras casi media hora de leer cerca de cincuenta *aleyas*, Khorazain se prosternó tres veces y se incorporó portando su libro. Luego, se dirigió parsimoniosamente a la *kitchenette* a prepararse un café. Lo necesitaba. Mientras se calentaba el agua, oyó el llamador de la puerta cancel.

Como buen *muslim*, tendía a ser hospitalario, generoso y confiado, por lo que no dudó en acudir a recibir al visitante. El agua podría esperar.

Abrió la puerta y se halló frente a un hombre de casi sesenta años, que lo encañonaba con una poderosa *Jericho* con silenciador, como las que utilizaba el *Mossad* israelí.

No tuvo tiempo de sorprenderse cuando el desconocido le hizo un solo disparo contra el rostro con precisión. Apenas se oyó un *plop* amortiguado, pero bastó para que Khorazain se desplomase en posición decúbito dorsal, tras ser proyectado hacia atrás por el poder de la bala de 9 mm. de la pistola.

El maduro desconocido, de venerable aspecto de jubilado,

sintió el siseo del agua bullente, por lo que canceló el gas y se dispuso a salir. Cerró nuevamente la puerta del apartamento con su mano enguantada dirigiéndose calmamente hacia el ascensor. Mientras descendía hacia la planta baja, guardó la pistola en una funda sobaquera y, sacando una libretita de apuntes, tachó un nombre anotado en ella.

En la Casa Blanca hubo luces prendidas hasta muy de madrugada esa noche. Los halcones no se hallaban precisamente festejando, sino todo lo contrario. Tres sujetos programados trabajosamente por el finado Dr. Schultz fueron abatidos por asesinatos desconocidos y, por si fuera poco, su verdadera filiación estaba siendo husmeada por Inmigraciones, y era seguro que la cosa traería complicaciones a los honorables miembros del Departamento de Estado, quienes les fabricaran identidades apócrifas, no en lo que respecta a los nombres, sino su filiación y procedencia. Un saudita es sinónimo de *aliado* —de momento y coyunturalmente—, en tanto que otros países, como Argelia, Libia, Irak, Yemen, Palestina, Siria o aún Egipto, son presentados como hostiles ante la opinión pública. Tampoco el embajador saudí: príncipe Bandar Ben Sultán, sería ajeno del todo al *affaire*.

Si el caso tomaba estado público, deberían ensayar alguna explicación convincente. No era cuestión de hacer desmentidos o implicar a Inmigraciones en concesión de visas a virtuales enemigos de los Estados Unidos, o al FBI de laxitud o negligencia, respecto a quienes presuntamente ingresaron clandestinamente

en el país. ¿Con qué propósitos lo harían?

Cullen Powers, el secretario de Estado, pese a no ser un halcón radical y a punto de renunciar a su cargo, estaba dominado por los nervios y la incertidumbre, como todo militar metido a político. Alguien que sin duda alguna conocía muy bien a los árabes los estaba eliminando, como si supiese los fines para los cuales habían sido *entrenados*. No podía ser casualidad que, en menos de dos días, habían *neutralizado* a tres de ellos. Tampoco el Presidente las tenía todas consigo, lo acompañaban en el sentimiento el general Lewis y el adjunto de la CIA Werner Klausman, siempre incómodo ante la presencia del general. Quizá por ser un *Hijo de la Alianza* con preeminencia de poder, en tanto que él se sentía ario puro... pero segundón.

—Necesitamos dar protección a nuestros restantes huéspedes, señores —exclamó por fin el Presidente—. De lo contrario nos van a dejar sin mano de obra y sin pretextos válidos. Además, muchas organizaciones federales no están al tanto de Clave Uno y podrán haber choques institucionales al descubrir Inmigraciones y las policías estatales y federales que estamos encubriendo algo. Nuestra credibilidad está seriamente amenazada. ¿Tienen alguna sugerencia?

—Por ahora solamente podemos recomendar que los distinguidos huéspedes tengan la debida protección, en previsión de futuros atentados —dijo Klausmann—. Y debe ser ésta imperceptible, tanto por parte de los protegidos como por parte de quienes los están acechando para eliminarlos. ¿Es que existe alguien más que no tiene interés en la culminación de Clave Uno o que no

tenga deseos de llevarlo a... feliz término?

—¿Recuerda Ud. que el anterior enlace hubo renunciado justamente por no estar de acuerdo con nuestro modo de preparar una nueva guerra? —dijo el Presidente como redescubriendo la pólvora—. Y si bien nos prometió discreción, no podemos estar ciento por ciento seguros de ella. ¿Saben algo de Mitchkowski?

—Hasta ahora muy poco, fuera de una visita a la universidad de Illinois Sur, donde estudia su hijo Charles, y una visita de un viejo compañero de la CIA, un tal Bryan Porter, general, retirado de la Fuerza Aérea —respondió Klausmann, seguro de sí mismo y de manejar información recién horneada y con sabor a pan caliente—. Según parece, el tal Porter también hizo pasantía en Inteligencia, retirándose antes de la Guerra del Golfo. Su foja de servicios en la USAF es brillante y sin ninguna observación. Además, lo captado durante sus conversaciones no dejó entrever que hablasen del tema. Más bien recordaron sus tiempos en la Academia Militar de Virginia donde ambos iniciaron sus carreras, antes de especializarse en sus respectivas armas.

—De todos modos —gruñó el Presidente—, vigilen todas las comunicaciones de Mitchkowski, a través de Echelon y Carnivore. Desde sus teléfonos hasta su correo electrónico. Su última conversación con nosotros me dio mala espina, más que nada por invocar valores morales y éticos, como si nosotros fuésemos pastores o maestros de escuela en lugar de políticos. Si a vuestros ojos de lince intenta dar un paso en falso, liquídenlo de tal manera que parezca accidental. Y si descubren alguna conexión entre nuestro hombre y los atentados contra nuestros sujetos... elimi-

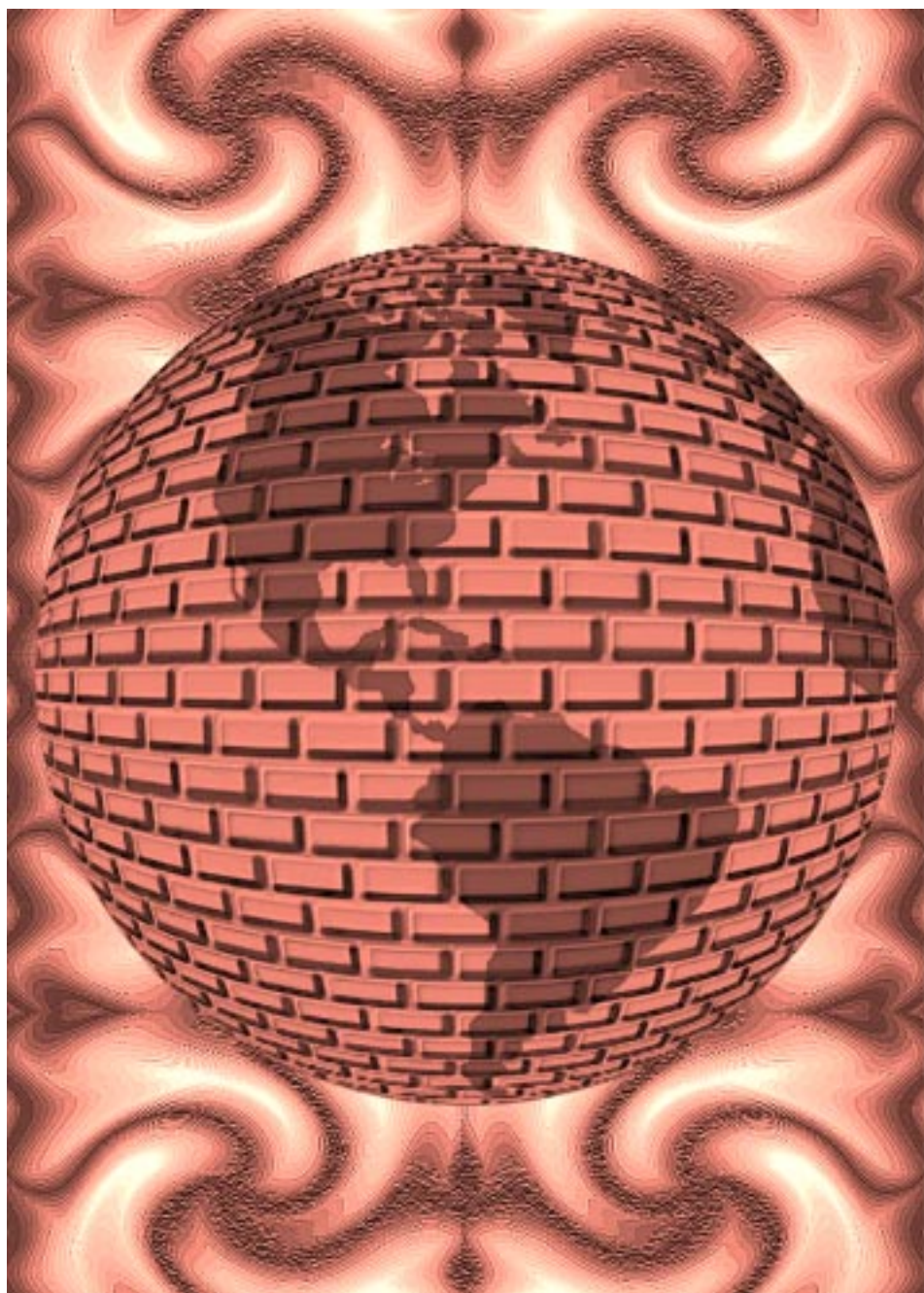
nen a Mitchkowski con toda su familia. Miles de millones de dólares de contratos esperan a partir del día Omega, por si se les haya olvidado.

—¡Así se hará, señor Presidente! —respondió Klausmann, con sus ojos azulados, cristalinos e inexpresivos como los de un pescado muerto, sin quitar la vista de hielo del general Lewis, con no pocas ganas de sacárselo de encima (¿No habría algún otro ario puro para reemplazarlo?).

—¿Dónde se encuentran en estos momentos los sujetos en peligro de ser eliminados? —preguntó de pronto Lewis con súbito interés, como si de repente intuyera que Clave Uno corriera peligro de ser abortado por alguien.

—Cuatro de ellos aún están en Miami —respondió Klausman, algo más relajado—. Diez siguen en New York, uno está en Houston, negocios quizá y clases de vuelo en Arizona; seis o siete de ellos están en Virginia, de visita a la academia federal de Quantico, por sugerencia del señor Presidente. Pensamos que los más indicados para protegerlos son los agentes federales más calificados. La mitad de ellos estudia pilotaje en Phoenix, en las mismas condiciones que en Florida. Además, desde Pakistan les proveen de dólares dulces.

—Bien caballeros —exclamó el Presidente—, creo que es justo descansar por ahora, pero les rogaría que estén alertas. No debemos perder más sujetos. Los *hermanos* aguardan resultados concretos. Buenas noches, aunque dada la hora debería decirles “buenos días”.





Muchos secretos y pocos servicios

El agente secreto Thadeus Rodzinski entregó al relevo: Matthew Shappiro, la libreta de apuntes, con todos los movimientos de Mitchkowski efectuados en el día, a fin de proseguir con las anotaciones.

09:00 ida y vuelta al supermercado en una hora aproximadamente. Fue discretamente seguido, sin novedad. Desde las 10:09 permanece en su domicilio. En el supermercado realizó tres llamadas: una a su hijo Charles, a Southern Illinois University, otra a Pittsburgh, a Bryan Porter, y la tercera a su esposa en Seattle. Apparently no hubo indiscreciones de su parte. Todo rutinario y familiar. Desde entonces se halla en su residencia, leyendo o mirando TV.

Shappiro agradeció a su colega y guardó la libreta en su gabardina. Hubiese preferido montar guardia en la comfortable cabina de un Cadillac negro o un Caravan, antes que en una furgoneta de reparto estacionada. Pero ésta tenía una suerte de laboratorio de espionaje dentro. Un excesivo *comfort* haría que se relajase la guar-

dia. Tampoco estaría acompañado para evitarse distracciones, durante más de doce horas. Y maldita la cosa si sabía de qué se trataba o qué deberían anotar como anomalía. Los jefes apenas habían ordenado vigilancia cerrada sin expresar motivo alguno. Tan sólo les dijeron que si los sujetos dejaban escapar referencias a una misteriosa entidad denominada Clave Uno, paren las orejas y tuvieran los ojos abiertos como peces, ignorando los párpados y reprimiendo bostezos.

Todos los amigos o conocidos de Mitchkowski estaban con idéntica vigilancia, con sus teléfonos intervenidos y su correo electrónico bajo la lupa de los federales. Sólo deberían reportar movimiento de gente extraña y viajes intempestivos a otros estados, pero todo, absolutamente todo debía ser registrado hora a hora, minuto a minuto y, de ser posible, segundo a segundo.

Shapiro bostezó disgustado ante las elásticas horas que lo esperaban, y en lugar de reposar, debía monitorear el entorno con cámaras de TV, micrófonos telescópicos y sensores electrónicos de aproximación. Y encima de todo, confiar en que Mitchkowski no desconfiase de la presencia de la furgoneta en los alrededores de su casa. Y pretender que un viejo zorro de la Inteligencia Naval no acusara ser vigilado, era una ingenuidad espantosa.

Lo que el agente ignoraba era el hecho de que el almirante retirado mandó instalar en la furgoneta, por debajo del piso, una pequeña radio con micrófono que vigilaba inalámbricamente a sus vigilantes. Ciertamente, no tenía el diminuto transmisor mucha fidelidad, pero se apreciaba claramente el sonido de conversaciones en el interior de la cabina.

Muy pronto, Mitchkowski supo lo que quería saber y tomó las medidas del caso.

Shapiro entregó la guardia a su relevo. Ésta vez era el agente Joshua Lanski, quien venía desde la academia de *Quantico*, en el vecino estado de Virginia, por primera vez, a hacer pasantía en servicio, y no le pareció nada divertido a éste el tener que permanecer en la furgoneta hasta la salida del sol. Pero ya que estaba en el baile, debería bailar, como quien dice.

Muy pronto, apenas retirado el vigilante saliente, Joshua Lanski sintió unas terribles ganas de bostezar; y como a un bostezo sigue otro, media hora más tarde estaba roncando a causa de un gas narcótico introducido desde el exterior.

Varias horas más tarde, cuando el relevo Thadeus Rodzinski llegó a tomar la posta, Joshua Lanski estaba apaciblemente transportado a oníricos mundos y casi no reaccionó al ser desconsideradamente sacudido por el relevo. El agente Rodzinski interpeló furioso al vigilante, al intuir que no había cumplido con la misión de no quitar ojo ni oído del ubicuo ex enlace de la CIA, almirante Mitchkowski.

Ambos, tras las primeras efusiones poco amistosas, percibieron el olor característico de alguna sustancia ajena al aire que respiraban y que aún flotaba en la cerrada atmósfera de la furgoneta. Evidentemente eran los efluvios de un “mace”, es decir de un gas en aerosol paralizante, utilizado como defensa contra asaltantes callejeros. Rodzinski debió disculpar al todavía aletargado Lanski por el desliz. Deberían extremar precauciones en la vigilancia, especialmente porque el vigilado ya estaba al tanto, y éste era un viejo cono-

cedor de los servicios ¿secretos? de Tío Sam.

Esa noche probablemente ocurrieran cosas que no llegaron ser registradas por el FBI, estimando necesario cambiar de táctica. Si Mitchkowski ya estaba ostensiblemente enterado de la existencia de sus ángeles guardianes, deberían alquilar algún *penthouse* en un edificio cercano. La vieja furgoneta era demasiado alevosa y evidente para la *misión*.

Ambos decidieron dar “parte sin novedad”, para salvar la responsabilidad del novato Lanski, aunque de seguro las hubo y de bulto. No habrían recurrido al gas narcótico si no hubiese intenciones de deshacerse del *orejas* para algún cometido poco claro. Habría que investigar con premura la conexión del ex enlace de la CIA con la Casa Blanca... y las motivaciones de éste para enfrentarse al todopoderoso aparato de Seguridad Nacional.

Evidentemente los agentes del FBI no estaban al tanto de los oscuros manejos de la Casa Blanca, la CIA, el Pentágono, la FEMA y el misterioso plan Clave Uno. Es más, quizá ni supiesen realmente qué se tramaba. Simplemente estaban cumpliendo órdenes de sus jefes federales, que probablemente tampoco estaban al tanto del tenebroso plan.

Lo que no sospechaban ambos agentes federales es que esa noche Mitchkowski hubo convocado a reunión a sus colegas y amigos, para ponerlos en alerta roja con la premura del caso, acerca de Omega, cuya fecha, aún ignorada por ellos, aparentemente estaba acercándose. El almirante sabía que los *árabes* estaban psíquicamente *programados* para atentar contra instituciones nacionales o algo parecido (el plan no lo especificaba con claridad y ni siquiera el

Presidente, el secretario de la Defensa y unos pocos más lo conocían *in totum*, salvo *el gobierno invisible*, es decir la FEMA.

Apenas adormecido el vigilante, Mitchkowski llamó desde una cabina pública a varios conocidos que vivían o estaban temporalmente alojados en Washington. Se reunirían en un salón privado de un restaurante chino muy concurrido de la capital.

No tardaron más de una hora en estar en el lugar fijado, donde pidieron privacidad al propietario, además de una sabrosa cena de rollos de primavera, *wan-tan*, pescado agridulce, *chop-suey* de camarones y té de jazmín con *saké*.

Tras la cena, trataron la manera de localizar a los demás sujetos, los cuales probablemente estarían finalizando sus instrucciones de vuelo por instrumental en la Florida y en Arizona. Había que deshacerse de ellos antes que cumpliesen el cometido para el cual fueron programados por el desaparecido neurólogo, en los intrincados subterráneos de Fort Detrick.

Mitchkowski sabía quiénes eran los sujetos, sus nombres, nacionalidad verdadera y sus residencias actuales, pero no conocía con certeza sus rutinas de viajes ni sus horarios de clase de vuelo, aunque eso era fácil de averiguar, ya que uno de sus colegas era amigo de Murray Malone y Tim Hutton. Lo que ignoraba el almirante, es que algunos técnicos de la Raytheon estaban instalando dispositivos electrónicos en algunos aeroplanos, que evitasen *errores humanos*, como se verá.

Decidieron finalmente *pescarlos* en la Florida, aunque de seguro, tras los primeros atentados, aquéllos tendrían custodia federal, pues por alguna razón que escapaba a toda razón, el gobierno

tenía especial interés en que no les ocurriese nada. No por lo menos hasta que hiciesen lo que ¿debían? Y ésta, era la incógnita que faltaba descifrar para tener una idea acabada de Clave Uno. Habría que extremar precauciones para aproximarse a los extranjeros, seguramente escoltados por federales. Pero si hiciese falta, habría que deshacerse también de éstos. El futuro de los Estados Unidos —o mejor dicho, de sus ciudadanos inocentes, aclaró el almirante— dependería de su precisión. Era alevosamente evidente que los servicios secretos de la Casa Blanca eran demasiado secretos pero poco serviciales hacia la nación. Porter, pese a su edad, casi lindante en los sesenta y cinco, decidió encargarse de la conexión con Miami. Allí tenía muchos amigos latinos, miembros de grupos anticastristas casi todos, que no tendrían inconveniente en ejecutar misiones de *enfriamiento* de personas molestas o inoportunas, por módicas sumas que no excedían de cinco mil dólares *per cápita*; aunque era de suponerse que si tuviesen obstáculos, como guardaespaldas y afines, su taxímetro tarifario incrementaría su *cachet*.

Andrés Colina decidió de pronto visitar a sus amigos norteamericanos, corresponsales de *The New Republic* en el Paraguay, a fin de establecer contactos con colegas de los mismos en el país del norte. Dado el carácter disidente —o por lo menos cuestionador— de dicha publicación, de seguro tendrían mucha información sobre los grupos de poder de la extrema derecha del primer mundo y también de la otra extremidad, que también la había. Pues, si bien aparentan cierta adversidad, ambos extremos conviven armoniosa-

mente y sólo batallan entre sí, sus militantes de bases, mientras los líderes cohabitan sin pudor en templos crepusculares y bicolunares. Recuérdese que las columnas derecha e izquierda sostienen el *techo* de tales templos, soportando ambas el peso del mismo.

Tras revisar su agenda, los llamó desde su redacción del diario *Ultimos Tiempos*, para cerciorarse de que no estaban viajando por el norte del país. Malos tiempos se vivían en el planeta durante el inicio del nuevo siglo, pese a las esperanzas de que las cosas mejorarían, simplemente porque ya no podían empeorar. Asaltos callejeros, corrupción oficial y privada, con todas las lacras que ésta conlleva, además de una depresión económica inflacionaria, ganaban terreno a la decencia a pasos de gigante con botas de siete leguas.

Paraguay e Iberoamérica en general estaban en estado de explosión social latente, cual bomba de relojería activada por manos ocultas: las mismas que dirigían la economía desde lejanos despachos, opulentos, climatizados e inaccesibles del primer mundo.

Dan Huntington, ex redactor del *Washington Times* y ex *moonie*, estaba perfectamente al tanto de las ligaciones financieras entre grupos de poder, aparentemente antagónicos o adversarios. También él había sido interiorizado de los turbios manejos financieros ocultos tras fachada religiosa, cuando gozaba de la confianza de sus patrones-teólogos de la Unificación Cristiana con sede en Corea-USA.

Andrés Colina intuyó que algo aprendería, con una plática tendida en la modesta residencia del americano. Helen Cunningham se hallaba husmeando las pistas clandestinas del Alto Paraguay, hacia el Chaco, donde algunas estancias tienen cierta impunidad para el movimiento de avionetas, con cargas misteriosas en tránsito

de ascenso y descenso, *hacia y desde* lo ignorado.

Colina entró junto a su amigo y, tras tomar asiento, le insinuó algo de lo que había captado en Internet, acerca de poderosas corporaciones de poder económico que se movían en las sombras. Dandó unos segundos antes de responder en forzado castellano.

—Son secretos a gritos que inundan regiones prohibidas y vedadas al vulgo. Muchos de esos grupos son veladamente mencionados en algunas revistas de circulación restringida, como *The Economist*, *Fortune* o *Forbes*, aunque sin mencionar quiénes son quiénes, ni qué hacen para torcer los rumbos de la historia.

—Creo entender la razón del secreto en que operan —comentó Colina sin sorprenderse demasiado—. No es extraño que haya alguna prensa que ignore o desacredite cualquier referencia a esos conciliábulos clandestinos, como si éstos no existieran, o fuesen parte de las leyendas urbanas y mitos conspiranoicos de alterados mentales.

—Yo tampoco creo en ellos, pero que los hay... los hay, *Mr. Colina* —afirmó dubitativamente Huntington—. Le sugiero que visite algunos *sites* de la *web*, aunque deberá manejar inglés y conocer el *argot* o jerga semántica de esos grupos. Los hay de todos los calibres y pelajes. Le haré una lista con sus direcciones electrónicas. En varios de ellos deberá conocer el *password* de sus foros secretos y podrá llevarse cada sorpresa...

—¿Y será posible ingresar a dichos foros? —preguntó esperanzado Colina. —Créame que me gustaría estirarles la lengua...

—Primero debe conocer su lenguaje, luego asistir pasivamente e interpretar sus señales, hasta ser como uno de ellos. Si dispone

de tiempo, le ayudaré a aprender sus códigos, a conocer sus ideologías, si las tuvieran, y a fingirse parte o simpatizante de sus organizaciones. De lo contrario, podría crearse hostilidad hacia Ud. y eventualmente pasarlo mal. Sus tentáculos y pinzas cubren todo, o casi todo el globo.

—Gracias. Creo que me haré de tiempo. Lo necesito. Quizá haya muchas *asociaciones* en la *web* y no sé si podré investigarlas a todas. He constatado que las hay neonazis, sionistas, esotéricas, revolucionarias, reaccionarias, fascistas, ufológicas, masónicas, rosicrucianas, cabalistas, hedonistas, pedófilas... en fin, para todos los gustos, taras y aficiones; pero, ¿qué buscan, aparte de juntar adeptos, hierofantes, e *iniciados*?

—Cantidad significa poder. Todas las *fraternidades*, aún las menos fraternales y las más jerárquicas, buscan el poder, ya sea a través de la religión, la política, la economía o el simple liderazgo espiritual o mental. Ud. no sabe el poder que tiene el reverendo Moon. Hasta juraría que domina a la Casa Blanca. Es un estado dentro del Estado. Sus empresas abarcan desde hotelería, prensa, radio, TV, finanzas, supermercados, hasta industria pesada, incluidas las de armamentos y, por supuesto, servicios. Yo he supervisado empresas de limpieza y anexos donde los *moonies* menos preparados o calificados trabajan para el maestro, en pago de boletos para ingresar al paraíso. *Pague ahora, viaje después*, o algo así.

—¿Tanto así? Será difícil que un tipo como ése me convenciera a trabajar para él...

—Ud. no lo conoce personalmente. Tiene mucho poder mental y un carisma multitudinario rayano en el maximalismo y la

megalomanía. De seguro hasta podría convencer al mismísimo Satanás de integrar su staff, si lo tuviese frente a él, suponiendo que aquél existiera realmente. Y si existe, de seguro está ahora mismo trabajando para él.

—Es fantástico —comentó el periodista paraguayo. —No sabía de sus cualidades. ¿Habría leído a Og Mandino o a Dale Carnegie?

—De seguro, Moon podría darles a éstos lecciones sobre cómo vender buzones a las multitudes. Y créame que no exagero. Pero tampoco Moon es de compartir el poder. Lo quiere todo para sí y para su familia. Justamente, en cierta ocasión, afirmó que Jesucristo fracasó porque rechazó el dinero y las riquezas. No tenía Jesús, según el reverendo, dotes empresariales y desconocía el *marketing*. ¿Y quién sigue a un pobre de espíritu? Quizá muchos pobres y miserables, pero el poder les es ajeno. Tan ajeno como los derechos humanos y el bienestar.

Colina miró de pronto su reloj de pulsera, como intentando atrasar mentalmente las manecillas implacables que le acortaban el día.

—Bueno Dan. Creo que debo marcharme a cerrar mi página, pero volveré muy pronto. Vamos a ver cómo podemos limarle las garras al tigre de la globalización sin perecer en el intento.

—No se preocupe *Mr.* Colina. ¡Ocúpese! Es justo y necesario. Aquí tengo algunos números atrasados de *The New Republic*, si gusta puede llevárselos.

—Encantado y gracias. Hasta pronto, *Mr.* Huntington.

El almirante Mitchkowski reflexionaba sobre la cadena de sucesos que arrastraba a su alrededor, más que nada por haber creído en las bondades de la democracia de fachada de su país. No podía dar crédito a todo lo que estaba ocurriendo, en esa carrera alocada por salvar a la nación de una guerra de resultados impredecibles para muchos.

Es cierto que los Estados Unidos tenían mucha ventaja, al menos contra países pobres, atrasados y pequeños, pero no era menos cierto que también los pobres tenían armas, algunas de ellas desconocidas aún, que podrían acarrear consecuencias imprevistas a los combatientes. La química moderna es atterradoramente salvaje y no sólo de balas y explosivos se surten los arsenales tercermundistas.

Recordó al demócrata William Jennings Bryan, feroz enemigo de las guerras a que su país era tan afecto. Este político, periodista y paladín de la neutralidad renunció al cargo de secretario de Estado adjunto, en un acto de coherencia ideológica, en las primeras décadas del siglo XX, y se había opuesto tenazmente a las incitaciones para declarar la guerra a Alemania en 1915.

Él, sin embargo, había sido educado en una suerte de patriotismo algo maquiavélico, en la filosofía del “vale todo”, para conquistar a sangre y fuego si necesario fuere, los objetivos —crematísticos que no humanitarios— de los malignos políticos de los Estados Unidos; más operadores de intereses empresariales, antes que gestores del bien común de la nación.

La política internacional, incluso, seguía la misma línea de hipocresía edulcorada de declaraciones rimbombantes, fanfarrias triunfalistas y derechos de papel. Recordó a Jan Cristian Smuts, un

militar sudafricano, racista recalcitrante, promotor de la cruel represión contra los negros y artífice del *apartheid* en los años treinta del siglo XX. Este sujeto, de triste memoria, en 1945 redactó nada menos que la “Declaración Universal de los Derechos del Hombre” para las nacientes Naciones Unidas. Algo así como Hitler o Stalin hablando de la bondad y la tolerancia, o Nerón arengando a bomberos voluntarios sobre prevención de incendios.

Mitchkowski notó la desaparición de la furgoneta, pero no por ello bajó la guardia. De seguro estarían acechando desde algún edificio de altura de los alrededores. Pensó en adquirir algún aparato celular satelital codificado para evitar interceptaciones, pero de seguro localizarían enseguida sus llamadas y recepciones. Algo debería intentar para romper el bloqueo a su privacidad, y hasta pensó en señales de humo, al estilo indio, pero ello era casi imposible en una ciudad como Washington, D.C. de por sí llena de *smog*. Quizá su conocido Osama Ben Laden (habían trabajado juntos contra la ocupación soviética en Afganistán) pudiese prestarle uno o dos canales de los satelites *Iridium*, propiedad de la familia Ben Laden, que aún surcaban los cielos en órbita baja.

Cavilando estaba al respecto cuando llegó Bryan Porter entrando casi sin anunciarse.

—Hola Mitch —lo saludó—. Tenemos un grave problema. Los sujetos están con segura custodia de agentes federales, los cuales seguramente ignoran todo lo concerniente a Clave Uno, pero corremos riesgos si atacamos a éstos. Son tipos duros y no dudarán en repeler un eventual ataque, y si los llegamos a matar, de seguro nos mandan al Pabellón de la Muerte.

—¿Nunca están solos esos *árabes*, como para acercarnos a ellos?
—preguntó Mitchkowski dudando de continuar—. Aquí estamos sujetos a vigilancia permanente y están esperando que demos un paso en falso para arrestarnos o algo peor.

—Algo peor, con toda seguridad. Los muchachos están todos con ángeles guardianes a sus espaldas y tienen marcados sus movimientos y comunicaciones. ¿Qué sugieres?

—Podemos conseguir misiles tierra-aire, del tipo *Stinger*, e interceptarlos durante sus clases de pilotaje, desde algún lugar seguro. ¿No intentaron conseguir *torpedos* a precio fijo entre los latinos de Miami?

—Nadie quiere correr el riesgo de matar a un federal. Equivaldría a tener a todo el país en contra, y no sabemos con certeza el propósito de esos *árabes*. ¿Crees que efectuarán atentados en alguna parte? Ninguno tiene aspecto de terrorista, sino más bien de magnates. Pelan dólares a cada paso como cáscaras de banana —expresó Porter.

—Ese dinero de seguro proviene de Tío Sam. Y el olfato me dice que es de los fondos operativos de la CIA o la FEMA o del servicio secreto paquistaní, socio de los halcones. Ninguno de ellos posee dinero propio. Yo lo sé —explicó el almirante—. Incluso una vez los he visto en Fort Detrick durante su tratamiento de *programación* y me enteré de que fueron secuestrados en Canadá, adonde llegaron como inmigrantes ilegales en busca de trabajo. Al ser deportados, fueron gentilmente transferidos a este país e internados en Maryland, donde les lavaran los sesos hace no mucho. Incluso conocí al programador que los convirtiera en *kamikazes* islámicos, fanatizándolos

más de lo que ya lo estaban. En un año de *tratamiento* aprendieron un inglés impecable y hasta asumieron su papel de potentados sauditas, gracias a documentos proporcionados por el embajador, el príncipe Bandar Ben Sultán.

—Mira, Mitch. Aquí tengo un celular con código encriptado. Tal vez podamos comunicarnos con Miami a ver qué pasa.

—Mejor detén el operativo antes que los federales sospechen algo.

—Desde que recibieron orden presidencial acerca de nosotros, ya sospechan y Omega, está cada vez más cerca. Además, ningún funcionario de la CIA nos va a dar una mano. Estamos fuera de ella, y encima con libertad vigilada. Por mi parte, creo que ya hemos hecho bastante. Si *ellos* son tan necios como para iniciar una guerra, y el pueblo es tan imbécil como para apoyarla con vítores y aleluyas, que sea lo que Dios quiera. *Alea jacta est!* —remató Mitchkowski despidiendo a su amigo—. Tarde o temprano vamos a enterarnos de sus propósitos. Yo también tengo orejas y ojos ahí, en el corazón de la *compañía*.

Helen Huntington hizo buena cosecha de información entrevistando a los muchachos del *Southern Command* en Asunción. Éstos —normalmente cautelosos y parcos con los periodistas latinoamericanos o europeos, y más aún jugando de visitantes—, no tuvieron pelos en la lengua ante una compatriota, por más que ésta los censurara discretamente, por intervenir en los asuntos internos de un país, que ni bananero era, ya que traía bananas de contrabando

desde el Brasil.

Wayne Morton, uno de los ingenieros militares del operativo *Nuevos Horizontes*, departió largamente con Helen, explicando su visión del tema.

—Necesitamos conocer y explorar todos los recursos posibles aún existentes, pero el agua, en el futuro será el más vital. Nuestras fuentes de superficie ya están excesivamente contaminadas y las subterráneas lo estarán en diez o veinte años más. América del Sur es nuestra única reserva de agua pura para los siglos venideros, si no revertimos la contaminación en nuestro país, cosa que dudo, considerando los poderosos intereses que nos gobiernan y cuyos residuos tóxicos se acumulan en proporción geométrica.

—¿Y el gobierno no debería solucionar ese problema sin avasallar al Cono Sur? —preguntó Helen con fingida inocencia de expatriada.

—El gobierno no puede interferir con la empresa privada ni controlar el mercado, Helen —respondió Wayne Morton—. Tú sabes que la democracia tiene sus reglas áureas, al menos, **nuestra** democracia. Si el gobierno pretende poner límites a los *trusts* y a las transnacionales, simplemente habría un golpe de Estado, con magnicidios o *Watergates*.

—Extraña democracia la nuestra —respondió Helen con poco fingida ironía— que debe sojuzgar a otros para no caer mal a la industria doméstica.

—Pues así está estructurado el mundo. ¿No has oído hablar de la división internacional del trabajo? —dijo Morton con una sonrisa cínica de perdonavidas de feria—. Unos cosechan lo que otros

siembran. Unos son cazadores, otros recolectores. Bueno, ahora *nosotros* somos los *cazadores*.

—¿Qué pasaría si las naciones soberanas se plantaran diciendo NO en bloque? —volvió a sondear la periodista.

—La *Pax Americana* tiene un precio y hay que pagarlo. Los que intentaron enfrentar a los intereses norteamericanos, ahora están de rodillas. Y que yo sepa, ya no alzarán la testa en mucho tiempo.

—Salvo China Continental y Corea del Norte, claro.

—Muy pronto estaremos en condiciones de ponerles condiciones a los chinos, les guste o no —replicó Morton con una sonrisa de suficiencia coronaria—. Mira lo que quedó de la poderosa Unión Soviética, después de la *perestroika*.

—Bien. Veo que no ha cambiado nada desde los tiempos de Teddy Roosevelt y su gran garrote. Bueno, debo irme a casa. Luego seguimos charlando Wayne —dijo apresuradamente Helen antes de despedirse de Morton en el Bar *San Roque* de Asunción del Paraguay, con un tímido ósculo en la mejilla; una secular tradición, vigente desde los tiempos de Judas el Iscariote.

James Witlock, cuya sed parecía no tener fin, se sirvió otro vaso de *ginger-ale*. No podía concentrarse en su novela “Himno para la Muerte”, pese a su diligente amigo Lapierre, quien le preparó un ordenado fichero de testimonios sobre las guerras históricas de los Estados Unidos, especialmente entre los siglos XVIII y XIX.

El *síndrome de la página en blanco* lo atenazaba a la dura silla

de alto espaldar, pero no daba mano en bola, como dicen los basquetbolistas de las grandes ligas. Pareciera que su mente se hallaba prisionera por invisibles cadenas de pensamientos. Y esos pensamientos lo llevaban de aquí para allá, derivando en un tumultuoso maremágnum sin hilación lógica.

Sabía lo que debería escribir, pero otras ideas lo arrastraban a tenebrosos remolinos sin retorno. La preocupación le impedía ocuparse de lo suyo, sabiendo algo atroz que, de comentarlo no se lo creería nadie; si decidiera escribirlo, pasaría como un pesado guión de película catástrofe, antes que como un anticipo de realidades malignas.

Algo que aún no podía percibir, estaba ocurriendo en su país y la sensación de impotencia de no poder detenerlo lo abrumaba, impidiéndole hilar ideas. ¿Acaso las guerras pasadas habían sido consentidas por la ciudadanía? Excepto la Guerra Europea, donde acudieran en masa a causa del hundimiento del “Lusitania”, o la del Pacífico, motivada por el ataque a Pearl Harbor, la ciudadanía hubiese preferido la neutralidad, aunque de buena gana aplaudieron las guerras contra México y España con las consiguientes anexiones territoriales. Y ahora, se preparaba otra, quizá más cruel, menos caballeresca y con el estigma de un genocida terrorismo de Estado; programada por ocultas manos y torvos cerebros.

El zumbido de su teléfono celular lo distrajo de sus cavilaciones. Automáticamente extendió la mano hacia el aparato que reposaba cerca de su máquina de escribir. Era una voz no conocida y de seguro no sería uno de sus lectores. Se equivocó.

—¿Señor Witlock? Necesitamos de usted con premura. ¿Me

capta? —oyó al otro lado de la línea inalámbrica.

—Witlock habla. ¿Con quién tengo el gusto?

—No puedo decírselo ahora mismo. Le estoy llamando desde una cabina pública. Necesito hablar con Ud. en persona. Conozco su manera de pensar respecto a las guerras y no sé si estará enterado, pero algo feo se cierne sobre nuestro país. Estamos ante una nueva guerra, cuyos alcances aún no se pueden prever...

—No sé de qué se trata —respondió cautelosamente Witlock— pero si puede servirme de argumento literario, sí, me gustaría entrevistarle donde Ud. me indique.

—No se trata de una mera entrevista, señor Witlock; ni mero argumento literario. Es largo de contar y necesitamos su cooperación para una misión riesgosa, pues sabemos que usted no está aún sujeto a vigilancia permanente de los servicios secretos, a pesar de que el Presidente se la tiene jurada. ¿Qué le parece esta noche, frente al Lincoln Memorial? No puedo salir de la capital, pero usted sí puede abandonar New York por unas horas. Estaré en un pequeño auto japonés de color bordó. Golpee tres veces el vidrio trasero, entre las 22:00 y las 22:30.

—O.K., ahí estaré.

Extrañado cortó la comunicación y llamó a Lapierre para pedirle una opinión. El francés siempre tenía alguna respuesta intuitiva a todo o casi todo. Tras relatarle la conversación, Lapierre sugirió asistir al encuentro entre ambos.

—Yo conduciré tu carro (finalmente aprendió a tutear a su amigo) y veremos a dónde conducirá esto. Si el sujeto éste te llamó, es porque seguramente le inspiras confianza. De seguro es algún ex

—Debería creerlo. ¿Cómo habrá olfateado que yo puedo estar al tanto de Clave Uno? Solamente tú y yo lo sabemos y no recuerdo habérselo mencionado a nadie.

—Tu literatura es el espejo de tus pensamientos. Tal vez la cosa venga por ahí. Además, eres hartito conocido.

—Creo que tienes razón. Ve al aeropuerto Kennedy y alquila un vuelo chárter. De ser posible un minijet. Tenemos tiempo. cosa venga por ahí. Ahora voy a descansar para aclararme la mente. Creo que será mejor dejar la mecanografía para más adelante. Tómate la tarde para preparar un aerotaxi para la cita. Esto promete. En el aeropuerto de Washington, D.C. alquilaremos un carro.

Lapierre consiguió alquilar un pequeño reactor Cessna Citation para ida y retorno a la capital, para esa misma noche. El piloto los aguardaría en Kennedy para las 20:00 horas con todo el plan de vuelo listo, por la módica suma de dos mil doscientos dólares *cash*. Luego de una reparadora siesta, ambos hicieron reserva de autos de alquiler en Hertz para desplazarse por Washington, D.C.

La ansiedad propia de toda aventura los mantuvo en vilo hasta su meta. Pronto pudieron salir del aeropuerto Dulles con un carro alquilado de Avis, en busca del Lincoln Memorial, cerca del Arlington Memorial Bridge, sobre el Potomac. A poca distancia, el Obelisco les sirvió de referencia, pero era temprano aún, por lo que, dieron varias vueltas por la Pennsylvania Avenue, en las cercanías del Departamento de Estado. La fuente que ornaba el monumento a Washington estaba como aguardándolos. Lapierre no conocía la capital, pero Witlock pudo guiarlo sin inconvenientes.





Las sombras se agitan

El general Lewis se reunió esa tarde con lo más granado del servicio secreto: representantes de la Agencia Central de Inteligencia, al más alto nivel y algunos miembros del semiclandestino *Shadow Government* creado por Reagan; aunque sería más acertado opinar que éste fue encumbrado por ellos. Este grupo debería asumir el poder en caso de alguna crisis interna que hiciera tambalear al gobierno constitucional, y estaba siendo acremente criticado por algunos intelectuales y periodistas, a través de publicaciones disidentes, por fortuna para ellos, de escasa circulación dirigida: como *Dissent*, *The New Republic*, *Mother Jones*, *The Progressive* y otras más del extranjero, entre ellas, *Le Monde Diplomatique*.

Los turbios manejos y poderío clandestino de la FEMA eran atrocemente ignorados por millones de norteamericanos, que creían aún en la Constitución y las leyes. No suponían ni en pesadillas, que no sueños, que alguna entidad críptica pudiese asumir **todos** los poderes constitucionales en algún momento, sin dar la cara, o, como

la definiera *The Progressive: The take charge gang* (la pandilla que se lo carga todo). Esta criptocracia, sólo conocida por el Presidente y unos pocos miembros del Gabinete, más unos cuantos ciudadanos de a pie que no conocían sus inconfesables secretos, estaba aún inactiva pero acechando en las sombras para recortar todos los derechos civiles, incluidas las libertades constitucionales ciudadanas, que ya oscilaban hacia la ficción poco a poco. Hasta la imposición de la ley marcial estaba en sus planes.

El tema de la reunión era la organización de un nuevo gobierno *post-crisis*, el control a ciudadanos, por la vía de intervenciones en comunicaciones, en cuentas bancarias particulares y sin mandato judicial; la imposición de draconianas leyes antiterroristas, una férrea censura y eventualmente la Ley Marcial, especialmente para extranjeros, sin derecho a defensa en juicio. También contemplaba la posibilidad de deshacerse de muchos inmigrantes, ilegales o no, que pudiesen poner en tela de juicio al Nuevo Orden que se avecinaba, remedando al *stürmperiod* de la Alemania nazi en gestación.

De hecho, uno de los cerebros de las medidas represivas a implementarse luego de Omega, era Werner Klausmann, el adjunto de la CIA y gran elector presidencial, por haber sido delegado del Colegio Electoral que eligiera al Presidente actual, pese a ser éste perdidioso en votos populares.

Klausmann, hijo de un ex coronel SS, huido tras la Segunda Guerra, gracias a la *Operación Paperclip*, era lo bastante inteligente como para urdir un plan eficientemente diabólico de convertir a una república, más o menos democrática, en una dictadura “blanca”, como lo fuera la Unión Sudafricana *bóer*. Éste detestaba *cor-*

dialmente a los latinos, judíos (pese a contar el gobierno con muchos de ellos, en el *lobby* de Seguridad Nacional, el ejército, la armada y la fuerza aérea), como también a negros, mulatos, árabes, orientales asiáticos y eslavos centroeuropeos.

Omega sería un detonante que precipitase la crisis que activaría a la FEMA para tomar el control del país, y eventualmente del planeta, aunque siempre detrás del Presidente, única figura visible de un poder oculto a los ojos y oídos de la opinión pública; la que pasaría a convertirse en la menos pública de las opiniones, gracias a la censura oficial y al control estatal sobre la ciudadanía y sus últimos baluartes de privacidad.

Ello podría significar también el éxodo de los más brillantes intelectuales de la nación, quienes de seguro desaprobarían un estado fascista con máscara democrática. Pero a los halcones poco les importaría tal eventualidad, pues el Nuevo Orden precisaría de más músculos y menos cerebros, salvo en empresas transnacionales, las que también tomarían cuenta del Estado en forma total. Aunque desde 1919 con los Warburg y la Federal Reserve, ya lo manejaban parcialmente.

—No sería difícil —pensó el maquiavélico Klausmann— deshacerse de esos personajes que se atribuyen el monopolio del pensamiento y las ideas. Bien podríamos prescindir de ellos, si no se aviniesen a aceptar el Nuevo Orden.

Tomaron asiento alrededor de la gran mesa oblonga de la amplia Oficina Oval. El Presidente no tardaría en llegar para dar inicio a las deliberaciones. El general Lewis no demostraba emoción alguna. Probablemente el peligro que se cernía sobre Clave Uno,

remitió al reforzarse la seguridad federal sobre los extranjeros que colaboraban en el plan, aún sin estar plenamente conscientes de ello.

El general intuía los siniestros propósitos de Klausmann, de deshacerse de los judíos enquistados en el Primer Círculo del poder, como él mismo. Pero supo disimular muy bien sus aprehensiones, sin dejar por ello de sentirse en alerta.

—*Los lobos, cuando están famélicos, se comen entre sí* —pensó Lewis. Había varios “arios” que controlaban o conducían diversas instancias. Desde jueces y políticos sureños y del Medio Oeste, a empresarios del más alto nivel, que, de seguro intentarían copar el poder tras la asunción de la FEMA. Recordó al *Arion's Glee Club*, fundado en el siglo XIX para sabotear al creciente poder de los *B'näi B'rith*. Recordó también a los católicos de la *Antimasonic League* de Maryland y los *Knights Of Columbus*, adversarios de los judíos, aunque organizados como éstos. Nunca pudieron imponerse aquéllos al poder de la alta finanza, pero tenían muchos adherentes en la actualidad, como para dar un golpe de Estado con apoyo del Ku Klux Klan y las Milicias *Minutemen* del *Middle West*. Todos ellos constitucionalmente armados, con rifles de asalto y fanatismo cristiano milenarista casi irracional como pertrecho.

De todos modos, la reunión se realizaba en un clima de cordialidad poco común, aunque algo forzada. El Presidente hizo acto de presencia para iniciar las deliberaciones que, de seguro, estarían matizadas con informes supersecretos obtenidos por el FBI, que vigilaba a Mitchkowski y a sus conocidos y, de paso cuidaban las valiosas espaldas de los *huéspedes* oficiales.

Abrió el fuego el general Lewis, con una sonrisa de suficiencia y un largo habano en sus labios, contrabandeado de Cuba, pese a Fidel y al bloqueo con toda seguridad, imitando al finado Stoogie en su desenfado y prepotencia patriarcal.

—Tengo el gusto de anunciar a los distinguidos presentes que nuestros huéspedes no han sufrido más intentos de asesinato. Seguramente la custodia de los federales ha disuadido de intentarlo. No supimos quién o quiénes han asesinado a tres de ellos, ni con qué propósitos, aunque desconfiamos que se trataría de arrepentidos o quizá allegados al Dr. Schultz, que quieren dar al traste con Clave Uno o desactivar el plan dejándonos sin sus protagonistas principales. El hecho es que ninguno de nuestros agentes conoce a cabalidad dicho plan. Ni siquiera Mitchkowski, lo cual es un enigma a resolver desde ahora.

—¿Por qué no tratan de dar con el o los asesinos? —preguntó Klaussmann, como insinuando alguna falla del FBI o falta de eficiencia por lo menos en los investigadores federales—. Recuerden que podrían ser allegados al finado Dr. Schultz, borrado de la nómina por orden de la FEMA. Alguien más estaría al tanto, que nosotros no sepamos.

—Sería pérdida de tiempo, *herr* Klaussmann —respondió irónico el general Lewis—. Aún tenemos veinte sujetos disponibles y sólo necesitaríamos diez y seis, o poco más, para detonar Clave Uno. A partir de allí, actuaremos nosotros a nivel global. Mejor protegeremos a los que nos quedan y luego veríamos quién o quiénes están contra nosotros... aquí dentro.

Klaussmann sintió un estremecimiento involuntario.

—¿Qué saben del almirante y sus ex colegas? —preguntó el Presidente, quien hasta el momento permaneciera en silencio, quizá para fingir inteligencia.

—Aparentemente, están quietos como agua de charco. No detectamos nada que los incrimine como sospechosos, pero seguimos teniéndolos bajo el microscopio y no darían un paso sin enterarnos enseguida, señor Presidente —respondió Lewis, observando un informe de los federales.

—¿Y que hay de nuestro escritor disidente, Witlock, el antimilitarista de moda? —preguntó nuevamente el Presidente.

—Lo dejamos en paz. No puede impedirnos realizar nuestros planes —exclamó Klaussman, ya repuesto de la impresión—. Además, aparte de escribir y publicar, no tiene otras actividades que los saraos de New York y fiestas de caridad. Salvo quizá un par de viajes a Los Angeles y Detroit para charlas literarias, no ha tomado contacto con ningún sospechoso.

—Está bien —exclamó satisfecho el mandatario—. Si a ustedes les parece inofensivo, déjenlo en paz... hasta después de Omega, y ahora, caballeros, vamos a conversar sobre el futuro gobierno de los Estados Unidos, única superpotencia universal emergente en el siglo XXI, gracias a Dios... o a quien sea. El distinguido caballero, director de la FEMA, hará uso de la palabra para explicar el modo en que llevaremos adelante este país luego del logro de nuestros objetivos.

El aludido se puso de pie, casi irreconocible tras sus gruesas gafas polarizadas, aunque ninguno cuestionó ese ridículo detalle, pero era casi un hecho que también falsease la voz. Luego advirtie-

ron un diminuto micrófono inalámbrico de solapa, que haría de falsificador-distorsionador vocal.

—Señores, miembros del Poder Ejecutivo —principió el extraño criptócrata, a través de un sistema de amplificación distorsionado medianamente con efecto *flanger* de robótica tesitura—. Tengo el deber de anunciarles la apertura de un Nuevo Orden a partir del segundo año del siglo que se inicia. Primero en el ámbito interno, luego nos expandiremos por todo el orbe, respetando únicamente la soberanía de las naciones aliadas a nuestros intereses. Pero seremos implacables con quienes nos desafiasen, o interfirieran nuestros proyectos de globalización acelerada. Antes de proseguir, si alguien tiene una duda o pregunta, gustoso las aclararé.

Ante el silencio imperante y el interés suscitado, el hombre de la FEMA prosiguió.

—Veo que no tienen duda alguna, así que continuaré mi exposición. Como sabrán algunos de ustedes, este proceso es de antigua data, y debe culminar en los inicios del tercer milenio. Muchas potencias antiguas intentaron dominar el mundo conocido. Todas tuvieron su auge y posterior declinación, quedando apenas ruinas de ellas. En los inicios del siglo pasado, se integraron varios bloques o *ententes* con las naciones más extensas, o las más adelantadas tecnológicamente. Todas ellas potencias navales, o como dicen los filósofos: *thalassocracias*, al estilo púnico-cartaginés. El dominio de los mares era la panacea para ampliar conquistas comerciales o militares. Con la era espacial y las armas nucleares, la tensión mundial se hizo casi insostenible y debimos contemporizar con los soviéticos, por medio de tratados de limitación o *détente* nuclear, además de la

irrupción de China, Inglaterra, Francia e Israel a los “clubes atómicos”, como se decía entonces. Posteriormente India, Pakistán y acaso Brasil se hallaron en posesión de secretos nucleares y quizá armas, aunque no tuviesen cómo ni dónde probarlas. Esto devino en un mayor desequilibrio de poderes, mientras el mundo temblaba ante la posibilidad de un holocausto apocalíptico. Ahora, tras el derrumbe soviético, tan sólo la China ha quedado como adversario poderoso, aunque su tecnología sigue siendo algo rudimentaria, no tienen temor de enfrentarse con nosotros, aún en el caso de no contar eventualmente con los rusos como aliados. Nuestros únicos posibles adversarios cercanos del pasado ahora están con nosotros, gracias a las gestiones de la Trilateral, el Comité de Bilderberg y el Club de Pugwash. Los hermanos constructores de Europa están con nuestro proyecto unificador, que terminará de una buena vez con bloques enfrentados y pequeñas naciones rebeldes a nuestros dictados políticos y económicos. El único problema que pudiera surgir derivaría del Tratado de Roma sobre crímenes de guerra, que en su artículo 99 estipula el juicio a culpables de genocidio, por la Corte Penal Internacional. Mas hemos de forzar a nuestros aliados a firmar tratados bilaterales, con los Estados Unidos, a fin de dispensarnos de ese engorroso trámite. No podemos tener límites ni cortapisas que nos obliguen a ser indulgentes o humanitarios con nuestros enemigos. La única manera posible de terminar con la inestabilidad mundial es unificando todo el poder en un solo bloque multinacional, lo que supondrá el paulatino fin de todos los gobiernos nacionales y la cesión de soberanías a nuestros líderes. De lo contrario, el caos social proseguirá y estaremos impedidos de hacer buenos nego-

cios, que finalmente son el propósito principal de nuestro accionar.

Alguien alzó el brazo derecho cerca suyo. Era Klausmann, y seguramente deseaba preguntar algo. De hecho, éste estaba algo incómodo porque recordaba haber leído similares palabras en algún opúsculo, publicado en 1908, que no recordó de momento. El orador hizo un gesto de asentimiento hacia él.

—Deseo saber quiénes son los elegidos para conducir el Nuevo Orden, porque supongo que no tendrán cabida ciertos eh... digamos, ejemplares no muy evolucionados. No soy racista, pero creo que sólo los blancos puros están capacitados biológica y técnicamente para realizar tamaña tarea.

—No exactamente, Mr. Klausmann —respondió el orador con su extraña modulación vocal—. Seremos muy selectivos a la hora de conformar el nuevo gobierno de los Estados Unidos. Sólo quienes tengan elevadísimas calificaciones, una pasantía en el Council of Foreign Relations y un currículum académico brillante, tendrán el privilegio de colaborar con nosotros, fuesen blancos, judíos, asiáticos o negros, toda vez que estuvieran de acuerdo con *nuestras* ideas y métodos de ingeniería social. ¿Está claro?

—No del todo. Me refería a toda esa ralea de inmigrantes que han invadido este país últimamente —aclaró el adjunto de la CIA.

—Si están calificados, como le acabo de decir, no creo que objetemos su raza ni procedencia, sino sólo su lealtad. ¿Acaso su padre no era inmigrante? Le recuerdo, Mr. Klausmann, que los negros no fueron inmigrantes, sino que han sido forzados a venir a estas tierras para beneficio de los empresarios blancos. Tras la guerra civil, muchos regresaron al África, a una nación creada ex profeso para

ellos: Liberia. Otros, prefirieron quedarse y compartir los destinos de los Estados Unidos. Si eso aclara sus dudas...

Klaussmann prefirió callar para no ponerse en evidencia. No contaba con este giro político de Clave Uno. Evidentemente los de la FEMA se creían los Elegidos y harían las cosas de *otro* modo a lo que él creía factible. Era evidente que estos malditos judíos, como él los llamaba entre dientes, tenían la sartén por el mango. ¿Cuántos de ellos estarían en el Primer Círculo? Quizá más de los que creía. El orador, ante el silencio de Klaussmann, prosiguió su exposición.

—Tras la Segunda Guerra Mundial se crearon, a instancias nuestras, las Naciones Unidas y el Fondo Monetario Internacional, a fin de alinear a los pequeños y grandes países, con la intención de hacer negocios y ayudar a algunos a desarrollarse, aunque lo que más desarrollaron fue la corrupción. Esto fue parte inevitable del proceso de absorción económica. Nuestros fabricantes, con el objeto de promover sus ventas de aviones, armas o servicios, dieron en sobornar a funcionarios de otros países y a políticos, lo que generó una espiral que aún hoy no puede ser desactivada. En nuestro país, la corrupción se inició realmente con las prohibiciones, y aún hoy es incontrolable, pero podemos lidiar con esto todavía. El nuevo desafío era hallar la manera de hacernos con reservas petrolíferas para los próximos cincuenta años, controlar a la ciudadanía y sus comunicaciones, a través de nuestras instituciones, visibles o no, y alinear al mundo en nuestro sistema socioeconómico. Si conseguimos una amplia alianza a nuestro favor, pondremos al mundo a nuestros pies. ¿Otra pregunta?

Ésta vez nadie preguntó nada y, tras los brindis espirituosos

de rigor, la reunión pasó a cuarto intermedio hasta un mes más tarde.

Witlock acudió puntualmente a la cita a la hora fijada, frente al imponente Lincoln Memorial en Washington, D.C., donde la gigantesca estatua sedente del Presidente asesinado miraba fríamente a los cientos de visitantes diarios del monumento, como preguntándose en qué había errado para suscitar la ira de un actor mediocre y de la masonería sureña, que lo condenara a muerte cuando estaba tan cerca de ella, a causa de una dolencia irreversible*. Witlock y Lapierre vinieron a la capital en un aerotaxi y, tras su llegada, alquilaron un carro en Avis. No divisaron de momento el deportivo japonés de color bordó, pero esperaron un tiempo prudencial, hasta que finalmente el pequeño automóvil apareció aparcando muy cerca.

Witlock descendió y se dirigió al recién llegado, tal como habían quedado. Tras situarse detrás del automóvil, dio tres discretos golpes al cristal. Inmediatamente un hombre, como de cincuenta y cinco años, se apeó del mismo y se acercó a él.

—Mr. Witlock, supongo.

—El mismo. Espero que no esté usted siendo seguido por los ángeles de la guarda. Podemos subir a mi carro para conversar.

—¿Hay alguien con Ud. ahora? —preguntó el desconocido con rostro preocupado y tenso.

—Mi hombre de confianza, es un francés que casi no habla inglés —mintió—. Y sólo es chofer. No oír nada ni preguntará

nada. De todos modos, puede confiar en él.

—Está bien. Lo sigo.

No demoraron en ubicarse en el cubículo trasero del carro de alquiler. A una señal de Witlock, Lapierre puso en marcha el auto, conduciéndolo hacia el Potomac. Quizá diesen unas vueltas por los alrededores de la capital o bordeando el río de marras. De todos modos, el extraño se aseguró que no estaban siendo seguidos, antes de abrir el pico y sincerarse.

—Lo escucho —dijo Witlock, como en ayunas—. Supongo que tiene algo que decirme sobre alguna no-sé-qué- emergencia o algo así. Le advierto que sólo soy un escritor de ficción y no sé jugar a los espías... y tampoco manejo armas sofisticadas a lo James Bond, aunque me gustan las faldas... es decir, su contenido neto.

—Escuché su magnífica charla en la UCLA y debo decirle que fui comisionado para vigilarlo por orden del Presidente en persona. Soy agente especial del FBI y me impresionó su conocimiento acerca del poder oculto que gobierna este país, al que amo después de todo. Luego me comisionaron para vigilar al almirante Mitchkowski, el cual renunció al cargo de enlace de la CIA, probablemente por no estar de acuerdo con los planes del Estado Mayor del Pentágono, la FEMA y la CIA. Clave Uno es el nombre del plan que dará pretexto a nuestro gobierno para desatar una cacería de brujas, como cuando la Guerra Fría, pero lo peor es que planean un asesinato masivo de ciudadanos americanos y extranjeros indocumentados, pero ejecutado por árabes *programados* bajo sugestión post-hipnótica, para hacerlo en lugares que aún ignoramos. Parece que también usarán el incidente para hacer la guerra a los fundamentalistas islámicos y

de paso anexar Afganistán para las petroleras. Posteriormente harán una guerra *preventiva* contra Irak y luego contra Irán, para disponer de su petróleo. El terrorismo será el nuevo *slogan* del Pentágono para justificarlo todo, hasta lo más injustificable.

—Me suena fantástico —comentó con cautela Witlock. —Pero tratándose de los halcones, hasta podría ser creíble. ¿Cómo lo supo usted?

—Alguien localizó a tres de ellos y los mató. Dos en Miami y otro en New York. Pero quedan veintiuno aún. Un desconocido o varios quizá, disidentes vinculados a los servicios secretos, tratan de impedir que se lleve a cabo esa monstruosidad. La única manera de abortar esto es dar con los árabes y eliminarlos, como un mal menor. Pero están custodiados en lugares ignotos por agentes de mi repartición, y si los eliminamos también nos espera la cámara de gas o algo peor. ¿Comprende?

—¿Tienen una idea de cuándo piensan dar el golpe?

—No lo sabemos con certeza. Es una fecha en clave denominada Omega, pero no lo sé. Necesitamos alguien de confianza para dar con los árabes antes que puedan recibir la “voz” o la “seña” que los pondrá en acción. El neurólogo que los *programó* fue asesinado en México con su esposa. Seguramente por agentes de la CIA al servicio de la FEMA. Alguien, a quien no conocemos, tiene la clave para despertarlos y ponerlos en acción. Tampoco sabemos los objetivos que atacarán. Es un rompecabezas aterrador y estamos contra reloj. Un colega mío, John O'Neill, buen conocedor de las redes islámicas estaba investigando algo gordo, pero inexplicablemente lo apartaron de la misma. Ahora está contratado para la seguridad del WTC

y privado de fueros. Alguien del poder lo sabe todo, pero...

—¿Y los servicios secretos? ¿es que no tienen agallas para detenerlos? —preguntó extrañado Witlock—. No puedo creer que todo está tan podrido en Washington, D.C.

—Gran parte del servicio secreto ignora todo lo concerniente al plan. Simplemente reciben órdenes y actúan. No tienen la más mínima idea de todo esto. Hasta creería que los propios halcones de rango medio lo ignoran. Pero si localizamos a esos extranjeros, podríamos sacarlos del medio. Si algún federal cae con ellos... bueno, debemos asumir el riesgo.

—No sé qué decirle, señor... ¿cómo dijo que se llama?

—No importa. Recorro a Ud. porque no tiene sobre sí la vigilancia de ningún organismo de seguridad ahora mismo.

—Pero... si me descubren, aún sin estar vigilado, me van a crear problemas.

—No se preocupe. Otros lo orientarán. Lo único que debe hacer es esperar la llamada de uno de los nuestros. Luego, hará de *punte* entre éste y nosotros. En estos mismos momentos en la Casa Blanca están todos los popes de la CIA, la FEMA y algunos federales complotados, reunidos con el Presidente. Aquí tiene un número al que deberá llamar cuando reciba el mensaje de quien está siguiendo la pista de los árabes. Ahí actuaremos nosotros. Si algo pasa, no lo comprometeremos. Y cualquier cosa, le avisaremos a tiempo.

—Estoy sorprendido. Nunca me encontré con una situación similar.

—Yo tampoco, créame. Cuando ingresé a los servicios secretos tenía conciencia de los trabajos sucios que eran norma en la CIA y el

FBI, incluso asesinatos políticos, aquí y en el extranjero. Pero nada como esto. Clave Uno sobrepasa a cuanto hayamos imaginado en perversidad, cinismo y... no sé cómo adjetivarlo realmente. Si fuesen enemigos de la nación, pase. Pero ciudadanos inocentes sacrificados por razones de Estado... es inconcebible.

—¿Es que hicieron asesinatos políticos también aquí? —preguntó incrédulo Witlock, como fingiendo ignorarlo. Tenía la idea de que lo hacían solamente extramuros, es decir, más allá de nuestras seguras fronteras.

—¿Ud. cómo cree que fueron eliminados Luther King, Robert Kennedy, JFK, Malcolm X, el dirigente negro musulmán, y John Lennon, por citar los más conocidos? Fueron asesinados por psicópatas programados bajo tratamiento hipnótico. Tío Sam los consideraba peligrosos para el *establishment* y... bueno, es una manera de sacárselos de encima sin costosos juicios. Lennon fue sobreseído por el Tribunal Supremo de los Estados Unidos de todas las acusaciones del Departamento de Justicia y fijó residencia. El resto ya lo conoce, supongo.

—Tenía mis sospechas, pero... ¿Por qué me cuenta todo esto, que se supone es confidencial? —preguntó Witlock intrigado.

—Porque deseo aliviar mi conciencia, entre otras cosas, y me siento asqueado por todo lo que está ocurriendo al margen de la ética y la justicia. ¿Va a colaborar con nosotros?

—¿Es necesario eliminar a los federales que custodian a los... árabes o lo que fuesen? De seguro, ellos no están al tanto y sólo cumplen órdenes.

—Le prometo que haré lo posible por evitarlo, salvo que no

hubiese más remedio. Pero debo conectarme con Mitchkowski primero. Él los conoce demasiado bien por haberlos visto en Fort Detrick, donde estuvieron secuestrados y bajo tratamiento psiquiátrico.

—¿Qué se supone que debo hacer yo? No me veo jugando a James Bond de salto en salto... y sin damas esculturales a mano para relajarme la tensión.

—Como le dije, usted no está vigilado y deberá servirnos de puente. Tiene un celular satelital y puede encriptarlo si lo desea. Podría facilitarle un *chip* codificado con la banda exclusiva que usa el FBI, pero si va a llamarnos, no lo haga desde su casa, sino desde un vehículo en movimiento. Será más difícil de descubrirlo.

—¿Quién es ese Mitchkowski?

—El sustituto del general Stoogle y ex enlace entre la CIA y el Presidente. Su reemplazante actual es el general retirado Lewis, aunque su apellido real es Levi, un tipo duro y peligroso. Un halcón por dentro y por fuera, que hasta daría su vida por una buena guerra y un poco de acción.

—Menuda descripción hace usted. ¿Es todo?

—Sí, señor Witlock. Si hace el favor de dejarme en las cercanías del Lincoln Memorial... para recuperar el carro alquilado de Hertz.

—De acuerdo Mr...

—Llámeme Lester, simplemente. Y gracias por todo.

No se dijeron más durante los quince minutos que tardaron en retornar al monumento, donde se despidieron como si nunca se hubieran conocido.

Poco más tarde, ambos amigos retornaban a New York en el

mismo taxi aéreo de cabotaje, llevando sobre sus espaldas el peso agobiante de una gran responsabilidad: deshacer, dentro de lo posible, la conspiración de los halcones. No imaginaban cómo lo harían, pero el tal Lester les inspiró confianza. Además, sólo deberían seguir sus instrucciones y, como les dijera, hacer de puente entre él y los otros agentes.

En un sobre de papel fino, James llevaba consigo un microchip programado en la banda exclusiva del FBI, esperando que no lo descubrieran durante sus llamadas.

Nunca habían ambos experimentado tantos sobresaltos en tan poco tiempo, y, era casi seguro que esto no sería más que el inicio de una serie de eventos en que se jugarían la cabeza en una suerte de ruleta rusa, donde el adversario tiene casi todas las de ganar.

En las cercanías de Fort Detrick, Manolo Goreiro se hallaba angustiado por causas que él mismo ignoraba. Tal vez, por ser la ignorancia una especie de ángel guardian de su intelecto, casi subutilizado. El sucesor del doctor Timothy Schultz: Walther Würlich, neurobiólogo alemán, reclutado por la CIA y la National Security Agency, en Europa, debía asumir el cargo con otro nuevo programa. Goreiro comenzaba a estar harto de todo. De Fort Detrick, de su nuevo jefe, de la rutina... de los madrugones, justo cuando más sueño tenía y, prácticamente de todo. Sabía que tenía que hacer algo, pero de momento no recordaba qué. Y eso le producía úlceras ajenas a la comida chatarra de la cafetería de Fort Detrick, pese a que, cuando podía permitírselo, llevaba su almuerzo consigo. Pero algún

día recordaría lo que el finado Schultz le había sugerido que hiciera, en una fecha que estaba al llegar.





Disidentes en la Autopista

Bryan Porter tecleó el número de James Witlock. Habían localizado a dos *árabes* que estaban residiendo en Aspen, en el estado de Colorado, en forma temporaria. Tres agentes los cuidaban en su mismo domicilio. Debía notificárselo al tal Lester, agente especial del FBI, quien se encargaría de los federales distrayéndolos... o de algún otro modo.

Éste entendió el mensaje, dirigiéndose de inmediato con Lapierre al garage de su apartamento de Queens. Salieron rumbo a Brooklyn, tan sólo para poder comunicarse con el tal Lester y notificarle lo recibido. Tras digitar los números correspondientes, estuvo el agente al habla.

—Hola , *Mr. L* —dijo Witlock. —Los ciudadanos extranjeros están en Aspen, la dirección es...

—La conozco. Es un hotel de invierno. Una escuela de *ski*, creo. Allá voy. Gracias.

Los diarios de Colorado anunciaron la extraña desaparición de dos ciudadanos sauditas, secuestrados cuando esquibaban con sus instructores del Hotel *Snow Crystal*. Los tres agentes federales que los custodiaban y fungían de instructores de *ski* estaban atados de pies y manos y se sospechó que fueron narcotizados con algún gas. A expreso pedido del FBI, el asunto no escaló posiciones hasta las primeras planas, pero tampoco pasó muy desapercibido por los halcones.

En la lejana Washington, D.C. la cosa causó revuelo, como zorro en gallinero. Y no era para menos. Ambos habían concluido su adiestramiento de vuelo por instrumental y estaban —presuntamente— aguardando que la Boeing dispusiera dos ejemplares adquiridos por la familia real saudí, para trasladarlos a Er Riyad. Al menos, esa era la versión oficiosa aunque circulante en voz baja.

El Presidente convocó a su *Shadow Cabinet* en Camp David, donde estaba matando el fin de semana a golpes de palos de golf, tratando de enviar sus preocupaciones al hoyo 19 de una vez por todas.

Varios helicópteros negros sobrevolaron la zona esa noche y todos descendieron en la finca presidencial. De inmediato los recién llegados fueron conducidos a la residencia, siendo recibidos por un Presidente de rostro hosco y preocupado. Lo imposible, lo desconocido, lo imprevisto, amenazaba con llevar Clave Uno al inodoro.

Los árabes, es decir sus cuerpos, desprovistos de almas, amanecieron una mañana, dos días después de su plagio, en un sitio desolado de las montañas de Aspen. Esta vez con una variante.

Llevaban rosarios de oraciones y un ejemplar del Corán cada uno de ellos. Los dos habían sido ejecutados de un tiro en la nuca a cada uno, con orificios de salida hacia la boca y tal vez sus homicidas los dejaron orar unos minutos de cara a La Meca en prueba de piedad espiritual. Después de todo, poca culpa tenían aquéllos del presunto plan genocida elucubrado desde Washington.

Rastrearon los federales durante varios días en el sitio sin poder hallar las balas, ni poder identificar las armas, aunque por el rastro dejado en sus carnes podrían haber sido del .45 o del 9 milímetros.

El Presidente fuera de sí, increpó duramente a los federales por su falta de profesionalismo, ignorando que los custodios estaban apalabrados por uno de sus jefes, a fin de *entregar* a los sujetos, dejándose “sorprender” por los ejecutores. Apenas quedaban diecinueve y el plan podría cancelarse por falta de mano de obra calificada.

De pronto, el Presidente, a quien todos apenas escuchaban contritos, cual si éste fuese el jefe máximo, exclamó airado.

—¡Debemos adelantar Omega antes que se vaya todo al demonio, caballeros! Y si me permiten ustedes, les diré que no deberíamos desperdiciar una oportunidad como ésta. Tenemos todas las de ganar: persuasión diplomática y militar, grupos de presión ciudadana, motivos de intervenciones unilaterales, petróleo para más de medio siglo, recursos minerales y grandes contratos de provisión de armamento. Sin contar nuestras ventas de material pesado al exterior. Como sabrán sin duda, todas las guerras localizadas, son nuestro escaparate de exhibición de poderío bélico, con *shows* informati-

vos de CNN y la Fox. ¿Qué más necesitan para decidir de una vez?

—Si me permite, señor Presidente —replicó el general Lewis con las facciones tensas por el insomnio—, el plan original contempla varias fases. No podremos saltar de fase tres a fase cinco sin alterar considerablemente el desarrollo de las acciones. Además, ignoramos la identidad del *activador* y su domicilio. El finado Schultz se llevó el secreto a la tumba submarina que ampara sus huesos en el Pacífico. Creo que la decisión de desembarazarse del mismo fue... digamos, algo apresurada o prematura. Probablemente Schultz delegó en una o varias personas de su confianza la tarea de terminar el proceso... o abortarlo si algo le sucediera. Ahora estamos contra reloj, pero sólo sabemos la fecha aproximada de Omega, mas ignoramos quiénes activarán a los sujetos ni por qué medios... o si ya lo están. Omega, en principio, se fijó para un 14 de setiembre, ya que el 11 es una fecha emblemática para nosotros, por haber colaborado al derribo del régimen comunista del Presidente Allende en 1973... ¿Recuerdan? Nixon y Kissinger lo hicieron posible.

—¿Es que algo aún no se ha llevado a cabo? —preguntó el Presidente dubitativo—. ¿Cuál es la especificación de la fase cuatro?

—Debemos intensificar una campaña de prensa contra los actos terroristas en todo el mundo; debemos, además, apoyar eventualmente a los palestinos... o fingirlo, aún sin dejar de apoyar a Israel; es menester desprestigiar a nuestro ex agente Osama Ben Laden, todavía con paradero desconocido para muchos. Es preciso ordenar a todos los diarios y estaciones de radio y TV que maximicen las informaciones sobre atentados terroristas, para atemorizar al público norteamericano, que finalmente dará su veredicto a los gri-

tos. Esa es la síntesis de la fase cuatro. El pueblo de nuestro país aún no está preparado para esto, como lo habrá notado cuando Timothy Mc Veigh voló el edificio *Alfred P. Murrah* en Oklahoma, a fines del siglo recientemente pasado. La reacción del pueblo, aún poco acostumbrado a estos atentados dinamiteros, fue casi tibia, comparada con la que deseáramos ahora. Esa es la diferencia.

—Por otra parte, señor Presidente —acotó el adjunto de la CIA, Klaussmann—, nuestros ciudadanos están tan habituado a la violencia, racial, social y criminal, sin mencionar la ejercida por sicópatas seriales o multihomicidas, casi todos socios del National Rifle Association y miembros de milicias clandestinas o *survivors clubs*, que están curados de espanto como quien dice. Tenemos que motivar una reacción lapidaria, que condene al terrorismo con vehemencia, al límite de la demencia, de ser posible. Esto nos dará carta blanca para ejercer represalias, arrasando con grupos irregulares que osen enfrentar a las armas de la ley, en nombre de no-sé-qué liberación o justicia social. De acuerdo a estas razones, no deberíamos adelantar Omega, bajo ningún pretexto. Refuercen la protección de esos extranjeros y listo. Además, no está en nuestras manos adelantar nada que ya ha sido temporizado hace casi un año.

—Tomen nota, señores secretarios de la Defensa y de Estado —dijo el Presidente de pronto, como obedeciendo a una sugerencia imperativa del Poder Invisible—. Ordenen reforzar la protección de nuestros hombres y sin turbar su vida normal. Pero esta vez que sepan en serio que están protegidos hasta completar su misión. Buenas noches a todos. Los camareros los conducirán a sus aposentos. Pueden partir a la capital por la mañana temprano.

Esto lo dijo con cierta entonación ambigua, como dando por sentado que los *árabes* eran parte indivisa del plan... y como si fuese cosa suya.

—Mejor nos vamos ahora mismo, señor Presidente. Muchos helicópteros por la mañana, podrían suscitar suspicacias o alarma en los lugareños. Partiremos de a uno, mientras ellos duermen. Gracias, de todos modos —expresó el secretario de Estado Powers.

Instantes más tarde, y de a uno cada cinco minutos, los poderosos helicópteros *Stallion* ascendieron al oscuro cielo perdiéndose en el horizonte cuando comenzaba a clarear hacia el este.

Witlock recibió la información en Internet, con los diarios del país, como si tal cosa. Lester había sugerido que no debería recibir información alguna, antes que se publicase, para evitar suspicacias oficiales. De todos modos, se enteró en detalle del asunto y suspiró aliviado al saber que no se atentó contra los custodios federales.

Lo que no supo de momento es que algunos agentes del FBI aceptaron formar parte del complot para desbaratar Clave Uno, aunque luego del incidente los restantes extranjeros quedaron a custodia directa de la FEMA, con sus propias fuerzas de choque mercenarias. Finalmente la furtiva *Federal Emergency Management Agency* comenzaba a arbitrar los destinos de los Estados Unidos. En realidad sus objetivos eran los de dirimir los asuntos planetarios antes del 2020, pero los criptócratas no tenían premura aún.

Ese mismo día recibió otro llamado de Bryan Porter para agradecerle la ayudita e informarle de paso la realización de un foro

privado en cierto lugar. Tras darle las coordenadas y la dirección exacta, cortó la comunicación.

—¿Qué te parece este convite? —preguntó a Lapierre, tras apagar y cerrar su teléfono celular.

—Que deberías... deberíamos acudir. ¿Sobre qué tema es el simposio?

—Sobre “Las potencias ocultas”. ¿Aceptas?

—Después de haber estado en un foro de *bilderbergers*, ya nada me sorprendería. ¿Quiénes lo organizan? No fuese que me tropezara allí con alguno de ellos.

—“Ciudadanos de las Américas Contra la Política Exterior del Departamento de Estado”. ¿Te suena? Parece que son algunos connotados intelectuales, que tienen cerrados los espacios en la gran prensa adicta al sistema, pero quizá tendrán mucho que decir. Yo tampoco simpatizo con la política exterior, y no sólo la de los halcones, sino con todas las intervenciones unilaterales que nuestro país realiza contra naciones pequeñas, indefensas y corrompidas por las mismas especulaciones de nuestro bancos transnacionales. Tampoco simpatizaba demasiado con Noriega, Bishop o Fidel pero estoy de acuerdo con la dignidad de los panameños grenadinos y cubanos que no se bajan los pantalones ante la prepotencia del *Big Stick*.

—Te acompaño Jimmy. Recuerdo que tenía cierta antipatía hacia el general De Gaulle, a causa de su política nacionalista casi obsesiva y rayana en el neo-fascismo. Pero, tras comprender que desharía a la Francia imperialista de Napoleón, le di mi apoyo. Incluso cuando los *pied-noirs* lo condenaron a muerte, por abandonar Argelia a los nativos, dándoles independencia.

—Comprendo. Aquí necesitamos estadistas y no payasos al servicio de las transnacionales. Estos imbéciles quieren que las empresas domésticas enquistadas en el extranjero estén protegidas bajo las leyes norteamericanas. Y eso, es una aberración jurídica. No podemos imponer nuestras leyes a ninguna nación y, menos aún, leyes leoninas como las del embudo.

—¿Dónde se realizará el foro?

—Tengo las coordenadas de Internet <http://www.syti.net/ES/Citizens5.htm>. Puedes usar mi ordenador grande y yo usaré el portátil *Apple*. No saldremos de aquí.

—Será una buena ocasión de conocer a Chomski, Mailer y Sontag, supongo —repuso Lapierre contento de no tener que saltar de avión en avión—. Me imagino que la participación será irrestricta y estarán también los muchachos de *Le Monde Diplomatique*. Espero que Echelon y Carnivore no estén a la pesca de nuestros mensajes. Esos engendros son de cuidado, y tienen satélites capaces de rastrear 500.000 mensajes por hora.

—Lo malo es que, de llevarse a cabo la conspiración de los halcones, Internet podría ser censurado e incluso eliminado de las autopistas de la *web*, como lo está ahora en Cuba. Recuerda que en sus orígenes Internet fue una red de uso militar, hasta que algunos ciberfanáticos la popularizaron, transformándola en una red mundial. Ahora está a punto de colapsar de tantos usuarios. Es actualmente el único foro realmente libre, pese a la cantidad de basura que se acumula día a día en sus páginas *web*.

—La libertad excesiva tiene sus sólidos riesgos —expresó Lapierre convencido—. No creo en la libertad irresponsable e

irrestringida. Eso sería la Ley de la Selva. Prefiero la libertad con responsabilidad... y justicia, la gran ausente. Toda actividad humana debe tener los límites éticos que la hagan soportable para los demás.

—Tienes razón, Stephaine. Pero para ello debería enseñarse filosofía a los niños, desde la primaria en adelante. Puede que de esa manera la humanidad llegase a un nivel de conciencia algo más elevado. Hasta ahora, el ser humano no pasa de un primate con revólver. Incluso me avergüenzo de pertenecer a esta especie depredadora y perversa, sin redención posible y al borde de la ruptura total con los valores universales. Ahora, tómate la tarde libre para relajarte y nos unimos al foro esta noche.

El foro estuvo bastante concurrido y cada participante tipearía sus opiniones, no superando ocho líneas por turno. Allí pudo Witlock conocer también a participantes de varios países. Entre ellos a un tal Andrés Colina, de un país de América del Sur, llamado Paraguay, quien con otro participante habitual y residente norteamericano, llamado Dan Huntington, indagaban juntos acerca de los poderes en la sombra.

En ese espacio virtual tuvieron ese encuentro fortuito que cambiaría sus vidas para siempre o por lo menos, mientras respirasen.

Huntington conocía la literatura de James Witlock y se mostró deseoso de conocerlo, para recabar su opinión acerca de sociedades secretas enquistadas en las naciones —conformando verdaderos estados dentro de Estados—, y los poderes fácticos y económicos que someterían a casi todo el planeta.

En cuanto a Andrés Colina, del diario *Ultimos Tiempos* de Asun-

ción, tenía curiosidad por los miembros de los tres primeros círculos del poder mundial, que no eran solamente políticos ni militares, sino más bien tecnócratas, comunicadores y científicos en gran parte.

A otros participantes habituales, como Alain Touraine o Fernando Savater, ya los conocían, así como Antonio Escohotado, Noam Chomski, Susan Sontag, Thierry Meyssan, Julio Chiavenatto, Jorge Lanata, y otras grandes figuras del pensamiento alternativo.

Las disidencias con el sistema iban en aumento y los opositores a la globalización salvaje crecían minuto a minuto, sumándose a una red solidaria con los pueblos sometidos. Witlock se insinuó por primera vez, aunque Colina ya estaba en la quinta jornada desde su iniciación. También Lapierre hizo su aporte, aunque obviando su nombre por seguridad y bajo el *nickname* de *Old Duck*, citando sus experiencias en Holanda, durante su corta pasantía en Oosterbeek, aunque sin mencionar nada sobre Clave Uno.

Finalmente, tras horas de *chat* en el foro, surgió el tema de las sociedades invisibles. Es decir, las que no figuran en los *index* esotéricos ni las reconocidas oficialmente que ostentan sus símbolos por doquier, sino las que están muy por encima de éstas, donde las sombras se agitan, provocando olas de sucesos. Obviamente, todos los participantes, por ser individuos racionales, pasarían por alto las sociedades de tanatófilos “góticos”, de corte «satanista» o neopagano vinculadas al *heavy metal*, pero no podrían soslayar la inquietante presencia de la ultraderecha, disfrazada de neonazis, neofascistas, ultranacionalistas, que apostaban a la *cultura* o la *raza*, contra la “civilización”. Es decir: enfermos mentales con la muerte en las venas, el racismo más el prejuicio en sus mentes y la cultura de la

violencia en sus desperdiciadas vidas.

Valdría la pena seguir en la brega, para que la cadena solidaria fuera creciendo en todo el mundo y, más aún en los propios Estados Unidos, donde la desinformación impuesta por las grandes cadenas masivas lleva al ciudadano común y corriente a creer ciegamente cuanto “informan” los políticos de turno y los *mass-media* al servicio de éstos.

Norman Mailer sugirió que cada persona debería aprender a danzar, a tocar la guitarra, a actuar en las tablas, a escribir y a pensar, a fin de eludir la venérea manipulación de los medios, su propaganda incesante y la estupidez mediática y masificante, que los convierte en objetos antes que en sujetos de la historia.

Noam Chomski sugirió el boicot a la televisión y a las grandes cadenas desinformativas, a cambio de abrir libros o escuchar música, como la receta posible de liberar al individuo de la alienación impuesta por los gobiernos y el sistema.

Witlock sugirió un desarme total de las conciencias y sabotaje a las armas y a los ejércitos, negándose a servir en cuerpos armados. Explicó que, desde la derrota de Vietnam y la posterior abolición del servicio militar obligatorio, el reclutamiento prosiguió, no sólo en las periferias miserables y desesperanzadas de las urbes estadounidenses, sino en los países del mal llamado Patio Trasero, mercenarizando al ejército americano con efectivos traídos de Guatemala, Dominicana, El Salvador, Haití y otros países con alto índice de desempleo. Y el anzuelo era: salario superior a la media, pasaporte y ciudadanía norteamericana para la carne de cañón y seguro médico. Los desesperados, que normalmente desafiaban los rígidos

controles de inmigraciones, aceptan gustosos ser incorporados a cambio de las ventajas de vivir en los Estados Unidos, toda vez que la maldita suerte no dejase sus huesos en un ataúd sellado, en una de las tantas guerras programadas por el Pentágono.

Noam Chomski alertaba acerca de la nefasta propaganda del miedo, recomendando no dejarse arrastrar por la paranoia, causante de tantos desajustes sociales en los países ricos, y desesperación e impotencia, en los pobres.

Oscuros nubarrones de tormenta bélica se cernían sobre el planeta, donde las naciones más pobres y atrasadas corrían riesgo de invasiones, más que nada, a causa de contar con recursos ambicionados por los plutócratas anglonorteamericanos. Noam Chomski se despidió, con deseos de que la cordura tomase cuenta de los gobiernos y la batalla por la paz sea la única victoriosa.

Por su parte, Darío Fó prevenía contra los nuevos nigromantes de las guerras preventivas, en nombre de la libertad, la democracia, la justicia y otros valores olímpicamente ignorados por ellos mismos, cuando se trataba de imponer sus intereses, en desmedro de los demás.

Andrés Colina propuso decir NO a la cosificación y globalizar la armonía solidaria entre los pueblos, aún a pesar de sus gobiernos. Su inglés era algo rudimentario, pero lograría hacerse comprender... gracias a Dan Huntington, quien le corregía sus erratas.

El foro estuvo tan animado, que muchos alcanzaron la aurora prendidos al ordenador, hasta que llegó la hora de decir ¡hasta pronto!

O

Cacería inhumana

Stephan Mitchkowski marcó en un mapa satelital GPS de la computadora, un sitio con el puntero del ratón de su ordenador. No imaginaba que alguien estuviese en esos momentos monitoreando sus movimientos desde muy corta distancia.

El almirante se hallaba conectado a Internet y trataba de indicar el lugar exacto en que se hallaban unos árabes, en el estado de California. Estaba sentado en el climatizado cibercafé de un *mall* cercano a su casa y poco le preocupaba la vigilancia, creyéndose perdido entre la masa humana del inmenso local.

Sven Gründberg, un ex militar de la fuerza aérea, al otro lado de la línea imaginaria, en New York, recibía las coordenadas y se disponía a conectarse con James Witlock para darle ese dato, que a su vez sería transmitido al misterioso Lester.

Esta vez la cadena corría serio peligro, ya que la FEMA tenía los tentáculos más largos y poderosos que las demás agencias fede-

rales de seguridad. Echelon no dormía, y este diabólico engendro electrónico no sólo localizó los mensajes, sino su procedencia y destino, no demorando en decodificarlo.

El general Lewis se hallaba en su despacho del Pentágono, tratando de determinar la procedencia de la señal... y su destino. La señal procedía de la capital y estaba dirigida a un teléfono satelital indeterminado, encriptado en banda ancha. Poco le costaría averiguar quiénes se estaban comunicando en silencio, y señalando un barrio elegante de San Francisco, donde se alojaban tres extranjeros, cuyos nombres no se mencionaban.

Por de pronto, supuso acertadamente que los sujetos sufrirían un atentado, pero ninguno de los sospechosos tenía contactos en California, o al menos no estaba al tanto de ello.

De todos modos, llamó a uno de los responsables de la seguridad de los sujetos, para que la redoblaran de ser posible. Tanto el remitente como el receptor no estaban utilizando sus aparatos personales, pero ya se estaban poniendo en evidencia al querer encriptar sus mensajes en la banda exclusiva del FBI.

De pronto, Lewis decidió terminar de una vez con el almirante, su hijo y su esposa, en forma simultánea, aunque los tres viviesen en distintos lugares en esos momentos. Mitchkowski seguía en Washington y quien lo vigilaba estaba muy cerca de él. Su hijo seguía en *Southern Illinois University at Carbondale* y su esposa, estaba de visita en casa de su madre en Seattle, en la costa noroeste.

Se limitó a ordenar, a sus perros de presa, que cazasen a los tres en el mismo día y hora, pero de tal manera, que parezcan accidentes. Era evidente que el almirante estaba tratando de poner

cáscaras de banana a Clave Uno y que sus ex colegas estaban en connivencia con el FBI para ello.

Pensó que la amenaza de Mitchkowski, de poner en Internet cuanto sabía de Clave Uno, no se efectuaría si se los eliminase a todos al mismo tiempo. La cacería comenzaría al día siguiente, sábado. Sin duda todos acostumbran a ir los sábados a cualquier sitio y los haría exponerse a cualquier contingencia. La FEMA sabría fabricar contingencias, con tal de tener protagonismo. Las razones de Estado lo permiten todo... y algo más.

Mitchkowski, al terminar de transmitir el dato, cerró su programa y, tras pagar el importe de media hora, fue deslizándose por los sobrecargados pasillos del *mall*, hacia el sector de los *snack bars*, a fin de servirse un poco de comida rápida, antes de hacer algunas compras que justificasen su presencia en el lugar.

Tras hacerse de varios bolsos y paquetes, Mitchkowski abandonó el *mall* dirigiéndose a su casa. Nada anormal, dentro de una rutina angustiante y tensionadora, como la que le tocaba vivir en los últimos tiempos. Todavía ignoraba si Omega se hallaba cerca o lejos, pero la espera lo tenía de punta y con mucho insomnio. Si bien dejó de beber, las libaciones exageradas cuando aún estaba en la CIA dejaron secuelas en su otrora sano organismo.

Por otra parte, su conciencia lo tenía algo apabullado por haberse prestado inicialmente a respaldar el plan y además el asesinato alevoso —ordenado por la FEMA—, del Dr. Schultz, su esposa y tres mexicanos que nada tenían que ver en los enjuagues de la CIA.

También quedaba alguien, ignorado, quien debería dar por algún medio a los *árabes* la *palabra clave* que los “activaría” como armas letales, en lo que los psiquiatras conocen como *orden post hipnótica*. Mientras tanto, serían inofensivos en su papel asumido de ciudadanos sauditas residentes y devotos del Islam. Pero, ¿y si fuesen más que uno?

Si tan sólo tuviese una remota idea de quién sería el hombre clave, bastaría con localizarlo y eliminarlo para desactivar la amenaza que pendía sobre la nación, pero esto era utópico, pues no tenía la menor idea o pista que condujese hacia el misterioso *llamador* que pondría en marcha la maquinaria mortal. Sólo les quedaba localizar a los árabes uno a uno, eludir a sus custodios y silenciarlos.

Lester recibió de James Witlock las coordenadas de la situación de Musa Ibn Fellah y otros dos más, en San Francisco, casi minutos después de haberla recibido de Porter. Pero éste intuyó que tendría dificultades. Su repartición de protección VIP había sido licenciada del caso, y los sujetos estaban siendo vigilados por esbirros de la propia FEMA, casi todos ex “boinas verdes” y no se dejarían sorprender así como así. Calculó que debería solicitar alguna ayuda de sus compañeros federales. La FEMA aunque existía *oficialmente* en la burocracia norteamericana, los agentes a su servicio podrían ser sacados de en medio si falta hiciese, pues no tenían los mismos fueros del FBI ni nadie lloraría por ellos. Pero también era un riesgo utilizar la banda de frecuencia exclusiva del FBI, porque de seguro la FEMA ya la tendría *pinchada* e intervenida. Habría

que comunicarse por el único canal que aún podría estar limpio de sabuesos extrajudiciales: los teléfonos domiciliarios o cabinas públicas.

El FBI podría solicitar una intervención, orden judicial mediante, pero la FEMA no poseía tal atribución, fuera de colarse clandestinamente en las ondas UHF de los teléfonos celulares, pero tampoco podrían monitorear al azar miles de aparatos en forma permanente. Tampoco Echelon, también conocido como Gran Hermano, podría decodificarlos en poco tiempo. Especialmente si se utilizaban códigos asimétricos PGP.

Tecléo desde una cabina pública al domicilio del agente Matthew Shappiro, para que éste a su vez avisara a Thadeus Rodzinski, otro colega bisoño pero bien entrenado, a fin de estar listos para una acción relámpago. Tendría que inventar una buena razón para movilizar a dos agentes novatos, en una misión casi suicida. Los “boinas verdes”, aún siendo más que maduros, son peligrosos y su fama de asesinos natos no se la ganaron vendiendo flores en Vietnam, sino repartiendo *aceitunas* de calibre *punto cincuenta*.

Doce horas más tarde, Shappiro y Rodzinski estaban listos para una misión, solicitada al más alto nivel del FBI, por el agente especial Lester Crowding, asesorado por John O'Neill. Para entonces, ya estaban volando a San Francisco por American Airlines. Los jefes de la División Terrorismo del FBI cuidaron el debido secreto, aunque no estaban enterados de Clave Uno. De todos modos, no lo iban a creer, aunque lo supiesen.

Andrés Colina estaba satisfecho de haber podido alternar en un foro importante, con intelectuales de nivel. Quedó encantado de haber conocido a James Witlock y, más aún, de haber podido enterarse del contenido de sus novelas. Su amigo Dan, le había sugerido la posibilidad de bajar de Internet una versión portuguesa de “Banderas en llamas” (*Burnin’ Flags*), su primera novela, ya que aún no había sido traducida al castellano, pero los latinos de los Estados Unidos estaban solicitando al editor una versión *hispana* de sus libros. De todos modos, algo se hubo logrado en cuanto a clarificar conceptos acerca de las fraternidades secretas que, desde remotos tiempos, medran entre las sociedades de todas las naciones.

En el Paraguay, la masonería irguió sus columnas tras la masacre genocida de 1864-1870, de la mano del coronel médico Adrián Cháves, de la sanidad naval del Brasil, quien fuera el primer Gran Maestre en Asunción... y principal titiritero de la política de posguerra, junto con el barón de Mauá. Durante el largo reinado del tirano Alfredo Stroessner y previamente a la caída del muro de Berlín, fueron trasplantadas las mafias chinas (Tríadas, Fu Chin y Teo Chin), búlgaras, rusas, sirias y de otras procedencias limítrofes y endógenas, ¿por qué no?, militares, policiales, judiciales, políticas y privadas locales.

Existen grupos para todos los gustos y fases delictuales, desde robo de gallineros al compás de la pobreza, hasta asaltos en escuadras paramilitares a locales bancarios nacionales. Todo ello como producto de ambiciones malsanas; sin obviar, claro, operaciones de tipo comando, con armas de guerra, al amparo de la salvaje democracia liberal cívico-militar, paramilitar o paracivilitar, que también

las hay, aunque no se crea en ellas.

Colina lo sabía y en consecuencia trataba de atar cabos en lo concerniente a la llamada globalización. También las transferencias fraudulentas de fondos públicos o privados al extranjero forman parte de la gran conspiración supranacional, que empobrece cada vez más a los más pobres entre los pobres, llevándolos al borde de la miseria, cuando no más allá, al puerto de la desesperación en la nave de la impotencia. Tal vez con el objeto de ofrecer a los países náufragos, una tabla de ¿salvación?, pero a precio de usura.

Como periodista de opinión, en cotidiano contacto con la pobreza y el sufrimiento de los campesinos y marginados urbanos, estaba suficientemente consubstanciado con la necesidad de justicia antes que de libertad ilimitada. Sin justicia la libertad es sólo un adorno para los más poderosos y una tentación para los más débiles que arrastra, desde el delito menor, hasta al más grave y aberrante.

Miles de ciudadanos son criminalizados por leyes rigurosas, para infracciones o bagatelas de poca monta... como el consumo de marihuana, mientras se liberalizan las leyes que penalizan delitos económicos de cuantía. Andrés Colina sabía que algunos jóvenes eran cruelmente perseguidos por fruslerías e infracciones, mientras grandes criminales y traficantes paseaban impunemente su prepotencia al amparo de fiscales complacientes y jueces “liberales”. Y ello lo apenaba sobremanera.

Las hermandades siniestras que inficionaban el poder público estaban detrás de todo y no había manera de zafarse de esos engendros. A causa, más que nada, de que los ciudadanos desconocían en absoluto su existencia y su accionar y la prensa comercial, si

los conocía, evitaba fricciones con estos grupos de poder discrecional... que anuncian en sus páginas y espacios audiovisuales.

Charles Mitchkowski salió a dar una vuelta en bicicleta por los alrededores del campus universitario. Por ser sábado, dispondría de la tarde libre para hacer algunas compras por la pequeña ciudad de Carbondale, Illinois, sede de la casa de estudios universitarios.

Otros compañeros lo siguieron en alegre escuadrilla para acompañarlo y ver quién tenía más aguante para pedalear.

Más de dos kilómetros avanzó la alegre caravana de estudiantes de ambos sexos por los caminos aledaños, hasta que Charles se distanció unos cincuenta metros (era uno de los mejores atletas de la universidad), comenzando a tomar distancia del pelotón.

De pronto, en un cruce le salió al paso un automóvil negro de gran porte que lo embistió por su izquierda, lanzándolo a varios metros, con todo y bicicleta, ante la aterrada e impotente vista de sus compañeros.

El automóvil, cuyos vidrios polarizados ocultaban al conductor, y quizá a sus acompañantes, desapareció raudamente del lugar en la misma dirección que traía, arrollando de paso al caído estudiante. Los compañeros nada pudieron hacer por él, ni siquiera identificar al carro, que tampoco tenía placa alguna ni matrícula visible.

En esos mismos momentos, con minutos de diferencia sincronizada, pero en las afueras de Seattle, en el estado de Washington, Coretta Mitchkowski, quien había salido de compras a un supermercado cercano a la casa de su madre, conducía sin prisa

disfrutando de la fría mañana del noroeste, cuando un camión pesado le salió al paso, aplastando su pequeño automóvil, dándose a la fuga de inmediato. Esta vez no hubo testigos del ¿accidente? La siniestra CIA mostraba las garras sin pudor.







La discreción de los muertos

Stephan Mitchkowski no tuvo tiempo de enterarse de los alevés atentados contra su esposa e hijo, ya que apenas salió ese sábado por la media mañana, cuando cruzaba la calle frente a su residencia de Washington, D.C., fue violentamente embestido por un automóvil negro con vidrios polarizados y sin placas que salió de su aparcamiento cercano, arrancando a gran velocidad por la casi desierta arteria capitalina.

Su cuerpo fue lanzado a varios metros de distancia, estrellándose contra el pavimento. Se oyó un chirrido de frenos, pero el auto lo arrolló alejándose luego por una calle lateral. No tardaron en formarse corrillos de curiosos en derredor, hasta que llegaron policías y paramédicos forenses al lugar. Apenas pudieron identificarlo y recoger algunas pertenencias que quedaron desparramadas en medio de la calle.

Si bien la muerte de Mitchkowski tomó estado público, las de

sus familiares pasaron casi desapercibidas por la prensa y sólo James Witlock, Porter y Lester, en distintas ciudades del país, pudieron relacionarlas con la CIA y la conspiración de los halcones. De todos modos, estaban alertados para lo que viniese. La guerra estaba declarada: el poder oculto contra todo el que se opusiese a sus planes de dominación global.

El general Lewis, cómodamente repantigado en su despacho del *búnker* de la CIA en Washington, sonrió satisfecho al cotejar los informes que le llegaron de Seattle, Illinois y Washington, D.C., comunicándole el parte de “misión cumplida”. Se sirvió una generosa dosis de buen whisky escocés para celebrar su incipiente victoria contra sus adversarios más cercanos, sin imaginar que sus verdaderos adversarios le eran aún tan desconocidos como el fantasma de Canterville, pese a que se hallaban muy cerca suyo. De todas maneras, el whisky era bueno y aparentemente tenía sus doce años, como lo proclamaba el gótico marbete de color negro con letras doradas y heráldica nobiliaria de ética prosapia.

Tras media botella del exótico licor de las *Highlands*, hizo un ademán de levantarse para tomar el teléfono a fin de comunicarse con el Presidente y enterarlo de las novedades.

En eso estaba cuando el teléfono que pensaba utilizar sonó con un zumbido siniestro que parecía augurar malas nuevas.

Y en efecto, le llamaron agentes de la FEMA, desde San Francisco, para informarle que Musa Ibn Fellah, Mossar Al Muqtadr e Ismail Youssuf fueron atacados en su chalet de las colinas de San Francisco, con *bazookas* y dos *cócteles molotov*, reforzados con *napalm*, aparentemente por irregulares de la *Milicia Vibora* del Suroeste. Al

menos estaban vestidos como tales, según un anónimo testigo. Todos los custodios *de corps*, cinco ex boinas verdes, fueron calcinados a punto de carbón junto con los árabes, quienes no tuvieron tiempo de encomendarse a Allah, ni al Profeta, antes de salir de este mundo, quizá para asegurar la sorpresa y la expeditividad.

Lewis quedó alelado y encima volcó lo que quedaba en su vaso de fino cristal de Bohemia sobre la alfombra. Colgó con un gesto automático y tornó a sentarse en su cómodo sillón de espaldar, a fin de no desplomarse en el piso. Hubiese sido de muy mal gusto que sus ayudantes lo hallaran de bruces, besando el suelo y con varias copas de más encima.

Le tomó más de veinte minutos recuperarse del *shock*, antes de poder serenarse y convocar a sus colaboradores más cercanos. Éstos acudieron apenas pudieron, desde sus respectivas residencias, donde reposaban de las fatigas cotidianas del frío cuartel general de la CIA.

Horas más tarde, casi al filo del amanecer de un domingo vedado al reposo, fueron llegando varios militares, civiles y burócratas vinculados a sus esferas. Ninguno entendía el motivo de la intempestiva convocatoria, ni el porqué del sombrío semblante del super jefe de Asuntos Especiales y enlace con la Casa Blanca.

El general, sin mencionar para nada lo concerniente a Clave Uno, les explicó que los agentes destacados para cuidar de la seguridad de huéspedes oficiales habían sido asesinados a mansalva por presuntos terroristas domésticos, ordenando imperativamente no sólo reforzarles las vigilancias, sino darles alojamiento a los amenazados extranjeros en algún apartado hotel del noroeste. Preferente-

mente en la región del Mount Cheyenne, en el estado de Washington, en un hotel de la cadena *Snow Crystal*.

Una vez puestas las cosas en un aparente orden, el general se dirigió a su residencia con cara de muy pocos amigos y menos pulgas aún.

Esa misma tarde dominguera el propio Presidente lo llamó en su domicilio para recriminarle por su falta de previsión y profesionalismo, al no prever que los enemigos de Clave Uno estaban al acecho en todas partes; pues la especie, evidentemente, se había filtrado al exterior del Primer Círculo del poder y estaba el secreto al alcance de algunos grupos opositores o disidentes al gobierno federal.

—Vuelvo a insistir, general, que deberíamos ya tomar la iniciativa antes que nos dejen sin nuestra mano de obra. Lo repito. Demos luz verde a Omega en la brevedad posible. De lo contrario, sucumbiremos ante las fuerzas sociales que apuntan sus acusadores dígitos contra nuestra administración. Hay un alto índice de desempleo, es decir: manos ociosas que tenderán al crimen y la violencia. También tenemos una recesión económica coyuntural, tras una corta bonanza del período demócrata (*Duele reconocer esto*, pensó), y nuestras ventas al exterior están mermando, ante la competencia europea y oriental. Sin mencionar la probable quiebra de varias empresas vinculadas al Vicepresidente y a mí mismo. ¿Comprende nuestras razones, general Lewis?

—Usted sabe, señor Presidente —respondió altivo el general, como para recordarle de dónde venían las órdenes—, que no podemos alterar nuestro cronograma, de acuerdo a las instancias supe-

riores, quienes dirigen Clave Uno. Aún nos quedan suficientes hombres para actuar en el momento oportuno y, llegado el caso, ni siquiera los necesitaremos a ellos, sino apenas sus pasaportes. Ya he dado instrucciones para que los restantes sean trasladados a un lejano hotel del noroeste, donde serán custodiados por un cuerpo de élite del ejército: un comando SEAL de alta especialización en misiones suicidas. Allí estarán, inalcanzables, hasta que llegue el momento. No puedo explicarle más. Por otra parte, el encargado de activar a los sujetos, nos es desconocido. El Dr. Schultz supo hacer muy bien su trabajo, pero fue prematuramente eliminado de los archivos. ¿Comprende? Sabemos la fecha aproximada en que serán “llamados”, pero no quién lo hará, ni por qué medios. Incluso, como dijera Klaussmann, hasta es posible que la mente del Dr. Schultz esté tras estos asesinatos, a través de alguien que no conocemos.

—Supe que ordenó exterminar a los Mitchkowski, general. Espero que esto no nos cause problemas. No sabemos a quiénes hubo confiado nuestro secreto, y pienso que alguien más está al tanto de Clave Uno, o quizá más de los que creemos. ¿Supo del tal Lapierre que olfateó indebidamente un *meeting* del Grupo de Bilderberg en Holanda? Pudo huir del cónclave sin ser detectado hasta el momento, aunque mis confidentes me informaron que fue silenciado, en las afueras de París con su familia. Pero aún está eso sin confirmar. Sólo los muertos son lo suficientemente discretos como para confiar en ellos. ¿No lo cree usted? Aunque tal vez los papeles se habrán tornado cenizas, ya que no se supo de ellos, ni se ha publicado nada.

Al general Lewis le pareció percibir un tonillo sardónico a las

últimas palabras del Presidente pero, de todos modos, detrás suyo tenía un poder mayor al de la Casa Blanca, que finalmente era apenas la caja de resonancia del verdadero instrumento del poder. Otros eran los ejecutantes y ellos lo sabían demasiado bien. El Presidente, con su aparente boato y mando, era apenas, como se dijera antes, el mascarón de proa de la nave de los Elegidos. Otros tenían los mandos, la máquina y el timón. No podía concebirse que un patán aliterado fuese más que eso. Un mero mascarón.

De todos modos, prefirió seguir conversando en el tono respetuoso de un subalterno ante un superior, cuando finalmente trató de disculparse por el traspié.

—Le prometo, señor Presidente, que evitaremos futuros errores por exceso de confianza. Ésta vez estaremos alerta las veinticuatro horas. Mientras tanto, podría Ud. ocuparse de la Fase Cuatro, es decir las campañas de prensa y cuanto hemos definido en anteriores reuniones. He monitoreado muchos medios y sólo el *Washington Times* ha encarado la campaña de alerta antiterrorista en forma satisfactoria, pero no basta. Debe sumar más medios a dicha campaña. De ser posible, medios con suficiente credibilidad como para orientar a la opinión pública. También la televisión deberá hacer lo suyo para influir en la opinión pública.

—No podemos presionar a la prensa por el momento. Hasta ahora el *Washington Times* es uno de los pocos que responden a nuestras requisitorias, pero lastimosamente no es demasiado leído por quienes dictan las pautas a la opinión pública. Si fuese un Walter Lippman, un Jack Anderson, un H. L. Mencken o un Jaume Miravittles, quizá; pero un Claudio Campuzano... un Leo Beato... no

tienen mucho predicamento. Los muchachos de la prensa, excepto la cadena *Time-Newsweek*, son un poco hostiles a nuestra política. Quizá después de Omega pudiese inducirlos a despertar el sentimiento patriótico de la nación, pero ahora... francamente...

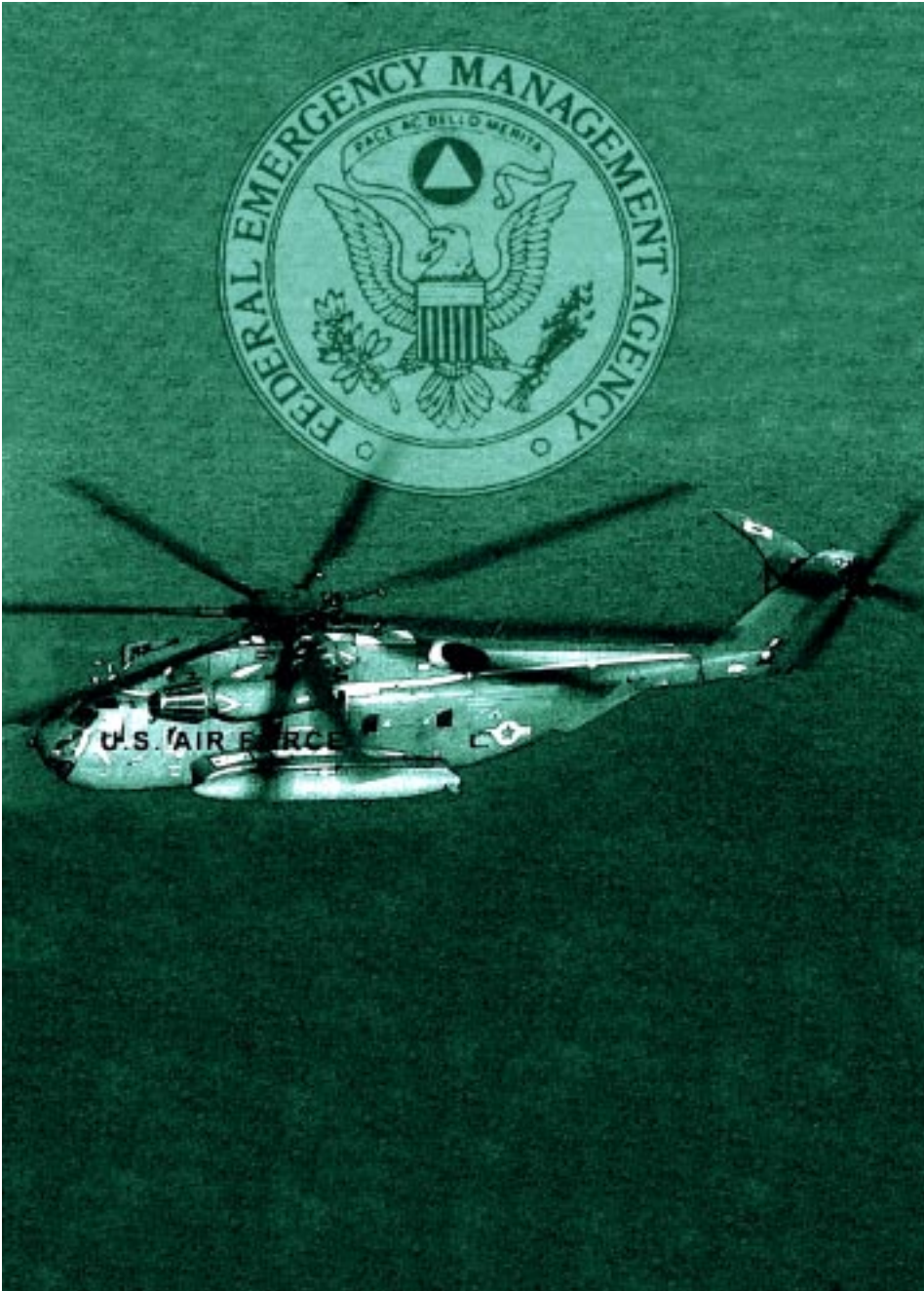
—Podríamos utilizar las recientes informaciones sobre atentados a nuestros aliados, para reforzar la histeria antiterrorista, señor Presidente. Está en sus manos. Busque gente idónea en los medios masivos y otórgueles algún salario extra para torcerlos a nuestro favor. Si tiene Ud. premura, hágalo cuanto antes. Nuestro escriba Oswald Winthrop, no pudo lograr nada con su novela patriótica. Su lectura es aburrida para el gran público y apenas nos queda la opción de la gran prensa.

—OK. Voy a sugerírselo a Cullen Powers. Espero que sea lo suficientemente persuasivo para esto.

—La “pasta”, señor Presidente, es la más persuasiva de las razones y la que promueve también las razones de Estado.

—Debo decirle que tiene Ud. razón, Lewis. Lo espero el sábado en Camp David. Buenas tardes. ¡Shalom!

No lejos de allí, el embajador de Arabia Saudita: príncipe Bandar Ben Sultán, sonrió con fruición, mientras encendía un “Cohíba” y descorchaba un *Dom Perignon*, en compañía de Ben Maffhoud, la señora de Bandar: Haifah Ben Faisal, Don Rosenfeldt y Yeslam Ben Laden, socios de la familia presidencial. Los negocios son los negocios. También ellos sacarían buenos dividendos de Clave Uno. ¡Loado sea Allah!





La Muerte está de novia

Wladymir Mitchkowski, hermano menor del almirante, se hizo cargo de los funerales de sus parientes, trasladándolos a todos a Montana, en su finca de ciento cincuenta acres, que le servía para cultivar un poco de sorgo, maíz, avena y criar algunos animales de corral.

Obtuvo autorización para sepultarlos en un altozano, cerca de un arroyo, con responsos del rito católico romano. Lo bueno que pudiese tener el ser polaco es que no se era tan eslavo, ni tan europeo, sino todo lo contrario. El Rito Escocés, tampoco estuvo ausente en la ceremonia, ya que Stephan pertenecía a la masonería naval, pese a las amenazas de excomunión de un pontífice romano preconiliar, aunque el Opus Dei lo exoneraba de dicha penitencia, quizá por afinidad o empatía.

El padre Wladislaw, su amigo de infancia, también era hijo de patriotas varsovianos, sobrevivientes de la Segunda Guerra. Fue

duro hacerse de una nueva patria, debiendo pagar derecho de piso y, a veces, hasta derechos de pernada a los poderosos provincianos para acceder a una modesta posición de jubilado y permitir estudiar algo a sus hijos. Wladymir prefirió hacerse agrónomo y trabajar una finca minifundiaria, en tanto que Stephan prefirió la carrera de armas, alistándose en la armada e ingresando luego en la academia militar de Virginia, “la West Point del Sur”.

Nunca pensó Wladymir, hasta esos momentos, que fuera una profesión tan insalubre el ingresar a los servicios secretos, ni que su hermano —luego de retirado de la armada— fuese a embetunarse con los sucios menesteres de la CIA, en reemplazo de otro general jubilado, muerto en servicio secreto o, mejor dicho, furtivo.

Wladymir se prometió a sí mismo ahondar en las andanzas de su hermano y que lo condujeran a él y su familia a tan horrendo final. Si el autor moral o inmoral fuese el mismísimo Presidente, se acordaría algún día de los Mitchkowski. Nadie es Presidente toda su vida, y tarde o temprano estaría al alcance de su santa furia.

Como único pariente, se haría cargo de los bienes de su hermano, pudiendo quizá venderlos para ampliar su producción. La vida de un granjero minifundiaro es ardua. Especialmente en un país tan xenófobo como los Estados Unidos, como lo son también los europeos del oeste. Muchos de sus conocidos vinieron de la Europa Oriental, siendo discriminados al principio; fuera por considerarlos *ashkenatzim* judíos o eslavos, casi rusos. Sólo los latinos católicos y los negros se portaron solidariamente con ellos: los polacos, checos, húngaros, rumanos, gitanos *romanys* y búlgaros, huidos de la guerra o del bolchevismo estalinista. Tan sólo los emigrados protestan-

tes, de cualquier secta, eran respetados en sus comunidades, lo que cuando niño le costó absorber con hartas lágrimas de impotencia. No le sobraban ahora, en esta contingencia, para llorar a sus parientes yacentes en el altozano, pero sí —pensó para sus profundidades— ahora no se sentiría tan impotente y sí le sobraría coraje para enfrentar a quienes fuesen responsables de lo ocurrido.

Cerró su modesta residencia rural y abordó su vieja *pick-up* para disponerse a cruzar el continente hacia el este. El viejo mulato Sam, su hombre de confianza, se encargaría de la granja y los animales hasta su regreso. Tenía un largo camino por delante.

James Witlock iba repantigado a sus anchas a bordo de su automóvil, tecleando en su celular el código de Lester, el misterioso agente especial. No había recibido ninguna llamada en los últimos días y la situación era apremiante. Lapierre manejaba a gran velocidad por las autopistas que conducían a Staten Island. El propio Lester atendió para informarle del asesinato de los Mitchkowski, seguramente a manos de los esbirros de la FEMA o la CIA, y que fueran inhumados en Montana, en la granja de un hermano del almirante, el cual estaba en camino a Washington, D.C., para hacerse cargo de las pertenencias de los finados.

De todos modos, pudieron deshacerse de Musa Ibn Fellah y otros dos más en California, pero aún quedaban más con paradero ignorado y el único que sabía sus identidades era Mitchkowski. Habría que esperar lo peor a partir de esos momentos.

—¿Y los demás árabes, están con paradero desconocido? —pre-

guntó Witlock intrigado.

—Sí. Y creo que ésta será nuestra última comunicación. La banda del FBI está bajo control de la CIA... y creo que...

El súbito silencio de la comunicación alertó a Witlock, el cual apagó apresuradamente el aparato. Luego, lo desarmó quitando el *microchip* que decodificaba los canales del FBI, arrojándolo por la ventanilla del carro, cuando divisó a lo lejos un helicóptero negro, aparentemente espía, equipado con goniómetro direccional, que sobresalía ostentosamente de su vientre.

Por las dudas, retomaron una transversal en trébol, para dirigirse nuevamente a Manhattan. Witlock no parecía nervioso, pero tuvo la intuición de que el tal Lester estaba en grave peligro, aunque nada podría hacer él, ignorando su posición actual. Por de pronto, evitaría ser señalado por los esbirros de la FEMA, puesto que ya tenía razones para suponer que nada les costaría deshacerse de él y de Lapierre.

Pronto perdió de vista al helicóptero y se tranquilizó, por lo menos en lo que a él concernía, pero no tanto por lo que esperaba al mundo, apenas iniciado un nuevo siglo. Una guerra atroz, de Goliaths aliados con Davides, armados con misiles inteligentes y bombas demoledoras; contra simples pastores de cabras y una sociedad medieval, cegada por el fanatismo religioso y la irracionalidad intolerante, gestada en el útero de la ignorancia.

Lapierre condujo el vehículo por las atestadas autopistas, con la maestría que sólo los franceses poseen, en su diaria lucha con jaurías desbocadas de carros, por las laberínticas arterias parisinas. Apenas musitaba alguna que otra interjección en su lengua cuando

zigzagueaba en ese *maremágnun* de seres de metal que poblaban las vías neoyorquinas en esa hora febril del *rush* cotidiano. Witlock apenas pudo identificar algunos vocablos como “*cochon*”, “*nom du chien*” y otros de similar jaez. Evidentemente el helicóptero que los seguía con algún sofisticado radiogoniómetro satelital había perdido su pista, por lo que, sin inconvenientes, llegaron hasta Queens. Witlock pidió a su amigo que se encargara del estacionamiento del vehículo, en tanto él se deslizó hasta el ascensor del edificio de apartamentos, donde tenía su *penthouse*.

Apenas giró la llave en la puerta, sintió una especie de estremecimiento intuitivo. *Alguien* había estado husmeando entre sus pertenencias, quizá buscando evidencias o algo por el estilo. Sintió un aroma a colonia masculina *que no era la de su preferencia*, flotando en el aire. Afortunadamente, no tenía en sus ordenadores nada comprometedor y los *papeles* de Lapierre estaban en una bóveda bancaria numerada en el centro de Manhattan. En cuanto a las investigaciones hechas para su novela sobre la Guerra del Golfo, estaba compuesta en su mayor parte de recortes de periódicos encarpados y algunos cassettes grabados con veteranos hospitalizados en el *Walter Reed* y otros centros hospitalarios militares. Nada irregular.

Abrió silenciosamente la puerta y si bien no encontró ningún desorden aparente, percibió que el registro había sido meticuloso al milímetro. Los gorrinos de la CIA eran muy metódicos en eso de intentar borrar rastros de su presencia. Tan sólo el olor penetrante de *Drakkar noir* flotaba aún en el cerrado ambiente de su apartamento, como recordatorio de la ingrata visita de los pretendidamente

furtivos halcones.

Witlock pensó unos instantes sobre la posibilidad de que el o los fisgones anduviesen por las cercanías. Pero de todos modos el olor era aún muy reciente como para corroborar esa posibilidad, no del todo descabellada. Se felicitó por su astucia, en mantener lejos de sí lo referente a Clave Uno. De lo contrario podría pasarla muy mal o quizá lo eliminarían sin darle tiempo a pasarla mal siquiera. Estos *big-pigs* no se detenían ante nada para torcer la historia del mundo a su favor.

Minutos más tarde llegó Stephaine Lapierre y halló a su amigo preocupado en verificar sus papeles y ordenadores. No tuvo necesidad de inquirir acerca de ello, que ya su instinto de periodista de alto riesgo lo puso sobre aviso.

—¡Ten cuidado Jimmy! —le dijo en voz alterada el francés—. Huelo a *trottyl* plástico con colonia europea. No toques nada, sin verificar antes si te pusieron alguna bomba *cazabobos* en tu apartamento. Los *cochons pied-noirs* dejaron cientos de esos artefactos en las casas de los argelinos árabes antes de batirse en retirada de Argelia.

Witlock quedó petrificado por instantes. No había calculado esa posibilidad, bastante factible por cierto. Lapierre había estado en sus años mozos en *L'Armée Française*, en las batallas de la Casbah y Port Said, en Egipto. Tenía olfato de lebrél para los penetrantes aromas químicos de los explosivos.

Por de pronto, debían tener cuidado en abrir armarios, mover cuadros de la pared o sacudir bruscamente maletas, bolsos o *attachés*. Lapierre rogó a Witlock salir del apartamento, mientras él se ocupa-

ba de revisar calmamente el lugar. Finalmente dio con un artefacto empotrado en el bargueño de un pequeño bar que simulaba un medio tonel de vino, pero que sólo tenía botellas de *Ginger ale*. Sin intentar moverlo, dio aviso a la división explosivos de la policía neoyorquina y, por señas, hizo que su amigo bajase a recibirlos.

Veinte minutos más tarde llegó la brigada de explosivos y artefactos, que inmediatamente procedió a desarmar la ingeniosa trampa que dejaran los de la CIA. No podían ser otros, ya que la FEMA no tenía fuerzas operativas aún, pues no pasaba de una entelequia burocrática en formación, con aspiraciones de convertirse en el superpoder del futuro. Tampoco sería obra del FBI, que por momentos estaba en la vereda de enfrente a los halcones, al menos quienes algo sabían de Clave Uno.

El pequeño artefacto-trampa debía activarse al encender la luz del bar, pues estaba conectado a la llave conmutadora. Nada muy especial, pero sí mortalmente eficaz; aunque no tuviese potencia para demoler el edificio, bastaría para hacer trizas el *penthouse* con todo y ocupantes. Witlock pensó, con no poca ironía, que la campaña contra el terrorismo debieran comenzarla por casa. La CIA tenía suficiente experiencia para dar lecciones del oficio al más duro talibán o al más conspicuo conspirador etarra. ¿Hasta cuándo duraría este juego del gato y el ratón? Porque era indudable que ellos no eran *el gato*, sino del equipo contrario.

También era poco probable que el blanco fuera Lapierre, sino él. Y evidentemente, los de *la compañía* eran más chapuceros de lo que creía, o sólo trataban de asustarlo para que dejara de incordiar a los buenos muchachos del Pentágono.

Todo era posible en su país. Hasta lo imposible.

Witlock y su amigo debieron apersonarse hasta el precinto más cercano a declarar acerca del probable remitente del paquete mortal. Tras más de dos horas y media de declaración —cuidándose muy bien de mencionar nada sobre la CIA—, regresaron a su domicilio, no sin antes dejar sus señas y datos personales para las investigaciones. El hecho de haber abortado el atentado no significaba que estuviesen a salvo. Por suerte su noviazgo con la muerte no devino en matrimonio forzado, con luna de hiel incluida, en el más allá. Habría que ir pensando en mudarse... pero ¿dónde?.





Leviathan en libertad

Los augures más agoreros de los medios masivos estaban tranquilos en sus despachos, sin atinar a analizar siquiera los hechos que estaban ocurriendo de manera concatenada —como prolegómenos de futuros enfrentamientos—, que devendrían quizá en una nueva polarización. Ésta vez no entre el este y el oeste, sino entre norte y sur: opulentos y pobres. El *show* debe continuar.

Las conferencias de los G-8, en Europa y Seattle, desataban oleadas de protestas populares, con la presencia activa de organizaciones no gubernamentales... que acostumbraban poner sus dedos en la llaga mundial, con primeras o segundas intenciones, cuando no con terceras.

La violencia llegó a extremos casi insoportables, especialmente por parte de las policías antidisturbios: los nuevos guardias pretorianos de los imperios económicos. Centenas de heridos, algu-

nos muertos y miles de arrestos configuraban el mapa global del 2001 en todo el mundo, especialmente en el primero, donde se cuecen las habas duras y amargas recetadas, para los demás, por el Fondo Monetario Internacional y sus sucias subsidiarias.

Muchos periodistas e intelectuales acudieron a los grandes foros antiglobalización en Río de Janeiro y otros puntos. La oposición a los nuevos césares del comercio mundial estaba en cuarto creciente, por causas demasiado conocidas: la pobreza galopante, entre las principales.

Por supuesto que Internet no estuvo ausente de tales eventos tormentosos. Andrés Colina y sus amigos norteamericanos pasaron buena parte de su tiempo libre enganchados a ellos.

Nuevamente Witlock, Lapierre, Colina, Chomski, Escohotado y otros se encontraron en la autopista virtual, debatiendo sobre el Nuevo Orden que trataban de imponer los bancos transnacionales y las empresas, apoyadas por el BM, el FMI y el BID, tutelados por el poder en las sombras, siempre omnipresente, siempre tangible y nunca ausente, aunque siempre invisible.

Por las opiniones y aportes del foro virtual, Colina supo los orígenes mitológicos, legendarios e históricos de los poderes fácticos, económicos y políticos de todos los tiempos. Muchos seres humanos que han alcanzado por méritos propios cierta notoriedad o prestigio —empresarios, políticos, profesionales, militares o artistas—, son invitados a integrarse por cooptación a logias secretísimas, para luego ser usados, aún sin saberlo ni estar conscientes de ello, por tales cófrades de lo oscuro, que más tienen de especuladores que de filósofos.

El español Antonio Escohotado expuso sobre las mafias de lo prohibido: piratería de marcas, drogas, armas, tráfico de humanos, sangre, órganos y otros *business* de la llamada división internacional del trabajo. ¿Cómo la industria discográfica no va a fomentar la piratería si está vendiendo los aparatos y tecnología fabricadas por sus propias subsidiarias... para copiar material discográfico? Los mejores productos de la Sony, por ejemplo —acotó Escohotado en el *chat*—, son cantantes *pop*, música comercial... y grabadoras o registradores digitales, con las que se piratea a sus propios artistas.

Los mismos estados o gobiernos que prohíben las drogas —continuó— estimulan al consumo de las mismas, a través de los propios medios, que incitan a la transgresión... y producen los químicos necesarios para cristalizar la coca, exportándolos libremente, sin control alguno de sus gobiernos.

Un tal Enrique Simmns, judío argentino y apóstol de la transgresión total, periodista de profesión y alcohólico de vocación, proclamaba que los huevos que empolla la serpiente de las multinacionales son puestos y anidados en las escuelas y colegios. Abogaba porque los mismos padres educasen a sus hijos e incendiaran las escuelas públicas, por mitomaníacas, mentirosas e irreales; crucificando, de paso, a los mercenarios del sistema, que se autoproclamaban maestros. Muy radical el hombre, director de la revista “Cerdos & Peces” de Argentina.

Otro participante que tomaba parte con el *nick* de *Vitriolus*, fue lapidario al alegar a favor de las minorías incómodas, que no están a gusto en la Tierra ni en el Cielo, donde se suponen que es su residencia final. No tienen patria, ni para sus sepulturas, como los

kurdos, los palestinos, los gitanos, indígenas silvícolas y tantas otras comunidades itinerantes, incluidos los judíos, que, finalmente, tampoco son muy tolerantes que se diga fuera de sus comunidades.

El autonostrado *Vitriolus* pidió a los participantes de otros países dar voz a las minorías y presionar a las mayorías por un mayor respeto y compasión. Los mismos asiáticos fueron poco tolerantes con las minorías extranjeras o colectivos de inmigrantes hasta hace menos de cincuenta años. El tal *Vitriolus* se confesó taoísta poco practicante, pero filósofo recalcitrante y anarquista libertario militante. Colina a su vez hizo confesión de fe dudante y duda creyente. Al menos con respecto a *homo sapiens* a quien definió como primate nuclear de sublimes locuras. Propuso extender el foro dejándolo abierto las veinticuatro horas, a fin de recabar ideas lúcidas para intentar un futuro mejor, para los desposeídos del planeta, bajo la divisa multicolor e irisada de la solidaridad. La moción fue aceptada, para que todos, aún desde las antípodas, pudiesen ingresar a cualquier hora, sin tener en cuenta el GMT (tiempo universal de Greenwich), que en el siglo XIX fue el primer intento de globalización científica, impuesto por un imperio donde no se ponía el sol: Gran Bretaña, la que fijó arbitrariamente el meridiano cero en su territorio, creyendo tal vez los ingleses, ser el ombligo del Sistema Solar.

Otro participante, bajo el nick de *Xavirus*, expresó su pesar por la desidia de las sociedades, en seguir manteniendo a una cáfila de buscavidas ociosos al frente de todos los poderes políticos. La democracia, ese mito contemporáneo, posibilita la impunidad jurídica de los grandes delincuentes de corbata y maletín, que desvalijan bancos con decretos presidenciales y remesan fondos al exterior, de-

jando a pequeños ahorristas arruinados para toda la vida. —Hacen falta más Bastillas que demoler y más guillotinas, para ralea a esa ralea—, sugirió el opinante virtual. La Democracia es el Robo; el Estado es el Robo, la Propiedad es el robo. ¡Viva la Sofocracia!

En un discreto pero suntuoso castillo de Bayern, más parecido a palacio de cuentos feéricos, llamado *Schwanstein*, diseñado por *el loco* Ludwig II, en el siglo XIX, se reunieron con un preaviso de 36 horas los más conspicuos miembros de la superlogia de Bilderberg. En sus algo excesivamente ornados salones de barrocos estucados se dispusieron los treinta jefes principales del *petit comité* a debatir acerca de la creciente ola antiglobalización.

—Debemos tomar medidas preventivas urgentes, caballeros —expresó el director del “*The Economist*” londinense: *hermano Philadelphus*, a los allí reunidos—. Y no me refiero solamente a proveer de armas y equipos a los antimotines de los gobiernos a nuestro servicio, sino atacar a las ONG’s, desprestigiar a los principales líderes visibles de la oposición planetaria y exigir a todos los gobiernos, sumisos o no, la aplicación a rajatabla de las recetas del FMI o del BM. Los sucesos de Seattle están colmando la paciencia de nuestros veinticuatro sabios dirigentes. La Jerarquía está siendo manoseada por esos roñosos pelilargos autoproclamados “trabajadores sociales”, que estorban nuestros planes de conformación de un gobierno mundial ordenado y estable, aunque algo más despojado, por razones ecológicas e ingeniería social. ¿Alguien tiene alguna sugerencia?

—Necesitamos acelerar el proceso de doblegar a quienes aún se creen ciudadanos de países soberanos —proclamó el director de la revista *Fortune* de los Estados Unidos, *hermano Cobden*, no sin antes inhalar una *raya* de clorhidrato colombiano, para aclararse las ideas y *reestructurar* sus pensamientos—. Hay que hacer saber a los gobiernos del tercer mundo quiénes dictan las pautas y las reglas de juego, por si acaso no lo saben aún. O se atenderán a las consecuencias.

Alguien alzó la mano extrema derecha para pedir la palabra. Era nada menos que el príncipe de Holanda y rey de la Royal Dutch Shell, *hermano Golden*.

—Creo que deberíamos ser más persuasivos, caballeros. Estamos en una era de caos, simplemente porque acabó la tensión bipolar tras el ocaso socialista, pero no debemos bajar la guardia ante la ausencia de adversarios. ¿Para qué tenemos ejércitos de talentosos creativos? Tenemos prensa aliada en abundancia y recursos ilimitados para producir propaganda favorable a nuestros intereses. ¿Recuerdan al bioquímico Ames? En un sesudo libro, defendía el uso de pesticidas, alegando que las plantas producen venenos más tóxicos por sí mismas, para defenderse biológicamente de algunas plagas. Varias revistas de divulgación científica lo entrevistaron, y gran parte de la sociedad tomó como verdad bíblica sus palabras, alimentadas por suculento salario de las petro-químicas. Lástima que el DDT y otros organo-clorados y fosforados ya estén bajo prohibición y las huertas naturistas en auge. La propaganda nos permitirá apoderarnos de la voluble voluntad de la plebe proletaria, como hemos capturado las mentes de la clase media, actualmente en vías de ex-

tinción. Y esto lo hemos hecho con logotipos y marcas, hábilmente promovidos por los *mass-media*.

—Me parece acertada la propuesta del hermano aquí opinante —comentó el gerente general de la General Motors y exitoso empresario de Detroit, llamado *hermano Trinity*, ya previamente *colocado* con un par de *rayas* en la nariz—. Pero tenemos pendiente, os lo recuerdo, lo concerniente a la fase cuatro de Clave Uno. Muy pronto llegará Omega y debemos estar preparados. Las fuerzas aéreas de los Estados Unidos de América, Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia (¡Oh, *hermano* Silvio! ¿Por qué no estás aquí?) deben estar a punto de vuelo, con sus cargas bélicas listas para derramarse sobre el nuevo enemigo. Las fuerzas navales y combatientes de tierra deberán entrenarse desde ya, para apoyo en futuras confrontaciones en condiciones extremas.

—¿No le parece prematuro, hermano? —preguntó otro *bilderberger*, propietario de la cadena *Time-Newsweek*, de los Estados Unidos y de algunos países anexos, *hermano Ragon*—. Además exagerado, diría, el enfrentarnos con tercermundistas, pobres, fanáticos, patriarcales y encima tribales, con nuestra alta tecnología. Sería gastar pólvora en chimangos, como leí en algún libro rioplatense. ¿Por qué Beresford y Whitelocke se dejaron derrotar por esos rotosos gauchos en 1806? Podríamos haber sido dueños de todo el Cono Sur, hoy por hoy, y no sólo de unas islitas pobladas de pingüinos, algunas ovejas y no más de tres mil *kelpers*. Mis ancestros formaron parte de los soldados de Su Majestad y creo que los Morgan también descienden de otro servidor real: *sir* Henry, el corsario. No podemos volver atrás en la historia, pero estamos con demasiada ventaja frente

a nuestros actuales enemigos. Si Rusia es aliada hoy, hubiéramos debido lanzarla sobre Turkmenistán, Kazakstán y Tajikistán, a fin de anexarlas a nuestras empresas. Casi no tenemos subsidiarias en Asia Central. Mientras tanto, nosotros nos ocupamos de Afganistán, para reorganizarlo, sin esos roñosos talibán al frente.

—La fase cuatro está algo desfasada con el cronograma de Clave Uno —informó el *hermano Cartagon*, actualmente en funciones en un poderoso grupo de telecomunicaciones con historia: la ITT, responsable entre otras cosas del golpe de Estado del 11 de setiembre de 1973 en Chile o, mejor dicho, *contra* Chile—. La campaña contra el fundamentalismo musulmán no está demasiado avanzada como para suscitar la repulsa pública occidental contra esos retrógrados. Es preciso, hermanos, que se incremente la campaña contra Ben Laden, Khadaffi, Hussein, Khatammi y los llamados movimientos de liberación islámicos. La opinión pública deberá estar lo suficientemente soliviantada por Omega, como para pedir: “¡Islámicos a los leones!” a grito despellejado —esto lo dijo sonriendo con picardía impúdica, como si hiciese un acto de exhibicionismo en una escuela de parvulitos.

—Omega puede aguardar un poco por ahora —aclaró el *hermano Hiram*, director de una importante universidad tecnológica de Tübingen, Alemania—. Aún quedan los sujetos necesarios y a partir de ahora estarán en buenas manos. El puente ha sido demolido y no hay manera de cruzar el Rubicón. (Seguramente en alusión a la desaparición del almirante Mitchkowski y del agente Lester Crowding, recientemente ejecutadas por sicarios de *Murder Inc.* * contratados por la CIA). Lo más urgente, como dijeron los herma-

nos precedentes, es escandalizar a la opinión pública norteamericana y, ¿por qué no?, a todo el mundo, en solidaridad con los Estados Unidos. Repito. Omega es la última fase. No la adelantemos ahora. Lo que necesitamos, más que en ninguna otra época, son creativos que contrarrestasen la prédica de nuestros también talentosos adversarios. Ahora ha salido un libro que cuestiona la amenaza de la Cultura de las Marcas ("No logo"), de una tal Naomi Klein, que pretende patear nuestros intereses. Que lo diga el hermano Luciano Benetton, el de los colores unidos. Además, algunas ONGs ambientalistas ya están cuestionando nuestros cultivos transgénicos, lo que puede ser peligroso para nuestro futuro.

Tras la votación que finalmente aprobó todas las mociones y las sugerencias de los criptócratas mundiales, se dio por concluida la reunión, fijándose la siguiente para el mes de agosto. El verano debía preceder al otoño, al menos en el norte, donde "sur" era una mala palabra, casi blasfemia.

El Presidente leyó el escueto informe, desprovisto de membretes del director invisible de la FEMA, compuesto de nueve miembros y tres suplentes, todos anónimos.

La demolición de algunos posibles *puentes* había sido exitosa, excepto en el caso Witlock. El muy ladino había desbaratado el in-

* *Asesinato S.A.*, es una organización criminal creada por Arnold Rothstein, Arthur Dutch Schultz Flegenheimer, Jacob Gurrah Shappiro, Louis Lepke Buchalter, Jacob Jake Guzik, Abraham Abe Reles, Moe Sedway, Allie Tannenbaum, Meyer Lanski (Sucholjanskij), Vito Genovese y otros pistoleros de las mafias judías de New York y Chicago, quienes fundaron una organización de asesinatos por encargo. Otros capos famosos, fueron Murray R. Gurfein y Moses Polakoff, la mayoría de éstos eran de origen ruso y "protegidos" del FBI de Edgar Hoover, connotado homosexual, a quien tenían bajo extorsión a causa de sus tendencias. N. del a.

tento, descubriendo la trampa explosiva dejada por “torpedos” de la *compañía*. Era notorio que algunos *federales* estaban conspirando contra el poder discrecional de la FEMA y su brazo armado: la CIA, aún sin saberlo.

No cabría otra explicación, pues al desarticular las cabezas el cuerpo se hallaba a ciegas y debilitado. Hasta el momento no hubo más intentos de liquidar o *neutralizar* a los restantes extranjeros.

El Presidente arrojó el papel a una pequeña trituradora, que no demoró en pulverizarlo haciéndolo totalmente ilegible. Ni en el personal de la Casa Blanca podría confiar el Presidente, puesto que todos sus guardias *de corps* eran federales del Justice Department, quienes podrían estar conspirando también, desde dentro mismo del corazón del poder... que no de su cerebro. Éste se hallaba en Europa, desde el renacimiento en adelante, hasta el siglo XXI.

La *Intifada* se reinició en los territorios palestinos, a causa de una nueva irrupción de los halcones israelíes de Ariel Sharon, en Gaza y Ramallah, Cisjordania. Los tanques e incursiones aéreas, en apoyo a los colonos fundamentalistas judíos y extremistas hebreos, dieron cuenta de muchos palestinos, que no se resignaban a ser ciudadanos de tercera en su propia patria duramente reconquistada. Los atentados suicidas dieron en menudear en Israel, lo que provocó una escalada, que los medios de prensa occidentales no hesitaron en magnificar escandalosamente, aunque no todos, justo es decirlo, a favor de los *duros* de Tel Aviv, o por lo menos con indulgencia extrema hacia los genocidas del fundamentalismo

jerosolimitano.

Naturalmente, el *Washington Times* y sus sumisos *subsidiarios* encabezaban una virulenta campaña, condenando a los movimientos de resistencia palestina, aunque ignoraba olímpicamente el terrorismo de Estado, de Israel y sus aliados. Pero evidentemente el mundo tiene poca fe en una justicia *de jure* y promueve injusticias *de facto*, prefiriendo los más débiles justicia o revancha por mano propia, aún a coste de sus vidas. Lo malo de los débiles es que no hacen lo justo enfrentándose a los causantes de ellas, sino a quienes poco o nada tienen que ver: los civiles o los más desprotegidos, aunque en Israel los civiles votan a los halcones de buena fe, haciéndose cómplice de éstos y sus tropelías racistas.

Esto último, especialmente, fue lo que contribuyera a inclinar a la opinión pública al repudio, casi subjetivo y emocional, del terrorismo indiscriminado. Tampoco el *Hamas*, el *Hizbollah* y otros movimientos, más o menos clandestinos, tuvieron el tino de combatir directamente contra las fuerzas de ocupación, sino provocar atentados contra civiles en ciudades, calles, mercados o lugares públicos desprotegidos. Quizá porque éstos dieron su voto a Sharon o simplemente para evitar ser masacrados antes de lograr su objetivo.

La ETA vasca, en tanto, proseguía implacablemente su cosecha de sangre en España, especialmente contra políticos de derechas o moderados de izquierdas, con la misma ferocidad que caracterizara a los Escuadrones del ARENA en El Salvador, los paramilitares AUC y las FARC en Colombia, el *Irgún* y *Stern* Israelí pre independentista o los *Tontón Macoutes* duvalieristas en Haití. O también los milicianos norteamericanos que —de tanto en tanto y

para no perder la tradición racista de los WASP—, cazan negros por deporte, para lincharlos atados a cruces llameantes.

También en el lejano y diminuto Paraguay, la CIA comenzaba a husmear en Ciudad del Este, en la frontera con el Brasil, entre la colectividad sirio-libanesa residente en Tres Fronteras (Brasil, Argentina y Paraguay), pese a que no habría pruebas contundentes, salvo que cada comerciante de fe musulímica contribuyera “para los niños hijos de combatientes muertos”, puesto que *Hizbollah* estaba reconocido como partido político legal en el Líbano, tal como el *Sinn Fein* en Inglaterra, el *Farabundo Martí* en El Salvador o *Herri Batasuna* en España, aunque con reservas y a punto de ser proscrito por la aznaridad en curso.

La paz no tenía ni tiene sosiego y las potencias amparaban bajo su manto a genocidas, torturadores y golpistas defenestrados. Los estallidos sociales iban en aumento escalonado en países que no acababan de estabilizarse tras largas tiranías, mantenidas por las transnacionales y su brazo ejecutor: la CIA.

Si bien la Guerra Fría era un lejano recuerdo, una pesadilla aparentemente concluida, nuevos nubarrones se cernían sobre el mundo, civilizado o no. En medio de este contexto la fase cuatro estaba en marcha, e incrementándose a pasos de siete leguas, pese a la apatía de la opinión pública norteamericana, que veía los actos terroristas y las represiones muy lejos de su territorio, como si la cosa no les concerniera para nada.

Ya se encargarían los criptócratas y los halcones de hacerles saber que sí les concernía, aunque se resistiesen a creer en ello.

Helen Cunningham desde su llegada al Paraguay tomó como rutina, adquirir un ejemplar de *Tiempos del Mundo*, todos los viernes al hacer las compras de la semana en algún supermercado. Sentía curiosidad por ese apéndice —por no decir tentáculo— del *Washington Times*, que simulaba defender la paz mundial mientras omitía cualquier información que cuestionase a los halcones de Washington e Israel, o pusiera en tela de juicio las intervenciones en Bosnia y Kosovo, duramente bombardeados por la OTAN. Tampoco mencionaba que entre las empresas del reverendo Moon, figuraban fábricas de armas de asalto, licenciatarias de Colt Industries Ltd. en Corea y Taiwán.

Tenía en sus manos un informe de Amnesty International, que denunciaba el seguro refugio e impunidad que los Estados Unidos brindaban a fugitivos, acusados de tortura o crímenes políticos, destacándose el caso del mayor del ejército peruano Tomás Anderson Kohatsu, que torturara, violara y asesinara a una de dos agentes femeninas de inteligencia en 1997, durante el gobierno de Fujimori. La otra sobrevivió, pero quedó parapléjica en silla de ruedas. El mismo Departamento de Estado impidió su arresto y juicio en los Estados Unidos por pertenecer a la CIA.

También se mencionaban otros casos de protección a quienes siendo ciudadanos de terceros países, acusados de violaciones de derechos humanos, por haber estado al servicio de la CIA, se convertían poco menos que en intocables. William Schulz, director ejecutivo de Amnesty, citaba el caso del torturador paraguayo Antonio Campos Alum, prófugo, presumiblemente en Chile, a quien se dio asilo e impidieron su extradición por presiones del

entonces Secretario de Estado. Además, muchos torturadores también eran asalariados de la CIA en los mismos Estados Unidos.

Poco a poco, Helen iba desatando los tortuosos ovillos de la política internacional para intentar descubrir quién, o quiénes tenían realmente poder de decisión sobre las nuevas fuerzas fácticas emergentes de la gran usura internacional, incluso en el seno de las nuevas *democracias* de fachada.

Su marido Dan Huntington, también estaba metiendo narices en la prensa internacional, con buena cosecha de datos y mejor procesamiento de los mismos en el metódico archivo de su ordenador. No volvieron a tener contactos con los presuntos *moonies* desde que se establecieron en una casa alquilada en las afueras de Asunción, pese a que de tanto en tanto tenían noticias de ellos. Fuese por las informaciones sobre la compra de las tierras de Casado, o actividades “en defensa de la familia”, como cuando promovieron, entre los docentes paraguayos, algunos cursillos “cristianos” en un hotel de cuatro estrellas en la villa veraniega de San Bernardino, aprovechando para afiliarse a varios a la secta, aún sin saber los neófitos de su cambio de redil.

Los chicos del Comando Sur volvieron a casa, pero otro contingente llegaría en breve al Paraguay. Ésta vez, para ejercicios antiterroristas conjuntos con el ejército paraguayo. Las noticias más resaltantes entonces eran los atentados en Europa, donde la Brigadas Rojas renacían de sus cenizas, juntamente con los fascistas de *Prima línea* y los diestros *Ustashi* croatas. En Washington, en tanto, los cerebros de la represión estaban dando

forma a proyectos de leyes antiterroristas que luego, presiones mediante, se harían promulgar en todos los países bajo su área de influencia.

En el Paraguay había aún, una sorda y sórdida lucha de poderes, entre conservadores “tradicionalistas”, “neofascistas” y demócratas de utilería, cuando no aliados colaboracionistas coyunturales de centro-izquierda, una oposición rentada y otra *ad-honorem*; a veces concubidados con autoritarios funcionales. Los grupos de poder del mundo, no constituyen necesariamente espacios de servicio, sino más bien de ser vicio.

A Helen no le era difícil la lectura de la política paraguaya, pues que ella la vivió en carne propia, en su propia patria escarnecida por la violencia criminal, un Estado megalómano y una justicia venal y cruel. La violencia familiar era todo un tema en un país con altos índices de alcoholismo, depresión y soledad; habiendo sido ella misma, víctima de parientes intolerantes y represivamente conservadores. De no haber conocido a Dan y congeniado con él, sólo por que era abstemio, jamás se hubiese entregado a nadie.

Tomó contacto con un colectivo de mujeres, poco dispuestas a ser golpeadas y quedarse pasivas esperando el amanecer tragando lágrimas de impotencia. Quizá aprendiese algo con tal compañía. No era cosa de no integrarse a la nación, que era algo más que simples habitantes sometidos al poder público. Era una mayoría silenciosa que iba perdiendo la mudez poco a poco, aprendiendo a levantar la cerviz y el puño, si la cosa lo ameritaba. El periodista Colina le presentó a varias mujeres de activa militancia civil y de

género, en las áreas sociales especialmente.

El siglo XX aún se negaba a morir, o ni siquiera a sentirse un cadáver insepulto. Trataba el muy cabrón de dejar su nefasto legado de violencia, gratuita, barata o costosa a su novel sucesor. Y los Estados Unidos de América eran su albacea testamentario con pretensión de gendarme de las democracias.

¿Quiénes si no, eran más dignos de administrar extremauniones a un tiempo que pugnaba por resucitar, cual creación monstruosa de algún sabio demente? Los herederos de Cartago apuntaban a globalizar la violencia y el miedo, para luego globalizar el sometimiento.

En tanto, otros seres humanos, en los mismos Estados Unidos inclusive, se pasaban de mano en mano las teas de la solidaridad. Pero eran la minoría consciente, frente a la mayoría ignorante, aliada a otra minoría corrupta. Así funciona el Poder político nacional y supranacional; donde las soberanías son apenas mitos históricos y chauvinistas, empapelados en mapas escolares.

Sí. Helen había vivido bastante la corrupción encubierta o no. Ya le resultaba familiar la corrupción aldeana que se vivía en el Cono Sur. Casi se sentía como en su tierra, y pensaba que a los paraguayos, para ser iguales a ellos, sólo les faltaba hablar *spanglish-jopará* mestizo y quizá manejar mejor las llaves inglesas y el micrómetro; porque el gatillo lo manejaban muy bien.

También el *progreso* iba trayendo comida-chatarra al Paraguay, lo que le iba empujando lentísimamente, pero con seguridad, al Primer Mundo. A eso, se denominaba «transición» y

«progreso», aunque la carreta seguía siendo el límite de velocidad del tiempo, a causa de los empeñados en retrasar los calendarios y los relojes de la historia. Las autopistas del progreso estaban llenas de baches o eran simples caminos rurales llenos de barro y arenales profundos.

Helen Cunningham, como buena descendiente de ingleses era meticulosa y detallista, casi como Dan. Poco podía escapársele de cuanto afectaba a su entorno, a su comunidad, a su patria chica adoptiva.

Andrés Colina cayó ¿casualmente? por la casa de los americanos residentes, para enterarse de los nuevos mensajes dejados en la página *web* del foro de Río de Janeiro. Tras su ingreso al ordenador, pudo visualizar lapidarias opiniones de los intelectuales, alertas ante la manipulación de masas por parte de los *mass-media* comprometidos con la estupidez colectiva.

Lo que más le llamó la atención al periodista, fueron las pocas palabras moderadas en pro de la contención de la violencia y la igualdad. No faltaron intrusos en el *chat*, que se expresaban groseramente contra minorías pobres, ignorantes y perseguidas; las que sumadas en conjunto son mayoría planetaria. Pareciera que de pronto el foro húbose transformado en canasta de víboras o coproteca lingüística. Pero así son los foros, donde finalmente la razón triunfa sobre la brutalidad, cosa que habitualmente no se da en el campo político faccioso, donde ocurre lo contrario y, el profuso diatribario campea por sobre el ideario.

Muy pronto, los que realmente tenían sensibilidad, fueron estrechando el cerco y filtrando palabras putrefactas del lenguaje

colectivo. Poco a poco fueron retirándose del foro, los irracionales, los despistados y los intolerantes, como Jean Marie Le Pen u otros de su jaez. Pero la amenaza de una guerra futura seguía latentes aunque no se supiera cómo ni dónde estallaría.

Pese a los conocimientos que muchos tenían sobre los poderes ocultos a la mayoría mediocre, ninguno podría suponer hasta qué punto era éste ubicuo y proteiforme, ni los alcances que podría tener eventualmente en su carrera por tomar los controles del planeta y sus recursos; que eran verdaderamente lo que apetecían con angurria, las transnacionales. De todos modos, la lucha contra la globalización salvaje proseguiría en todos los campos que eligiese el enmascarado enemigo, disfrazado de progreso y prosperidad. Los engañosos mensajes televisivos de los cantos de sirena de un liberalismo especulativo muy poco liberal, parecían tentar a muchos idiotas con el cuento de las ganancias fáciles. Especialmente para quienes la palabra dólar tenía la solemnidad de un icono sagrado, y el absolutismo de un soberano totalitario pero paternalista.

Muchos aventureros del primer mundo pudieron tentar a gobernantes a transgredir leyes para “invertir” dinero de ahorristas y liquidaciones bancarias, en ruletas financieras de alto riesgo. Las llamadas *operaciones de alto rendimiento*, protagonizaron groseros escándalos por remisiones fraudulentas al exterior, de fondos del Estado en el Paraguay, salpicando al presidente de la república y familiares, además de sus “operadores” de la banca central, casualmente *hermanos* todos ellos.

Andrés Colina intuyó que desde el norte venían las tentacio-

nes de hacer dinero fácil, y todo este operativo de fraude tenía el sello indiscutible de la gran sinarquía, especialista en este tipo de engaños y trampas para incautos.

De hecho las logias, secretas y no tanto, amparaban en su seno a conocidos políticos, aventureros, financieros, empresarios, contrabandistas, especuladores y agentes fiduciarios, no sólo en el Paraguay, sino en casi todo el planeta; ocupados en desvalijar bancos y naciones en pro de ocultos intereses especulativos de alcance mundial. Las conspiraciones no se limitan solamente a lo político, sino a todos los ámbitos sociales de la fauna humana, incluidas las religiones, oficiales o no.

El general Lewis preparó el *dossier* completo de fase cuatro y lo embaló cuidadosamente en su *attaché*, antes de abordar el gran helicóptero negro que lo trasladaría a la Casa Blanca desde el Pentágono. Sus guardaespaldas lo aguardaban en la puerta de su despacho para acompañarlo, aunque de seguro estarían sobrando. No había nada que temer, desde la eliminación del molesto Mitchkowski. Su secreto estaría gritando con voz invisible desde la tumba, en el lejano estado de Montana. No. No habría nada que temer por el momento y los planes estaban bastante adelantados.

El *Stallion* se elevó casi verticalmente desde el fortificado Pentágono, dirigiéndose a destino. El presidente esperaba buenas nuevas; no precisamente evangélicas y mucho menos angélicas, sino relativas al sanguinario *moloch* que, en breve, abrevaría su

insaciable sed de sangre humana tostada a fuego.

Minutos más tarde, la máquina voladora se posó en el helipuerto de la Casa Blanca, donde aguardaban dos gorilas de los servicios secretos federales, quienes condujeron al general hasta el presidente. Nada más entrar, topó con la mirada y el gesto elocuente del mandatario, que ostentaba el ansioso semblante de quien espera alguna golosina prohibida o alguna droga de la que se ha carecido al límite de la locura.

— Buenas noches, señor presidente — exclamó con voz neutra y sonrisa parecida el general retirado—. Ya tenemos casi completa la fase cuatro, si es eso lo que esperaba oír. ¿Me equivoco?

— Gracias, general. Siento un enorme alivio ahora — exclamó el ejecutivo con esa semi sonrisa casi idiota, que no lo abandonaba ni en los momentos más difíciles—. Pase Ud. que ya llegaron los convocados.

En el amplio salón Lincoln, estaban reunidos dos miembros de la FEMA, el infaltable Klausmann con sus helados ojos celestes de nazi criogenizado, el secretario de Estado, Cullen Powers, héroe del Golfo (es fácil ser héroe en tales condiciones y con carne ajena) y dos *bilderbergers* de desconocida identidad, aunque probablemente fuesen tecnócratas de industrias bélicas al acecho de contratos con jugo dulce exprimido a contribuyentes ingenuos.

Una vez acomodados todos en torno a la mesa, el secretario de Estado se dirigió a los presentes alabando la eficiencia del general Lewis y la puesta en marcha de la segunda mitad de fase cuatro.

—Creo, caballeros, que estamos ante los prolegómenos de una era histórica de gloria y poder —expresó el secretario de Estado—. Dentro de poco, no habrá nación ni bloque de naciones, que pudiese hacernos sombra ni enfrentarse abierta o diplomáticamente con nosotros. Y no me refiero solamente a nuestra nación, sino al mundo occidental y su civilización, aliado a nuestras cruzadas con todos sus recursos. El oscurantismo medieval de los *muslim*, que desde el siglo X fuera amenaza a nuestros intereses y a nuestra expansión, está a las puertas de ser, si no aniquilado, reducido a servidumbre y sometimiento a nuestras instituciones, nuestras leyes y nuestras costumbres. Cuando acabemos este proceso, el Islam será apenas una sombra complaciente y sus rígidas normas morales quedarán en las ergástulas de memorias amnésicas. Deseo comunicar a los presentes, que el general Lewis ha llevado a cabo buena parte de Fase Cuatro, por lo que en dos meses más, iniciaremos este proceso histórico del que les hablé. Era obvio que tal discurso le fue preparado por algún asistente, ya que el vocabulario anglo-texano del presidente era bastante limitado. Paupérrimo, se diría.

El general sonrió y se puso de pie para leer el informe que portaba en su *attaché*. En el mismo se detallaban fríamente los progresos en la eliminación (*neutralización*, decían en la CIA) de peligrosos elementos que conspiraban contra el secreto de Clave Uno y su realización o factibilidad. De ser posible, Omega estaría en ejecución muy pronto. Tan pronto como lo permitiese la manipulación mental de la opinión pública mundial, aún en curso.

Tras las explicaciones del general, los asistentes asintieron

satisfechos de poder contar con un mercenario de primer nivel. Las razones de Estado bien lo merecían, y, según esperaban, las ganancias futuras serían un buen justificativo de su accionar, no demasiado transparente... pero eficaz para sus objetivos.

Media hora más tarde, tras el brindis de rigor, los asistentes fueron abandonando ordenadamente el salón Lincoln, que para entonces estaba ahumado al punto de saturación, a causa de las tagarninas y cigarrillos de los nerviosos concurrentes del *meeting* fatigando a los asaz sobrecargados extractores y purificadores de aire. Nadie tuvo en cuenta la breve ausencia de Werner Klaussmann durante la reunión, o si la hubiesen tenido, no le dieron importancia. A veces el estómago no resiste ciertas presiones internas.





Libro Cuarto

¡Cuenta regresiva!
(Countdown!)







una Media Luna crucificada

Osama Ben Laden llamó a su ayudante, el médico y clérigo egipcio Ayman Al Zawahri, desde su cuartel en las afueras de Kandahar, a fin de orar juntos y planear las próximas acciones defensivas ante una inminente invasión. Ésta vez, por parte de los Estados Unidos, pero no del pueblo norteamericano, sino de los mercenarios de los halcones, en su mayoría extranjeros o «contratados» entre los jóvenes de *ghettos* inhabitables de las urbes estadounidenses, generalmente sin esperanzas ni futuro, o, en su defecto, del patio trasero latinoamericano.

Muchos de éstos, eran embrutecidos con alcohol o drogas para convertirlos en máquinas de matar desprovistas de conciencia o raciocinio. Pero tampoco los integristas islámicos locales brillaban por sus luces o su moderación, siendo muchos líderes intolerantes, fanáticos e irracionales como el que más.

El gobierno del Talibán —a pesar del *Qaid* Ben Laden, algo más moderado, quizá por su educación y elevadas calificaciones—, estaba oprimiendo al país, imponiendo vergonzoso trato a mujeres, a las etnias minoritarias y atrasando el progreso tecnológico con sus ab-

surdas, cuando no arbitrarias, interpretaciones de escrituras pre-medievales. Pero la situación del país —desangrado por cientos de años de guerras civiles entre las distintas etnias—, no permitiría aún una *puesta al día* de conceptos doctrinarios. Primero había que ordenar la casa, tras siglos de caos y enfrentamientos intestinos, para después *aggiornarse* sin dejar de lado el temor de Allah el Único. Por desgracia, los señores de la guerra imponían su ley en sus feudos, en medio del caos general post soviético.

Ben Laden tuvo protagonismo clave en la resistencia contra la ocupación soviética del país, contribuyendo a la forzada huida de los ocupantes, tras más de nueve años de permanencia y sin la ayuda del mitológico Rambo. Su fortuna personal y la interesada ayuda de la CIA, le permitieron consolidar una red autónoma de combatientes islámicos en más de cincuenta y seis países. Todos los grupos eran autosuficientes e independientes, para que cuando él desapareciese siguieran operando sin inconvenientes en su Santa Guerra, contra la agresión occidental, el ateísmo funcional de los socialistas y el pragmatismo racista de los neopaganos ultraderechistas de Europa y los Estados Unidos.

Pero si bien los soviéticos no salieran con la suya —en gran parte gracias a la resistencia islámica y apoyo logístico de la Agencia Central de Inteligencia*—, se sentía la inseguridad latente ante una próxima invasión. Primero armada, luego disfrazada de progreso y “democracia”, en forma de comida chatarra e impura, espectáculos

* Más de 3.000.000.000 de dólares, en efectivo, armas y logística fueron trasegados en diez años a Al Qaida. Parte de estos fondos eran de fuentes saudíes y de los Emiratos Árabes Unidos, pero gestionados por el entonces director de la CIA George Bush senior, posteriormente presidente de la nación. Los Muhaidines oblaban a cambio, ingentes cantidades de opio y heroína; que son el único producto agrícola del país con valor agregado. N. del a.

frívolos e imposición de un laicismo decadente. Para Occidente y sus cipayos, el Islam era un estorbo *old fashioned* o desfasado, que habrían de intentar allanar para permitirseles a los occidentales imponer sus negocios *non sanctos* en las tierras santas de Allah.

Osama Ben Laden, decimoséptimo hijo de Muhamhad Ben Laden, había sido educado en Líbano y Egipto, doctorándose en Teología, Ciencias Económicas, Ingeniería y Filosofía Islámica, siendo además excelente líder en las batallas. Pero no confiaba en sus antiguos aliados. Más que nada, a causa de su perfidia y doblez. El proverbial acto de honrar la palabra empeñada de los musulmanes, era desdeñado por los occidentales, cultores de la doble moral, la hipocresía y el dolo, en sus múltiples actividades crematísticas, dentro de los cánones sinuosos del más grosero materialismo “reformista” seudocristiano.

Su hermano mayor Salem, tras la firma de un contrato de provisión de crudo a precio inferior al del mercado, sufrió un sospechoso accidente en 1973 en Texas, al igual que uno de sus hijos, quizá asesinados por encargo de un magnate petrolero y padre del actual Presidente de los Estados Unidos, por entonces al frente de la CIA. Como buen creyente árabe, sentía rencor hacia la corrupción económica, política y religiosa imperante en Occidente y en muchas naciones islámicas que traficaban con los infieles a trueque de migajas de confort y lujo blasfemo. Claro que, gracias a la fortuna de su padre, un emigrado yemenita enriquecido en Arabia Saudita por ser amigo del monarca Fahd, del clan de los Ibn Saud, su familia se relacionó con el entonces Presidente y logró *penetrar* en muchas empresas norteamericanas, como *Arbusto Exploration*, *Halliburton*,

Harken Energy, Chevron, Enron y otras petroleras, además de capitalizar al *Carlyle Group*. Osama Ben Laden mantenía además una fundación para estudios islámicos y defensa de la fe en los Estados Unidos. También en Inglaterra sostenía económicamente un foro para el entendimiento cristiano-islámico. En síntesis, era bastante más moderado que sus pares del Talibán... pero inflexible e ineludable en su fe de militante wahabí o guardián de la Tierra Santa.

Sabía que el Islam debería ponerse al día, en un futuro cercano, pero primero los creyentes deberían educarse sólidamente, a fin de conciliar la fe con las ciencias. De lo contrario, la fe cegada por la ciencia laica sería presa fácil de la irreverencia occidental hacia lo Sagrado; o, por el contrario, del sangriento fanatismo tribal de altos contrastes, como el de los talibán. Una cuestión de equilibrio, sin duda —pensaba Ben Laden.

Tras las oraciones con el *mullah* Ayman Al Zawahri, su lugarteniente, Ben Laden revisó en Internet los periódicos de la semana, informándose de los acaeceres mundiales en su refugio. No temía a nada en el mundo, más que a la cólera de Allah, pero no estaba muy seguro acerca de ello. Graves problemas enfrentaba ese país islámico, arrasado, no sólo por los soviéticos, sino por las continuas disputas entre los señores de la guerra de las distintas tribus afganas; agobiado por la pobreza del suelo, que apenas daba para alimentar al pueblo a costa de la limosna extranjera y alguno que otro cultivo de amapolas somníferas, financiados por los americanos, cuyas facturas de altos réditos no demorarían sin duda en saldarse... con heroína y petróleo.

Ben Laden no tenía el porte típicamente irreflexivo e irracional

de un talibán. Sus gestos eran suaves, como sus palabras. Se sentía un guerrero místico y casi un profeta sin tierra de la nueva *Jihad*. Sabía que los Estados Unidos no le perdonarían el haber utilizado los recursos, fondos y tecnología de la CIA para formar su propia red Al Qaida, totalmente descentralizada, con células operantes en casi todo el planeta, que se parecía a la CIA en ubicuidad e invisibilidad.

Sabía que el enorme potencial afgano del futuro sería el petróleo, pero estaba decidido a no permitir la penetración extranjera para explotarlo, hasta que ellos mismos pudiesen hacerlo, por sí y para sí, y no en beneficio de transnacionales rapiñeras, como las que desangraban los subsuelos saudíes, kuwaitíes y de otros países de la Liga Árabe, excepto quizá Libia e Irán, que no era árabe, sino islámico chiíta nada más*.

Los dirigentes de estos países islámicos no alineados, no transigían con las condiciones de las transnacionales, manteniendo precios justos, como lo estaba haciendo también “el loco Chávez” en Venezuela, pese a las iras de Washington, quien ya estaría urdiendo algún plan para defenestrarlo, como a Allende... o Torrijos, asesinados por los buenos oficios de la CIA.

Sabía que los pueblos que no se sometían voluntariamente a los *rulers* norteamericanos o europeos corrían peligro de ser aislados, bloqueados, invadidos o cualesquiera otra maneras de someter a quienes creían aún en las soberanías nacionales. Lo sabía demasiado bien, pero decidió correr los riesgos, entre los cuales, la muerte era el menor de todos.

* Muchas naciones abrazaron el Islam, por convicción o por conquista; no todas ellas árabes. Turquía, Macedonia. Marruecos, Irán, Pakistán y Cachemira (casi todos ellos arios de origen) y algunos pueblos amarillos transcaucásicos, como Kazakstán, Turkmenistán, Tajikistán, Chechenia y, hasta mongoles, chinos, indonesios y filipinos. N. del a.

La reciente masacre del pueblo musulmán de Bosnia, a manos de serbios y croatas, consentida tácitamente por las potencias, demostraba la perfidia de Occidente de manera irrefutable. Si no luchaban en todos los frentes contra los perversos mercaderes, el Islam corría el riesgo de quedar sometido a los poderes oscuros para siempre, lo que sería peor: el sometimiento mental a las diabólicas tentaciones del *american way of life*, que los apartaría de las leyes y preceptos morales, acelerando su decadencia, tal estaba ocurriendo en los corruptos Emiratos, Kuwait, Brunei y en Arabia Saudita.

El Profeta había predicho que para estos días habrían setenta y tres sectas islámicas; mas sólo una lo representaría fielmente y se ceñiría a los rígidos mandatos de Allah. Las demás irían al muladar de la historia como sacrílegas y complacientes con los invasores. Él mismo no era chiita, ni sufí, ni talib, o *sikh*, ni de cualesquiera otra. Era un sunnita *wahabí* y se sentía guardián de la tierra, hogaño ocupada por extranjeros infieles.

El petróleo para muchas naciones sólo fue una suerte de maldición, ya que no hubo contribuido al progreso ni al desarrollo intelectual de los productores, pues las *Siete Hermanas* trasegaban la parte del león. Arabia Saudí, los Emiratos, Kuwait y Brunei ¿participaban? de las migajas de las transnacionales aceitosas, por ser esos estados propiedades privadas de una sola familia, que dilapidaba sus regalías. Venezuela, Bolivia, Argentina, Brasil, Rumania... se debaten en la miseria y la ignorancia, pudiendo encabezar la lista de naciones cultas y prósperas.

—*Khadaffi también lo sabe* — reflexionó el caudillo— *y actúa en consecuencia, granjeándose el odio de Occidente.*

El petróleo en Libia paga hospitales, viviendas, servicios, educación igualitaria para hombres y mujeres y alimentos baratos para el pueblo. El “loco” Khadaffi es abstemio, sin vicios y un verdadero asceta laico, que vive en tiendas como un beduino cualquiera y lo bastante creyente como para no dejarse manipular por *los otros*. Por los apóstoles del ateísmo funcional, como por los monaguillos de Mercurio, oficiantes en el Templo de Wall Street, erigido bajo la advocación del Becerro de Oro.

Eso no puede ser permitido por los nuevos fenicios del siglo XX, que pretenden regir sobre reyezuelos lo menos virtuosos posible. Algo así como un Idi Amín, un Bokassa, un Duvalier, un Menem, un González Macchi, un Fujimori o un Pinochet. No un Arbenz, un Torrijos, un Velasco Alvarado, un Allende o un Lázaro Cárdenas, o cualesquiera que se plante frente a las pretensiones hegemónicas de los halcones.

Osama Ben Laden sabía, que sus ex socios de aventuras lo querían crucificado en una torre de petróleo, de ser posible, con logotipo de Exxon o Texaco; *ellos* lo deseaban lapidado, por los cascotes de la opinión pública occidental; chamuscado, a fuego lento, por las nuevas inquisiciones de la intolerancia, como las que arrasaron *Al Andalus* durante el Siglo de Plomo español, bajo las férulas de Torquemada y los reyes católicos.

Pero tampoco podía entregar a la voracidad de las transnacionales, una nación a la que debía todo lo que era, incluso con sus luces y sombras. La que lo había acogido, con la tradicional aunque algo brutal hospitalidad, durante su *hégira* particular. Por haberse opuesto a los corruptos manejos del rey Fahd y de la familia real

saudí, fue declarado no grato, despojado de su nacionalidad y exilado, convirtiéndose en una suerte de paria. Pero un paria rebelde y combatiente, no un paria domesticado o humillado, como los otros reyezuelos-sátrapas de Arabia o como tantos intelectuales *críticos*, *reconvertidos* a la ideología del “sálvese quien pueda” neoliberal.

Se enteró por medios europeos y americanos de la campaña en su contra, con epítetos como: terrorista, tirano del subdesarrollo, jefe de bandidos nómadas y otros adjetivos al uso. Pero sabía que su amigo invidente, el misterioso *mullah* Mohammed Omar, el líder religioso afgano, se inmolaría con su pueblo bajo el fuego invasor, antes que entregarlo a los infieles que comenzaban a pedir su cabeza.

—*Quizá Allah me haya abandonado* —pensó el *qaid* caviloso—. *Pero yo no abandonaré este país, al que he contribuido a liberar del yugo de los malditos soviets y me ha otorgado su confianza y lealtad.*

A lo lejos, el ronroneo de tanques rusos T-62 que patrullaban las cercanías lo tranquilizó un tanto, pero de todos modos iría a Tora Bora, donde existían cientos de kilómetros de cuevas y pasadizos subterráneos, desconocidos e inexpugnables; como para volver loco al más experimentado espeleólogo. Tanto que ni los *tovarich* soviéticos pudieron con los *muhahidines*, debiendo meter violín en bolsa y echar polvareda en marcha atrás, abandonando armas y pertrechos. Dicha aventura, sólo significó un incremento en los índices de toxicomanía de los rusos. Nada más.

Parte de su fortuna, y los casi ilimitados recursos de la CIA, los destinó en ampliar los túneles, equiparlos con vitualla suficiente para diez o más años, tecnología punta y pozos acuíferos de napas

profundas. Además, su familia disponía de dos satélites *Iridium* para su uso exclusivo. El corazón le decía que el mundo pronto le quedaría pequeño, al ser acosado por los perros rabiosos de Occidente.

—*¡Ah! pero si Allah decretase mi muerte —pensó—, no lo sería por las impuras manos de infieles, que las mías bastan para inmolarme por mí mismo, aunque el suicidio sea reprobable.*

Miró sus manos, que otrora empuñaran elegantes estilográficas en costosas instituciones educativas, ahora callosas de empuñar su inseparable *AK-47* o algún *RPG* antitanque, pero aún dignas de dar la vida por Allah. Los infieles poseían armas de tecnología-punta, como para asustar a los mismísimos infiernos, salvo *el coraje*, ausente de sus pertrechos; pero él sabía que Dios no estaba a favor de ellos o, por lo menos, lo creía con sinceridad. *No podía* estarlo... *no debía* estarlo. De lo contrario, el Profeta no lo hubiera sido, ni el Islam existiría para la salvación del Hombre.

El orden cósmico que anunciara El Profeta estaba siendo alterado por fuerzas extrañas a lo Divino. Y él: Osama Ben Laden, no quería ser el instrumento de sometimiento al Nuevo Orden de los sacerdotes del Dólar, ni lo permitiría, en tanto tuviese vida para impedirlo.

Convocó a sus allegados más inmediatos y a sus combatientes más leales, a fin de prepararlos para abandonar Kandahar. Ordenó a su secretario privado remitir su donación anual a la Fundación de Estudios Islámicos de los Estados Unidos —donde existen más de tres millones de fieles—, y al Instituto de Cooperación Cristiano-Islámico de Londres. No tenía certeza si dispondría en lo futuro de

más fondos para ese fin, pero rogaría a Allah para que el mundo profano se convirtiera a la fe. El ex Presidente ya había bloqueado el acceso a parte de sus fondos e intentado asesinarlo con efectivos de la CIA y un comando de élite SEAL, ninguno de los cuales sobreviviera a la necia aventura suicida.

El general Lewis se dispuso a abandonar la Casa Blanca para dirigirse al cuartel central de la CIA en el *Stallion* negro de la Fuerza Aérea, que lo aguardaba en el jardín de la Casa Blanca. El sordo *flapeo* de los rotores coreado por el silbido de las turbinas, acarició sus rudos oídos y le recordaron sus días en Vietnam, donde sentó fama de *duro*. Y ello significaba poseer una crueldad lindante con lo patológico y lo demencial. No hubo desdeñado masacrar familias enteras por sospechas no confirmadas, durante el conflicto. My Lai lo atestiguaba plenamente.

Ascendió ágilmente —como en sus años mozos—, por la escalera del monstruo metálico, que parecía rugir de placer al presentir otro conflicto en puertas. Pese a sus más de sesenta años, Lewis tenía aún el vigor de los cuarenta, la astucia de los treinta y el cinismo de sus veinte.

La bestia negra ascendió a los cielos, como tratando de tomar por asalto las alturas fragorosas. El piloto condujo hábilmente el aparato en dirección al recinto fortificado donde se asentaba el cuartel general de la *compañía*, como la denominaban familiarmente sus miembros. El general se relajó a sus anchas en el mullido asiento oficial, disponiéndose a descansar brevemente. Lo necesitaba,

tras tantos días de lidiar con esquivos adversarios de Clave Uno. Por fortuna, los más peligrosos estaban ya en relax eterno y no molestarían en lo futuro. La academia de la *compañía*, en Langley, ya estaba graduando a más novicios, que en breve serían sus niños mimados, en la dura tarea de administrar los secretos de Estado.

Sabía o intuía que algunos neonazis en el gobierno pretendían tomar la posta, desplazando a los judíos como él, a los latinos y a los negros, del tercer Círculo, relegándolos a tareas de menor rango o borrándolos de las nóminas. Pero se sentía protegido por la sinarquía y la Gran Finanza. No tenía motivos para dudar que *ellos* eran el Pueblo Elegido, como lo afirmaban las Escrituras y la Torah; que finalmente, *ellos* serían los amos del mundo, tal como estaba profetizado desde los días de la conquista de Canaan. *El Innombrable de Beth-El* lo había pactado con Abraham, miles de años atrás. Yah'Véh no mintió nunca a sus escogidos, pese a castigar de tanto en tanto sus veleidades y faltas de fidelidad, por las manos de algunos locos como Nabucodonosor, Antíoco, Tiberio César, Tito, Torquemada, Stalin o Hitler; pero ahora, se estaban desquitando con los palestinos de tanto *pogrom* y persecuciones.

El general, nacido Marcus Levi en el *ghetto* neoyorkino, estaba destinado entre los primeros Elegidos, en un mundo regido por el Nuevo Orden mundial en cierne y esto lo ponía exultante y autoritario.

El helicóptero, en tanto, ascendía suavemente hacia los nimbos, conducido por el diestro piloto de la U.S. Air Force, mientras el general seguía fantaseando ensimismado acerca de su Misión como protagonista de los grandes cambios que se avecinaban en todo el mun-

do.

Una horrisona explosión en el compartimiento de carga sacudió al aparato sin destruirlo del todo, pero los motores se paralizaron y el *Stallion* se precipitó a tierra, desprovisto de estabilidad, desde las avellonadas nubes iluminadas por la luna llena, testigo de la tragedia. Lewis apenas tuvo tiempo de asustarse al límite adrenalínico y pronunciar un nombre familiar y odiado, mientras la máquina daba volteretas en el aire como un piano fuera de control:

—¡Werner Klausmann! ¡Maldito seas mil veces!

Segundos más tarde y dos maldiciones más, el helicóptero negro se había convertido en una tea flameante incrustada en las orillas del Potomac. Los medios informarían sobre un lamentable accidente, tal vez fallas mecánicas, sin sobrevivientes.

Todo lo que quedó del *duro* Lewis fueron calcinados despojos desparramados en la ribera izquierda del épico río columbino.

Werner Klausmann, en tanto, sonreía siniestramente mientras se servía una copa espumante de *Liebfräumlch*, contemplando con sus ojos inexpresivos una columna de humo negro en la distancia, iluminada por reflectores del *Fire Dpt.*

—*Desde ahora yo me haré cargo de Clave Uno* —pensó el adjunto de la CIA con fruición—. *Y a fe mía que lo haré bien y mejor que ninguno.*

El Presidente entró en santa ira, casi lindante con el Pecado

Capital, al enterarse del sospechoso accidente que costara las vidas del general Lewis y del capitán Leslie Martines, uno de los mejores pilotos de la Fuerza Aérea, al servicio de la Casa Blanca. Sabía, o intuía, que los del servicio secreto federal, omitirían en sus informes posibles rastros de una bomba en el compartimiento de equipajes de la nave. Los criptócratas de Washington, D.C., no quieren escándalos en el Distrito de Columbia que alentasen a los pasquineros de la nación a elucubrar truculentas historias conspiraticias.

Llamó a su secretario privado Moses Zooster para que convocase inmediatamente a los responsables de la seguridad presidencial. No podía permitir fallos en el rígido esquema imperante en su entorno. ¿Qué pasaría de ser *él* quien se hubiera accidentado... o asesinado, por negligencia de su propio servicio de Seguridad?

Es cierto que, constitucionalmente, hay un esquema de sucesión, pero debería asumir un vicepresidente incapaz en el manejo de crisis; un inepto político y pésimo ejecutivo de empresa. No. *No podía* permitirlo. *No debía* permitirlo.

Todos los responsables acudieron casi de inmediato, aún cuando el informe pericial acerca de la catástrofe apenas estaba *horneado* por el FBI, excluyendo del mismo la posibilidad de un atentado premeditado. Evidentemente, el o los autores del presunto *accidente*, eran muy hábiles para instalar un artefacto explosivo en las mismas narices del FBI y la CIA. Salvo que existiese una conspiración, con motivos ignorados o no.

La reprimenda presidencial fue de órdago y los responsables debieron inclinar cabezas y asentir contritos, como marineros frente a un almirante *cordón bleu*. La cólera del Presidente parecía querer

disimular su temor de ser él la próxima víctima de fuerzas, aún desconocidas, en la lucha por el poder. Recordó que alguien había dicho, hace dos milenios, que “muchos serían los llamados y pocos los elegidos”. Evidentemente, alguno quería traspasar el rígido anillo del Primer Círculo, desplazando al general. Cabría considerar tal posibilidad.

—¿Es que ninguno de ustedes pudo visualizar fallas mecánicas en una máquina al servicio de la Casa Blanca? ¿O no vieron a nadie, en actitud sospechosa, que se acercara al helicóptero entre ayer y hoy? ¿Es que tengo a un hato de incompetentes ineptos por custodia? ¡Válgame Dios! —esto último el Presidente lo dijo como para acentuar su condición de creyente, pese a que sólo creía en el Becerro de Oro o, como dicen los banqueros: *In Gold We Trust*.

Tras el sumario y relevo de todos los responsables de la máquina siniestrada y de la seguridad interior del recinto, el Presidente pidió al desconocido director de la FEMA que le proveyese de un nuevo contingente de seguridad. Casi todos los que prestaban servicio en la Casa Blanca eran efectivos del FBI, nada incompetentes por cierto, pero también de la CIA. Éstos últimos, deberían estar por encima de toda sospecha, aunque dados los antecedentes de trabajos sucios efectuados, daba para desconfiar algo..

El director adjunto de la CIA: Werner Klaussmann, avaló el informe final, que dictaminó acerca de una *falla mecánica* que detuvo uno de los motores del aparato, haciendo que perdiera fuerza y estabilidad. Mas esto no explicaba la explosión en el aire de la máquina, corroborada por testigos presenciales.

Por primera vez en su turbulenta y truculenta historia, la CIA y

el FBI estaban de acuerdo en poner un manto de silencio sobre una cuestión de seguridad interna de la Casa Blanca. Había que cuidar la imagen ante el mundo. De todos modos, el Presidente quedó con la espina en el alma y la sangre en el ojo acerca del caso y, no muy conforme con el informe montón de papel que recibiera de los investigadores, como quien esconde basura bajo la alfombra.

En el FBI también cundió la alarma tras el asesinato del agente especial Lester Crowding, apuñalado por la espalda en Pittsburgh, Pennsylvania. Era muy raro que un federal fuera agredido de esa manera, pues hasta los de la *Cosa Nostra* los respetaban. Mas algunos agentes bisoños que estuvieran involucrados en la vigilancia del almirante Mitchkowski tenían sus propias sospechas. Naturalmente, no podían involucrar a la CIA, por razones de confianza debida, pero de todas maneras decidieron investigar por su cuenta y riesgo.

Matthew Shappiro, Thadeus Rodzinski y Joshua Lanski se pusieron de acuerdo —en privado, por supuesto—, que había demasiados elementos que incriminaban a las altas esferas en la eliminación de los Mitchkowski, su jefe Crowding y ahora el general Lewis, *factótum* de la CIA. Algo estaba ocurriendo en los Estados Unidos que ellos ignoraban. Algo muy malo, feo, gordo, jodido y sucio. Esta nación no era ya lo que proclamaban los libros escolares de leyendas heroicas y mitos patrióticos acartonados.

De común acuerdo, resolvieron investigarlo, sin recurrir a los canales oficiales, aún en riesgo de poner en juego su carrera y su lealtad al FBI al que después de todo apreciaban, por creerlo de parte

de la Justicia, antes que de oscuros intereses, aunque con reservas por supuesto. Por de pronto, echaron mano a lo actuado desde que Lanski y Rodzinski se graduaron de Quantico y fueron asignados a la vigilancia de Mitchkowski, a pedido de la CIA, la que a su vez recibiera sugerencias de la FEMA y supuestamente del Presidente. ¿Cuál sería el motivo para que alguien, que hasta hacía muy poco estuviera como enlace de la CIA, fuera puesto en *cuarentena*? ¿Es que había sido un *topo* pro-soviético? No. Su foja de servicios, sin ser brillante, estaba encima de toda sospecha. Además los rusos ya no eran amenaza para los Estados Unidos, sino más bien al revés. La única amenaza contra los Estados Unidos sería proveniente de los propios ciudadanos que transgredieran el orden establecido. Es decir, por causas *endógenas*.

Tampoco había razón alguna para que su jefe Crowding fuera silenciado porque sí. Algún hilo casi invisible, quizá, uniera los asesinatos de Lewis y Crowding con los anteriores.

Matthew Shappiro, el más veterano de los tres aceptó investigar en el mismo seno del FBI respecto de Mitchkowski y Crowding. Por de pronto, ambos se conocían y tenían un puente invisible entre ellos.

Rodzinski aportó su libreta, donde constaban los contactos amistosos entre el almirante y un ex militar de la Fuerza Aérea: Bryan Porter. Si éste seguía vivo aún, deberían hablar con él.

Dos días más tarde, Porter recibió un llamado telefónico de Shappiro, en su celular satelital, convocándolo a un conocido restaurante chino de Pittsburgh a fin de charlar sobre su amigo Mitchkowski. Previamente, para disipar temores, se identificó como agente fede-

ral, cuyo superior inmediato había sido asesinado misteriosamente, quizá por los mismos criminales o grupos ligados, de alguna manera, al poder político.

Porter accedió, sugiriendo un lugar más público y menos vigilado, como algún *shopping center* de la ciudad. Finalmente quedaron en reunirse cerca de su domicilio.

Al día siguiente, Shappiro y Rodzinski estaban sentados en una mesa de uno de los *snack-bars*, en un conocido *mall* de Pittsburgh, aguardando al aviador retirado. No tardó éste en acudir y, tras cerciorarse de no estar bajo alguna lupa discreta por el entorno, se acercó a los federales.

—Shappiro, supongo —exclamó Porter extendiendo la mano al más veterano de los dos—. Yo soy el general Bryan Porter, retirado de la Fuerza Aérea. ¿Tiene Ud. alguna idea acerca de los asesinatos de mis amigos?

—Tanto como Ud. general. Pero si tiene alguna sospecha que pueda servirnos de pista, desembuche. Este es el agente Thadeus Rodzinski, mi hombre de confianza. No tema nada y díganos lo que sabe, o cree saber.

—Su hombre de confianza estuvo involucrado en seguimiento y vigilancia de mi amigo —exclamó Porter con energía—. Quiero saber primero quiénes lo ordenaron y por qué.

Su aseveración sorprendió a ambos federales, pero pronto se repusieron.

—Fue orden de arriba —explicó Rodzinski—. Y creo que el adjunto de la CIA: Werner Klausmann la transmitió al FBI, verbalmente, a pedido del Presidente. Ud. habrá sido el que hizo dormir a

Lanski con un *mace* narcótico, supongo. Ni un discurso presidencial lo hubiera hecho mejor.

—Puede ser —dijo Porter precavido—. De todos modos, hay algo feo que se trama en Washington, D.C. contra la misma nación y contra los islámicos del Asia Central. Especialmente contra quienes tienen abundante petróleo. Como saben, el Presidente es heredero de un imperio aceitero y tiene mucho interés en monopolizar el crudo afgano, el irakí y todo lo que pudiese lograr en este período. ¿Oyeron acerca de Clave Uno?

—Ni media palabra —exclamaron a dúo los federales, sorprendidos como en falta—. ¿Es algún código o qué? Nos mencionaron algo de eso, pero sin aclararlo, cuando recibimos orden de vigilar al almirante y a sus conocidos.

—Tengo entendido que los de la *compañía*, en complicidad con la FEMA, tienen algunos sujetos, árabes o no, programados por hipnosis para que cometan atentados, dentro de los Estados Unidos, que servirán de pretexto para una cruzada. No puedo precisar cómo, ni cuándo y creo que tampoco Mitchkowski lo sabía con precisión, ya que renunció al cargo por *cargo* de conciencia, con perdón de la cacofonía, antes de estar al tanto de la fase cinco del plan en su totalidad.

—¡Pero eso es inadmisiblemente monstruoso! —exclamaron ambos agentes, a dúo, como si fuera un desconcertado coro de dudas—. Es la primera vez que se nos plantea algo semejante.

—No crean —exclamó Porter, bastante seguro de sí mismo—. Históricamente los Estados Unidos han usado *auto-atentados*, o actos de provocación autoinfligidos para desencadenar guerras de agresión contra naciones, que quizá no figurasen en la historia oficial.

Nosotros, los que estuvimos en el servicio secreto, sabemos de los sucios procedimientos políticos y diplomáticos del gobierno. Puedo citarles la guerra con España a causa de la explosión del “Maine”, por una caldera averiada y forzada, o el hundimiento del “Lusitania” por unas infidencias de los Morgan, en 1915, entre otros muchos casos. No exagero nada. Sólo que esta vez será algo apocalíptico, casi como la voladura del edificio *Alfred P. Murrah*, perteneciente al FBI en Oklahoma por un terrorista local algo desequilibrado, recientemente ejecutado... donde el propio FBI abrió puertas para inculpar a los musulmanes integristas. También el FBI estuvo implicado en una bomba en el WTC en 1993, también con el propósito de lograr una ley antiterrorista que recorte los derechos civiles.

—Aún así, nos cuesta creerlo —exclamó Shappiro con ligero acento yiddish—. Pero dadas las circunstancias de los asesinatos últimos, da para pensar en la posibilidad de ocultos intereses moviéndose en las sombras en beneficio de una selecta minoría de plutócratas, americanos o no. Después de todo, el capital no tiene patria ni moral.

—De seguro, también hay intereses de ciertos sectores europeos. ¿Oyeron hablar de la Trilateral, el Club de Roma y el Comité de Bilderberg? —aclaró Porter—. Son grandes grupos de poder supranacional, que incluso están por encima de nuestro gobierno y dictan pautas de los juegos políticos y económicos, además de decidir a quiénes bloquear, hundir o eliminar. Todo un super gobierno mundial en las sombras de la historia contemporánea, casi desconocido para la gran mayoría desinformada.

—Extraordinario —dijo Rodzinski dubitativo—. En Quantico

nunca nos hablaron de ello, ni tampoco en la universidad. Apenas supe algo vagamente relacionado con ellos en alguna revista que no recuerdo ahora. Pero me pareció tan fantástico que lo consideré un delirio conspiranoico del periodista, que prácticamente lo olvidé. Ahora, eso sí, en nuestras logias masónicas algo se comenta cada tanto, pero sólo en los grados superiores, que aún no están a mi alcance. Soy apenas *Compañero*, del grado segundo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Mi colega pertenece al Rito de York o del Real Arco, pero tampoco sabe mucho, salvo lo que tengan a bien informar los superiores, pero, como usted sabe, el secreto merodea las alturas como dogma sagrado.

Los tres se miraron entre sí, sólo para descubrir que todos pertenecían a alguna rama o rito masónico ya que, sin ese requisito *sine qua non*, poco se puede progresar en los círculos sociopolíticos y profesionales corporativos. De todos modos, era urgente aclarar el origen de los crímenes y, de ser posible, desbaratar Clave Uno, aunque esto último era ya casi imposible. La ausencia de Mitchkowski y el desconocimiento de alguien más que estuviera al tanto eran abismos insalvables.

Sólo les quedaba rezar a alguna esquiva providencia que les evitase el desastre. De lo contrario, los productores de cine-catástrofe tendrían tema de inspiración para diez años. Y nadie sabe más en este mundo acerca del terror y del terrorismo que los guionistas de Hollywood y su morbosa fijación del muy gótico culto a la muerte.



Desenterrando Hachas de Guerra

Werner Klausmann no tomó inmediatamente la posta del vacío dejado por el general Lewis, más que nada por precaución. No podría arriesgarse a que las sospechas del ¿accidente? cayesen sobre su cabeza, ni dar un paso en falso en el manejo de Clave Uno.

Hizo —como quien no quiere la cosa— la discreta tarea de interinar el cargo unos días, presentando al Presidente una terna de candidatos, entre los que él mismo figuraba, para sustituir a Lewis. Pensó, sin duda, que el Presidente tendría en cuenta sus invalora- bles servicios en la CIA, para designarlo por sí y ante sí, confirmán- dolo, aunque era la FEMA quien lo decidiría finalmente, por suge- rencias de otro poder aún más alto y más oculto.

Su gélida mirada parecía destellar taladrando la penumbra de su despacho en la Casa Blanca, mientras dictaba un *memorandum* al secretario del Presidente: Moses Zooster, un judío de aspecto in- ofensivo y servicial. Bastante inteligente por añadidura, como los Elegidos del Primer Círculo... y odiosamente competente, según

Klaussmann, aunque esta opinión fuera sólo para sí.

Los otros dos candidatos eran: un oficial retirado prematuramente del ejército a causa de un leve accidente: el general Werther Nicklauss, de la Fuerza Aérea y un tecnócrata de la CIA: Karl Lindströhm, ambos nietos de inmigrantes europeos pioneros del medio oeste... y arios puros por añadidura. También, extraoficialmente, miembros del semiclandestino *Ku Klux Klan*, ahora rebautizado como *Los Caballeros de la Camelia Blanca* (Knights of White Camellia).

La maniobra de Klaussmann tenía por objeto asegurar a alguien, vinculado con el *Arion's Glee Club*, en las palancas de mando de la CIA. Ya tenían bastantes judíos en los servicios secretos y demasiados negros también. Algunos hispanos militaban en la Agencia, pero en escalafones bajos, que no serían competencia en la lucha por el poder total, aunque algunos ya escalaban peldaños más elevados, gracias a sus calificaciones u otros méritos menos visibles.

Muchas empresas privadas estaban financiando los trabajos sucios de la CIA y la FEMA. Gran parte de esos fondos eran dilapidados en “gastos reservados” y “operaciones encubiertas”, que no estaban sujetos a rendición de cuentas. No en vano Klaussmann pretendía adjudicarse el puesto de Lewis en Clave Uno, lo que equivaldría a mayor salario, puesto que seguiría temporalmente como director adjunto, aunque con trabajo extra. Tendría a su cargo gastos discrecionales y disponibilidad de efectivo en segundos, gracias a cuentas secretas que escapaban al control del Congreso y, lo que es mejor, de los sabuesos de la prensa.

Por añadidura, tendría privilegios y fueros por encima de cualquier congresista o miembro del poder legislativo, e incluso estaría

casi por encima del Presidente, al estar ligado a la sinarquía global. Como quien dice: “a la extrema derecha de Dios Padre”.

Lo que no imaginó Klausmann fue que el colegiado de la FEMA vetaría la terna, llamando unilateralmente a otro de su confianza a ocupar el cargo, como si de pronto tuviesen poder para decidirlo por su cuenta, lo cual lo alarmó en demasía.

Es que el atentado contra Lewis acentuó la paranoia presidencial prefiriendo tener a alguien de harta confianza del poder, que en este caso resultó ser Peter Brithnik, un general de brigada recientemente retirado, graduado de la West Point con nota de honor, veterano de las invasiones a Grenada y Panamá y actualmente en la CIA como agregado militar y diplomático en Moscú. Todo un currículum para alguien desconocido en los ámbitos palaciegos. Además, hablaba alemán, ruso, yiddish, hebreo y árabe, agregando a esto, el hecho de que era competente y, además... nieto de un judío georgiano emigrado durante las purgas de Stalin en los años treinta y ocho. Además Brithnik militaba en las huestes de *Los Hijos de la Alianza*, desde su juventud y era muy competente en el oficio de tecnócrata militar.

Klausmann ocultó su descontento por el momento. Sabía que quizá no tendría otra oportunidad antes de Omega, pero la cosa estaba hecha y guardó prudente distancia del nuevo enlace designado a dedo. No le restaba sino morderse sus propios dientes y quedarse en el molde. Después de todo, él era civil.

En las bases de la U.S. Air Force se impartieron órdenes secre-

tas de efectuar ejercicios de vuelos de ataque simulado, a largas distancias. Muchos pilotos pensaron en futuros objetivos situados en Cuba o Libia, pero ¿dónde? ya que en los planes de vuelo figuraban blancos imaginarios, sin nombres conocidos. Muchos pensaban que se reanudaría la Guerra Fría o se iniciaría una Guerra Caliente de las buenas. Otros dedujeron que el preparativo era para estar listos a provocaciones chinas, o norcoreanas, o... ¡vaya uno a saber dónde!

Los Rockwell B-1 *Excalibur** y los Northrop B-2 *Stealth*, de última tecnología del siglo XX, eran puestos en pistas para el mismo objetivo, mientras los KC-10 *Extender* eran desplegados en todas las bases americanas y británicas del mundo, listos a reabastecer a escuadrillas en vuelos transoceánicos. Los *Stratofortress* B-52 H, veteranos del *Strategic Air Command* con casi cincuenta años de abuso, eran cargados con peso operativo, similar a bodegas *full-bomb*. Éstos —de vieja pero renovada tecnología— eran ambivalentes y podrían realizar ataques convencionales con bombas de 250 libras, *smart-bombs* guiadas por láser, Bombas MK 84, de 450 libras, o misiles de crucero con carga nuclear o convencional, reservada a situaciones difíciles o inmanejables, que pudieran surgir dentro del cronograma de acciones, aunque no sería éste el caso.

Los aviones de ataque al suelo: *Tornado* y *Jaguar* británicos eran de pronto puestos en alerta naranja en Chipre, en Turquía, en Malaysia y Pakistán, a punto como para entrar en combate, pero con bombas convencionales. Hughes Aircraft aceleró la entrega de misiles aire-superficie y mar-tierra a Tío Sam.

* La USAF prefiere llamarlos simplemente B-1, pues *Excalibur* es una popular marca de preservativos. N. del a.

—*Buenos tiempos, malas señales* —decían los funcionarios de algunas contratistas del Pentágono, como *Carlyle Group*, accionando cantarínamente sus cajas registradoras con los primeros anticipos a cuenta. La CIA disponía además de aviones sin piloto, pequeños pero letales, denominados *Predator* para ataque al suelo y espionaje, guiados por TV computarizada y UHF satelital.

El mes de julio era realmente caluroso en el *Middle West*, aunque más al norte caían los primeros vientos frescos del inminente otoño. En muchas bases militares comenzaron entrenamientos intensos a los soldados voluntarios del ejército y la marina. Exhaustivos ejercicios, alimentados con anabólicos y esteroides para la musculatura, eran la constante, pese al ardiente sol de Arizona y California, o a los gélidos vientos de Oregon, Montana y Alaska, como si los estuviesen preparando con *dopping* para eventos deportivos, antes que para peones de siega y cosecha del Angel Exterminador. Sólo que este ajedrez de fuerzas desparejas era un mortal simulacro de lo que esperaba a futuras naciones “rebeldes” o “remisas” a las normas occidentales del Primer Mundo, o a las leyes norteamericanas, por lo general inútiles para los mismos norteamericanos.

El Departamento de Estado movilizaba abogados y juristas, de primer nivel, para preparar borradores de leyes antiterroristas con las que luego empapelarían a países, adictos o no, obligándolos a adoptarlas, a fin de tener asideros legales para reprimir a disidentes, libertarios, guerrilleros urbanos o rurales, campesinos sin tierra o simplemente intelectuales contestatarios, no del todo conformes con las delicias del *american way of life*. La Doctrina de Seguridad Nacional renacía de sus impuras cenizas, como *el Gato Félix*,

al decir de un político paraguayo que fingió ser periodista en tiempos de un tirano atroz, engendrado en la Guerra Fría.

En tanto, el Congreso y muchas otras instituciones de los Estados Unidos, ignoraban olímpicamente el desentierro de las hachas de guerra, de los *tomahawks* y las flechas. Preferían pensar en cómo salir del atolladero de una recesión cíclica, de desempleo ascendente, recortes sociales y especulación contable de Enron, Halliburton y otras empresas cotizantes de la Bolsa, que preparaban quiebras fraudulentas —con ayuda del vice y del Presidente—, estafando a accionistas, clientes y aportantes. Con Bosnia-Kosovo bastaba, para mantener al público absorto en una guerra lejana e imposible, hasta aséptica, si se quiere. Los problemas domésticos eran prioridad de la prensa y las instituciones oficiales. No todas ellas, claro. Las vinculadas a defensa y seguridad estaban entrando en alerta amarilla, a todo velamen y viento en popa, cual galeones corsarios listos a zarpar a barlovento, al abordaje de las últimas naciones aún no sometidas.

El portaaviones “*USS Carl Vinson*” estaba siendo puesto a punto para circunnavegar el globo con su carga de muerte inesperada y repentina. Sus calderas nucleares ya estaban levantando presión en el Pacífico, con todo y su carga de destrucción aerotransportada.

El idílico Hawaii, en tanto, era un hervidero de aviones en idas y vueltas, de ejercicios en medio del océano, simulando atacar blancos terrestres a ras de las olas o desde la inalcanzable estratósfera. Era evidente que el plan estaba ya en su fase de cuenta regresiva hacia Omega. En su rancho de Texas, el Presidente cantaba victoria por la finalización de la fase cuatro. Sus interminables vacaciones

no le impidieron estar al tanto de lo que se preparaba.

James Witlock recibió de pronto la visita de Bryan Porter, con quien aún no se conocía personalmente. Éste apareció acompañado de Matthew Shappiro, casi sin aviso. Por sus rostros, Witlock pudo percibir que estaban, por momentos, de su parte. Es decir, no notó hostilidad hacia él. Era evidente que se hallaban interesados en hacer algo acerca de Clave Uno. Su amigo Lapierre estaba paseando por Central Park, lo que fue una buena idea. Era preferible que éste no se hiciese ver en demasía. Aún pendía sobre el francés la amenaza de los *bilderbergers*, por haber husmeado ante sus propias narices, como quien dice. Además, todo estaba relacionado con Clave Uno. Tras cerciorarse de la inexistencia de micrófonos ocultos, Shappiro explicó a Witlock la ignorancia que imperaba en el FBI sobre las maniobras políticas de los halcones y las sospechas que incriminaban a altas esferas del gobierno por el asesinato masivo de agentes o ex agentes secretos y familiares cercanos. Todos vinculados en una u otra forma a Clave Uno. De todos modos, Witlock debió simular no estar al tanto de dicho plan, no fuese que le perforasen el apellido por saber demasiado. Finalmente, fuesen federales o no, los tiempos actuales eran inapropiados para tener confianza en ningún *G-man**, y menos aún en dos. En principio, escuchó a ambos con cierta cara de asombro, como si oyese la historia por primera vez, pero confesó haber conocido a Lester Crowding, habiéndolo visto una sola vez, cuando le pidió que hiciera de “puente” entre

* apócope de Government Man u Hombre del Gobierno. Se cuenta que el pistolero George "Machinegun" Kelly, lo utilizó por primera vez, al ser cercado por federales. N. del a.

dos grupos muy vigilados por la CIA, mas no mencionó para qué.

Tampoco mencionó a la FEMA, ya que era de suponer que ésta no existía aún a los fines *oficiales*. De todos modos, prometió colaborar con ellos haciéndoles saber cualquier novedad o amenaza que percibiera por ahí.

Tras este breve conciliábulo, ambos se despidieron prometiendo volver si averiguaban algo más, ya que contaban con Witlock para que los ayudase en evitar daños a la nación, de ser posible, cosa que empezaban a dudar.

Lo que todos ellos ignoraban era la inminencia del desentierro de las hachas, de acuerdo a los ritos pieles-rojas del pasado, resucitados al presente por los descendientes de los exterminadores de indios. El propio Séptimo de Caballería iría a tener protagonismo clave en futuras guerras en Oriente.

Osama Ben Laden, tras instalarse en las montañas de Tora Bora, hasta el presente inexpugnables a todo invasor, púsose a inspeccionar las instalaciones montadas en las profundas cavernas. Algunas eran naturales, o de origen desconocido; otras hechas por los moradores del lugar, a lo largo, ancho y alto de varios siglos de turbulenta historia de luchas fratricidas, entre los señores de guerra de las distintas tribus, clanes y etnias y, a veces, contra invasores exógenos.

Afganistán había sido invadido en el pasado por mongoles, macedonios, hindúes, turkestanos, ingleses, rusos y probablemente habrían más ocupaciones en lo futuro. Tora Bora fue, es y será el bas-

tión de toda resistencia a ocupantes extranjeros, mientras hubiera valientes que luchasen por la libertad, desde las entrañas de sus miles de veces milenarias rocas, donde según leyendas se originaran las civilizaciones antiguas, hoy desaparecidas, pero cuya impronta ha impregnado a Occidente y Oriente hasta hoy.

Osama Ben Laden no sentía simpatía por los brutales métodos del Talibán, más propios del oscurantismo cristiano medieval que de precursores de la civilización, como lo fueron los antepasados de los afganos, cuyas glorias recuerdan aún las ruinas de Mohenjo Daro y otras urbes desaparecidas desde el valle del Indo a las mesetas iranianas.

La destrucción de los gigantescos budas de Bamiyyan por el talibán, con disparos de artillería pesada, pese a la oposición de algunos islámicos moderados, quienes los consideraban un patrimonio histórico, habría de tener repercusiones y consecuencias trágicas —pensó el *qaid* durante su recorrida por las profundidades rupestres—. ¡Que Allah se apiade de este país y de sus habitantes, sometidos a una minoría oscurantista y bárbara!

El ciego *mullah* Mohammed Omar, era el único líder *talib* que gozaba de su confianza, como enlace entre el gobierno teocrático afgano y su grupo de combate *muhahidin*. También era uno de los pocos que conocían palmo a palmo las inextricables y laberínticas cuevas, situadas en las profundidades de imponentes montañas, casi tan viejas como el mundo, tanto que podría recorrerlas con la sola ayuda de un bastón y sin extraviarse.

Ben Laden se detuvo en una inmensa sala-galería, donde disponía de sofisticados equipos de comunicaciones. Tras reposar un rato

su enjuto cuerpo de un metro con noventa y tres, pidió contacto con uno de sus hermanos, a fin de hacerse cargo de algunas cuentas bancarias, cuyos números le facilitó.

—*También necesitamos provisiones secas para sostenernos aquí*—pidió a su hermano a través de Internet—. *Envíame cincuenta camiones de transporte de gran porte, desde la India, a través de la línea fronteriza con Pakistán, por el Paso del Khiber, con dátiles, higos y granos secos, además de alimentos deshidratados para mis hombres. Debes hacerlo cuanto antes, a fin de almacenarlos en debida forma. Muy pronto seré objeto de cacería, como lo he sido siempre. Sólo que, ésta vez los que antes han fracasado ahora podrían echarme mano, si Allah descuidase de mí.*

Aludía tal vez a la persecución por parte de los ocupantes soviéticos, durante más de ocho años, y a un presunto intento de capturarlo muerto antes que vivo, por parte de un comando enviado por el gobierno norteamericano anterior, todos los cuales fueron capturados por sus hombres, antes de aproximarse siquiera a su refugio. Esto último no hubo trascendido y el Presidente de entonces debió ocultar el fracaso de la CIA y del comando SEAL a la opinión pública. Es duro admitir fracasos geopolíticos.

Ahora estaría mejor preparado que nunca para resistir en esta fortaleza, inmovible como su fe. Disponía además de depósitos de combustibles, generadores eléctricos y solares para sus equipos de comunicaciones satelitales e iluminación, armas y munición suficiente para repeler a un ejército y coraje como para enfrentarse al mismísimo Satán, si la ocasión se le presentase.

Su formación académica moderna, contrastaba un poco con su

tozudez de creyente *wahabí*. Su condición y noble linaje de hijo de yemení no lo desmerecía como guerrillero. Los duros tiempos que se aproximaban templarían su espíritu, con ayuda de Allah, por supuesto. Al menos, así lo creía. Por otra parte, Ben Laden no era realmente un caudillo autoritario típico, como tantos señores de la guerra locales. Su talante era mesurado y jamás ordenó personalmente acciones guerrilleras fuera del país en que se hallaba. Tampoco acciones contra civiles, salvo durante la guerra contra los soviéticos. Todo lo delegaba a manos de grupos autónomos, entrenados por él mismo eso sí, que decidían por sí las estrategias y tácticas de una guerra sacra y desesperada contra Leviathan, y, de ser posible en su propio domicilio: Israel, que usurpara hace milenios los territorios del Valle del Jordán a los amorreos, heteos, hebushain, cananeos, filisteos y otros pueblos pacíficos que moraban allí, hasta el arribo de los caldeos, que no otra cosa eran los *h'bräim*.

En realidad, los *h'bräim* procedían de Ur, en la actual Irak, su asentamiento primigenio y tradicional, hasta los tiempos del patriarca Abraham, el cual dio inicio a su *hégira* personal hace más de cinco mil novecientos años, fundando a los pueblos hebreos y árabes, según la tradición mesopotámica, más legendaria que histórica.

Sus centinelas estaban alertas y sus operadores de señales pudieron captar pasadas de satélites espías a 450 kilómetros de altura sobre Afganistán, en órbitas polares. Sus sensibles antenas, construidas en Alemania a pedido y especificación de científicos suyos, eran una valiosa ayuda para detectar movimientos clandestinos, en los cielos casi sin nubes del verano boreal afgano. Pronto llegaría el otoño y quedarían aislados en Tora Bora, hasta la próxima primave-

ra... si sobreviviesen al proyectado ataque aliado, tal como le había prevenido su amigo Mitchkowski, antes de ser asesinado. Por si acaso, no sería prudente reencontrarse con sus antiguos camaradas de la CIA y equiparía su fortaleza con aparatos de diálisis, ya que una vieja herida de guerra le había afectado sus riñones. Solía acudir a un hospital militar americano de Dubai, pero sería prudente no volver allí.

Los tambores de guerra resonaban sordos e invisibles en las capitales del primer mundo. Es decir, en las capitales del capital. La furia fundamentalista de los “cruzados” occidentales se volcarían en breve contra el Islam. Primero contra los más fanáticos y posteriormente contra los moderados, intentando quizá borrarlos de la historia para siempre, como anticipo del futuro reino materialista sobre el mundo. Es decir, de la mentira, de la frivolidad, del derroche, de los excesos y la negación de La Culpa.

Palestina ya sufría en carne propia la furia de los halcones integristas del sionismo de ultraderechas, pese a las protestas de los judíos moderados de la nueva izquierda hebrea. Sus de por sí escasos territorios, cedidos poco menos que de limosna, estaban ocupados por colonos judíos de las avanzadas de Ariel Sharon; sus mezquitas, profanadas por la soldadesca, con el pretexto de “acabar con los terroristas”; sus campamentos de refugiados en Líbano, eran blancos de ataques indiscriminados, con tanques, helicópteros y cazabombarderos, desatando un terrorismo de Estado contra ellos, combatientes o no. Y si con esto caían inocentes civiles, no sería más que “daños colaterales” o “efectos secundarios”, que poco o nada importaban en los balances del poder financiero internacional.

Pero ¿cómo definir a los que son terroristas? ¿Acaso no lo son también los que se escudan tras un uniforme “regular” para aterro- rizar, reprimir, criminalizar y someter a la población civil?

¿O lo son solamente los desesperados, que dan sus vidas para combatir a un enemigo poderoso desde las sombras, antes que ren- dirse a la impotencia?

Obviamente los juristas de Occidente tienen sus propias ideas al respecto, olvidando que Menahem Begin, Golda Meir, David Ben Gurion y otros próceres del Estado de Israel fueron considerados terroristas con sus cabezas puestas a precio por los británicos, ocu- pantes de entonces. También lo fueron Michael Collins y Eamon De Valera, antes de la independencia de Irlanda del Sur, el propio Ara- fat... o lo fueron hidalgos peninsulares en la conquista de América por el terror y. posteriormente los "patriotas" independentistas. En todo caso, serían simplemente soldados de una guerra asimétrica e irregular, por la diferencia de fuerzas enfrentadas, como fueron los *maquis* y partisanos contra los nazis.

Las bandas *Irgún* y *Stern*, en la Palestina de los años cuarenta y seis del siglo XX llegó a demoler cines y hoteles con atentados dinamiteros, para hostigar a los ingleses. Tras la independencia, los jefes guerrilleros fueron declarados padres de la patria israelí, como lo es Arafat para los palestinos, tras los tratados de Camp David.

El llamado terrorismo podría ser quizá *otra* táctica de lucha armada, contra un adversario —demasiado poderoso como para ser enfrentado abierta y frontalmente— y sería condenable si **no** hu- biera discriminación entre combatientes y civiles.

Por lo general, los civiles de ambos bandos son víctimas de los

conflictos armados, más que las tropas regulares. Lo reprobable de Hamas, Hizbollah y algunos terroristas de Abu Nidal, o sionistas fanáticos como Yigal Amir, Meir Kahane y Baruch Goldstein (estos últimos de nacionalidad norteamericana), es su saña indiscriminada contra civiles, muchos de ellos inocentes.

Por lo menos él, Osama Ben Laden, hijo de Muhamhad Ben Laden, no mancharía sus propias manos con sangre de civiles. No, al menos, mientras pudiese mantenerse lejos de ellos. Mas tampoco podría evitar que sus guerrilleros, eventualmente, diesen un golpe indiscriminado a causa de su exceso de fanatismo o celo mesiánico. Pero si era la voluntad de Allah que muriesen inocentes, quizá los llevase con Él al Paraíso. Tal era su razonamiento basado en la fe.

Empero no dudaba que los *mass-media* occidentales trataban de presentarlo como terrorista, para involucrarlo en algún futuro cercano y tener pretextos para perseguirlo y aniquilarlo, dominando de paso a la nación que él defendía. Lo que más le dolía era la actual imposibilidad de domeñar al infernal óleo del diablo, poniéndolo al servicio de su pueblo, para gloria de Allah el Unico. De todos modos, los invasores podrían destruir todo el país, y el planeta si así les conviniese, para luego reconstruirlo a su medida y deseo. Y si él pudiese resistir al infiel, lo haría con ayuda de Allah. Miró su reloj y acudió a su salita de oraciones a prosternarse de cara a La Meca.

—*¡Que sea la voluntad de Allah, el Único!* —musitó, acariciando El Corán.

En esos mismos instantes, cinco técnicos de la empresa *Raytheon*, estaban ultimando la instalación de misteriosos controles electrónicos en varios aviones de línea. Dichos artefactos, permiten que cualquier aeronave sea guiada desde tierra... sin la intervención de piloto humano alguno. Los cinco técnicos, eran los responsables del «Global Hawk», un misterioso avión espía sin piloto, que sería usado en las próximas guerras del nuevo siglo. También los cinco estarían unidos a un destino común.







Himnos blasfemos a Leviathan

James Witlock recibió una llamada desde Washington, D.C. en carácter urgente.

—¿Señor Witlock? Buenas tardes, y perdone si molesto. Soy Wladymir Mitchkowski, único hermano de un almirante retirado, asesinado por las fuerzas oscuras que gobiernan este país. Él me había pedido, la última vez que nos comunicamos, que si algo le pasaba, recurriera a usted. Necesito hablarle personalmente y le rogaría una entrevista donde guste. Un amigo de mi hermano, también militar, me dio su número privado.

—Mucho gusto, Mitchkowski. Siento mucho, empero, tener que decirlo en estas circunstancias. Su hermano fue víctima de los propios servicios que lo contaron como servidor, y créame que duele tener que mencionarlo. ¿Dónde puedo ubicarlo?

—Estoy en la capital, más desorientado que mojarrita en el océano. Tengo mi *pick-up* y puedo viajar a New York con ella. Si le parece, en dos días estaré por allí. Mi viejo vehículo no puede andar

demasiado rápido. Cuando llegue, lo llamaré. Y gracias desde ya. Veré si puedo recuperar una limusina japonesa de mi hermano, de entre sus pertenencias. Si lo logro, venderé o regalaré la *pick-up* a alguien más menesteroso que yo. Le agradezco su atención.

—Igualmente. Creo que aún estamos a tiempo para desenmascarar a sus asesinos. Cuente conmigo.

Witlock quedó algo preocupado y poco pudo concentrarse en su novela, por lo que decidió dar una vuelta a pie para desentumecer su cerebro. Stephaine había salido a comprar cuartillas y otros implementos de papelería, por lo que cerró su apartamento y, tras cerciorarse de no hallar extraños en los pasillos del edificio, alertó al conserje de no dejar pasar a nadie que fuese desconocido hacia su ático. Éste, que estaba al tanto del intento de atentado explosivo anónimo, asintió sin dudar.

Más tranquilo, echó a andar sin rumbo fijo por las calles del elegante barrio de Queens, no molestándose en mirar escaparates, ni a las curvilíneas doncellas de ligeras prendas que practicaban patinaje o aeróbica por las poco transitadas arterias del sector. Sabía que el FBI no pincharía su teléfono privado, por lo que no tenía inquietud alguna al respecto. En cuanto a la CIA y la FEMA, deberían pedir orden judicial dando explicaciones a un juez, cosa que de seguro evitarían, salvo que hiciesen escuchas clandestinas, lo que podría costarles dolores de cabeza a esas entidades casi fantasmagóricas. La CIA por mandato constitucional no puede actuar intramuros, en caso de violar la privacidad de un ciudadano honorable sin causa justificada, se las vería ante un tribunal. De todos modos, sabía que se hallaba en lista negra para ser neutralizado. La fallida

bomba en su *penthouse* era sólo el comienzo.

Tras una media hora, se detuvo en un *snack bar*, donde se sirvió una copa de agua tónica, ocupando una mesa sobre la ancha vereda del local. Distraídamente llamó a un voceador para comprar algunos periódicos, a fin de ilustrarse acerca de la actividad política de los halcones, por lo menos en el Capitolio.

Pocas dudas le cabían ya respecto a las intenciones de éstos de tocar a rebato, llamando a la nación a hecatombe. A lo lejos, los altos edificios de Manhattan contrastaban con el brumoso horizonte de *smog* y vapor. Pese a su aspecto frío, sucio y triste, gustaba de la Gran Manzana y no pensaba aún salir de ella. Al menos no, mientras no lo molestasen los asesinos a sueldo de la CIA.

Miró distraídamente algunos titulares del *New York Times* y del *Washington Post*. No tenía mucho interés en las páginas deportivas, pero las páginas de *National Affairs* lo atraían, cual lámpara a las mariposas fototrópicas. La calle aún estaba poco transitada por vehículos y el aire más o menos limpio de humo, gracias a la brisa que soplaba desde el estuario del Hudson; un río, tan contaminado, que ni un cerdo decente se refrescaría en sus aguas.

De pronto, sintió la molesta idea fija de alguien que se cree observado subrepticamente. Sacó con disimulo un pequeño espejo parabólico de su bolsillo y se puso a rastrear su entorno usándolo como retrovisor. Gracias a que su asiento daba bien de frente a la calle, pudo percibir hacia su izquierda un sospechoso automóvil negro de ocho cilindros, con vidrios polarizados, como a unos ochenta metros, y que hacía muy poco no estaba allí.

Lo observó de soslayo, como quien no quiere la cosa. Parecía que

el conductor estuviese acechando algo o a alguien. Recordó que los Mitchkowski habían sido atropellados ¿accidentalmente? el mismo día, hora, y quizá con pocos minutos de lapso entre ellos. Un pequeño catalejo monocular que siempre portaba en su chaqueta le vino de perillas para observar al carro que —sospechosamente, por cierto—, estaba con el poderoso motor V-8 en marcha, como si la gasolina la regalaran los servicentros de New York. Pudo observar el tenue vapor del escape que lo puso en guardia.

No pudo percibir al conductor a causa de los vidrios polarizados, pero de todos modos decidió estar en alerta roja. El siniestro carro negro no auguraba buenas intenciones, y esa sensación de ser vigilado no cesaba.

Se levantó perezosamente como para dirigirse al interior del local y abonar su pedido, aunque ya lo había hecho antes de tomar asiento. Una vez adentro compró una botella de vodka ruso de buena calidad y un encendedor a gas, como para fumar, cosa que tampoco hacía.

Tras destapar la botella en el *toilette* del *snack bar*, sacó un poco de papel higiénico y lo puso bajo la tapa de rosca, en lugar del tapón-gotero que arrojó al canasto de papeles usados.

Salió del local, sin prisa pero con sus músculos en tensión, como tigre al acecho, arrojando de paso la tapa de rosca a un basurero público, mientras empuñaba el encendedor cubriéndolo con sus diarios.

Se dirigió parsimoniosamente en la dirección en que se hallaba el vehículo, aunque hacia la vereda opuesta, para observar mejor al conductor. No había avanzado más de veinte metros cuando el enor-

me carro salió de su aparcamiento a toda potencia dirigiéndose hacia él a media velocidad y en aceleración constante.

Como lo sospechaba, el carro vino en su busca, por lo que arrojó la botella con el papel higiénico, ya encendido, en su pico. Apenas tuvo tiempo de saltar a un lado cuando la botella se estrelló quebrándose contra el vidrio del parabrisas haciéndolo añicos, penetrando en el interior y estallando en una masa ígnea de alcohol de setenta grados.

El conductor no tuvo tiempo de esquivar el improvisado *cóctel molotov*, quedando atrapado en medio de las llamas del vodka, yendo a estrellarse casi enfrente al *snack-bar*, contra una columna de alumbrado y una boca hidrante, que por fortuna lo detuvieron antes de embestir al local.

Nadie pudo percibir su vertiginoso gesto de arrojar la botella contra el auto, por lo que aprovechó el pandemonio reinante para hacer mutis por el foro. Diez minutos más tarde estaba en su apartamento descansando de las primeras emociones fuertes del día.

Desde el balcón de su *penthouse* pudo contemplar el desfile de los autobombas, que convergían ruidosamente al lugar del “accidente”. Lapierre aún no había llegado, por lo que disfrutó del espectáculo de los bomberos rescatando un cadáver chamuscado, del interior del montón de chatarra en que se convirtiera el automóvil, sospechoso y convicto de intento de asesinato con la dosis de alevosía correspondiente.

Ahora sí, analizando bien la cuestión, decidió que era hora de mudarse a otro sitio algo menos insalubre. Pero ¿habría en todo el país un sitio libre de las amenazas de la FEMA o la CIA? Lo duda-

ba. ¿Lo habría en algún lugar del planeta? Tampoco, quizá.

Andrés Colina esa calurosa noche de agosto abrió la página *web* del foro *www.peopleagainstwar.org* en casa de los amigos Dan y Helen. Estaba deseoso de encontrarse con el escritor de ficción James Witlock y debatir con él el concepto de “globalización salvaje vs. globalización solidaria”; además, deseaba aclarar el alcance de la palabra “terrorismo”, que ciertos sectores iniciaban a esgrimir como pretexto para desatar un terrorismo de Estado en todas las naciones, al estilo *Big-Brother*. Quizá algo peor.

Un ex juez paraguayo, de apellido Rodríguez-Kennedy, vinculado a la tiranía pasada, preparaba un proyecto de Ley Antiterrorista, dictada por Washington, a través de su procónsul imperial, el excellentísimo señor embajador.

Le recordó nuevamente a Jan Cristian Smuts, el coronel sudafricano *bóer*, veterano del Transvaal, represor de los negros, artífice del *apartheid*... que acabó redactando la Declaración Universal de los Derechos Humanos, para las Naciones Unidas. ¿Cómo pueden hablar de “proteger a la democracia” quienes la han violado sistemáticamente? ¿Cómo puede un cerdo pontificar acerca de la higiene y la asepsia? ¿Cómo puede el buitre abominar asqueado la carroña?

Recordó las leyes 209 y 294, paridas en el lecho de la *nueva constitución* del 77, garantizando el vitaliciado de una de las tiranías más longevas que dinosaurio perjurásico alguno —de los pantanos del oscurantismo político—, haya detentado en esa época. Estaba entonces en auge la “Seguridad Nacional” emanada de los

paranoicos cerebros de la Guerra Fría, el *maccarthismo* y la Doctrina Monroe, batidos con hielo picado en un *drink* de miedo profundo, con amargura al gusto.

Recordó las becas a militares y policías latinoamericanos, a los Estados Unidos y Taiwan, en las décadas Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, para aprender las sublimes artes de la tortura, en su más creativa y administrativa crueldad. Muchos *neutralizados* hubo entonces, por desagradar a Tío Sam. En El Salvador, los escuadrones de la muerte de *las 14 familias* aterrorizaban, torturaban y asesinaban, con beneplácito del Departamento de Estado, el entonces embajador John Negroponte* y Nuncios Apostólicos del diablo.

El anticomunismo era por entonces credencial de la impunidad criminal y justificativo de excesos “por razones de Estado”, bajo la advocación de *St. Uncle Sam & CIA*.

Andrés Colina se estremeció al recordar hechos de salvajismo irracional cometidos en el Paraguay y el resto de América. Desde el 11 de setiembre de 1973, a las ocho cuarenta y cinco de la mañana, en que los esbirros a sueldo de la CIA abatieron a la democracia en Chile. Dicho sea de paso, muy pronto sería un aniversario más de dicha gesta de la infamia.

Desde la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos de América tomaron el primer puesto de *thalassocracia* púnica que detenía Inglaterra hasta entonces. Su disputa —por cuestiones más hegemónicas que ideológicas, justo mencionarlo—, con los soviéticos y luego con chinos motivó un férreo control, no sólo en el *back-yard* sino en cualquier trozo de mapa que estuviese a mano.

* Actualmente, Negroponte dirige las 15 agencias de Inteligencia de los Estados Unidos, lo que incluyen desde la N.S.A. y todas las demás, hasta la omnipresente CIA.

Los *tovarich* no le fueron en zaga y trataron de ensanchar sus dominios, en su área de influencia eurasiático y hasta en el sudamericano y africano. Pero la lectura de Colina era sencillamente la división geopolítica en dos bloques —no tan antagónicos como trataron de hacer creer ambos—, sino de torva complicidad bilateral encubierta, para lucrar en ventas de armamentos y otros artículos de primera necesidad, miedos mediante.

Todo era cuestión de repartir la torta planetaria y seguir jugando ajedrez, con misiles nucleares de cien megatonnes, a guisa de trebejos, buscando un equilibrio asimétrico y muy poco equitativo. No de armar conflictos poco manejables, que se les fueran de las manos, salvo Vietnam. Y lo hicieron tan bien que todo el mundo creyó de veras en dicha rivalidad. Hasta los artistas e intelectuales de izquierdas, gerentes, gerontes y latifundistas de derechas. Y ni qué decir de militares, policías, espías y soplones de ambas márgenes del Río de la Intolerancia.

Sólo el pragmatismo neutral permaneció en medio como árbitro parcial de ambos bloques de poder. Allí jugaron su partido los sinarcas y su corte de *yuppies*, pateando a ambos arcos... hasta que se derrumbó uno de ellos, para solaz y regocijo del otro... y victoria pírrica de los árbitros.

Andrés Colina asentó sus reflexiones en breves líneas y se puso a leer los otros mensajes que se divisaban en pantalla.

A eso de la medianoche halló el *nick* de James Witlock entre los remitentes de mensajes: *Flagburn*. Pronto se hallaron *chateando* a la par y en tarea esclarecedora de conceptos filosóficos, éticos pero sobre todo humanos. Su amigo Huntington hacía de traductor de

sus castizos conceptos al idioma shakespeariano del foro.

“Tenemos el deber de hacer saber al mundo que nuestro gobierno está planeando una guerra a fin de obtener ganancias con la sangre de nuestro propio pueblo. Para tal fin, crearán situaciones-límite y mega-atentados contra sí mismos. Creen que las razones de Estado justifican métodos, tan maquiavélicos cuan macabros”, expresaba *Flagburn* a los participantes. Si James Witlock tendría que ser víctima de los halcones, por lo menos habría soltado prenda antes, aunque se abstuvo de mencionar a Clave Uno.

“Sabemos que Leviathan está despierto y acechante, listo para beber en el cáliz de la angustia humana. Sus sacerdotes están entonando himnos blasfemos e invocaciones impuras, a las fuerzas innombrables que se desatarán sobre el mundo en poco tiempo más” alertaba *Old Duck* (Lapierre) a quienes tenían oídos para ver (sic).

“Que la Justicia empuñe la espada ahora, para segar las cabezas de los traidores cipayos, que lucran con actos de entrega a oscuros intereses exógenos. Nuestros pueblos gimen en esclavitud laboral, pero lo más terrible es la esclavitud mental, que aún mantiene cautivos a millones de seres humanos, encadenados a conceptos, prejuicios, marcas de moda y medianía intelectual”, planteaba Andrés Colina, sin seudónimo alguno, para quien la justicia era la necesidad primordial del ser humano. Luego lo demás vendría por añadiduras. Sin justicia no habría paz, ni democracia, ni progreso social alguno.

Esta vez el foro pudo proseguir hasta casi la alborada, por lo que el periodista debió despedirse para abordar su trabajo en el diario. Si bien bostezó toda la mañana, para después de mediodía esta-

ba de nuevo con las pilas puestas.

Se sentía eufórico de todos modos. Había recibido una invitación de Witlock para conocer New York y Washington, para setiembre de ese año. ¡Todo un mes de *tour*, por cuenta de su desconocido amigo! No dudó en notificar a su jefe de redacción acerca del convite, a fin de obtener el beneplácito de los caciques del diario.

Le respondieron gentilmente que lo pensarían, dándole la respuesta en los últimos días de agosto o la primera semana de setiembre. Esto no lo conformó en demasía pero quedó pendiente. De todas maneras, el foro seguía allí, al alcance de sus manos. Mejor dicho, de sus dedos.

—¿Ud. pensó que no iríamos a descubrir su juego, *herr* Klausmann? —le espetó el Presidente al director adjunto de la CIA—. Hace meses que la FEMA está pescando acerca de su *currículum*, y sabemos que planea sustituir al *lobby* judío de los servicios secretos e imponer a sus perros neonazis entre los Elegidos.

—No entiendo Señor.. —tartamudeó inseguramente, el hasta entonces soberbio Klausmann—. No entiendo... lo que quiere usted decir con eso de...

—¡Quiero su renuncia, Klausmann! ¡Y la quiero ahora mismo! —ladró en inglés-tejano-básico el Presidente—. Usted sabe demasiado acerca de Clave Uno, que estuvo manejando discrecionalmente hasta ahora, so pretexto de entrenar al elegido por el Consejo. A partir de ahora su vida no valdrá lo que un par de zapatos viejos. Si se tiene un mínimo de aprecio, cuide sus pasos. Si llega a caber el

mínimo error en el cronograma de Clave Uno, hasta Omega, puede hacerse sus propios ritos funerarios, toda vez que hallen sus restos, no muy identificables para entonces. Lo mismo vale si sale de sus entrañas la más mínima palabreja acerca de nuestro secreto.

—¡No puede ser, señor Presidente...! No es cierto que... —susurró apenas con gesto compungido Klausmann—. ¡No es cierto!... —y diciendo esto, se abalanzó desesperado contra el Presidente, quien, sorprendido, apenas atinó a esquivarlo.

Klausmann en el frenesí galopante de su desesperación, hizo o trató de hacer un minigolpe de Estado de entrecasa. No contó con los gorilas de la CIA, que ahora custodiaban al Ejecutivo, en vez de los del FBI que normalmente lo hacían de rutina.

Dos cuerpos de peso pesado emergieron de entre el espeso cortinado barroco de la sala Lincoln, donde estaban ambos, aparentemente solos. Pero el astuto Klausmann debió haber previsto que el Presidente nunca está solo en la Casa Blanca y que, hasta en sus asuntos de bragueta están presentes sus guardias *de corps*. Eso sí, mimetizados entre el mobiliario o cortinados.

Los dos agentes se precipitaron contra él y en cuatro golpes de *karate-do* lo enviaron detrás del general Lewis, a ver crecer las raíces de los cipreses de Arlington, desde un cómodo ataúd provisto de mirador.

—Será un traidor neonazi, pero las apariencias hay que guardarlas aquí en Washington, D.C., pues nuestros próceres lo merecen —comentó el Presidente, cuando le hubo pasado el *cag*... el susto—. Digan que sufrió un *shock* hemipléjico múltiple y dedíquenle las honras de caído en acto de servicio. Llévelo a Arlington. Si es

posible, cerca de nuestro *hermano* Levi. Créanme que me gustaría presenciar un *match* de ultratumba entre ellos.

Manolo Goreiro, de profesión enfermero ayudante de psiquiatría, tachó la fecha del día en un almanaque, ajado y perezoso, que no acababa de avanzar hacia el futuro cercano. Su casita de las afueras de la base-fortaleza-laboratorio de Fort Detrick era acogedora y confortable. Desde su llegada de la lejana Galicia, años atrás, estudió (con esfuerzo sobrehumano, no cabe duda) y trabajó hasta hacerse paramédico. Justamente por sus no muy encandilantes luces, su soltería recalcitrante y su escaso inglés, fue admitido en el supersecreto *búnker* militar, conocido como USAAMRID*, por el mismísimo Dr. Schultz, quien fuera uno de sus instructores en la Universidad estatal de Maryland.

Era tan bruto que, cuando su jefe Timothy Schultz le prevenía de atizar a los pacientes “sólo si éstos se ponían pesados”, daba de coces a los mismos cuando, al alzarlos para trasladarlos al gabinete del difunto Dr. Schultz, le pesaban un poco más de lo normal o si se sentía cansado para hacerlo. Entonces, daba tal zaranda a los pobres pacientes (para Goreiro, eran simplemente “los turcos”), que los debían recauchutar quirúrgicamente cada quince días, aunque no de gravedad, eso sí.

El caso es que el Dr. Schultz también lo había sometido a sesiones de “programación” al galaico, convirtiéndolo en “llamador”. Es

* Supuestamente es un Centro Médico para Investigaciones y tratamiento de Enfermedades Infecciosas, aunque en realidad es un laboratorio de armas químicas y biológicas, en Fort Detrick, en el estado de Maryland. N. del a.

decir, *cierto día* prefijado en su subconsciente debía llamar a cada uno de los pacientes a sus domicilios, donde fuese, por sus celulares satelitales. Tras esto, debía decirles “***La vida daré, por la gloria de Allah, el Único***” en árabe, hasta tres veces, tras lo cual debía simplemente cortar la comunicación. Este *ritual* debía ejecutarlo una semana antes de Omega, a fin de sincronizar la precisa operatividad de los sujetos. Y la fecha estaba al llegar, inexorable como las parcas.

Manolo Goreiro no tenía una idea muy clara al hacer esto. Simplemente, el finado se lo había “sugerido”, y también él había sido “llamado” por una misteriosa voz, poco antes de la desaparición de su ex jefe. Todos los actores del drama que se avecinaba estaban activados desde mediados del verano boreal, en el escenario de las acciones. Faltaban pocos días para...

Su ralentada mente zapallar sólo le “ordenaba” y él obedecería. Se lo había repetido a sí mismo, miles de veces, en largas, largas sesiones de bostezos e insomnios, con el Dr. Schultz. No había otra salida. No. No la habría nunca. Estaba consciente de saberse amarrado por invisibles hilos a su destino.

Tras haber llamado a todos los individuos (sólo contestaron diecisiete de los veinticuatro) en la fecha fijada en su cerebro, debía vivir una semana más, antes de suicidarse por razones de mejor servicio. La sugestión hipnótica era irresistible y más aún para él.

Goreiro estaba consciente de ello y se resistía a quitarse la vida así como así. Quería gritar ¡NO! a los fantasmas que lo acosaban, noche tras noche, desde aquel día en que le quebraran su moral en Fort Detrick. Quería decir NO, pero sabía que todo sería inútil.

Acabaría finalmente por salir corriendo a embestir contra un camión en marcha o enfrentar algún tren, cual quijote manchego sin lanza en un paso a nivel.

Esa resistencia le resultó fatal a muchos, pues adelantó en tres días sus llamadas; lo que significó adelantar en tres días la ejecución de lo planificado, por parte de los sujetos. Y él... adelantó en tres días su inevitable e inexorable *harakiri*. Se inmolaría prematuramente, antes de resistir más a la llamada hipnótica que lo atormentaba desde el más allá. Tras esto, se quedó profundamente dormido en su lecho, sin tomarse siquiera la molestia de desvestirse.

Hassan Mahfud y Walid Ben Mullah fueron los primeros en abandonar el *Snow Crystal Hotel*, en las cercanías de Mount Cheney, en el estado de Washington, en un helicóptero privado. En Seattle abordarían un avión que los llevaría a Denver a todos juntos. Una vez allí, se separarían en grupos de a dos o tres. Ninguno llevaba más que un pequeño maletín y un bolso de mano. Tampoco se dijeron una palabra entre ellos e iban con sus miradas perdidas como en éxtasis místico que, de hecho, lo era.

Ahmed Fuzzaid se dirigió en dirección a Boston, horas después que los dos primeros. También éste parecía tener ojos de vidrio en lugar de pupilas orgánicas. Tampoco llevó excesivo equipaje. Para lo que le ordenaron hacer, poco o nada precisaría.

Muhammahd Al Uleima salió acompañado de Saddam Ben Tariq, pero éstos, en cambio, se dirigieron rumbo a Newark. No llevaron nada consigo, más que sus pasaportes y un pequeño maletín con

documentos y tarjetas de crédito. No volverían a verse entre ellos hasta el próximo vuelo.

Andrés Colina viajó finalmente a los Estados Unidos el 2 de setiembre, en un vuelo pre pago de American Airlines. El otoño boreal caería muy pronto y gustaría de conocer los cálidos colores del paisaje de Nueva Inglaterra, Maryland y luego la Gran Manzana. En el país del norte lo aguardaría el propio Witlock con su amigo Lapierre. Obviamente, haría escala técnica en Miami, desde donde volaría a Dallas-New York.

Sabía ya que su desconocido amigo había sufrido dos intentos de atentado y esto lo preocupaba sobremanera. Era duro jugar de blanco móvil y, más aún, si era la CIA la que apuntaba hacia uno. También supo que otra persona proveniente de Montana estaba haciendo escala en el amplio apartamento de Witlock, investigando el asesinato de un hermano mayor, también vinculado a los servicios secretos.

Dan y Helen lo seguirían, a través de Internet, en su periplo norteño, pues se sabían estrechamente vigilados por elementos de la secta Moon, quienes finalmente dieron con su domicilio. Parecía absurdo sentirse perseguido por una entidad denominada “iglesia”, pero no debían olvidar que residían en uno de los planetas más absurdos del cosmos: la Tierra. Por algo Franz Kafka escribió lo que escribiera.

Varias veces los Huntington recibieron llamadas anónimas —si no amenazantes, por lo menos intimidatorias—, en su nuevo domi-

cilio de las afueras de Asunción. Por tal motivo, se mudaron más al interior, es decir: hacia una ciudad vecina llamada Luque, donde evitaron el microcentro por razones obvias. De todos modos poco daño podrían hacerles los vengativos *moonies* en el Paraguay. Por lo menos así lo creían.

Cronométricamente Andrés Colina, apenas llegó a Miami, hizo transbordo en otro Boeing 767 de American para proseguir hacia New York. Allí lo aguardarían sus nuevos amigos *Flagburn* y *Old Duck*, los alias de Witlock y Lapierre en Internet, que muy pronto se convertiría en uno de los últimos reductos de libertad de expresión sobre la Tierra.

Tras llegar al *Kennedy Airport* (antes llamado *Idlewild*), se dirigió al espigón de vuelos internacionales, donde los extranjeros debían hacer sus trámites de ingreso al país. Su aún torpe inglés aprendido entre *chateo* y *chateo* apenas le daría para pedir algún *fried chicken* en un *snack-bar*, pero le alcanzaría para estrechar las manos de Witlock y Lapierre con una sonrisa torpemente balbuceada. En efecto, ambos lo esperaban en el *lobby* de salida buscándolo por las señas visibles de su aspecto, ya que tenían una foto suya.

Tras los saludos y manifestaciones de alegría, salieron los tres a buscar un taxi. Por precaución, Witlock había vendido su automóvil y sólo viajaba en taxímetros por la ciudad. No fuese que les sucediera algún accidente alevoso por ahí, aunque algunos federales lo protegían discretamente, que no todo estaba podrido en Dinamarca, parafraseando a Shakespeare. Lapierre hacía de intérprete por saber hablar castellano, ya que estuvo varios años en España y en el Marruecos español. Definitivamente, el periodista paraguayo debía

aprender inglés básico en forma urgente, pensó Witlock. Pero como tampoco el Presidente de los Estados Unidos hablaba muy bien el inglés, podría disculpársele a Colina, quien por lo menos era extranjero. Los tres descendieron en Queens, a varias calles de distancia del domicilio del escritor, pero caminaron un poco para desentumecerse y de paso dar a conocer al recién llegado algunos aspectos de la Gran Manzana. Por supuesto que New York podría compararse muy bien con Babel (Babylon) del mundo antiguo. Si no en esplendor, por lo menos en suciedad, confusión y corrupción.

En esa megalópolis denominada «La Gran Manzana», se hablan todos los idiomas de la Tierra, especialmente en la ONU, pero nadie se entiende con nadie y la confusión, por lo menos aparente, reinaba en sus caóticas calles y avenidas llenas de botes de basura colmados esperando al recolector, con papeles y bolsas plásticas volando al viento, cual si tuviesen vida propia y ganas aladas de bailar. Casi parecía Asunción en huelga de basureros.

Tras una buena caminata, abordaron otro taxi, dirigiéndose finalmente al *penthouse* de Witlock. Allí se hallaba alojado provisoriamente Wladymir Mitchkowski mientras realizaba los trámites para deshacerse de la residencia de su hermano en Washington, D.C., *muy lejos de Dios y muy cerca del Pentágono*, como diría Porfirio Díaz refiriéndose a su patria y a su vecino boreal. Colina permanecería en los Estados Unidos casi un mes; al menos tenía la visa en regla y aprovecharía para aprender lo que pudiese del idioma antes de regresar. Por fortuna, el escritor disponía de buen pasar gracias a que sus obras se vendían como pan caliente e incluso ya tenía contratadas dos novelas más, con un jugoso anticipo de su editor.

Por tal motivo hizo venir a un latino de un lejano país llamado Paraguay, para recabar de éste algunos datos sobre la injerencia política de los Estados Unidos en Iberoamérica, cosa que muy poco se comentaba en el país. Witlock tenía en mente un relato ficticio sobre el terror desatado en el Cono Sur, durante las dictaduras paridas por la Guerra Fría en todo el continente, desde México a la Argentina, pasando por todos los países víctimas del intervencionismo desembozado de la CIA y el *State Department*.

Su próxima saga comenzaría en los años cincuenta, a través de las peripecias de una familia, hasta la época de James Carter y la imposición casi forzada de “los derechos humanos” a los demasiado adictos gobiernos tiránicos del Sur. Pero para entonces la familia protagonista se había extinguido, sobreviviendo apenas una recién nacida, fraudulentamente tomada en *adopción*, en manos de una pareja formada por una burócrata y un ex torturador militar uruguayo: la nieta de un poeta en el exilio, quien finalmente la halla... muchos años después, siendo rechazado por ésta.

Una vez instalado en el apartamento, Colina decidió tomarse un breve descanso, antes de partir con Wladymir Mitchkowski y Lapierre a la capital para acompañarlo en sus trámites de venta de la residencia de su hermano y demás enseres lo que no demoraría más de un día o quizá dos. Su parentela había sido diezmada, explicó al paraguayo, gracias a los malos oficios de asesinos a precio fijo, al ¿servicio? de alguna organización gubernamental. Algo hubo averiguado en Carbondale sobre el atentado contra su sobrino Charles, pero seguiría atando cabos hasta dar con el o los responsables morales de la masacre. Y de seguro lo pagarían, aunque luego tuvie-

se que ser ejecutado por ello.

Colina trató de disuadirlo de hacer justicia por mano propia, para que confiase en la justicia norteamericana, con harta fama de ecuanimidad.

—Es cierto, *Mr*: Colina —exclamó Mitchkowski con énfasis—, que existen algunos jueces justos. Pero conseguir pruebas que incriminen al servicio secreto es una misión imposible. No existe transparencia en los actos ejecutivos, y si están planeando atentados apocalípticos para desatar otra guerra, es que son o serían capaces de cualquier cosa para favorecer a los intereses del complejo militar-industrial. No puedo esperar justicia. ¿Acaso la hubo para las víctimas del ataque del FBI contra una secta fundamentalista de Waco? Allí fueron inmoladas decenas de personas inocentes. Tuvo que ser un traumatizado héroe del Golfo el que vengase tal injusticia, echando abajo el complejo del FBI en Oklahoma, siendo posteriormente ejecutado por ello.

—Conozco el caso Mc Veigh —respondió Colina en un inglés algo chapurreado aunque comprensible—, pero ignoraba los antecedentes, mas algo supe de la masacre de los *Davidianos* de David Koresh, una especie de *talib* cristiano, aunque en versión local. ¿Pero acaso el vengar a su familia les devolverá la vida...?

Lapierre, en tanto, traducía su charla en simultáneo cuando Colina erraba el tiro o confundía términos.

—Quizá no —afirmó el granjero—. Pero habrá algunos asesinatos menos en el país y quizá menos asesinados por causas políticas. ¿O ustedes los latinoamericanos creen que aquí no ocurren esas cosas?

—Yo, por lo menos, lo ignoraba —dijo Colina—. Pero si Ud. lo afirma...

—También existen presos políticos. Especialmente negros contestatarios, independentistas portorriqueños y anarquistas obreros. Sólo que les fabrican delitos comunes para incriminarlos. El ex secretario de Estado adjunto (negro) de Jimmy Carter, Terence A. Todman, lo dijo con todas las letras: “*En los Estados Unidos existen más de doce mil presos políticos*”. Si él lo dijo... y esto fue en 1976 con Carter. Imagine cuántos habrá en la actualidad. Para su ilustración, podría recomendarle el libro “Soledad Brother” de Gabriel Jackson, un negro activista que murió en prisión, asesinado por *conspirar* contra un sistema de discriminación y por no dejarse doblegar por sus carceleros. Es un testimonio real, como muchos que no salen a la luz en el extranjero.

—Lo buscaré —dijo Colina, ya casi convencido—. Lo que ocurre es que los Estados Unidos tienen fama de demócratas y legalistas, al menos en el resto del mundo.

—Sí. Esa es la imagen que venden del país. Pero la corrupción, gubernamental y privada, es tan similar, o peor, que la de Burkina Faso, Camerún, Nigeria, Ghana, Botswana... o Paraguay. Sólo que aquí poco trasciende a la prensa. Y si trasciende, se la convierte en asunto de braguetas, como los de la familia Clinton. Entonces el sensacionalismo morboso tapa lo otro. Ya lo verá.

—En el Paraguay supimos los chanchullos de la familia Clinton, especialmente en sobornos políticos, especulaciones inmobiliarias (Caso Whitewater) y narcotráfico-armatráfico en Nicaragua a través de Roger Clinton, medio hermano del ex Presidente, y Euge-

ne Hasenfuss un ex piloto de la CIA, preso en Nicaragua.

—Entonces —aclaró Mitchkowski—, algo saben, y por lo menos conocen la cumbre del *iceberg*, o sea el ocho por ciento de lo que realmente hicieron. Ahora, la culpable, pero no convicta, es senadora por New York y con toda probabilidad aspirará a la presidencia. Esto le dará una pálida idea acerca de quiénes tienen en sus manos el país... y ahora quieren el mundo entero. Para eso, crearán algún incidente.

—Tengo entendido que planean nuevas guerras para obtener petróleo —dijo Colina, como si no lo creyera del todo.

—Por eso mataron a mi hermano, cuando desertó del plan por no poder cargar tanto peso en su conciencia. Y eso que se creía un “duro” al principio, al estilo Oliver North, McNamara, o Walter Bedell Smith. Cuando se retiró de la armada, pasó a trabajar en la CIA, quizá creyendo que nuestro sistema era lo mejor y que había que defenderlo de cualquier manera, limpia o no.

—Entonces —exclamó desalentado Colina—, estamos perdidos.

—No, *Mr.* Colina —replicó el granjero—. Todavía existen muchos ciudadanos honestos en este país, y tarde o temprano, con votos, rifles o como fuera, acabaremos con los corruptos, los halcones, la mafia y cuanto ensucia al gobierno federal. Ya lo verá. No puedo decirle cuándo, pero las milicias cívicas norteamericanas ya están en estado de alerta. Y no será un ejército de mercenarios el que detendrá la Segunda Revolución norteamericana. Estamos hartos de la oscura política intervencionista, cuando ni siquiera nosotros estamos seguros y protegidos de la delincuencia y la locura social.

Mientras los ciudadanos sufren asaltos, violaciones o crímenes alevosos, nuestra policía mira para otro lado, y las fuerzas privatizadas del ejército están lejos de aquí, defendiendo intereses ajenos a nuestro pueblo.

—Es cierto Wladymir. Pero es difícil contrarrestar la propaganda que muestra a los Estados Unidos como el *summum* de la democracia, la libertad y la justicia. Los historiadores construyen mitos de acuerdo a los intereses del poder en función de gobierno, aquí, en el Paraguay... y en todas partes.





Las fraguas de Hefaistos entran en producción

Peter Brithnik, el nuevo enlace de la CIA con la Casa Blanca, también un Elegido del Primer Círculo, salió de gira para asegurarse que la producción de armas de alta tecnología cubriría las expectativas de una futura guerra, eventualmente cercana.

Todo debería estar fríamente calculado para mejorar el rendimiento laboral y técnico del país. Brithnik era meticuloso en los detalles, como fiel lector de Ben Franklin: *“Por falta de un martillazo más, se perdió el clavo, lo que hizo que se perdiera la herradura. A raíz de esto se perdió el caballo, lo que hizo que se perdiera el jinete. Por causa del jinete perdido se perdió la batalla, lo que redundó en la pérdida de una guerra”*. Recordaba haberlo leído de niño en el *Poor Richard’s Almanac*.

No. Él era cuidadoso de los mínimos detalles, y seguiría siéndolo mientras viviese. Por algo el Presidente habría confiado en él, a despecho del racista Klausmann y su *lobby* germanófilo neonazi.

Primero visitó las instalaciones de la Boeing en Seattle y Wichi-

ta, para luego desplazarse a California, a las fábricas Lockheed de Pasadena, encargadas de la fabricación del cazabombardero F-117 *Nighthawk* y aviónica punta. Tenía apenas diez días para dejarlo todo en orden, antes de retornar presto a Washington, D.C. De los entrenamientos militares y navales se encargarían el secretario de la Defensa Don Rosenfeldt y los tecnócratas del Pentágono, que para eso estaban ahí. Peter Brithnik no era militar nato, sino más bien un politécnico: general de brigada de infantería del US Army, doctorado en ciencias exactas y experto en criptografía e informática; poseedor además de varios títulos administrativos y de Altos Estudios Estratégicos en Fort Bragg y Fort Benning. Si bien poco afecto a empuñar armas, las conocía a fondo, así como el *know-how* para manejar a quienes las empuñaban. También era miembro de número del Comité Bilderberg, pero esto, no podía proclamarlo a los cuatro vientos pues se suponía que dicha entidad no existe administrativamente, como la FEMA.

También visitaría las instalaciones de Rockwell, fabricantes del B-1; las factorías Northrop, en Palmdale, California, que elaboraban el oneroso B-2, con un costo unitario de casi quinientos millones de dólares. Tanto como veinte cazabombarderos de quinta generación *Strike Eagle* F-15.

Por supuesto que los viejos B-52 H, remotorizados con turbosoplantes casi silenciosos y equipados con electrónica de alta tecnología, serían la punta de lanza de ataques masivos en cualquier punto del planeta, a cualquier hora. Las negras y feas siluetas del viejo BUFF (*Big ugly fat fucker*) eran familiares para Brithnik, quien viviera en su niñez en Omaha, Nebraska, muy cerca de una base del

SAC, desde donde iban y venían estos monstruos de ocho reactores, en aquél entonces, ruidosos y desafinados.

Manolo Goreiro acudió normalmente a su trabajo de paramédico en Fort Detrick esa mañana. El sustituto del Dr. Schultz, Walther Würlich, especialista en cirugía del cerebro y lobotomización inductiva, tenía otras teorías acerca de la “programación” de individuos para determinadas tareas *non sanctas* con mando a distancia. Quizá para experimentarlas dentro del más riguroso secreto lo contrató el Pentágono, quien le facilitaría los sujetos necesarios para probar sus métodos. Tal vez, condenados a muerte, rescatados de la silla eléctrica o de un destino peor de conejillos de indias.

El Dr. Würlich sostenía que implantando electrodos de distintas valencias y *microchips*, en cerebros de individuos de poca capacidad intelectual o cognoscitiva teórica, posibilitaría inducirlos, por control remoto, a realizar tareas normalmente rechazadas, por principios éticos o morales aprendidos en la infancia, o simplemente por pereza.

Por supuesto, Würlich era un profundo conocedor de los más recónditos recovecos cerebrales, pero aún no tenía todas las claves del modo en que las conductas tienen asiento en determinadas áreas y no en otras. Lo cierto es que, muy poco se sabía aún, respecto de esa misteriosa fábrica de ideas, ni la relación entre los distintos hemisferios y el hipotálamo, donde residen los instintos, que finalmente deciden en situaciones-límite.

Pero Goreiro no se hallaba en condiciones de asimilar cuanto el Dr. Würlich trataba de enseñarle. No sólo por las tendencias suicidas y depresivas que, desde tiempo atrás, se apoderaran por asalto de su conciencia; sino simplemente por padecer galleguismo crónico de origen genético más que nada, poco afecto a atarear duro a sus neuronas y menos aún con libros o charlas sesudas.

Casi mecánicamente, asentía a las tediosas explicaciones del profesor Würlich sobre el funcionamiento del cerebro humano y cómo podría ser inducido por medio de implantes. No podía hilar pensamientos, salvo deseos de romperse la crisma contra alguna pared o lanzándose desde alguna altura considerable, como para que no le diesen ganas de arrepentirse por el camino y desistir.

Goreiro en el fondo detestaba su trabajo, odiaba a su jefe y a Fort Detrick. Hubiese preferido vender verduras o carne en algún mercado o ser portero en un edificio de apartamentos. Y este odio fue creciendo a lo largo de la semana en que iba decidiendo cómo acabar consigo mismo.

A veces soñaba pesadillas de edificios incendiados, explosiones y catástrofes no naturales, dejándole el sabor amargo de algo que no recordaba muy bien y que le había enseñado el finado Schultz, a quien apreciaba por no haberle dado tanto trabajo para aprender cosas y que lo había aceptado como era: simple y bruto, sin exigirle más de lo que ya sabía hacer.

Su porte genuflexo y su notoria simplicidad le habían otorgado la confianza de los adustos centinelas del fortificado y supersecreto *búnker-laboratorio* del Pentágono. Entraba y salía como Pedro por su casa y hasta llevando sus almuerzos bajo el brazo, cosa terminan-

temente prohibida en el recinto. Pero su neurosis iba creciendo en forma pasiva, como si debiese cumplir al pie de la letra con las instrucciones del finado jefe.

Ya había cumplido con llamar a quienes tenía que llamar, sin saber por qué y decirles cosas extrañas para él, como se lo habían enseñado. Ahora, simplemente *sentía* que estaba sobrando en un mundo extraño, que sólo le brindaba dólares cada fin de mes y comida basura cada día, en el *snack-bar* del recinto fortificado. Si fuesen pesetas, vaya. Pero esos billetes en inglés no los entendía para nada, salvo sus números.

Recordaba su niñez en la Galicia natal, sus jamones serranos, su aceite de oliva crudo y virginal, sus gazpachos, su paella con azafrán y mariscos y extrañaba todo eso que, allí, en ese extraño país, serían artículos de lujo. Ni siquiera podía beberse un buen vino, pues los americanos prefieren whiskies y *martinis* con soda o proletaria cerveza. ¡*Coños y hostias!*

Se acercaba el plazo que le había fijado Schultz, pero se resistía a quitarse la vida, sin pena ni gloria, como un cobarde más. Esa noche en su vivienda de soltero decidió que lo haría, pero no en solitario, ni estúpidamente como un enfermo mental depresivo. Querría una muerte heroica y gloriosa, como los caballeros andantes, aunque no sabía cómo hacerlo... hasta que su cerebro, abotagado por la depresión gallegácea, tuvo una idea: La Idea.

Sabía que los ex pacientes de Schultz debían morir en un acto de arrojo, aunque él los *activase* días antes de lo que le habían dicho. Pues bien, lo haría en los mismos días en que los «turcos» cumplieren lo encomendado. Huevos no le faltaban para ello. Manolo Go-

reiro sonrió por primera vez en mucho tiempo, al sentirse libre de la pesadilla que lo atenazaba. Sonrió, a pesar del odio que sentía por ese doctor de nombre impronunciable... y por su trabajo de ayudante de *Frankensteins* modernos, que juegan con seres humanos, con la frialdad de un niño que destroza juguetes. Y su sonrisa se iluminó como una llamarada explosiva en medio de la noche, con la luminosa aureola nimbada que sólo poseen los santos y los idiotas.

Colina estaba feliz como un niño con juguete nuevo en día de Reyes. Se hallaban en la cima del *Empire State Building*, viendo a la Gran Manzana desde las alturas, a través de la espesa bruma de humoniebla. A decir verdad, mucho no se podía ver, a causa del aire contaminado, pero la sensación de poder que lo embargaba era inhebrante, como licor exquisito de exótico sabor. Tenía pensado recorrerlo todo. Las Naciones Unidas, el *World Trade Center*, el *Rockefeller Center* (ahora propiedad de japoneses) y la Estatua de la Libertad, ese adefesio casi *kischt* de Bartholdi. Y su amigo James Witlock deseaba complacerlo en todo. Ya habría tiempo de sonsacarle datos de la sangrienta historia del Cono Sur.

No hubo más intentos de atentado desde el incidente incendiario en su barrio de Queens, tal vez debido a una discreta protección del FBI; de todos modos Witlock evitaba descuidarse. Lastimosamente esa perpetua tensión de sentirse acosado conspiraba contra su concentración. Cada vez le costaba más escribir una cuartilla diaria, o a lo sumo dos. Ya se hubiera mudado a las antípodas si creyese que allí estaría a salvo de los tentáculos de los servicios se-

cretos, pero amaba a New York, a pesar de su frialdad, de la suciedad y de la confusión. Además Shappiro y Rodzinski le prometieron velar por él.

Peter Brithnik regresó a Washington, satisfecho de los preparativos bélicos y del espíritu reinante en las altas esferas ejecutivas de las empresas visitadas. Hefaiostos trabajaba a cuatro manos y tiempo completo, en su forja de metales y rayos para Arés-Marte, el de la impúdica lanza y la fálica espada. Las legiones de guerreros se entrenaban en todas las unidades de acción rápida de la marina y el ejército. Las ruedas dentadas, del engranaje de transmisión de la máquina bélica más poderosa del planeta, se estaban lubricando para echar a andar. Casi nada faltaba para completar el panorama. Tan sólo el enemigo, pero eso era mero detalle. Los hechos estaban cantados de antemano.

Brithnik calculó los días que faltaban para Omega, y se sorprendió del poco tiempo que restaba para la fecha clave. Consultó con su agenda, donde estaba anotada la fecha: setiembre 14 del 2001, sin imaginar siquiera que siempre hay algún detalle nimio que escapa a la planificación más exhaustiva y meticulosa. Ese mero detalle, aparentemente insignificante, les costaría un dolor de cabeza imprevisto, ya que alteraría el rumbo de la historia. De **su** historia.

Manolo Goreiro maldijo al despertador que lo llamaba a cumplir con sus deberes laborales esa temprana mañana. Su mal hu-

mor se debía a que estuvo gran parte de la noche trabajando en su obra maestra, con la cual pensaba irse de este mundo sin pena, pero quizá con gloria.

De todos modos, no le faltaba nada para concluirlo, por lo que se duchó, vistiéndose luego para dirigirse mecánicamente a la vereda, donde lo recogería el pequeño ómnibus al servicio de la base militar, que pasaba cada mañana a recogerlo, a él y otros empleados del laboratorio. A nadie le llamó la atención su semblante sobrecargado de tensión y su paquete de vituallas que acostumbraba llevar consigo. No soportaba la comida-basura del *snack-bar* de la base, por lo que prefería hacerse emparedados de jamón serrano con ajo, tomate y cebolla, o algún platillo ligero de mariscos con arroz y azafrán de vez en cuando, o quizá un gazpacho frío.

Como de costumbre, apenas saludó a los otros pasajeros y se sentó bien al fondo del vehículo. Todo el viaje se lo pasó cavilando acerca de cómo haría para expedirse al más allá de la manera más espectacular posible y sobre todo *dónde* lo haría para dejar huellas profundas y resultados devastadores.

La presión post-hipnótica del finado Schultz era demasiado grande para él, y estaba harto de todo. De las hamburguesas con *ket-chup*, de su empleo, de su superior, de los centinelas, de la rutina, del olor a fármacos y formol. Estaba hasta el occipucio de Fort Detrick.

El ómnibus entró tras la alta valla del área restringida y se dirigió hacia el sector de los laboratorios, sorteando los controles de rigor. Goreiro desembarcó y se introdujo en el edificio en que transcurría su rutinaria ocupación de asistir a los pacientes sujetos a

experimentos, por lo general *voluntarios* sacados de prisiones y condenados a muerte, sin nada que perder, salvo salir en libertad si sobrevivían, con identidad falsa y prontuario cero. Con la desgana de costumbre, Goreiro saludó —con la mirada desenfocada y la media sonrisa hipotecada al banco de las depresiones—, a los centinelas de cada puerta blindada que iba transponiendo hasta donde prestaba servicio.

Una vez dentro de la enfermería, debió darse otra aséptica ducha y cambiar sus ropas civiles por el albo uniforme de los paramédicos, con el gafete de identificación de reglamento.

Al otro lado del pasillo estaban los laboratorios de armas biológicas del USAAMRID. Nunca había penetrado allí, pues le hablaron de bacterias terriblemente peligrosas que podían ser mortales si solamente las inhalaba.

Siempre tuvo en cuenta esa advertencia cuando aún llevada una vida “normal”. Todo lo normal que puede ser la existencia de un empleado de laboratorios fabricantes de muerte y destrucción. No en balde, Fort Detrick (antes llamado *Camp Detrick*) tenía harta siniestra fama en todos los Estados Unidos y el resto del mundo, en todos los sentidos. Hasta se susurraba por ahí que el temible VIH era producto de los alquimistas infernales de esa repartición.

Sin embargo, ésta vez no le importaría la peligrosidad de las bacterias. Al contrario. Púsose la bata, no sin antes sacar lo que portaba en su bolsón de almuerzo. Pero en lugar de gazpachos de tomate frío y ajos, sacó un paquete negro y se lo ciñó a la cintura sobre el vientre, bajo la bata blanca.

Aún estaba descalzo cuando reparó en ello y se calzó apresura-

damente las zapatillas reglamentarias. Miró al reloj-almanaque unos instantes para cerciorarse de la fecha. Marcaba ocho de setiembre, hora siete A.M. Era su día, sin duda.

Una vez listo para todo servicio, en lugar de esperar al Dr. Würlich, su jefe inmediato —que estaría al llegar en minutos más—, salió al pasillo con pasos decididos y se dirigió al sector restringido.

El guardián ya lo conocía de años y sin dudar le franqueó la entrada. Manolo Goreiro lanzó un suspiro de alivio y sonrió alegremente, por primera vez en varios días. Un laboratorista del lugar, equipado con traje aislante y máscara de filtro, lo interceptó, por no pertenecer al área y no vestir el traje protector. Goreiro lo durmió de un *uppercut* magistral de peso pesado y prosiguió hasta los estantes donde se guardaban cepas de ántrax y algunos virus innombrables de magnificente mortalidad.

Al reparar en su actitud, otros empleados equipados como el compañero corrieron hacia él, alarmados por el desparpajo del gallego, ignorante quizá del peligro. Sin embargo, el paramédico se deshizo con facilidad de los dos primeros y se lanzó a la carrera contra los estantes arrancándose la bata de un tirón y jalando de un cable que llevaba ceñido al cinturón.

La explosión de nitrato de amonio-gasóleo (NaGo) demolió esa parte del edificio, esparciendo cuanto se almacenó en el lugar y a cuantos se hallaban trabajando cerca o, mejor dicho, lo que restaba de sus humanidades fraccionadas e inidentificables.

Las sirenas de alarma fueron vanas y tardías en esa ocasión, pues ya no quedaba nada por hacer ni defender. Las autoridades de Fort Detrick acudieron para interiorizarse, descubriendo horroriza-

das que el fino polvo que flotaba en el ambiente contenía esporas letales de *ántrax*.

Ningún medio de comunicación pudo conocer el origen de la explosión, ni entrar al área restringida. Apenas algunos agentes de guerra bacteriológica, equipados y entrenados pudieron acceder al sitio, aunque poco quedaba por hacer, salvo regarlo todo con potentes chorros de agua para disipar la polvareda y decantarla, aplicando luego chorros de fuego con lanzallamas, en desesperado intento de aniquilar a las bacterias y virus en libertad.

Tampoco el informe final de la comisión investigadora fue muy claro, salvo que algunos de los que colaboraron en el desastre, equipados con elementos de seguridad, debieron llevarse algunos envases aún intactos con cepas de *ántrax* a destino desconocido.

Nunca sabrían que varios de los empleados de seguridad eran miembros de las milicias americanas *Minutemen* y que las cepas serían utilizadas en poco tiempo más para su guerra particular contra el gobierno federal.

Andrés Colina solicitó a su anfitrión recorrer unos días más la Gran Manzana, antes de visitar Washington, Pittsburgh y Williamsburg. Luego le brindaría todo cuanto tenía en sus CD-ROM en lo relativo al “Archivo del Terror” y de la Operación Cóndor en el Cono Sur. Incluso la identidad del Coronel Robert K. Thierry, profesor de tortura e *interrogatorios* de la “Técnica”, dirigida por otro asalariado paraguayo de la CIA: Antonio Campos Alum y su *staff* de cipayos, que figuraban con lujo de detalles en sus documentos. Todo estaba

rigurosamente ordenado, por la misma policía política del general Stroessner y las fichas, cronológicamente trabajadas por ONG's y el Poder Judicial de Paraguay. Aunque éste colaboró, si se quiere a pesar suyo, ya que la mayoría de sus miembros fueron servidores del depuesto tirano.

Witlock aceptó entusiasmado, aunque debía tomar precauciones. Estar en la mira de los esbirros de los halcones no estaba sujeto a póliza alguna de seguros. Tampoco el jovial Stephaine Lapierre se sentía demasiado seguro en esta ocasión, ya que su familia fue aniquilada por los poderes ocultos y probablemente Wladymir quizá estaba también en el punto de mira.

Éste se hallaba a punto de vender la casa de su hermano a un alto funcionario del gobierno federal, quien le habría extendido el cheque de sesenta mil dólares, a trueque de la transferencia del inmueble, aunque decidió guardar para su granja algunos de sus enseres electrodomésticos y el vehículo particular de su hermano: una limusina japonesa todoterreno diesel.

La información sobre una misteriosa explosión *accidental* en el recinto fortificado de Maryland llegaría recién dos días después a las pantallas de TV, aunque sin demasiado destaque. Aparentemente habría sido un accidente y no había nada confirmado. De momento las investigaciones proseguirían. Por de pronto, las instalaciones de Fort Detrick habían sido aisladas en cuarentena y las poblaciones aledañas evacuadas. Aún no se habían evaluado los daños, pero esto formaba parte del secreto militar y razones de Es-

tado.

Witlock decidió salir con su invitado paraguayo y el amigo Lapierre a recorrer New York esa brumosa mañana, bien temprano para contemplar el amanecer sobre el Hudson. El día estaba claro y aparentemente todo funcionaba bien. Un taxi los llevó hasta Manhattan, donde se hallaba el corazón de la ciudad, y los dejó cerca del *World Trade Center*, inaugurado en 1976.

Decidieron recorrer las casi desiertas calles (aún era muy temprano) a pie y observar de cerca las moles de cemento que los rodeaban. A Colina, acostumbrado a los aún amplios horizontes de Asunción, le parecía que esos cajones gigantescos se desplomarían sobre ellos; una suerte de vértigo al revés. Tal era la magnitud de esas construcciones, algunas anteriores a 1930. El Centro Mundial de Comercio no estaba a gran distancia, Witlock prometió llevarlo a recorrer sus entrañas y de ser posible sacar algunas fotografías desde los pisos superiores de una de las torres, si no más altas, las más representativas de la urbe de las urbes, para lo cual portaba una cámara electrónica de última generación. Los tres caminaban sin prisa alguna, pues pensaban disponer de todo el tiempo del mundo para su recorrido. Witlock no se cansó de repetir cuánto amaba a esa fría ciudad, sucia y casi inhóspita en apariencia, pero de corazón cálido para con los millones de extranjeros que en ella residen. Colina lo escuchaba extasiado en medio del murmullo asordinado del tráfico y el gentío, por lo que apenas repararon a esa temprana hora en el suave siseo de turbinas que emitía un jet , que sobrevolaba la ciudad como halcón al acecho de su presa.





¡Omega!

Hassan Mahfud y Walid Ben Mullah se hallaban a bordo del vuelo 11 de American Airlines a Los Angeles. Habían pasado por los casi rígidos controles del aeropuerto de Boston sin problemas y hasta con un guiño cómplice del bonachón agente de seguridad. Por otra parte, los controles en los vuelos internos no eran tan estrictos como los internacionales. Los dos se sentaron juntos, cerca de la carlinga de pilotaje, en la amplia cabina de Clase Ejecutiva, como corresponde a magnates VIP. Por otra parte, eran los únicos pasajeros en la cabina más cara, pues habrían adquirido todos los tickets para mayor privacidad, según dijeran; yendo la mayoría de los pasajeros en Clase Turista, más económica por cierto.

Ambos iban musitando oraciones en la lengua sagrada del Profeta, recitando suras coránicas con un rosario de perlas cultivadas. El viaje no sería muy largo, por lo que aprovecharían para hacer un reposo breve en sus poltronas reclinables. Estaban descalzos, con

sus pies enfundados apenas con blancos calcetines de seda, como para un ritual de devoción. Las gentiles azafatas tenían previsto bocadillos especiales de kifi, humush con puré de garbanzos, tahini, panes ázimos y té para dos pasajeros, que rogaron no se les ofreciese carne de cerdo. La verdad es que, finalmente, sólo bebieron té y agua mineral durante los inicios de la travesía, como si quisieran purificarse.

Cuando estaban a unos tres mil pies, a poco del despegue, ambos se levantaron de sus asientos, dirigiéndose uno de ellos al toilette y otro a la cabina de los pilotos. Una de las azafatas intentó disuadirlo, ya que faltaba bastante para llegar a destino y debían ajustarse los cinturones hasta alcanzar altura y velocidad de cruce-ro.

El gentil pasajero le respondió suavemente en buen inglés de Harvard:

—Le ruego que me deje ingresar, señorita. Si me impide pasar, mi compañero va a detonar una bomba plástica en el baño y será peor. Sólo deseo charlar con los pilotos acerca de un pequeño cambio de itinerario.

Aterrada la camarera lo dejó pasar a la cabina, pensando en un simple acto de secuestro o piratería. Los tripulantes, sorprendidos, recibieron en sus rostros un buen chorro de aerosol paralizante que los dejó tiesos. Walid Ben Mullah cerró la puerta en las narices de la azafata, quien previamente recibió otro chorro del gas, cayendo desvanecida en el pasillo.

—Fue fácil, gracias a Allah —exclamó con voz queda el muslim. Seguidamente arrojó al piloto de su asiento y tomó los controles. Los

pasajeros dormían plácidamente o descansaban relajados pensando en un feliz aterrizaje, ajenos a todo. Su compañero se encargaría de la azafata para evitar molestias.

Descendió suavemente en picado de quince grados para ganar velocidad, mientras desconectaba la radio y el *transponder* del aparato, con el altímetro aún a 3.000 pies. Si todo salía bien, los otros compañeros harían lo propio ese mismo día. Giró la nariz del Boeing 767 sin inclinarlo demasiado. Después de todo, ya era casi un experto. Apuntó hacia New York, enfilando directamente a las Twin Towers, situadas a las tres, hacia su derecha, pero se decidió por la torre norte, cuya visible antena era a sus ojos una buena referencia para afinar la puntería. Si los cálculos no le fallaban, daría en el blanco sin que los pasajeros ni se enterasen. Musitó oraciones en tanto la gigantesca aeronave se acercaba a toda velocidad picando hacia las torres. Minutos antes de impactar contra una de ellas, alzó levemente la nariz del avión unos seis grados. De pronto, pareciera que una fuerza extraña atraía a la pesada aeronave hacia la torre, independientemente de los mandos manuales. Pero no era la voluntad de Allah, sino de un artilugio electrónico que, en definitiva, quiere decir rayo divino en greco-inglés. Tan sólo dos de los pasajeros, se dieron cuenta, muy tarde de lo que pasaría. Eran éstos: Pete Grant, vicepresidente de operaciones electrónicas de Raytheon Inc.; Dave Kovalski, ingeniero mecánico de la misma división y Kenneth Wilder, ingeniero adscripto al mismo departamento, todos ellos, especialistas en mando a distancia y responsables del «Global Hawk». ¿Qué hacían allí?

Peter Brithnik estaba en una reunión de alto nivel, en el ala oeste el Pentágono, con la plana mayor de los halcones. Es decir, casi todos los conjurados, menos el Presidente, el secretario de Estado y el de la Defensa, el cual estaba hacia el lado opuesto del complejo. Faltaba poco, según sus cálculos, para Omega y debían estar preparados para la nueva era que se avecinaba. ¡Por fin el halcón usaría sus afiladas garras!

—El tercero y cuarto blanco de los ataques terroristas será el Capitolio —dijo a los más de diez generales y almirantes y cerca de cincuenta funcionarios de altísimo rango, pertenecientes al Primer y Segundo Círculo, sumados los directivos de la FEMA—. De esta manera nos desharemos, de paso, de los representantes y políticos civiles, quienes estorbarían nuestros futuros planes. Recuerden que la FEMA deberá entrar en funciones cuando sea descabezado el Poder Legislativo, apenas transcurriesen minutos de los atentados. El primer y el segundo ataque, deberán impactar en Manhattan y el tercero y cuarto seguramente harán blanco contra el Capitolio, según lo hemos previsto, de tal manera a desactivar el poder político y evitar que estorbe los futuros planes de la FEMA.

—¿Y en Manhattan habrá muchas víctimas señor? —preguntó uno de los generales de cuatro estrellas, alzando la mano extrema derecha, como corresponde a un buen halcón.

—Llamémosle *daños colaterales* —respondió con una sonrisa cínica Brithnik—. Además, a la hora prevista no estarán allí los ejecutivos de rango medio y alto, sino apenas personal de mantenimiento, limpieza y quizá algunos visitantes ocasionales, casi todos

extranjeros. Apenas inmigrantes y trabajadores de bajo rango trabajan a esa hora allí. Es un sacrificio necesario... por razones de Estado. Por otra parte, el servicio secreto israelí, a través de una empresa de radiomensajes, previno a nuestros hermanos de no acudir allí a sus funciones. Además, para evitar investigaciones posteriores, los dos edificios gemelos y la Torre Salomón, contigua a éstos, están sembrados con explosivo "Thermite", a fin de que implorionen en el lugar, simultáneamente, sin causar daños al entorno. O sea que serán literalmente demolidos. ¿Otra pregunta?

Alguien alzó el brazo derecho, al estilo fascista, más al fondo, cerca de uno de los ventanales laterales izquierdos.

—Pregunte usted —dijo Brithnik, sonriendo condescendiente.

—Querría saber con certeza el día de los ataques.

—Creo haber dicho que serían efectuados dentro de tres días, si mal no recuerdo. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Qué alivio! Entonces, ese pequeño avión que viene en picado hacia nosotros, no es el que debe...

Aterrados miraron todos hacia la ventana, viendo acercarse a novecientas millas por hora y a menos de cien metros de allí, un misil de crucero que no figuraba en el libreto.

—¡Maldito seas mil veces, Rosenfeldt! —gritó aterrado Brithnik, antes de ser abrasado con los asistentes, por la explosiva deflagración del inesperado choque del misil teleguiado contra ese ala del vasto complejo militar. Evidentemente, alguna parte del plan fue *retocada* o modificada por alguien, quizá colega de Klausmann o tal vez el propio Secretario de la Defensa. Pero ya era tarde para que los halcones del Pentágono efectuaran reclamaciones. En Washing-

ton, D.C. hasta los golpes de Estado se hacen con mando a distancia, quizá por la inexistencia de embajada norteamericana allí.

Andrés Colina, Witlock y Lapierre vieron impotentes cuando un Boeing bimotor de fuselaje ancho se acercaba peligrosamente a las *Twin Towers*, situadas a menos de doscientos metros de ellos. Segundos más tarde, una horrrisona explosión se sintió bajo sus pies antes del impacto del avión, que también detonó como un eco, seguido de llamas y humareda negra de *jet-fuel*.

Los tres amigos y miles de personas más que estaban en el entorno quedaron paralizados de la impresión. Witlock apenas tuvo la iniciativa de gritar a sus compañeros y a quienes lo oían, quizá pensando en un accidente casual.

—¡Corran por su vida! ¡Corran, por todos los dioses, corran!

Así diciendo, agarró a Colina y su amigo de sus brazos impulsándolos a correr en dirección opuesta a la que habían venido. Apenas se alejaron unos doscientos o trescientos metros, cuando escucharon el típico siseo de las poderosas turbinas de un Boeing 767, ésta vez de *United Airlines*, que se acercaba a la segunda torre sur, aún intacta. Detuvieron su carrera y contemplaron horrorizados el violento impacto del jet contra el edificio, viendo derramarse un río de fuego por los flancos de la torre. Pero ahora, Witlock pudo tomar unas instantáneas secuenciadas en forma casi mecánica.

—¡Malditos halcones! —gritó James Witlock casi estallando en llanto de indignación—. ¡Lo habéis hecho, malditos, hijos de puta!

Así diciendo, cayó de rodillas contra el duro pavimento, sollo-

zando amargamente de dolor e impotencia. Ni siquiera se le ocurrió documentar el horror consiguiente con su cámara que aún pendía inútil de su hombro izquierdo.

Sus compañeros trataron de calmarlo obligándolo a callar, prefiriendo alejarse del lugar, ya que no sabían si habría otro atentado al corazón mismo del capitalismo mundial. Finalmente gritó Lapierre, deteniéndose:

—¡Creo que es nuestro deber prestar ayuda a las víctimas sobrevivientes, antes que darles la espalda! ¡Vamos allá!

—¡Cierto, amigos! —gritó el periodista, enardecido por lo absurdo de la situación—. ¡Nuestro deber es ayudar a salvar a quienes podamos...!

Brigadas de bomberos y policías, entre ulular de sirenas, ya estaban acordonando la zona de impacto, por lo que no pudieron pasar, pero quedaron por las cercanías ofreciéndose como voluntarios, para lo que fuere necesario, como otros miles de azorados testigos del insólito suceso. Algunos helicópteros ya sobrevolaban la zona siniestrada tratando de descender en las terrazas de las torres, pero era casi imposible por el viento y las llamas. Las calles eran un verdadero pandemonio y mucha gente corría desesperada con la angustia pintada en sus rostros, especialmente quienes salían de los primeros pisos de los edificios siniestrados.

Los amigos se acercaron a un atestado bar cercano, para estar al tanto de lo que ocurría en el país, por primera vez en su historia, según el locutor de la TV, viendo las dantescas escenas de personas que se arrojaban desde las ventanas en llamas, prefiriendo estrellarse contra el pavimento a ser abrasadas vivas... hasta que, uno

tras otro, ambos edificios se derrumbaron estrepitosamente, aplastando a los sobrevivientes que aún intentaban escapar y a cientos de bomberos, que se hallaban ascendiendo por las escaleras para tratar de rescatarlos. Minutos más tarde, sólo un fino polvo gris se esparcía por todo Manhattan, como cubriendo piadosamente a las víctimas atrapadas en su tumba de acero, mampostería y cristal.

Lapierre pudo percibir, desde donde se hallaban, el característico aroma, picante y dulzón, de los explosivos C-4 al detonar sordamente dentro de las torres, en forma sincronizada. Dedujo que debían estar minados ya que, por el calor de los incendios, las estructuras no pudieron dañarse a tal punto en tan poco tiempo. Recordó a sus amigos que en 1945, un bombardero B-25 *Mitchell*, con todo y bombas, impactó contra el piso 79 del edificio *Empire State Building*, cargado de gasolina de 120 octanos. Si bien hizo destrozos en el piso mencionado e incendió los aledaños, no dañó la estructura de acero y el Empire State continúa erguido en su sitio habitual.

Pocos minutos después se enteraron de que el Pentágono fue impactado por un tercer aeroplano, mientras que un cuarto hùbose estrellado en Shanksville, como a 130 kilómetros al suroeste de Pittsburgh, en Pennsylvania, afortunadamente en medio de un despoblado, por causas desconocidas, tal vez derribado por cazas de la *National Guard*, aunque se tejieron miles de conjeturas. Que éste estaba destinado a caer sobre la Casa Blanca, que iba a dar contra el Pentágono y muchas otras versiones más. Sólo ellos conocían, o creían conocer, el verdadero origen de los ataques y sus motivos, pero a causa de la paranoia e histeria colectiva, prefirieron guardar prudente silencio. De todos modos, nadie les creería y siempre los

malos estarían fuera de sus fronteras o en la vereda de enfrente. Pocos o ninguno admitiría que su propio gobierno; es decir, los plutócratas enquistados en él, podría estar detrás de esto, imponiendo sus intereses por encima de todo. Pero ignoraban aún qué fue lo que se estrelló *realmente* contra el Pentágono. Un avión de pasajeros, jamás podría llegar hasta el fortificado complejo, rodeado de altos árboles y farolas y, menos aún, haciendo un giro cerrado de más de doscientos grados con una fuerza G que hubiera desintegrado a la aeronave.

Luego de más de cuatro horas optaron por abordar un taxi fuera de la zona del siniestro, ya que casi todas las calles del lugar estaban bloqueadas al tránsito, circulando solamente los carros de los bomberos y policías.

Tras sortear una de las barreras, observaron por primera vez cinco helicópteros negros, con el logotipo de la FEMA en sus vientres, acercándose al lugar. James Witlock apenas pudo articular una maldición contra el fascismo, que se cernía, como bandada de buitres sobre la nación.

El Presidente apareció en las pantallas de TV de todo el país, horas después, una vez que hubo pasado su aparente estupor, ya que en momentos de los ataques se hallaba en la escuela rural *Emma E. Booker* en Sarasota, Florida, leyendo cuentos infantiles. Dio la cara ante el mundo para denunciar los ataques terroristas de elementos extremistas islámicos, aunque su sinceridad estaba sobrando, cuando su corazón y su bolsa estaban tan cerca de los Ben Laden y los Ibn Saud.

Pocos notaron un leve cambio en el escenario: en lugar del clási-

co escudo-sello “*President of the United States of América*”, habitual en el podio de las peroratas de los ejecutivos norteamericanos, apareció éste bajo un enorme escudo similar al presidencial, pero en el círculo mayor en torno al heráldico *Bald Eagle*, decía: “*Federal Emergency Management Agency*”. James Witlock fue el primero en notarlo.

—El fascismo ha asumido plenos poderes en nuestro país, hasta hoy supuestamente liberal —comentó, amargamente frustrado—. Oscuro porvenir se cierne sobre nuestras libertades y derechos civiles. Ahora la opinión pública va a pedir cabezas y crucifixiones, una vez que se recupere del impacto emocional. La xenofobia siempre latente en nuestra nación va a estallar como botella de *napalm* contra todo sospechoso de actos terroristas o simplemente contra los muchos musulmanes americanos. Ya lo verán.

—Dicen los informativos más recientes que un Comando para la Liberación Palestina se hizo cargo del atentado —comentó Andrés Colina, que escuchaba un informativo en español por la cadena Fox en el cuarto contiguo a la sala—. Hasta ahora no hay sospechosos y siguen buscando las cajas negras de los aviones para saber cómo ocurrieron los siniestros. Evidentemente, esto fue hábilmente preparado, pero ¿por quiénes?

—Clave Uno —respondió secamente Witlock, tras recibir la interpretación simultánea de Lapierre—. Nosotros lo sabemos. Y algunos popes del Pentágono lo saben también, y creo que se ocuparán de borrar pruebas o hacerlas desaparecer. Lo que no me explico es, por qué uno de los aviones impactó allí. De seguro habrá sido un error u omisión y el blanco elegido pudo haber sido el Congreso de

los Estados Unidos o alguna institución ajena al poder militar-industrial. El Capitolio es la piedra en el zapato de los halcones y último baluarte de los derechos civiles. Si fuese por ellos, lo disolverían para instaurar una dictadura militar bajo Ley Marcial. Ni Hitler lo hubiese hecho mejor. ¿Recuerdan el incendio del *Reichstag*? Lo hizo presuntamente un joven comunista holandés medio loco: Marinus van Der Lubbe, luego ejecutado. Pero bien que lo aprovecharon para liquidar la democracia en Alemania. Lo que ignorábamos aún era cómo, cuándo y dónde se producirían los atentados. ¿Y Mitchkowski?

—Está en su cuarto durmiendo aún —dijo Lapierre—. Ésta madrugada regresó de Washington, D.C. con el cheque por la venta de la casa de su hermano. Vino manejando desde allá en una limusina todoterreno japonesa, tras enviar un camión de mudanzas con muebles y enseres a Montana con su vieja pick-up. Ni se enteró de todo este desaguizado. Si quieres lo despierto...

—No. Déjalo. Ya se enterará de todos modos. Mira allí, el Pentágono también... y no veo rastro alguno de restos de un Boeing. ¿Tan rápido lo limpiaron? ¿Cómo dijiste que se llamaba el comprador de la casa de su hermano? El presentador está dando nombres de una lista parcial de víctimas.

—Creo que era un tal Breatnik o algo así —respondió Lapierre—. No lo recuerdo muy bien. Sólo sé que es un alto funcionario del gobierno, relacionado con la Defensa o con los servicios secretos. Un tecnócrata militar que le dicen...

—Entre las víctimas identificadas en el Pentágono hay un tal Peter Brithnik, ex general de brigada, aunque no dicen cuáles eran

sus funciones. Sospecho que era de la CIA. Estaba allí reunido con un grupo, cuando el *jet...* o lo que sea, impactó en el sector, aunque no hay rastros de avión alguno allí. Por lo visto, algo falló, para que chuparan su propia medicina. O tal vez alguna errática providencia hizo justicia a su manera; aunque, debería suponerlo, no gracias a Allah precisamente. ¿Qué habrá sido del vuelo 77 y sus ocupantes? Porque las huellas del ataque no corresponden a un avión de gran porte... como un Boeing 757.

—Cuando despierte se lo preguntaré. ¿Entonces crees que ha sido un error de cálculo *ese* atentado?

—Si los halcones tienen algo que ver... no me explico cómo recibieron el golpe en su propio reducto. Algo no encaja, salvo que los autores materiales se salieran del libreto a improvisar por su cuenta, o quizá alguna conspiración interna del aparato del gobierno. Conflicto de poderes, o algo peor.

—Tienes razón. Mira, parece que nuestro huésped está despertando. ¿Bajo el volumen de la TV?

—Hazlo. De todos modos ya oímos bastante. Dile al conserje del edificio, si es que sales, que me consiga todas las ediciones de hoy del *New York Times*, el *Washington Post* y otros diarios locales de edición extra.

—O.K., Jim —dijo el francés levantándose, justo cuando se abría la puerta del cuarto de Mitchkowski, el cual estaba alelado y sorprendido por la infausta nueva. Su semblante lucía pálido y alterado como si hubiese despertado en medio de una pesadilla de metal, fuego, carne y hueso. Afuera, un fino polvillo de azufre, alúmina y mampostería pulverizada arrastrado por el viento, daba un toque

fantasmal a la ciudad, como eclipsando al pálido sol de un otoño agónico.

—¡Buen día *Mitch*, aunque no debiera decirlo así! —díjole Witlock tan serio como él—. No te esperabas este desayuno amargo, ¿no?

—Es horrible, amigo. Esto quedará como un baldón en nuestra historia, como nación y como comunidad. No tiene perdón, ni de dios ni del diablo. Lo peor es que no se sabrá nunca quiénes lo hicieron y por qué. Si lo gritamos al mundo, nadie nos creería. Ellos dirán su versión y excitarán a los muchos crédulos de este país, azuzándolos contra los supuestos responsables y cuanto éstos representan: una religión de fanáticos intolerantes medievales, que ya no tendrán cabida en el siglo XXI. Es horrible.

—Razones de Estado, Mitch. Las únicas razones que justifican los más grandes crímenes de la historia. A partir de ahora no quisiera estar en el pellejo de ningún árabe o *muslim* nativo o residente en este país. Van a desatar una caza de brujas contra todo lo que oliese a mierda de camello y pondrán bombas en cada mezquita del país, por cuenta propia. Nuestros ciudadanos son muy emotivos y más aún cuando se sienten abofeteados.

—Cuando desperté, me pareció oír que una de las víctimas del Pentágono es Peter Brithnik. ¿Es cierto? —preguntó el granjero de Montana.

—Es más que probable. Parece que en medio de tanta injusticia alguien cambió la palanca del destino de algún modo. Estaban allí justo la mayoría de los responsables de Clave Uno, según la lista mencionada por el informativo de CNN... y el plan que obra en nues-

tras manos, aunque éste los menciona por sus cargos, no por sus nombres, que parece lo menos importante del plan.

—Mira Witlock. No lo mencioné antes, porque no le di demasiada importancia y no sé nada de ordenadores por ser un paleta e ignorante. Mi hermano me dejó un disco compacto con información confidencial, que debía poner en Internet, pero no supe cómo hacerlo... y por el contenido secreto no sabía a quién confiarlo. ¿Lo quieres? No sé manejar esas endiabladas máquinas... y menos aún acerca de Internet.

—Tráemelo ya mismo. ¿Por qué no me lo diste antes? Esto se podría haber evitado, si la cosa se divulgara antes por todo el mundo; aunque esos sujetos lo negarían todo, tan caraduras son.

—Créeme que ignoraba lo que se preparaba, a pesar de que Stephan me puso al tanto de parte de Clave Uno. Ni me imaginé que esto podría pasar en nuestro país. Espera un segundo. Cuando me hablaba Stephan acerca de posibles atentados, pensé que lo harían en algún supermercado, un cine o algo así.

No demoró Wladymir en traérselo, y James demoró menos aún en insertar el disco en el lector de CD ROM de su ordenador. Una vez en posición de apertura, apareció el texto casi completo del siniestro plan... o mejor dicho del diestro plan de la ultraderecha.

Allí se mencionaba la manera en que se lo haría, dos aeroplanos debería destruir el Capitolio; dos impactarían contra el *World Trade Center* a temprana hora, a fin de no provocar víctimas entre los más de cuarenta y ocho mil ejecutivos y diplomáticos que allí acuden diariamente, a más de clientes de bancos y financieras, seguros y espectáculos. Las tres torres serían previamente “sembradas” en la

estructura y cimientos con explosivos "Thermite" C-4, para imploriar en el lugar, borrando toda huella que comprometiese a los autores inmorales y la fecha clave sería el 14 de setiembre: citada en el código de *Omega Day* (Ω -D-09-14-01). También se mencionaba la probabilidad de un quinto ataque contra el edificio de la ONU, cosa que no se efectuó. Tal vez por cancelarse todos los vuelos internos... o por carencia de más tripulaciones suicidas, aunque éstas estaban demás. No se debe olvidar que varios de ellos fueron eliminados antes de ser "activados". Pero ¿por qué se adelantaron los ataques? Quizá nunca se sabría. También habrían muchos ejercicios de scramble e interceptación de vuelos secuestrados, de tal manera que la Guardia Nacional no distinga entre los ejercicios y los secuestros reales. Y esto... estaría a cargo del Vicepresidente, en ausencia del Number One.

Mencionaba también los nombres de los ciudadanos extranjeros, "programados" en Fort Detrick por un tal Timothy Schultz, ciudadano ruso naturalizado americano en 1972, como emigrado político y al servicio de la Secretaría de la Defensa. Éstos sólo debían tomar los mandos de los vuelos, pero los aviones estarían preparados para dar en sus blancos mediante controles electrónicos ajenos a los presuntos piratas. Alguien, quizá allegado anónimo del mismo —el documento no lo m

encionaba con pelos y señales—, sería el encargado de "activar" a los supuestos sauditos para la ejecución de los ataques suicidas, aunque no se daba su nombre y quizá fuese imposible saberlo, ya que Schultz pudo haberlo reclutado entre los ex *topos* soviéticos conocidos suyos.

En uno de los apartados estaban en detalle todas las fases del plan y la técnica utilizada para someterlos a lavado de cerebro e hipnosis, conocida como *MK-Ultra*, bastante utilizada por la CIA en los años cincuenta, y desarrollado con *ayuda* de refugiados nazis, expertos en manipulación mental. Éstos habían experimentado en Treblinka, Auschwitz y Bergen-Belsen con cobayos humanos: judíos, gitanos y eslavos, en el denominado *Monarch Project*, antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Es obvio que también los soviéticos desarrollaron programas similares a *MK-Ultra*, inicialmente con técnicos nazis capturados.

También citaba los lazos de negocios con príncipes sauditas y con la familia Ben Laden, uno de cuyos miembros sería acusado de los ataques, aunque se preveía la evacuación de los sauditas, tras los atentados, pese a los cierres de aeropuertos y la cancelación de todos los vuelos internos e internacionales. La Casa Blanca les daría autorización para ello... y todos contentos. En el vuelo de United (175), viajaría Herbert Home, otro ingeniero de Raytheon. En el vuelo 77, viajaría Steven Hall, otro responsable de guerra electrónica de la misma empresa. Cinco trabajadores calificados, embarcados al mismo destino. ¿Limpieza de archivos? También dos hombres de Raytheon operarían las radiobalizas situadas en las dos torres, lo que significaría que perdieron siete trabajadores, a cambio de un contrato jugoso... y opciones de compra de acciones por cuatro mil millones de dólares. ¡tan sólo el día 10 de septiembre!

Los detalles más espeluznantes de Clave Uno estaban descritos con una frialdad de cirujano que detalla una operación de amputación, sin el más mínimo atisbo de piedad o de moral. No había allí

nada que no mereciese una repulsa general, salvo que... nadie lo creería *a posteriori*. Quizá si se lo hubiera dado a publicidad antes, se habría abortado el plan por lo escandaloso; aunque se ignoraba desde cuándo estaban activados los autores. Por otra parte, el contenido del CD ROM de Mitchkowski mencionaba cuanto faltaba en los papeles sisados a los *bilderbergers* en Holanda, los que, de todos modos de poco hubiesen servido para alertar a la opinión pública, ahora envenenada por la ira irracional y el orgullo herido de matón sobredimensionado... abofeteado por un alfeñique *karateka*. También estaba previstos el incendio y derrumbe de la Torre 7 (WTC-7) denominada *Torre Salomon*, donde se hallaban las oficinas de la CIA (pisos 9 y 10) y la FEMA (piso 23), además de algunas empresas financieras y de seguros, destinadas a *default*.

Quizá más adelante, en un futuro cercano, cuando se disipase la polvareda, fuera posible difundir el contenido del macabro plan. Por el momento no era propicio hacerlo. Además, se avecinaba en forma inminente una reacción de represalia y era fácil saber contra quiénes. Esta vez no serían los palestinos, ya diezmados por Sharon y sus *stürmruppen*, ni Khaddaffi, ni Castro. Los chivos expiatorios serían los más indefensos. Los civiles, ancianos, mujeres, niños, en una operación de ingeniería social perversa, basada en la muerte... y el miedo a ella. De todos modos, Andrés Colina entregó su CD ROM que trajera del Paraguay a Witlock, solicitando hacerse cargo del explosivo contenido del archivo digital del finado almirante retirado. Lapierre lo traduciría al castellano para su mejor comprensión. Más que nada para evitar que fuese destruido por los halcones, que estuvieran al tanto de ello; aunque era probable que todos

los que conocían a fondo el plan, excepto el Presidente y pocos más de su gabinete, hubieran perecido en el prematuro e inesperado ataque al Pentágono.

Esta última probabilidad parecería confirmarse en los días subsiguientes, ya que Witlock no percibió nada sospechoso, ni sintió sobre él la ominosa vigilancia de la CIA, ni el fétido aliento de la FEMA cerca suyo.

De cualquier manera, no bajarían la guardia en la eventualidad de posteriores intentos de atentado contra Witlock, quien gozaba de la antipatía del Presidente y los halcones, más que nada a causa de su irreverencia hacia los símbolos sagrados de las fuerzas armadas, sus presuntas glorias, conquistadas a fuerza de atacar a países pequeños y pobres, mientras rehuían batirse con sus iguales, como Rusia, Corea del Norte o China Continental. El miedo no es zozco, como dicen en *South America*.

El Presidente, con su rostro compungido y tal vez fingido, se dirigió a la nación y al mundo entero, denunciando el complot islámico radical de su archienemigo Osama Ben Laden, escasamente conocido por mucha gente, pese a la campaña emprendida, tiempo antes, por la prensa adicta a los halcones, exceptuando los medios independientes y la cadena Pulitzer, con cierta fama de ética y ecuanimidad, pero que tampoco escaparían de la oficiosa desinformación oficial. Por otra parte, esa mañana la Casa Blanca sufrió un incendio en una de sus dependencias, posteriormente sofocado; pero indicaba a las claras que, desde el aparato interno del gobierno, un dies-

tro grupo accionaba desde las sombras.

Parodiando a los alucinados profetas del viejo testamento, el Presidente clamó venganza a los cuatro vientos, amenazando con represalias de “justicia infinita” (Justice Unlimited) contra los supuestos autores, cómplices, instigadores y ejecutores de los atentados, cuando éstos estaban calcinados entre los restos del Pentágono y la *Twin Towers*, aunque no todos, ya que quizá algunos miembros de la FEMA aún estaban vivos, pero por haber fracasado el ataque al Capitolio, de momento, no tomarían el poder fáctico como estaba en el libreto original. Apenas se limitarían a las tareas de rescate y evacuación de la “zona cero”, fingiendo ser los chicos buenos de película clase “C”, como en “Asteroide”, aunque en “Expedientes X” la dejan muy mal parada, en su real oficio de desinformar y sembrar intrigas.

De resultas del inesperado ataque, muchos ciudadanos, antes escépticos y desanimados desde la derrota en Vietnam, pidieron a gritos la destrucción del Islam, enarbolando banderas que, desde tiempo antes, habían sido guardadas en los arcones, más por vergüenza que por otra cosa.

Osama Ben Laden, de proscripto forajido y guerrillero fundamentalista, se convirtió en objetivo número uno del poderoso ejército norteamericano y sus aliados europeos, e incluso de los sátrapas —árabes o no—, de su vasto imperio petrolero. Pero si bien éste aprobó los atentados, creyendo que lo hicieron palestinos del Hamas, como se propalara inicialmente, nunca admitiría la responsabilidad de los mismos explícitamente. Apenas se enteró de la supuesta identidad *saudita* de los pilotos suicidas, pudiera haber su-

puesto que serían adictos suyos quienes lo hicieran, sin imaginar cómo fueron manipulados. Supo, sí, que el gobierno Talibán no aceptó entregarlo a sus verdugos potenciales y que resolverían unirse a su suerte. Si los americanos atacasen Afganistán, como de seguro lo harían, no lo cazarían con vida, ni se entregaría con sus hombres. Tenía suficientes armas, recursos y refugios en toda el Asia Central como para darles dura batalla en nombre de Allah y su Profeta, aún en el supuesto caso de que ambos estuviesen equivocados.

Andrés Colina, ante los sucesos recientes desatados en los Estados Unidos, decidió retornar a su país apenas fuesen levantadas las restricciones al tráfico aéreo, no sin antes invitar a sus amigos del norte a visitarlo en el Paraguay, para devolverles la gentileza y de paso ayudar a Witlock en la redacción de su próxima novela “Las garras del Cóndor”. En el aeropuerto Kennedy, de New York, estaba Colina con sus amigos que fueron a despedirlo, tras ser levantadas algunas vedas de vuelos internacionales, mientras charlaban en el *lobby*, aguardando el aeroplano de Delta que lo llevaría hasta Miami, donde abordaría un *jet* de Varig, que, de seguro, volaría casi vacío a causa del temor de los demás pasajeros. El vuelo tuvo retraso considerable, por lo que tuvieron tiempo de intercambiar opiniones sobre la eterna lucha entre el Bien y el Mal: *Ahura Mazda* vs. *Ahrimán*, lo cual —aseguraba el Profeta Zarathustra, hace más de dos mil setecientos años—, acabaría sin duda con el triunfo del Bien. Aunque dado el tiempo transcurrido desde entonces, lo más probable era que este *match* acabara en empate técnico, o se definiera por

tiro penal, como en el fútbol. Como en la vida. Como de costumbre.

La opinión pública mundial condenó los ataques *contra* los Estados Unidos, más que nada por las víctimas civiles sacrificadas por anónimos (hasta entonces) terroristas; excepto en México, donde multitudes enardecidas enarbolaban pancartas agresivas, frente a la embajada norteamericana, que decían entre otras cosas: “gringos cabrones, reciban un poco de su propio veneno” y “paguen ahora lo que deben a los palestinos”, entre otras expresiones de grueso calibre, ante los *avionazos* recientes.

También en la India musulmana, Paquistán, Irán, Yemen del Sur, Sudán, Irak, Palestina, las turbas de manifestantes celebraban el mamporro a *Satán* en su propia cancha. Pero la ira estalló entre los americanos, que, por primera vez en su historia, fueron objeto de ataques exógenos en su propio territorio, por parte de presuntos terroristas islámicos. Curiosamente, el coronel Khadaffi y los libios fueron bastante moderados, solidarizándose con las víctimas y ofreciendo ayuda económica. Irán hizo lo propio tras la euforia inicial, cuando nadie asumiera responsabilidad en los ataques.

También Fidel Castro condenó a los responsables del alevoso, atentado —fuesen quienes fuesen sus autores—, y ofreció ayuda médica en la medida de las posibilidades de los recursos de la isla, no demasiado abundantes, gracias al prolongado bloqueo norteamericano. El mundo, ignorante de la realidad y creyendo ciegamente en las versiones *políticamente correctas*, se horrorizó por el fanatismo de los *kamikazes*, que mueren matando “en nombre de Dios”.

La caza de brujas era de esperarse y el periodista del diario *Últimos Tiempos*, sabedor de cuanto ocurriera y depositario de un

secreto mortal, debió tragarse el sapo y silenciar cuanto sabía, ocultando el CD ROM con el contenido de Clave Uno (K-1). No podía hacerlo público *a posteriori*, pues nadie lo creería, en medio de la vorágine histórica que se apoderó de la opinión pública mundial, sensibilizada por la catástrofe.

Todos los enclaves comerciales del Paraguay, donde hubiese inmigrantes de origen árabe, eran *peinados* virtualmente por la CIA, aunque no hubo más que arrestos por posesión de documentos apócrifos. Pero no eran los árabes los responsables de estas falsificaciones, sino los propios funcionarios corruptos de los consulados paraguayos y personal del servicio exterior, ávidos de dólares malhabidos. De todos modos, fuertes sospechas e intrigas de alto nivel se suscitaron en la triple frontera con Brasil y Argentina.

Incluso como una opción primaria, se planificó la posibilidad de un ataque y ocupación militar contra la región sudamericana denominada Tres Fronteras, como un acto vindicativo contra “el terrorismo islámico”, que, supuestamente, era alimentado económicamente desde dicho enclave comercial. Sólo la presencia cercana de la presa hidroeléctrica de Itaipú... y el temor de enfrentarse con Brasil y Argentina —cuyos espacios aéreos no podría violar impunemente— los hizo desistir de tal descabellada y delirante alternativa.

James Witlock había rogado al periodista que aguardase el momento preciso, en un futuro probable, lejos de la histeria, para hacer público el documento que comprometía a los halcones en la operación recientemente ejecutada. Lamentablemente, supieron hacer su trabajo, ya que no había membretes ni emblemas identificatorios que los pudiesen incriminar.

Para colmo, varias personalidades civiles y políticas de los Estados Unidos, especialmente del partido demócrata, comenzaron a recibir correspondencia contaminada con *ántrax*, lo que motivó otra oleada de pánico y paranoia, surgiendo un nuevo pretexto de acusación contra “el extremismo islámico” posteriormente desmentido por el propio FBI, que dedujo correctamente la procedencia de las esporas de las cepas de Fort Detrick, por las propias manos de extremistas blancos norteamericanos, vinculados a la ultraderecha cristiana, entre ellas, un tal Steve Hatfill, bioquímico del USAAMRID.

Por de pronto no demoró la “represalia”, ahora con el nombre de “Libertad Duradera” —quizá por el temor al ridículo suscitado por el primer nombre del operativo—, contra el Talibán, pero sobre todo contra el pueblo afgano, bajo la forma de un masivo e indiscriminado bombardeo sobre ciudades y aldeas, que hizo más víctimas entre civiles inocentes que entre los presuntos responsables de los atentados... que ni siquiera conocían los Estados Unidos.

Osama Ben Laden se convirtió de la noche a la mañana en el cuco malo de la película de terror, que parecía salida de la mente marchita de un pésimo guionista de Hollywood. Pese a todo, sin embargo, éste logró eludir no sólo los bombardeos machacones sino la persecución desatada por las tropas que posteriormente invadieron Afganistán. El *zorro de Kandahar* se hizo inexpugnable en Tora Bora y aparentemente eludió todos los intentos de cazarlo vivo o muerto, aunque esto último era más probable en caso de ser capturado. Los muertos no hablan.

Pero los Estados Unidos, es decir, los halcones en el gobierno, que no sus ciudadanos, consiguieron sus objetivos primarios: apode-

rarse del petróleo afgano y el gas natural, por medio de la ocupación militar; pudieron aterrorizar al planeta con su desmedida y dudosamente justa represalia, apoyados por sus aliados europeos y, finalmente, intentaron imponer sus leyes a conveniencia, en una nueva escalada de recortes masivos de derechos civiles (*Patriot Act*), creando una psicosis antiterrorista, como si el terrorismo fuese algo ajeno a su política exterior e interior desde los tiempos de James Monroe en adelante.

También Israel aprovechó la ocasión para arrasar los territorios palestinos con sus blindados y su fuerza aérea, asesinando en forma poco selectiva a mujeres, niños, ancianos y decenas de civiles no combatientes, ejerciendo una suerte de genocidio vecinal desmedido, que generaría una ola de atentados suicidas en una escalada espiral de la violencia irracional y la intolerancia. *Yahvé-Moloch* seguía cosechando víctimas en sus impuros altares del Interés.

Colina siguió participando de los foros de Internet, en compañía de sus amigos americanos del norte y del sur, en la creencia de que en un futuro cercano se impondrían las conciencias lúcidas del planeta, en esta desigual confrontación entre el capitalismo salvaje y la solidaridad humana fraternal.

Las noticias acerca del bombardeo de Afganistán fueron abrumadoramente masivas. Todos los canales de TV y los medios impresos ocupaban un buen porcentaje de sus espacios en ofrecer al público la muestra más acabada de cómo se puede someter a un pueblo indómito sin abandonar las áreas de seguridad en retaguardia.

Apenas el coraje brillaba por su ausencia entre los sofisticados per trechos de los guerreros *High Tech*.

Los pilotos de B-52, B-1 y B-2, lanzaron en una semana más toneladas de bombas, que en dos meses en Vietnam durante las peores épocas de la operación *Linebacker*. Los misiles superficie-superficie, lanzados desde cruceros navales y los proyectiles *Hellfire*, lanzados desde aviones *Predator* sin piloto, cazabombarderos *A-10*, *Tornado* y *Jaguar*, darían para reducir New York a escombros. Pero los malditos talibán no se rendían y las bajas de civiles aumentaron a niveles de holocausto, aunque también hicieron víctimas involuntarias a sus aliados por “fuego amigo” y errores de cálculo.

El Presidente y su nueva cohorte palaciega de halcones reciclados no parecían darse por satisfechos antes de mostrar al mundo quiénes eran los amos del planeta y quiénes empuñaban el *big stick*.

Colina a veces sentía náuseas por la manera servil con que muchos países agachaban la testa y rendían sus principios a la atroz prepotencia de las potencias. Especialmente luego de saber o creer saber quiénes eran los presuntos culpables. Sólo algunos intelectuales como Norman Mailer, Susan Sontag, Susan Smith-Nash, José Saramago, Darío Fó y Noam Chomski dieron en preguntarse: ¿Por qué los Estados Unidos son tan odiados?

Evidentemente, había algo errado en su política exterior que incluso la repudiaban sus propios ciudadanos conscientes. Pero otro objetivo adicional de los halcones, el aumento del Producto Nacional Bruto, estaba a punto de concretarse, aunque no en lo económico sino en lo intelectual. La brutalidad armada del imperio pudo alcanzar cotas infrahumanas en el nódulo de la moral, cotizando en

alza sus acciones, en la Bolsa de las infamias.

James Witlock abandonó, momentáneamente, su proyectada novela “Himno para la Muerte”, anunciándoselo a su editor, pese a las protestas de éste, quien ya había firmado contrato y abonado un anticipo considerable. De todos modos, aceptó cuando Witlock le sugirió que tenía material explosivo para *otra* novela, acerca de los recientes sucesos que eran de dominio público (es un decir, ya que el público estaba más desinformado que nunca), acerca del *Operativo Cóndor* y las dictaduras *anticomunistas* financiadas y sostenidas por Washington durante décadas.

Citó a su editor para charlar sobre el tema, en un elegante restaurante de la Quinta Avenida, no muy lejos de la Zona Cero. Durante el encuentro, Witlock relató a su editor cuanto había sabido de la Operación Cóndor, pero sin mencionar sus fuentes, y su resolución de novelar la cronología de lo ocurrido y, ante la incredulidad y estupefacción del editor, le prometió tenerla lista en borrador, en ocho meses. Sabía que Stephaine Lapierre lo ayudaría y sus amigos del FBI colaborarían, sin duda, anónimamente... por razones de Estado, pese a tener vedado hablar públicamente del tema, más que nada para no echar lodo sobre los Estados Unidos, que en el fondo no eran del todo responsables de la política opaca de su gobierno, salvo de haberlo elegido, aunque no precisamente con votos populares. De todos modos, “Himno para la Muerte” era casi un hecho, salvo detalles, pues su temática era bastante contemporánea.

Tras el cierre de trato, Witlock se comunicó con Andrés Colina, invitándolo a visitarlo de nuevo, como para radicarse temporariamente en los Estados Unidos, a fin de trabajar juntos sobre el *Ope-*

rativo Cóndor, pero cotejando documentos de la CIA, ya desclasificados, aunque de poco valor acusatorio. Solo el general Porter podría hacerlo, ya que él mismo no tendría acceso a la CIA, a causa de haber metido las narices para intentar abortar la conspiración de los halcones.

Colina prometió viajar apenas pudiese zafarse de su diario. De ser posible, con Dan y Helen corresponsales de *The New Republic*, quienes deseaban visitar los Estados Unidos por lo menos una vez. Dan tenía bastantes datos acopiados de los archivos de Brasil, Uruguay y Argentina. El material para novelas históricas abundaba, casi tanto como las injusticias históricas que motivaran esos sucesos.

si hubiera que matarlos en la infancia para que no crezcan “terroristas”.

Bastaban las ensangrentadas imágenes de estos niños para imaginar la barbarie de una autoproclamada superpotencia mundial y gendarme de la democracia, y sus ocultas motivaciones que en el futuro robarán el sueño a millones de seres, conscientes o no de la injusticia.

Darío Fó señalaba con estupor: *“Mientras los títulos de las acciones perdían un diez por ciento en pocos minutos, los especuladores petroleros ganaban más de diez dólares por barril. Hasta el Euro, medio tambaleante con pasos de recién nacido, se irguió de pronto mientras los banqueros chupaban buenos decimales; decidiendo que nadie cerrase las bolsas, ni siquiera por respeto a los cadáveres aún frescos e insepultos. La bestia feroz del capitalismo hundía sus dientes en la carne de los muertos y fortunas luminosas se constituyeron*



EPÍLOGO

El periódico alemán *Welt am sonntag* publicó un ácido comentario de Norman Mailer, donde éste sostenía que el pueblo norteamericano debe preguntar a su gobierno “por qué nos odian tanto”, sugiriendo que el imperio está quitando a los pobres del mundo lo único que tienen: sus raíces.

Richard Rorty, conocido filósofo norteamericano, aseveró que “cada vez que los Estados Unidos llevan adelante una guerra, los derechos civiles, los derechos ciudadanos frente al Estado se vieron y verán afectados. Pero en este caso, nos irá peor”. El catedrático de Stanford, fue entrevistado por *Die Zeit*, prosiguiendo: “El machismo a lo John Wayne, que nos llevó a seguir matando inocentes en Vietnam, a sabiendas de que perderíamos esa guerra, sigue dominando la política de Washington”. Por otra parte, puso en duda que se estuviera informando verazmente a la ciudadanía y al mundo, sugiriendo que “ellos tienen mucho que ocultar”.

José Saramago, Susan Smith Nash, Susan Sontag, Darío Fó y cientos de ilustres artistas, filósofos y pensadores del mundo, condenaron la irracionalidad del “ataque a los Estados Unidos”, pero pidieron indagar en sus causas profundas, que obligan a los miserables a sacrificar sus vidas para devolverles golpe por golpe. Mas al mismo tiempo condenaron la desproporcionada reacción que provocó un genocidio de civiles, muchos de ellos niños de corta edad, como

si hubiera que matarlos en la infancia para que no crezcan “terroristas”.

Bastaban las ensangrentadas imágenes de estos niños para imaginar la barbarie de una autoproclamada superpotencia mundial y gendarme de la democracia, y sus ocultas motivaciones que en el futuro robarán el sueño a millones de seres, conscientes o no de la injusticia.

Darío Fó señalaba con estupor: *“Mientras los títulos de las acciones perdían un diez por ciento en pocos minutos, los especuladores petroleros ganaban más de diez dólares por barril. Hasta el Euro, medio tambaleante con pasos de recién nacido, se irguió de pronto mientras los banqueros chupaban buenos decimales; decidiendo que nadie cerrase las bolsas, ni siquiera por respeto a los cadáveres aún frescos e insepultos. La bestia feroz del capitalismo hundía sus dientes en la carne de los muertos y fortunas luminosas se constituyeron en pocas horas. No hay de qué sorprenderse. Los grandes especuladores chapotean dentro de una economía que mata cada año millones de niños y adultos en la miseria, ¿qué quieren que sean los miles de muertos de New York? ¿Mercancía ideológica?”*

Continuaba diciendo el Premio Nobel Darío Fó: *“Esas muertes hacen inmensamente felices a aquellos que han hecho millonarias ganancias con los miles de muertos, en pocas horas, especulando sobre el precio del petróleo y las armas, y brindando alegremente los jefes del terrorismo, ebrios de felicidad con generales y almirantes, cansados de esta paz rastrera que amenaza cada día a los accionistas de los fabricantes de bombas y minas antihombre. Total, mañana los cazabombarderos descargarán su muerte sobre aldeas iner-*

mes con la excusa de castigar a los culpables; mientras los lobbies de las hienas empujarán para dignificar los gastos militares, aún sabiendo que las modernas tecnologías impiden que ni siquiera los ricos se sientan seguros en sus blindadas madrigueras”. Y terminaba proponiendo una receta concreta: “Saquemos nuestro dinero de sus bancos, que financian la venta de armas; quitemos nuestros ahorros de la economía del dolor; dejemos de comprar carburantes Esso y Shell, y los productos Nestlé y la chatarra MacDonald’s. Convirtamos nuestros autos a gas y pongamos nuestros ahorros en inversiones éticas. Abandonemos los seguros conectados al sistema de La Muerte. No compremos zapatos de quienes usan niños esclavos en sus fábricas; no comamos alimentos contaminados con la química, que también produce altos explosivos, ni seamos esclavos de las marcas. La locomotora del capitalismo salvaje apunta hacia la guerra y la destrucción del planeta. La única posibilidad es cortarles el carburante con que alimentan su caldera enseguida. Mañana será tarde”.

Andrés Colina cerró su participación esa noche en el foro de Internet y apagó su ordenador, preguntándose a sí mismo si alguna vez habría paz en la Tierra y, más aún, si cuándo habría hombres de buena voluntad en número suficiente. No sin antes derramar algunas lágrimas silenciosas de piedad por ese absurdo engendro cósmico llamado *Homo Sapiens*. Las últimas imágenes que pasaron por su imaginación fueron cuerpos ensangrentados de niños, ancianos y mujeres, entre ruinas de un reciente bombardeo, asépticamente filmado por CNN, cuidando de no derramar sangre en las pantallas de TV.



APÉNDICE

Carta Del Obispo de Florida, **Robert Bowan** *
(United Catholic Church, Melbourne Beach Fl)
con fecha 14 de setiembre del 2002.

Sr. Presidente:

Cuente la verdad al pueblo, Sr. Presidente, sobre el terrorismo. Si los mitos acerca del terrorismo no son destruidos, entonces le amenaza continuará hasta destruirnos por completo.

La verdad es que ninguna de nuestras millares de armas nucleares puede protegernos de esa amenaza. Ni el sistema de “guerra en las estrellas” —no importa cuán técnicamente avanzado sea ni cuantos trillones de dólares se hayan gastado en él—, podrá protegernos de un arma nuclear traída en un barco, avión o auto alquilado. Ni siquiera ningún arma de nuestro vasto arsenal, ni siquiera un centavo de los U\$S 270.000.000.000.000 (sí, esos mismos doscientos setenta billones de dólares) gastados por año en el llamado “sistema de defensa” puede evitar una bomba terrorista; esto es un hecho militar.

Como teniente general retirado y frecuente conferencista en asuntos de seguridad nacional, siempre cito el salmo 33 “un rey no está a salvo por su enorme ejército, así como un guerrero no está a salvo por su enorme fuerza”. La reacción obvia es: “¿Entonces, qué podemos hacer? ¿No existe nada que podamos hacer para garantizar la

seguridad de nuestro pueblo?”.

Existe. Pero para entender eso, precisamos saber la verdad sobre la amenaza.

Sr. Presidente, Ud. no contó al pueblo americano la verdad sobre por qué somos el blanco del terrorismo, cuando explicó por qué bombardearíamos Afganistán y Sudán. Ud. dijo que somos blanco del terrorismo porque defendemos la democracia, libertad y los derechos humanos del mundo.

¡Qué absurdo, Sr. Presidente!

Somos blanco de los terroristas porque en la mayor parte del mundo nuestro gobierno defendió la dictadura, la esclavitud y la explotación humana.

Somos blanco de los terroristas porque somos odiados. Y somos odiados porque nuestro gobierno ha hecho cosas odiosas. ¿En cuántos países agentes de nuestro gobierno depusieron líderes popularmente elegidos, sustituyéndolos por dictadores militares, marionetas deseosas de vender su propio pueblo a corporaciones norteamericanas multinacionales? Hicimos eso en Irán (1952) cuando los marines y la CIA derrocaron a Mossadegh porque él tenía la intención de nacionalizar el petróleo. Y lo sustituimos por el *Shah* Reza Pahlevi y armamos, entrenamos y pagamos a su odiada guardia nacional —la *Savak*— que esclavizó y embruteció el pueblo iraní, para proteger el interés financiero de nuestras compañías de petróleo. Después de eso, ¿será difícil de imaginar que existan en Irán personas que nos odien?

Hicimos eso en Chile, hicimos lo mismo en Vietnam, mas recientemente intentamos hacerlo en Irak. Y claro, cuántas veces hicimos

eso en Nicaragua y otras repúblicas de América Latina.

Una vez tras de otra, hemos destituido líderes populares, que deseaban que las riquezas de su tierra fueran repartidas entre el pueblo que las generó. Nosotros los reemplazamos por tiranos asesinos, que venderían a su propio pueblo para que, mediante el pago de abultadas propinas con que engordar sus cuentas particulares, las riquezas de su tierra pudieran ser tomadas por la **Domino Sugar**, la **United Fruit Company**, la **Folgers**, y por ahí va todo.

En cada país, nuestro gobierno obstruyó la democracia, sofocó la libertad y pisoteó los derechos humanos. Es por eso que somos odiados en todo el mundo.

Es por eso que somos el blanco de los terroristas.

El pueblo de Canadá disfruta de la democracia, la libertad y los derechos humanos, así como Noruega y Suecia. ¿Ud. escuchó hablar de embajadas canadienses noruegas o suecas siendo bombardeadas?

Nosotros no somos odiados porque practicamos la democracia, la libertad o los derechos humanos. Somos odiados porque nuestro gobierno niega esas cosas a los pueblos de los países de tercer mundo, cuyos recursos son codiciados por nuestras corporaciones multinacionales.

Ese odio que sembramos se volvió en contra nuestra para asombrarnos, en forma de terrorismo y en el futuro, terrorismo nuclear. Una vez dicha la verdad sobre por qué existe la amenaza y una vez entendida, la solución se torna obvia.

Nosotros necesitamos cambiar nuestras costumbres. Liberémosnos de nuestras armas nucleares (unilateralmente si es posible) y

mejorará nuestra seguridad. Alterando drásticamente nuestra política exterior, la asegurará.

En lugar de mandar a nuestros hijos e hijas a todo el mundo, para matar árabes de modo que podamos tener el petróleo que existe debajo de sus arenas, deberíamos mandarlos para que reconstruyan sus infraestructuras, proveerlos de agua limpia y alimentar a sus niños hambrientos.

En vez de continuar matando diariamente a millares de niños iraquíes con nuestras sanciones económicas, deberíamos ayudar a los iraquíes a reconstruir sus usinas eléctricas, sus estaciones de tratamiento de agua, sus hospitales, y todas las otras cosas que destruimos y les impedimos reconstruir con sanciones económicas.

En lugar de entrenar terroristas y escuadrones de la muerte, deberíamos cerrar la **Escuela de la Américas** para siempre.

En vez de sostener las revueltas, la desestabilización, el asesinato y el terror alrededor del mundo, deberíamos abolir la CIA y dar el dinero que ella gasta a agencias de asistencia.

Resumiendo, deberíamos ser buenos en lugar de malos, y de serlo, ¿quién iría a intentar detenernos? ¿Quién nos iría a odiar? ¿Quién nos iría a querer bombardear?

Esa es la verdad, Sr. Presidente. Eso es lo que el pueblo norteamericano precisa escuchar.

* Robert Bowan, ex general de la USAF, con 101 misiones de vuelo de combate en Vietnam, es actualmente obispo católico de Florida, tras retirarse del servicio.

GUERRA SONÁMBULA

Hassan Hamed

New York, setiembre 11, 2001 (12:00 hs.)

Es complicado escribir con miedo, al menos en Brooklyn. Hace unas horas, durmiendo en el sofá de unos amigos uruguayos, Carla Giaudrone y Enrique Saulle, me despertó el teléfono. Una amiga de mis huéspedes (sic) estaba dejando un mensaje en la contestadora de que había ocurrido un accidente rarísimo en el World Trade Center. Me despabilé inmediatamente y prendí el televisor. Anoche, junto con Enrique, habíamos ido allí a presenciar un espectáculo de danza en el que debía participar la amiga de mi amigo. Como hubo chaparrones y tormentas, el espectáculo se canceló, por lo que Enrique y yo paseamos por el WTC por algunas horas, acorralados por lo que ya era una respetable tormenta. Por los molinetes dejaba su trabajo en las torres. Unas señoras chinas vendían paraguas a quienes querían evitar la mojadura, pero Enrique y yo preferimos entrar a *Borders*, una librería, en el complejo, a la que llegamos tras recorrer el *Winter Garden*. Era una de esas librerías donde se puede tomar café y descansamos allí unos cuarenta minutos, hablando de mongoles y literatura infantil.

Eran en Mahattan las 08:30 de la noche cuando nos fuimos. Relampagueaba pero no llovía, y decidimos venirnos (sic) caminando. Remontando el repecho del puente de Brooklyn, todavía *flashes* de tormenta, aún no caía agua. Enrique, en determinado momento, me señaló las torres

gemelas, cuyas puntas no se veían, tapadas por nubes de tormenta.

Pensé en ese momento que, precisamente, eran rascacielos. Que eran edificios que se hundían en los cielos pero, por supuesto, nunca podría interpretar aquello como presagio.

Pero ya no podría recorrer nada. En el televisor recién encendido venía otro avión, como una cuchillada, contra la otra torre. Yo no sabía si mis amigos estaban en casa o se habían ido. Caía agua de ducha, y era Enrique que se estaba bañando. Le dije, hay atentado con aviones contra las torres gemelas (anoche me había mostrado las barreras de seguridad para evitar coches bombas). Desde bajo la ducha, contestó que no me creía, pero no me quedé para explicarle, porque sonaba el teléfono.

Era Carla, que estaba en Manhattan, a quien le temblaba la voz. Vi el avión, me dijo. No podía creer que estuviera volando tan bajo. Lo vi desde la calle. Estoy temblando. Tengo que entrar a dar clase, me voy, y cortó. Si entró a clase no habrá visto lo que Enrique y yo en la televisión: una torre desplomándose, luego la otra. En medio de imágenes del Pentágono incendiado, de noticias de aviones caídos. Esto empezó hace unas horas, y aquí, en este apartamento en Brooklyn, llega el olor de los mega incendios y derrumbes. En la televisión el pánico crece: esto es un ataque de guerra. Algunos temen, en algún momento, que haya posibilidad de gases químicos.

En esos momento Enrique y yo tratamos de reírnos. ¿Y si fuera cierto? Si lo fuera, lo que suponemos. Seguramente sea un temor infundado.

Lo que no es rumor es que anoche había dos torres enormes que se encapuchaban en las nubes. Si salgo luego, y voy al *Promenade*, cerca del puente, ya sólo veré un hueco entre los cielos.

Todavía no hay reporte de heridos, ni de muertos. Sólo ese olor de aire

incendiado. Es mejor no salir a la calle, porque hay que cubrirse la cara como en un bombardeo.

Fatalmente, comenzarán a llegar las cifras, las imágenes de gente infinitamente más baja que esos dos cíclopes que se fueron. Gente calcinada, estallada, rota.

Tendré más de este miedo retroactivo, supongo. Más horror. El horror de cualquier guerra. Si no me equivoco, ésta es la primera en que Estados Unidos sufre algo parecido a un bombardeo. Cada dos minutos suena el teléfono. De diversas partes nos llaman, consternados por nosotros. Es mediodía y estamos bien. Hay algo como de un Armageddon que bajó desde los cielos. Curiosamente, aquí no se escuchó ni el ruido de las explosiones ni de los derrumbes gigantescos. A sólo un par de kilómetros, este apocalipsis que está a la vuelta llega como llega siempre, por la televisión de voces temblantes e imágenes anonadadoras. Acaba de llamar una uruguaya que vive a pocas cuadras de aquí, pero no en una planta baja, como nosotros. Desde su ventana pudo ver, con sus propios ojos, cómo se caían las torres. Un poco antes, desde Houston, Eduardo Espina me llamó, pidiéndome que diera un parte de la situación para El Observador. Lo siento, Eduardo, quisiera hacerlo mejor. Pero como decía, no es fácil. Carla acaba de llamar. Su universidad (New York University) se ha convertido en centro de atención para heridos. Junto con un colega, está tratando de ir al norte, pero no puede evacuar la isla. Tiene el teléfono de alguien que no conoce; alguien que espera pueda alojarla.

No puedo olvidarme de que viví en Chicago la Guerra del Golfo.

Aquella guerra televisiva, que vendieron como aséptica, como higiénica. Recordarás, Eduardo, que escribí, y publiqué, que la década de los noventa empezó con aquella guerra Disney para estadounidenses. En el

aire vulcanizado que se respira, en las partes de derrumbe y de nuevos edificios destartados, queda esa impresión de que la guerra del Golfo contraataca. O de que, definitivamente, nos están dando la bienvenida al nuevo milenio.

Hace unos días tengo una rutina. Con esfuerzo, apago el televisor, camino unas cuadras, bajo escaleras, paso molinetes, tomo el metro que me lleva a Manhattan. En el tren, verifico que tanta tecnología me transporta en el tiempo: así exactamente, hace dos mil años, era Roma. En el subterráneo, lo más difícil de hallar es un cutis blanco. Yo, curiosamente, tengo uno de esos. Cierro los ojos, hablan en incomprensibles lenguas asiáticas, en árabe, en castellano con acento de México, murmuran algunas palabras en inglés. Como siempre, me cuesta algo más entender la entonación de los negros.

También, cada día trato de creer que se trata de una alucinación subterránea. Pero en Broadway, en la avenida de las Américas, en la Quinta, en la calle 32, es prácticamente lo mismo. Japonesas, chinos, vietnamitas, negros, hispanas, pakistaníes, tailandeses: aquí tres personas blancas, que hablan un francés complejo. Seguramente, es belga. Salpicados aquí o allá, comparecen algunos *wasps* (los tradicionales blancos, anglosajones y protestantes.) Abundan los indios de la India pero brillan por su ausencia los nativos americanos. Hacía cuatro años que no estaba en Nueva York. En ese lapso, el paisaje babélico se ha intensificado. En estos días la cosa es acrecida: el número de fotos que amigos y parientes de las víctimas pegan en postas, en paredes, pidiendo cualquier tipo de información que nunca habrá de llegarles.

Pero lo que es inamovible es CNN o los noticieros de las grandes cadenas, o los locales de Nueva York, que están igual que hace 10 años.

Las mismas y los mismos *wasp* a cargo de las noticias y los comentarios. Por alguna parte, como intentando romper la monotonía, una reportera negra. Pero todos, como hace una década, como hace 15 años, con idéntica letanía, con la misma cháchara, acongojante. Hace ocho días, cuando dos aviones suicidas hicieron de las torres gemelas escombros y polvillo de huesos machacados, había desaparecido el gobierno. Sólo quedaban los noticieros perplejos, contando catástrofes, pidiendo sangre urgente, pero no sólo para donar, sino también para cobrarse el atentado que padecieron aquí y en Washington.

Durante horas, sólo hablaron ex gobernantes, periodistas y el escritor Tom Clancy, previsor de catástrofes. En ese interin, los titulares cambiaban con pasmosa velocidad: ¿accidente o atentado?, atentado en el World Trade Center, caen las torres, finalmente, América (es decir, Estados Unidos) está siendo atacada. Cada parte de la noticia se transforma en eslogan publicitario. Para cuando finalmente, ya reinstalado en la Casa Blanca, el Presidente Bush comenzó a hablar, los noticieros habían decretado que se trataba de una guerra. No se podía esperar otra declaración de la que finalmente dio; ya en los medios se había decretado que no se trataba de craso terrorismo sino de una declaración de guerra.

Con el correr de los días, los eslóganes han ido variando. América se une, América se levanta. Desde hace días, nos han informado con agobiante fervor patriótico que son los días de La nueva guerra de América. Coalición o nada. Antes que el gobierno lo enunciara, el nombre de Osama Ben Laden resonaba en todos los canales. Comenzó la urgencia por producir o reproducir documentales, montando escenas que luego se verifica que no pertenecieron (como por ejemplo el de un militante balanceando una imagen de Bill Clinton, que acabo de ver ilustrando un vídeo con

imágenes aportadas por la inteligencia hindú, desde Nueva Delhi: el grupo en cuestión, pakistaní, nada tiene que ver con Ben Laden)

La información de los documentales es regada sesgadamente, y si bien se menciona que Estados Unidos lo apoyó durante la guerra contra la Unión Soviética, nadie se atreve a decir que Ben Laden es la encarnación del monstruo y que Estados Unidos, siempre urgido de resultados inmediatos, es su Doctor Frankenstein. Y lo que más falte, todavía, para tanto televidente apaleado, instigado a linchar y no a pensar, acicateado hacia la venganza: las imágenes de poderosos bombarderos estadounidenses destruyendo blancos en alguna parte del mundo que la teleaudiencia no logra ubicar.

Queda la sensación de que la mastodóntica coalición que la Casa Blanca y el averiado Pentágono quieren crear no es más que una salida urgente para mostrar algo, una acción compensatoria que pueda paliar, de momento, la escasez de sangre enemiga, incluso, la posibilidad de producir evidencia contra el archivillano Ben Laden. Por eso, Bush y luego todos sus asistentes reiteran: “make no mistake about it”, es decir, no se vayan a confundir. Es la promesa de que habrá sangre, en coartadas de absoluto secreto, para disimular que, de momento, no pueden producir nada.

El pedido monotemático es “tengan paciencia”, mientras armamos este mamut que llamamos coalición. Vean cómo lanzamos hacia algún lugar secreto aviones y bautizamos la operación “justicia infinita”.

Esperen hasta el infinito y nos verán golpear hasta el ídem. Los posibles aliados, sin duda, están contemplando con asombro este bautizo fundamentalista, pero acaso tampoco terminen de darse cuenta de que Estados Unidos tiene que responder, primero, según sus reglas internas.

No son muchos los que aquí quieren recordar que se trata de un imperio. A fin de cuentas, todas las decisiones bélicas de este país, hitóricamente, se han presentado como actos de defensa (incluso Vietnam o, hace dos siglos, la Doctrina Monroe) o como actos justicieros de superhéroe de *comic*. Ese desconocimiento de la geografía tan distintivamente *made in USA* no es inocente, no puede serlo. Les permite vivir sin pensar en su relación con el resto del mundo, sin asumirse imperio.

Pero cuando la realidad no se corresponde con los discursos sobre la realidad, estalla el sinsentido. ¿Por qué nos odian tanto? Esa pregunta rebota en los *talk shows*, en los noticieros. La primera respuesta que dieron Bush y su entorno es inclusive inverosímil para Supertribi. Evidentemente no es porque quieran acabar con la libertad y la democracia. Hay algo más, algo tiene que llenar el vacío entre la arenga patriótica y la incontrastable realidad de que han muerto miles y que ya nunca más se verán las torres gemelas. Entonces, casi en un susurro, casi siempre en la vocalización mordida de algún extranjero, se hace oír un fraseo afantasmado que notifica que Estados Unidos tiene una política imperial que alcanza los confines del mundo.

Así van apareciendo, de a poco, países hasta ahora desconocidos, llamados Afganistán, Pakistán, Indonesia.

Sobrevive, supongo, hasta por la forma en que se dieron los atentados, la sensación de que el horror no provino de este mundo armonioso y liberal que nos habían contado, sino, como en ciertas, películas, de las fronteras del espacio exterior. Ben Laden ataca, es algo así como Marte, o Brainiac ataca. Salvo que es cierto, dolorosamente cierto. ¿Por qué nos odian tanto, entonces?

¿Por qué hay gente que está tan lejos del paraíso neoliberal y demo-

crático como los talibanes, en una tierra tan agujereada que parece los cráteres de la Luna?

Como discriminando estrellas de una galaxia lejana, Bush y la CNN comienzan a identificar países de este mundo. Y, lo más curioso, lo más difícil de decir, el gobierno ha informado a todos los que se creían más allá de todo que es imprescindible realizar alianzas con esos estados ignotos, de los que curiosamente proviene buena parte de la población de Nueva York. ¿Cómo es posible, entonces, que tanta gente con lazos en el resto del mundo, con historias que vienen de todas partes del planeta, se sume a la mentalidad del linchamiento, borre de sus mentes, con tan devota rapidez, su pasado y la geografía más elemental?

La única respuesta que consigo encontrar después de haber vivido años aquí, ahora que la Nueva Guerra parece encontrarme de nuevo en el momento de su incubación, es ésta. Se trata de una alucinación colectiva. Porque no basta negar la realidad, o la verdad más elemental: se necesitan millones de cómplices. Acaso es una gran confabulación lo que ha hecho de este país el imperio más veloz, poderoso y avasallante de todos los tiempos. Una gramática elemental, una fábula maniquea, a la que tantos inmigrantes, tantos de ellos perseguidos por el hambre y por las guerras, se aferran. El sueño de un paraíso donde todo se abre para los dispuestos a trabajar y dejar su dolorosa historia atrás y el Mal puede ser sistemáticamente linchado. Un paraíso todavía voceado por voces de blancos, que acaba de ser averiado.

Las últimas elecciones fueron una demostración para los que quisieran ver de que el sueño ha terminado (*the dream is over*).

Quien quisiera despertar habría descubierto que la tan estadounidense democracia, valor en nombre de la cual se comenzara tanta guerra,

tenía muchos más vericuetos y averías de lo que muchos creían. Ahora, el sueño de invulnerabilidad y aislamiento acaba de ser despedazado por pilotos suicidas. Pero si el país más poderoso de todos los tiempos persiste en esta somnolencia o catalepsia implacable, la pesadilla que, para el resto a menudo implican sus movimientos, terminará de rebotar hacia sus fronteras. De momento, el gigante sonámbulo se mueve, lento, no se sabe del todo hacia dónde. Si no despierta en el camino, lo infinito será el terror.

Nota: Hassan Hamed, nacido en Montevideo, Uruguay, el 11-05-62, es hijo del actual embajador paraguayo en El Líbano: Dr. Alejandro Hamed Franco, y residía en New York en 2000-2002. Por considerar de interés, hemos recogido este testimonio.



OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Sangre insurgente en los surcos (HTML)

Carne humana (HTML)

Leyendas del Futuro (HTML)

Los dioses pueden morir (HTML)

Balada para un Ángel blasfemo (HTML)

Con la bendición del diablo (HTML)

ELLA.. la sombra rosa del poder (HTML)

El andariego alucinado (HTML)

CUENTOS BREVES

Seis Relatos Fantásticos (Ilustrado) (PDF)

MÚSICA Y CANCIONES:

Trova Salvaje (MP 3 bajada libre))

IKONOS PINTURAS Y DISEÑOS VIRTUALES: Formato JPEG

Cadenas de Libertad (Novela Inédita)

Galaxia de pasiones (Novela inédita)

Pascua de Dolores (Novela Inédita)

Cuentos para no dormir

Cuentos para no soñar

Cuentos para no despertar (Volúmenes aún inéditos de narrativa breve)

Acerca de un creador domiciliado en la vereda de enfrente.

Chester Swann

Nació el 28 de julio de 1942 en el Dpto. del Guairá (Paraguay) y bautizado como ***Celso Aurelio Brizuela***, quizá por razones ajenas a su voluntad o tal vez por minoridad irresponsable —por parte del autor—, quien no pudo huir de la obligatoria aspersion sacramental de rigor. Tras corta estadía en su tierra natal, fue trasplantado a la ciudad de Encarnación en 1945. Cuando sobreviniera la guerra civil de 1947, sus padres debieron emigrar a la Argentina, por razones obvias; es decir: por militar en la vereda de enfrente a la del bando vencedor; que, de vencer los perdedores, según su deducción, se hubiese invertido la corriente migratoria de la intolerancia.

Tras radicarse su familia en el pueblo de Apóstoles, en la provincia de Misiones en 1949 (RA), realizó sus estudios primarios hasta el 5° grado, cuando sus padres se separaron por razones ignoradas, motivando su regreso al Paraguay en 1954 con su Sra. madre, poco antes de la caída del gobierno peronista y a poco de asumir el gral. Stroessner en su país como *ruler* absoluto del Paraguay.

Pudo completar el último grado de primaria en su patria, pero evidentemente bajo la presión de una cultura aún extraña para alguien llegado del exterior, por lo que apenas pudo lograr aclimatarse en su propio país donde sus compañeros lo hicieron sentirse extranjero, desde

entonces hasta hoy, aunque ha recuperado su estatus de ciudadano del planeta en compensación a tantos años de extranjería no deseada.

El arte lo llamaba a los gritos, más que la necesidad de tener una profesión “seria”, por lo que intentó aprender el dibujo y la música, en parte con

maestros y en parte por sí mismo, en una híbrida autodidáctica y limitada academia (1960-67). De todos modos, insistiría en ambos lenguajes expresivos y pasaría por varias etapas antes de decidirse por la ilustración gráfica y la composición musical, muchos años después, incluso, de su regreso de la ciudad de Buenos Aires donde pasara un tiempo en compañía de su padre aún exiliado (1959/1960).

Tras especializarse en humor gráfico para sobrevivir, trabajó en la prensa (ABC color, LA TRIBUNA, HOY y algunas revistas de efímera aparición), donde además incursionaría en periodismo de opinión, cuento breve y humor político, para lo cual derrocharía ironía y sarcasmo: sus sellos de identidad. Algunas de sus obras literarias o gráficas quizá han de pecar de irreverentes, pero reflejan fielmente el pensamiento de



un humanista libertario, sin fronteras, y que se cree ciudadano de un planeta que aún no acaba de humanizarse del todo.

Por la militancia política de su padre —guerrillero del *Movimiento 14 de Mayo* y prófugo de la prisión militar de Peña Hermosa—, este inquieto habitante de la Vereda de Enfrente, sufriría persecuciones y varias estadías entre rejas. Por otra parte, su ironía e irreverencia, manifestada en versos y canciones, no contribuirían a lograr que lo dejaran fácilmente en paz, por lo que, en un alarde de creatividad se transformó en una *entelequia* bifronte llamada Chester Swann *el rebelde*, olvidándose del *otro*, fruto de un bautismo de pila y burocracia civilizada (Imbecivilizada, diría después con su sorna característica).

Con este nuevo patronímico y *alter-ego*, dio en componer canciones (dicen que fue convicto de dar inicio al mal llamado “rock paraguayo”, lo cual no es del todo cierto), esculturas en cerámica y algunas obras pictóricas (por entonces utilizaba aún lápices, pinceles, acrílicos, acuarelas, óleos y toda esa vaina) , con lo que se hizo conocido bajo tal identidad ficticia. A partir del defenestramiento de la larga tiranía de Stroessner, pasó a autodenominarse como *el Lobo Estepario*. La razón principal pudo haber sido el hecho de no integrar cenáculo culturoso ni grupo, clan o jauría intelectual alguna, (de puro tímido nomás) como tampoco en política partidaria ni en los círculos artísticos en boga, trazando sus propios senderos, a veces ásperos y escabrosos, en los oficios elegidos para su expresión y quizá por sus convicciones ácratas y libertarias, rayanas en el anarquismo más nihilista que se pueda imaginar. Recuérdese que el lobo de las estepas es solitario y elude

andar en manadas como sus otros congéneres de la montaña. Quizá por no comulgar con la mentalidad de rebaño, tan común en ese animal social llamado humanidad (el *Hombre*, cuanto más social se vuelve más animal según su percepción particular)

Pudo obtener premios literarios y algunas menciones, además de crear sus propios canales expresivos, lo que lo convirtiera mediáticamente en una suerte de *arquetipo* iconoclasta de la música *rock* paraguaya, entre otras cosas; aunque prefiriese ser simplemente un juglar urbano “latinoamericano”, más que *rockero* paraguayo, como podrán comprobarlo al escuchar sus composiciones en “Trova Salvaje”, su primer CD conceptual, o leer en RAZONES DE ESTADO, su primera novela publicada (aunque tiene más de catorce obras literarias inéditas aún).

Durante la “transición” (mejor dicho “transacción”) ha participado en movimientos independientes y colaborado con ONGs en diversos proyectos sociopolíticos, aunque este sujeto cree más en lo cultural que en lo ideológico-doctrinario; pues que no le trinan las doctrinas, según suele decir este escéptico empedernido. Tanto, que a veces hasta le cuesta creer en si mismo. Podrán visualizar, leer y escuchar a un poeta *ladrautor* del asfalto y contemplarse en estas imágenes situadas entre lo cotidiano y lo fantástico. Seguramente habrá muchas personas que no saben quién diablos es este tipo que se hace llamar *El Lobo Estepario*, pero si se toman la molestia de hurgar en este material electrónico, podrán salir de dudas... o acrecentarlas de una vez y para siempre. Es que este individuo siempre ha sido un signo de interrogación, incluso para él mismo.